LAURA BRUNET

DESNUDISMO INTEGRAL

Una nueva visión de la vida

Segunda edición corregida y ampliada

BIBLIOTECA HERMES
Bou de San Pedro, 9
BARCELONA
1932

311034

QT
245
B895d
1932

ESTA OBRA ES PROPIEDAD DE SU AUTOR. REGISTRADA EN TODOS LOS PAISES
PRINTED IN SPAIN
1932

De esta obra se han hecho las siguientes ediciones:

Una primera edición de 10.000 ejemplares, publicada en junio de 1931 y agotada en agosto del mismo año. La presente segunda edición de 20.000 ejemplares con destino al mercado ibérico y una edición complementaria de 10.000 ejemplares, exclusiva para el mercado de la América Latina.

A los hombres de buena voluntad

A vosotros, hombres bien intencionados, dediqué la primera edición de mi obra y de ella hicisteis uno de los más destacados éxitos de librería que registran los anales de la letra escrita en nuestro país. En dos meses, devorasteis los diez mil ejemplares de que constaba. Eso quiere decir que la masa anónima de España, es buena en su fondo y acoge con fervor los intentos nobles de los hombres de buena fe. Esa es su gloria, ese el hemos que vivifica el cuerpo aterido de nuestra racialidad.

Y también esta segunda edición ha de serte dedicada, masa anónima, tesoro oculto de todas las cordialidades.

Los "escogidos", los que chupan y resecan las arterias que tú esponjas generosa, no merecen mi atención. Ni yo la suya, preciso es confesarlo.

Yo no sé, yo no quiero saber, si mi libro es bueno o es malo, sé unicamente que es un libro; eso: un libro *y por ende, una obra humana sujeta a errores y propicia, o mejor dicho abierta, al debate.*

No quiero hablarte de calvarios, lector; no los he subido. Tú cuidaste de sembrar de rosas mi camino. Otros, digámoslo de una vez, los críticos, atrincherados tras los muros de su bilis y de sus fracasos, intentaron hacer brotar espinas en los tallos de esas flores que tú me prodigabas. Silenciaron la aparición de mi obra y la condenaron a no nacer. ¡Grotesco intento! Que ellos sean estériles, bien; pero eso de pretender

que lo sean los demás a su antojo, es algo que afortunadamente escapa a sus torpes intenciones.

Aquí está mi obra, onanistas literarios. Miradla con todos vuestros odios, atisbadla desde vuestras covachuelas, negadla con vuestro silencio, despreciadla desde vuestro olimpo de papel bobinado, pero, sea cual fuere vuestra actitud, ella está aquí, ella és, ella vive, ella apasiona, ella desata encontradas pasiones. Y en eso precisamente está el problema: en ser y en no ser. Lo demás es pasajero, teatral, bambalinesco. Lo que és padece, pero queda; lo que se fabrica, medra, pero desaparece.

Yo estoy aquí humilde, tembloroso, desnudo con mi obra; vosotros os erguís, vestidos, endiosados, con vuestros diarios. Pero, si a vosotros os quitan la casaca, ¿qué queda de vosotros, miserables peleles del papel contínuo, deleznables engranajes de la rotativa de la estulticia? ¿Qué queda, decidme? ¿Qué estela habéis dejado que sea, que exista, que aliente, que viva por su propia biología? ¿Dónde está vuestra obra?

Yo no pretendo que a mi Desnudismo se le concedan mayores honores que aquellos que le correspondan. Eso es una cuestión de ética y de buen gusto; pero si alguno de vosotros ha dado a las prensas un libro que haya alcanzado la aceptación del mío, puede tirar sin piedad la primera piedra; la espero a pecho descubierto.

Yo podría mostrarme orgulloso con mi éxito literario, y os podría decir que nada os debo, que nada os he pedido y nada me habéis dado. Yo os podría decir que los libros que vosotros publicáis, a pesar de vuestras críticas pomposas, a pesar de vuestros mútuos homenages, a pesar de consagraros vosotros mismos como dioses triunfadores, duermen la paz de los muertos en las estanterías de los editores. Yo os podría decir que todas vuestras rotativas y todas vuestras capillitas literarias, son incapaces de darles vida a los cuerpos inertes que salen de vuestras plumas.

No se achaquen a la pasión mis palabras; la injusticia es manifiesta y como no le temo a nada ni a nadie, no tengo por qué ponerle diapasones a mi pluma. Lo injusto es siempre injusto y quien se vea atropellado sin causa ni motivo, debe rebelarse. Y contra vosotros me rebelo, salaces críticos del silencio.

Si mi libro es inmoral, debe combatírseme; si mi libro es mediocre, deber vuestro es señalar al público el error en que ha caído al consagrarlo y si mi obra es merecedora de un elogio, también ese se me debe, que no por estimulantes, sólo de amarguras ha de vivir el hombre. Silenciar la aparición de un libro que invade el mercado y se adueña de él, es propio de avestruces. No a mí, si queréis, pero a la masa estais obligados a orientarla. Mi Desnudismo Integral no es un libro para pasar el rato; no es una novela blanca para enternecer corazones sensibles. Mi obra ataca a fondo; hará bien, o hará mal, pero no pasará inutilmente y deber vuestro es, señores críticos, ahora que ya no podéis condenarla a no nacer, señalar las bondades o los peligros de la misma. No hacerlo, equivale a desertar de vuestra brecha, a renunciar a vuestra misión y a convertir vuestro sacerdocio en los hierros de la comadrona furtiva que, en vez de alumbrar, ahoga el embrión en las entrañas maternales.

Mi cordial agradecimiento a quienes, combatiéndome o sumándose a mis ideas, han saludado la aparición de mi libro.

L. B.

I

Para que nos entendamos

Antes de entrar en materia y enlazar más íntimas relaciones, querido lector, se hace poco menos que indispensable una previa aclaración. Algo así como una presentación personal, para que sepas con quien hablas y los medios de que se valdrá el autor para exponerte, en plan puramente objetivo, sus particulares ideas con referencia al apostolado del desnudismo, actualmente muy difundido en la decrépita Europa, que, afortunadamente, parece entregada a las ansias de un renacimiento biológico.

Y ha de apoyarse esta aclaración del autor, en la premisa orientadora que te haga saber que ni será este libro una apología del desnudismo corporal sin limitación de tiempo, de medio y de lugar, ni es su autor un desnudista estricto en el sentido puro y absoluto de la palabra.

No puede, ni quiere estimar el desnudismo como una reconquista del hombre sobre sí mismo, ni es convicción suya que el individuo, vestido o desnudo, alcance una mayor per-

fección ética. Considera la indumentaria como un accidente más de la vida de relación o como una necesidad de las fluctuaciones térmicas de cada país, y contempla apaciblemente, sin pasión contensora o evolutiva, el divertido panorama que desde la colina de sus ideas libres y transparentes se divisa. A la manera de aquel cáustico independiente que se llamó Diógenes, ni quiere ser esclavo del indumento, ni podría tolerar que una idea fija de desnudismo atormentara su mente. Le es en absoluto indiferente que los hombres se vistan o no, de la misma manera que no se interesa por saber la trascendencia social que las gallinas puedan conceder al hecho de que unas luzcan más abundoso y rico plumaje que otras. Supone que cada animalito de la tierra lleva sobre su cuerpo las plumas o la piel que le son indispensables en su proceso biológico, y no puede por menos que sonreir, con una leve y no agresiva ironía, al observar que el hombre es el único animal de la fauna que otorga al indumento valores inusitados y arrastrado por tan ridícula entelequia, intenta en muchas ocasiones quitarse la piel de asno para engalanarse con plumas de pavo real. Pero el asno es inmutable en él. No obstante, y eso es lo lamentable, eso sería lo irritante si no fuera grotesco, los demás hombres, que pululan y rodean al suplantador, *lejos de despreciar al vanidoso,* miran extasiados las plumas postizas de pavo real que se ha colocado y llegan a olvidar que la esencia del rucio no ha desaparecido. Y ese jocoso aspecto de la vida, es lo que arrastra al autor a hablarte de desnudismo. No su apasionamiento; el de los demás.

Si las plumas brillantes y hermosas las colocara el ser humano en sus células, en sus arterias, en su ánfora cordial... Eso sería ya diferente. Pero, no: las pega con goma arábiga encima de la piel y se le ve pasear terriblemente endiosado por las avenidas de la vida, olvidando que en cuanto el sol de

la verdad caliente un poco su epidermis, las bellas plumas se desprenderán y le dejarán convertido en un pelele, más ridículo por más vanidoso.

Le es mucho más necesaria a nuestra atormentada sociedad una cruzada contra el "vestidismo" moral, que un apostolado en pro del desnudismo material. Ese será nuestro objetivo. Se está convirtiendo al hombre en un monigote del indumento, en un esclavo de lo que habría de ser en él meramente accidental y el traje llega en ocasiones a alcanzar mayores valores que el propio sér humano en sus múltiples manifestaciones cordiales e intelectuales. No se me diga que este detalle del vivir del hombre no tiene en sí importancia mayor. No debería tenerla, pero la tiene. Tan es así, tan honda es la perturbación que el indumento está causando en nuestra civilización, que estoy casi por decir que es el problema más profundo, de mayor envergadura y más trastornador de nuestro maquinismo con que el hombre podría enfrentarse. Resolver el trivial aspecto del indumento, se me antoja que habría de llevarnos a una honda revolución de costumbres y de aplicación del esfuerzo intelectual y físico del sér humano, más importante de lo que en principio descubre.

Evocad la simple adopción de una túnica y unas sandalias para vestir a los hombres, y veréis como se derrumban más de un noventa por ciento de las industrias inútiles a que hoy el obrero aplica sus actividades. Y en seguida aparecerá ante vuestra mente un cambio tan radical en las necesidades y en las ambiciones del ser humano, que vosotros mismos os asustaréis de la loca importancia que nuestra sociedad ha llegado a conceder a lo superfluo. Y no dejaréis de preguntaros asustados de qué viviría el hombre, si no trabajara, si no tuviera en qué ocupar sus energías. Ya veis a qué límites, a qué trastornadores extremos habría de llevarnos un simple cambio de

indumento: a derrumbar todo el sistema de engranages de nuestra máquina social.

Mas no corramos. El camino es largo y queremos seguirlo paso a paso, sin precipitaciones. No es nuestro propósito hablar del traje, de la cobertura del hombre, de la piel que se ha superpuesto, en su aspecto puramente suntuario. Nos interesa ver lo que en lo humano, en lo ético, en lo artístico y en lo energético, exige del mismo tan deleznable detalle.

No somos desnudistas, ni antidesnudistas, pero nos damos cuenta de que algo pesa sobre nosotros y nos agobia, de que un lastre ya inarrastrable encadena nuestros pies, de que una nube demasiado densa nos asfixia. Analicemos ese peso, ese lastre y esa nube y veamos si vale la pena de soportar tanta cadena, trabazón tanta, por una cosa tan pueril como es la de cubrirse el cuerpo.

El valor que el hombre habría de conceder al traje, nos lo dará un solo ejemplo. Tomemos, para ser breves, aquel que haya acumulado a su alrededor más entelequias, mayores convenciones y mayor número de valores supuestos. Esta figura habremos de buscarla en el más grande anacronismo que registra nuestra sociedad: la realeza. En ella se contienen todos los elementos necesarios a nuestro contraluz. Elevad a un monarca a la máxima altura, rodeadlo de todo el fasto indispensable a su falsa situación, cubridle de armiños, velludos, sedas y pieles preciosas, atiborradle de pedrería, de oros y de metales raros, dadle prestigios inusitados y concededle excepcionales cualidades, sin las cuales no sería posible su elevación por encima de los demás mortales, y una vez conseguido vuestro propósito de deificar a un sér humano, dejad que, de súbito, se le despoje de cuanto artificiosamente le habéis puesto encima. Entonces y sólo entonces, os daréis cuenta de cuán terriblemente desnudo queda aquel pobre hombre, de lo espantable-

mente pequeño, ridículo y digno de conmiseración que se ofrece a vuestras miradas. Le habéis quitado el indumento, y nada, absolutamente nada queda de aquel dios de artilugio y quincallería que la estulticia de los hombres había "fabricado". Y si la imagen os parece tendenciosa o sofística, ya me diréis, cuando un pueblo reacciona y las turbas derrumban impetuosas todos los artificios amontonados sobre la figura central de la monarquía, qué es lo que queda del pobre rey, con su corona, su cetro, su manto impresionante, su quincallería de colorines y su aureola casi divina. Un hombre desnudo, nada más que un hombre desnudo al que podríamos llamar "natural", pero que por contraste, aparece muchísimo más desnudo que los demás hombres, y, desde luego, muchísimo más desnudo que si el derrocado hubiera sido un presidente temporal y elegible, porque sobre él no se habría acumulado tanta convención, tanta artificiosidad. Y no obstante, uno y otro, socialmente, cumplían un mismo fin: el de función moderadora de los actos de los hombres de un Estado. Pero, mientras al monarca se le había rodeado de una aparatosa artificiosidad moral e indumental, al presidente elegible, lo había designado el pueblo "completamente desnudo" y sin más indumentaria que su talento y sus dotes de gobierno. El monarca, pues, era un hombre *vestido* de dios y el presidente, un hombre *desnudo,* y sin más galas que las de su intelecto.

¿Que todo esto nada tiene que ver con el indumento? Dadle vueltas; dadle muchas vueltas, y veréis que sin el indumento y sin el valor entendido que al indumento se le dé, no hay rey ni reyezuelo posible. Incluso entre los salvajes, el rey lleva más plumas, más pintura y más huesos de bestias muertas que los demás que han de obedecerle.

Y no obstante, ni el monarca del país civilizado, ni el reyezuelo de la tribu salvaje, desnudos y colocados al lado de

sus hermanos, ofrecerían diferencia alguna que les distinguiera de los demás mortales. Podría objetarse quizá que la inteligencia... No seamos cáusticos. Dejemos sin contestar esta supuesta objeción casi tan propicia al zurriagazo como aquella desplazada premisa de la "gracia divina".

Y si esto es íntima convicción en el autor, si del hombre físicamente no ve más que el hombre, ¿cómo apasionarse, cómo conceder valor alguno moral ni social a lo que en él no puede considerarse más que como una comodidad térmica o un cobertor de llagas y fealdades?

No. Plácele a quien esto escribe situarse tranquilamente en la colina de sus libérrimas convicciones y beber las aguas puras de la linfa que escucha cantar entre la yedra, mientras ve, con indecible angustia, los caldos químicos que otros hombres han inventado para acallar sus instintos insaciables, sin pensar que nada mejor que el agua y el zumo de la vid estrujada entre sus manos, podrían apagar su sed...

* * *

Es tendencia natural en el sér humano, complicarse la vida, retorcer y enturbiar la esencia pura y sencilla del vivir, sin darse cuenta de que vivir, es eso tan simple y prístino: vivir, nada más que vivir. Claro que vivir no quiere decir cebar la carne. Lo difícil, precisamente, es definirse uno mismo lo que quiera decir vivir. Si los hombres todos, antes de entregarse a luchas idiotas y a investigaciones infecundas, levantaran ante el panorama de su vida este interrogante fundamental, quizá científicamente no habría logrado la humanidad la solución de muchos problemas que hoy considera resueltos, pero habría liquidado con el Destino, la única cuenta que no ha sabido

El traje a través de las épocas. 1





EGIPTO

desde sus iniciaciones hasta las influencias greco-romanas.

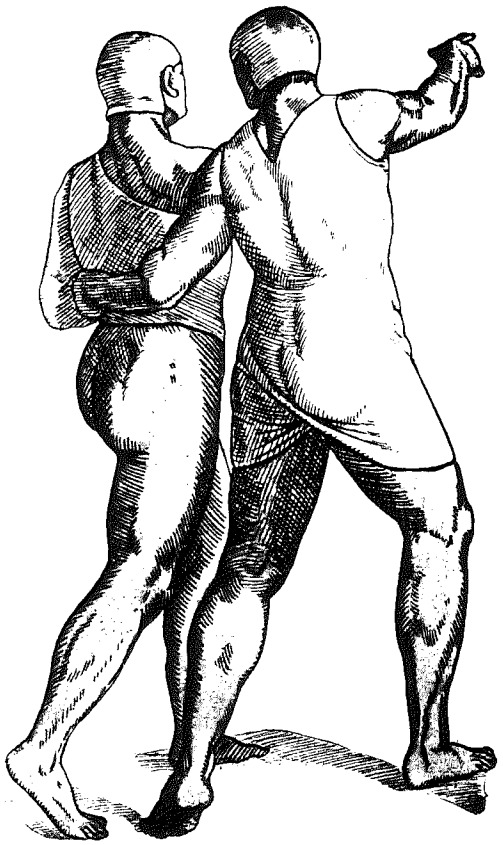
R A I

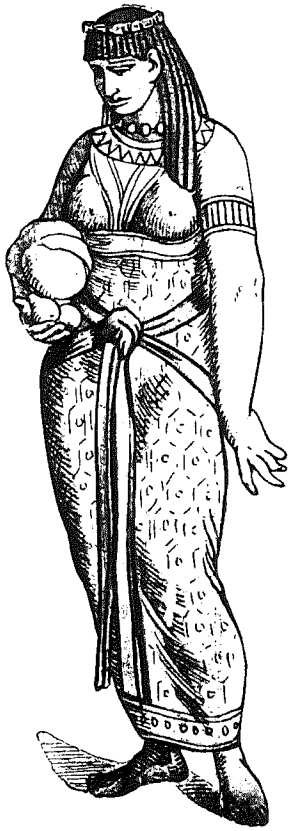
inguie
la inte
tar est
aquell

hombr
se, cóm
o pued
un co

lament
as agua
nientra
os hom
bles, sir
vid es

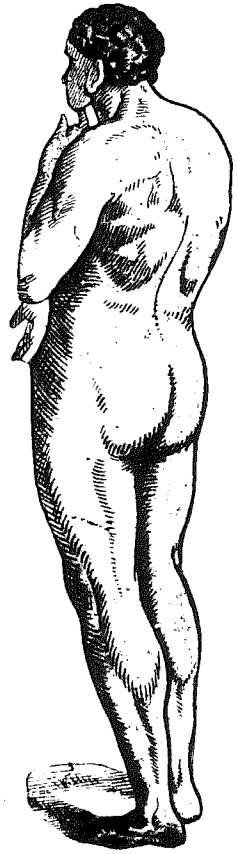
la vida
vivir, sir
o: vivir
cebar la
o lo que
tregarse
ran ante
al, quizá
solución
o habría
a sabido

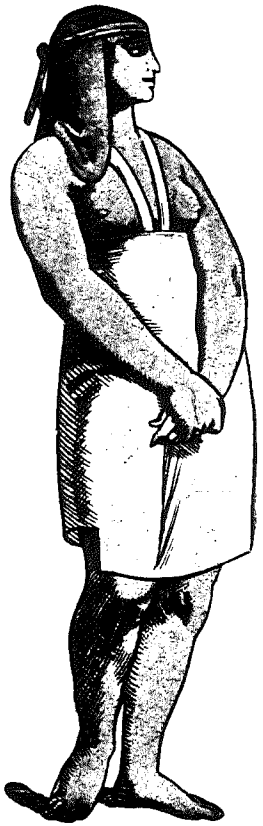




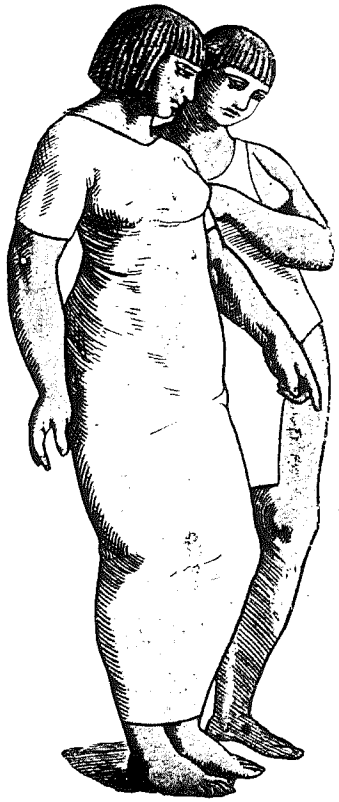


CIVILIZACION ORIENTAL









oner todavía en claro: la cuenta de la vida, tan corta, tan efí-
nera: nacer, pacer, morir...

¿Si hemos de pensar en un más allá? ¿Si el tránsito te-
renal del sér humano es algo más que nacer, pacer y morir?
Si el habitante racional de nuestro planeta, debe hacer algo
ue le distinga de la bestia que no razona? ¿Si hemos de si-
uarnos en planos espirituales que nos acerquen a la divinidad?
Bien, no hay inconveniente. Cuanto menos compliquemos nues-
ra existencia, más podremos pensar en ello y más claros apa-
ecerán los horizontes. Convertir el mundo en un cenobio
ontemplativo, sin apremios, sin ambiciones, sin torturas ma-
eriales, no sería un camino errado. Tan así lo considera el
utor, que por su parte puede decir que ese ambiente cenobial
o lleva ya en él, y no hay fuerza, no hay convención, no hay
rtificio que se lo arrebate. Para el autor no se ha inventado
odavía el traje que le haga ver los seres humanos diferentes
le como en esencia son. ¿Grados? ¿Jerarquías? ¿Proceratos?
Hombres, hombres, hombres, nada más que hombres, ataviados
on plumajes que los esclavizan, que los apartan de la verdad
del sol, de la verdad de la tierra, de la verdad del agua y con-
vierten su vida en un laboratorio químico cuyas miasmas lle-
garían a ser irrespirables, si los propios hombres no cuidaran
de tarde en tarde de destruirlo y aventarlo!

Se argüirá, quizá, que siendo tan libre el autor, tan dueño
de sí mismo, tan independiente en el Cosmos, no debería es-
cribir ni preocuparse de que los demás piensen de manera
diferente a la suya. Si escribir no fuera en él una necesidad
y un placer, no escribiría. No es propósito suyo convertir a
los demás y sumarlos a sus ideologías. Cada hombre ha de
hacerse por su esfuerzo y por su voluntad, hasta lograr que
cada vida individual sea un maravilloso mundo independiente.
Lo insoportable es que los hombres propendan a encadenar a

sus semejantes y lejos de anhelar esa varia y fecunda independización del individuo, asalten sin vocación, ni méritos, ni talento, los escalafones sociales valiéndose de unos simples procedimientos de trámite, con el único fin de clasificarse como se clasifican y diferencian los monigotes de guiñol: por el traje. Así, por esta comodidad burocrática, olvidan los hombres el tempero que habría de fecundar y vitalizar el surco de su propia formación, haciendo de cada uno de ellos un todo diverso e independiente con valores propios e inconfundibles. ¿Que el traje es una simple consecuencia de una carrera o de un sacerdocio? ¡No! ¡No es así! De ser así, no se daría el irritante caso de que un beocio con sable y con medallas, sea ya un general y de que un hombre entregado a todas las corrupciones, sea un ministro de Dios por el mero hecho de vestir sotana. Yo he visto repetidamente en mi país, en mi pobre país hipócrita y disoluto, que un mismo hombre se *vestía* unas veces de ministro de hacienda y otras de ministro de instrucción pública... Lo que no he visto nunca en él, debajo de su casaca, ha sido a ninguno de los ministros con cuyo traje le había disfrazado la "Gaceta".

Eso es lo infinitamente despreciable, eso lo que nos hace mirar con cierta simpatía las puras manifestaciones desnudistas, no por lo que son en sí, sino por lo que detrás de ellas se vislumbra. Es angustioso, es casi una regresión al salvajismo que el traje haya llegado a adquirir valores de idea, de ética y de representación social, y que se nos obligue a todos al acatamiento de este absurdo. Repito que no me interesa lo que piensen los demás, lo que sí me interesa, es que esos "demás" no me obliguen a mí a pensar lo que ellos quieran.

No hay que olvidar a aquel hombre que para no ser esclavo ni aun de su propia respiración, cerró la boca y no respiró más. Y aquellos que pretendan erigirse en pastores de un rebaño que no está dispuesto a serlo, deben también recordar al gran independiente heleno, que cuando el árbitro del mundo le preguntó qué era lo que podía hacer en bien suyo, se limitó a contestar: "Apartarte y dejar que me dé el sol".

Y en eso, en apartarse y dejar que cada uno tome el sol como mejor le plazca, está todo principio de libertad y de independencia.

No son, pues, propósitos redentoristas los que animan al autor mientras emborrona sus cuartillas. Fervores y misticismos racionalistas, sí, porque la razón es la clave de toda libertad individual.

En sus viajes por el norte de Europa, sorprendió un nuevo aspecto de la vida que le pareció digno de ser tomado en cuenta y de ser expuesto después a la consideración de los hombres de buena voluntad, que son los que no aspiran a embridar a los demás.

¿Consecuencias? ¿Resultados que podrían lograrse con este simple método de vida que pasaremos a describirte, lector? Tu mente habrá de discernirlos. Nosotros, seremos simples expositores, tú, espectador analítico que tamizará lo bueno y lo malo que el desnudismo te sugiera.

Pero, si es propósito tuyo acompañarnos hasta el final de este libro, límpiate de prejuicios, lector. Humanízate. Despréndete un poco de la poltronería de pensar aquello que el medio en que vives te obliga a pensar al envolverte en los gases de un ambiente creado. Haz un esfuerzo para ser tierra nueva, tierra virgen propicia a la simiente de las ideas. Piensa *tú;* arguye con *tú* cerebro y créate *tú* ambiente. Sólo así, con ideas propias y razonadas, podremos establecer un apacible y deleitoso coloquio. Yo exponiéndote las mías; tú oponiéndome las tuyas. El hombre que sabe leer, es un fiscal implacable del libro que tiene ante sus ojos. El buen lector no es

un bebedor de ideas. Las segrega, las desmenuza, las somete
la lupa de su intelecto noblemente hurgador y de ellas sur
al fin el ave fénix que alumbra su propia idea; idea que un
veces coincide con las del autor y otras le oponen una resiste
cia irreductible. Pero, siempre, siempre, el buen lector gua
dará un cariñoso respeto para el libro que ha leído, porque e
él habrá encontrado una mayor fortaleza de convicciones, s
por coincidencia, sea por oposición.

El hombre que odia el libro que lee porque en él se con
baten sus principios éticos, filosóficos o sociales, es indign
de leer libros. El libro puede y debe tener contradictores;
que no puede ni debe tener son enemigos.

Si eres desnudista apasionado o antidesnudista a "outrance
y quieres que este libro opine igual que tú, nos separaremo
muy pronto: en cuanto se nos ofrezca la disyuntiva de do
caminos, porque el diálogo no sería posible entre nosotros
Si quieres que hablemos de este nuevo aspecto al que algun
hombres han adaptado su vida, eso es ya otra cosa.

Hemos dicho que no somos desnudistas, y hemos de acla
rar que no lo somos porque las edades, las civilizaciones, lo
siglos y aun los años, han tenido siempre sus características
sus perfiles, su alma inconfundible. Y si en verdad los hombre
y las colectividades de cada época establecen entre ellos una
normas de vida de acuerdo con sus necesidades temporale
para relacionarse, preciso será que reconozcamos que nuestr
momento no es el del desnudismo corporal.

Apoyan los desnudistas sus teorías en el hecho ejemplar
de aquel pueblo que se llamó Grecia y que, en todos los lati
dos de su vida, alcanzó casi la perfección.

Tiempo nos queda para tratar con la debida atención tan
importante ejemplo, pero bueno será aconsejar a los simpátic
cos e ingénuos cultivadores de la libre educación corporal

renuncien a tan endeble arma, por la razón sencillísima de que
la Grecia gloriosa de Praxíteles, de Fidias, de Epicuro y de
as saludables olimpiadas, no fué nunca desnudista integral.
Respetó el desnudo; nada más. Por eso, precisamente, fué un
ran pueblo, porque tuvo como principios básicos de convivencia la libertad y el respeto. Quizá diríamos mejor el culto al
ndividualismo, que llegó a rayar casi en egolatría. Tan alto
an independiente se consideraba un heleno a sí mismo, que
amás descendía a preocuparse por lo que pudieran hacer los
emás. Cada griego tenía su Olimpo, y si no encontraba ado-
adores, se adoraba él. Un griego era Grecia. Cada individuo
n pueblo, una raza, un método, un principio filosófico. Y una
ey les obligaba a respetarse: la razón. Con este simple deta-
e, nuestra sociedad, vestida o no, nada tendría que envidiar-
e a la helena, porque Grecia, tuvo también sus defectos. No
bstante, fueron tantas y tales sus cualidades, que éstas nos
acen olvidar aquéllos.

Otro motivo nos lleva a no aceptar integramente el desnu-
ismo: el de estimar que éste sería una regresión voluntaria al
stado materialmente salvaje del hombre. Pero bueno será
ue digamos también que el odio cerril al desnudo, es otro
lvajismo mucho más temible que aquél.

Fué precisamente entre esos dos salvajismos donde se si-
ó Grecia, y nosotros desearíamos tener la fortuna de sabernos
locar también en tan envidiable posición.

¿Sería pedirte mucho, lector, si te suplicáramos que te
snudaras integralmente de toda intención tendenciosa para
der hablar amablemente, tranquilamente, de esa manera de
vir que importantes núcleos de unos países europeos asimi-
y cultivan y que en una sola nación, Alemania, cuenta con
s de dos millones de afiliados?

Ya ves, dilecto amigo, que somos comprensivos y no te

pedimos que desnudes tu cuerpo para leernos, pero el cerebr
eso que hace veinte siglos llevamos envuelto en los algodon
negativos de un ascetismo falso, eso que todos los moralist
y gobernantes pretenden tapiar con el cemento de la inco
prensión y los ladrillos de la falsedad, eso que, sin liberta
hubiera sido preferible no habérsele dado al ser humano, e
sí que está pidiendo una cura de aire y de sol a voz en gri

A que no se les niegue a los hombres el derecho de profila
moral y mental dedicará el autor sus esfuerzos en este libro
lo hará así, porque él también es un hombre, él también se
encontrado con un cerebro debajo de la bóveda craneana, y
quiere, no tolera, no admite ni se resigna a que otros se
administren como si fuera un inmueble destinado a la re
muerta de inquilinato. Y a aquel que, por la fuerza, por
violencia, se adjudique una administración ética y mental
no le ha sido conferida, y viole el sagrario del individuo,
brá de decirle que es más incivil y más irracional que un c
drúmano irresponsable.

Se afirma muchas veces para justificar determinadas a
tudes de los gobernantes "he obrado así, porque la salud
la república lo exigía". Reconózcase de una vez: la salud
la república no le exigirá nunca al gobernante nada que ate
a la libertad de los hombres; su incapacidad, su insuficien
para la ordenación de los destinos comunes, será lo que le
girá atentar a los sanos principios de las libertades públicas
no la guardería de estas.

II

El desnudo y la moral

Sabíamos de sobra, al coordinar nuestra labor, que el pri
er escollo con que habríamos de tropezar en nuestros razo
mientos para divertir lo que de bueno o de malo pueda
ner el desnudismo, había de ser la moral.

Interesante y digno de todas las atenciones sería para nos
ros el tal escollo, si a nuestras razones opusiera las suyas.
ero, no: la moral que ante nosotros se yergue como un es
ctro, no admite diálogo, ni acepta razonamientos. Es un
rmes de piedra berroqueña y se ha plantado muy tieso—de
siado tieso—en el mar de la vida dispuesto a que se estre
n en él las navecillas airosas de la alegría del vivir.

No obstante, intentaremos dejar sentados nuestros parti
lares puntos de vista sobre tan vidriosa cuestión, mas no
r vidriosa pondremos el más leve freno a nuestra pluma.

* * *

Nada más sencillo, nada más fácil ni más agradable que
tregarse a los deleites de una vida plácida, iluminada por
nimbo de serenidad, y mecida por las melodías de una dulce
naventuranza. Nada más complicado, nada más repulsivo

ni más aborrecible, que vivir una existencia atormentada, tu
bulenta, rotas en ella todas las armonías y sin un horizon
que levante un poco del suelo al ser humano.

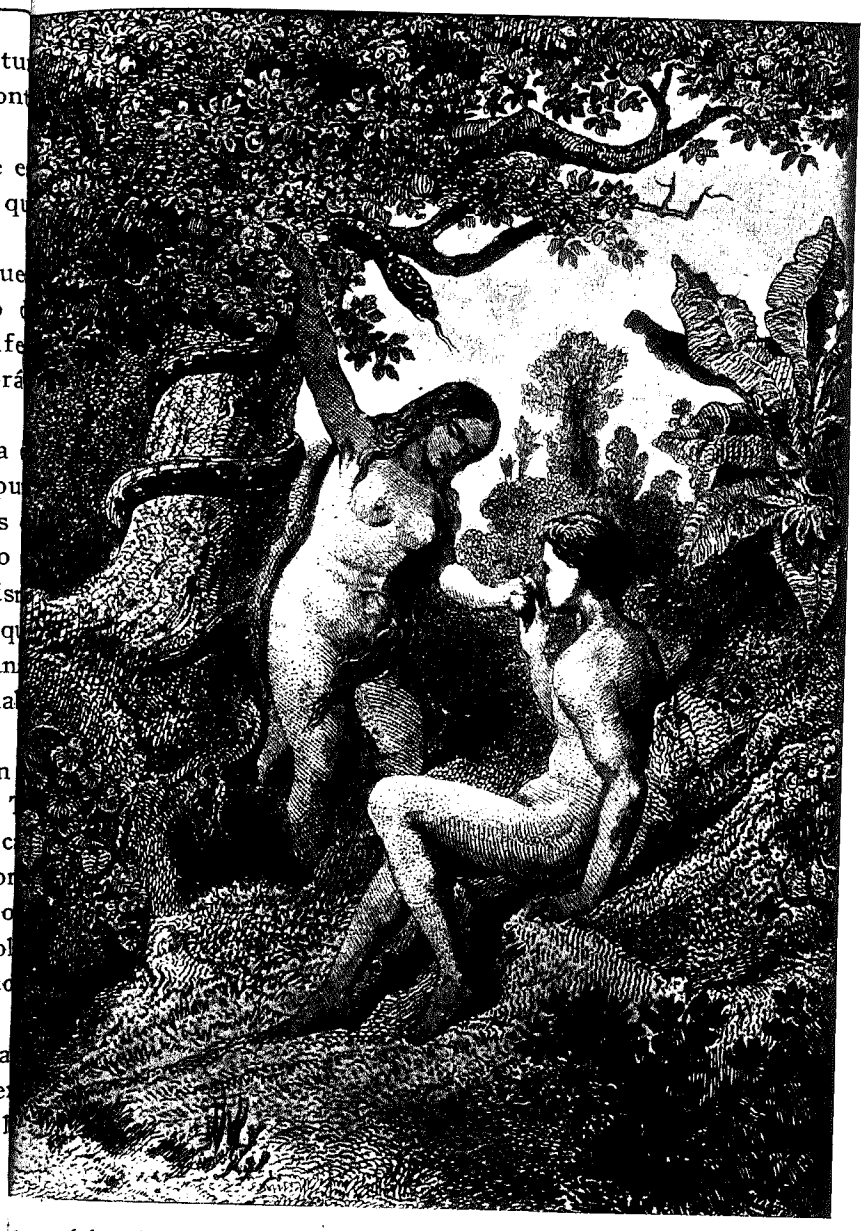
Y no obstante, el hombre se obstina, se complace y se e
fuerza, en convertir la vida en lo más ingrato y deleznable q
darse pueda.

Las principales, las clásicas virtudes de los pueblos fue
tes, de las razas equilibradas, hánse convertido al cabo
veinte siglos de ascetismo mal llamado cristiano, en manife
taciones consideradas poco menos que pecaminosas o en prá
ticas reputadas como detestables.

No nos hemos levantado todavía de la aparatosa caída
Roma en el caos de una civilización materialista que apu
hasta lo infinitesimal, hasta lo atómico, los turbios goces
la vida. Atemorizada la humanidad por el derrumbamiento
aquel pueblo, que había sido sano y fuerte en su paganis
inicial, mira con desconfianza y prevención todo aquello q
si en un principio fué base de su prosperidad y de su pujan
vino a convertirse a la postre en la sima tenebrosa que ha
de ser su sepulcro.

Lógicas y naturales prevenciones, aquellas, que habían
obrar de muro de contención de nuevos desbordamientos.
merosos los pueblos, libres ya de la tiranía de Roma, de c
de nuevo en el fango materialista en que se ahogaron los pr
tigios de la Metrópoli del mundo, cerraron espantados los o
a la verdad vital y se sumergieron en unas nuevas tinieb
las del falseamiento de la vida, las del horror al hombre co
hombre.

La lección, en verdad, había sido muy dura, dolorosa
extremo, y ella fué el revulsivo que aceleró la más pura e
tación del cristianismo, Jordán en el que la humanidad
su cuerpo purulento, lleno de nafras y de costras.



e aquí la pérfida serpiente y la tentadora manzana, que motivaron la "confección" del primer traje



CAIN ABEL

"Aquello" de la manzana, además de la invención del traje, tuvo las naturales consecuencias: Caín y Abel. Todos nosotros descendemos de ellos; la cosa no está muy clara; pero la sagrada "historia" nos lo cuenta así. Dejemos en paz a la historia.

Precisaba en aquellos momentos, que los hombres, avergonzados de sí mismos, huyeran de los esplendores del sol para enterrarse en las densas nubadas de un ascetismo ilimitado. Se hacía indispensable un *Mea culpa* que llevara en la gravedad de sus notas, liturgias de arrepentimiento y fervores de redención. Porque el cristianismo no fué otra cosa en sus iniciaciones, que una sed de redención de los hombres y de los pueblos. El silicio y el sayal burdo, habían de substituir por un tiempo, por unos años, por unos siglos, las coronas de mirto, las áureas copas, los lienzos de roces sensuales y voluptuosos, y todo aquello que caracterizara o recordara a los odiados opresores.

La Unidad Divina, debía vencer y venció a la pluralidad pagana que había determinado en su propia ascensión, la caída del pueblo más poderoso que se haya formado en la tierra.

El hombre se temía a sí mismo, a sus instintos, a sus pasiones. El recuerdo de una esclavitud ominosa, le aturdía y le obligaba a apartarse de cuanto pudiera confundirse con las prácticas de los tiranos.

Para situarse en el ambiente de depravación que había dado lugar a la formación de los núcleos rebeldes que abrazaron el signo de la cruz, bastará recordar que Roma llegó a ser la opresora del mundo entero y que todo el esfuerzo de la humanidad fluía en ríos de oro y de sangre hacia la metrópoli. Los romanos, por el mero hecho de serlo, eran considerados poco menos que seres divinos. La brutalidad y el despotismo de los conquistadores al lanzarse a sus aventuras guerreras, se traducía después en una vida de orgías y placeres inconcebibles al regresar triunfadores a sus lares. El Cosmos era Roma. Los únicos seres dignos de gozar los deleites de la vida, los romanos.

Pero nuestro mundo no es ya aquél. Lentamente los pue-

blos de la tierra han recobrado su perfil facial y las riquez
se han ido repartiendo. El hombre más rico y poderoso
nuestra civilización, no podría mantener un solo año, con to
su fortuna, la vida pródiga de un romano triunfador. S
otros nuestros tiempos.

Y reconocida la oportunidad del advenimiento del cristi
nismo, apresurémonos a consignar su actual anacronismo.
nuestros días la religión del Galileo, tal como la interpre
la Iglesia, no tiene razón de ser ni responde a necesidad
guna de nuestra civilización. Veinte siglos de prácticas y pr
dicaciones cristianas, han de haber determinado ya el mome
to que cristalice en deseos de nuevos horizontes y en costu
bres que nos acerquen al clasicismo inicial de la vida. No de
temerse una regresión a una vida orgiástica que sería impo
ble entre nosotros.

Véase como ejemplo el caso de los pueblos jóvenes de
América del Norte. Ricos, pletóricos, con yacimientos aurífe
ros y petroleros, con una industria y una banca poderosas q
rigen los destinos del mundo, han dado valientemente el pa
hacia una moral más amplia que aquella que informa al vie
continente y solamente han debido levantar un dique co
tensor: el dique bíblico del alcohol y por cierto, sin obten
resultado práctico alguno. En los demás aspectos de su vivi
nada anormal aparece con caracteres graves. Y no obstant
precisa tener en cuenta que así como en ellos se ha determin
do el salto por desborde, por lanzamiento, por exceso de v
talidad, por evolución natural y precipitada entre la sang
nómada y los primeros pasos hacia la civilización occident
cuya influencia no han podido evitar, en nosotros, en la vie
Europa, habría de ser a la inversa esta evolución, mejor dich
habría de ser no una ascensión, sino un declive, un lento reto
no a lo pasado, una ley de gravedad invertida, una derivaci

de la senectud a la plétora de una vida que renace, que reflo-
rece, que reencarna en sí misma y siembra arterias vitales
en lo que era ya ceniza o a lo sumo mortecino rescoldo.

En apoyo de nuestras palabras, bastará imaginar lo que
sería un pueblo que hubiera vivido el dolor de todas las ex-
periencias, si contemplase cómo se abría de nuevo ante él el
camino de la vida. Evocad esta imagen en vosotros mismos, en
vuestra individualidad, como si de súbito recomenzárais vues-
tra vida, y fijad vuestra mirada en lo cautas que habrían de
ser las apacibles caminatas sobre el césped verdeante de la
ilusión, del vivir ingenuo, recordando los precipicios, los abis-
mos que se abren a vuestro paso y bordeándolos cuerdamente,
sin lanzarse al vacío en alas de la quimera, porque no ignore-
rías ya que en el fondo no está la anhelada luz, sino mise-
ria, armonía rota, sensibilidad perdida, instintos odiados por
satisfechos. Una vida de goce puro, en la que se bebería gota
a gota el néctar de la felicidad sin caer de nuevo en los erro-
res sufridos. Vivir dos veces, en una palabra, que en verdad
sería vivir una sola y única vez: la segunda.

Esa lucha actual del hombre contra el hombre, ese agota-
dor debatirse en el vacío de las ideas muertas, por temor a las
ideas vivas, no tienen ya razón de ser y han de venir cerebros
de buena voluntad que acierten a darles fin.

Una moral nueva, humana y jugosa, ha llamado a las puer-
tas de la humanidad y es inútil que no se la quiera oír. Los
aldabonazos son ya demasiado recios.

Por ley natural, que responde a la psicología de los pue-
blos de todas las épocas y de todas las latitudes, siempre ha-
brán de ser los menos aquellos que conduzcan a los más, pero
si los primeros se convierten de pastores ungidos de buenas
intenciones, en tiranos ensoberbecidos por la fuerza que les
da el poder y en lugar de ser fieles intérpretes de la voluntad

de la masa, quieren imponer a aquélla sus especiales y part
culares tendencias, tarde o temprano habrán de reconocer s
error y pagar sus culpas.

Decimos esto, porque se da con gran frecuencia el ca
de pretender imponer al pueblo una moral en abierta opos
ción con sus costumbres, olvidando que la moral y la étic
no obran por imposición sino por persuasión. Convertir
moral en un producto elaborado en las retortas del odio a
vida, de la cerrilidad y de los convencionalismos, es muy fr
cuente en los gobernantes y esa es su equivocación. La mora
como el sol, es absoluta y no tolera la alquimia de los hom
bres. Las interpretaciones que los hombres puedan darle, n
variarán nunca su esencia. Moral y convención no es lo mism

Se ha dicho, se ha repetido de una manera absurda y d
masiado cómoda para dar paso a la "interpretación", a la "con
vención", que la moral no puede definirse. Nada más definib
precisamente, porque en su esencia es inmutable y es unive
sal. La moral no es otra cosa que la Bondad y la Belleza
Donde haya belleza de forma y bondad de intención, allí est
la moral.

¿Puede ser inmoral una obra de arte, por muy erótica qu
ella aparezca? Si es obra de arte, no puede serlo. ¿Puede hab
inmoralidad en el acto de desnudarse una mujer delante d
un hombre de ciencia para someterse a un exámen? Ridícul
sería pretenderlo. La belleza del artista y la ciencia bien in
tencionada del doctor han borrado todo vestigio de inmoral
dad. Belleza. Bondad. He aquí la única moral que debería regi
a la humanidad.

Pero muchos pastores de pueblos no lo creen así y llega
al desatino de mandar cubrir con velos pudorosos, escultura
de forma bellísima, sin acordarse de que la forma humana, e
obra Divina.

No basta con que se crea que se hace el bien. Yo me atrevería a decir que el bien y el mal, es el pueblo en su instinto quien lo determina y todavía me aventuraría a apuntar que los hombres llamados a regir sus destinos, si son honestos, han de limitarse en sus funciones conductoras a que el instinto del pueblo no se salga de los cauces tranquilos que la naturaleza tan sabiamente señala en cada latitud y lograr que el bien individual, egoísta, corrosivo, no dañe al bien de la comunidad. Y a eso, le llamaremos convención, nunca moral, porque la convención significará un pacto temporal, ocasional, entre los hombres, mientras que la moral seguirá siendo eternamente la misma: Belleza. Bondad.

¿Dónde terminan esa Bondad y esa Belleza? ¿Cuál será el cerebro privilegiado llamado a señalar sus límites? Difícil, muy difícil contestar a esta pregunta. Tan difícil, que en lo que va de mundo, no ha podido concretarse todavía. Diríamos, más para nosotros mismos que con el intento de ofrecer una relativa solución a tan compleja cuestión, que la bondad y la belleza se definen ellas mismas procurando emoción y beatitud a los seres humanos. Yo he podido ver en plena naturaleza una cópula bovina, fuerte, recia, impresionante, y ella me ha sumido en una agradable beatitud contemplativa que me ha hecho pensar en la sabiduría de Dios. Yo he presenciado el dulce embeleso de dos enamorados, caminando lentamente por las calles umbrosas de la ciudad, tiernamente enlazados, confundidos sus alientos, y esta visión me ha procurado una placidez de alma casi angélica.

No obstante, en el caso de la cópula bovina, descubrí con verdadero espanto que el párroco de la villa amonestaba con voces y gestos apocalípticos al boyero porque permitía que su hija, una rapazuela de trece años, contemplara el ayuntamiento de las bestias, mientras sujetaba a la vaca por el cuello. Y

en el idilio de los enamorados urbanos, pude darme cuenta que un guarda de la ciudad les llamaba al orden por su fal de compostura.

Y preciso será reconocer que ni el párroco ni el guar obraban en desacuerdo con las convenciones y bien entendid sociales. No eran ellos los que se indignaban ante la obra be de la cópula bestial y la buena acción de dos seres human que cumplían una ley de la naturaleza y un precepto divin multiplicarse, amarse. Es que el párroco rural y el urba guarda, habían aprendido que amarse y multiplicar la espec era pecado.

¿Quién había inducido a estos dos hombres a creer t enorme aberración? La falsa convención de los constructor de pueblos, que hacen leyes e imponen preceptos a espaldas la masa y en desacuerdo con la misma vida. Ese error gran de creerse ellos "dueños" de los demás y no "servidores" c común, ese afán desmedido de gobernar *al* pueblo y no *para* pueblo, es lo que nos lleva a los estados de inquietud y zozobra que al fin han de traducirse en convulsiones violent de la multitud.

Y ello ocurrirá en tanto el hombre público no sepa ma tenerse en su papel de pastor cariñoso que conduzca el reba hacia el redil de la felicidad. El hecho se repetirá eternamen mientras no se dé cuenta de que la felicidad no está en él y q no es él quien debe determinar dónde está esa felicidad. Es pueblo quien la presiente. Es su instinto quien le dice dón debe buscarla. El hombre ha reducido a la bestia hasta log hacer de ella un elemento útil a la comunidad; pero la bes sabe bien lo que es conveniente y lo que es dañino a su nat raleza. ¿Cómo no habría de saberlo el ser humano?

No debe vivirse una existencia de instintos monocordes carnales, pero tampoco se puede vivir en oposición con la vi

La armonía varia del conjunto, actúa en los hombres de diapa- ón del bien y del mal. Empeñarse en romper esa armonía, esa variedad humana y jugosa, sea en el sentido que sea, por estricción o por abuso, equivale a entablar una batalla con a naturaleza y la naturaleza es más fuerte y mucho más sabia ue el hombre.

Para resolver íntimamente el confuso interrogante de la Bondad y de la Belleza, para saber qué es lo que se aproxima a la moral y qué lo que se aleja de ella, no precisan libros que lo expliquen. Soltad las palomas del vivir dentro de vosotros mismos. Dejadlas volar sin temores ni zozobras. Mientras ellas se mantengan blancas y puras y crucen el espacio de vuestro cerebro y de vuestro corazón entregadas a la ingenuidad del vuelo por el vuelo, estad tranquilos: no hay inmoralidad en vosotros. Cuando esas palomas roan vuestra alma y enturbien vuestro intelecto, no son palomas: son cuervos. Torcedles el cuello.

No ha mucho, pudimos leer, no sin cierto asombro por venir de quien venían, unas palabras pronunciadas por uno de los miembros más destacados de nuestra Academia de Ju- isprudencia. Si no creyéramos en la buena voluntad y en a recta intención de quien las pronunció, no las estampa- íamos en este libro. Mas, como se da el caso de estimar que no es la pasión, si no la noble convicción lo que las dictó, las copiaremos y comentaremos, por desprenderse de ellas una visión muy generalizada del miedo al desnudo. Decimos miedo y no odio, que quizá sería la expresión exacta.

He aquí las referidas palabras:

"Al tropezar continuamente con grupos de bañistas que se pasan la vida en *maillot* y al verlos en tal indumentaria tran- quilamente instalados en restaurantes y casinos, la visión de tanta desnudez y de tanta piel ennegrecida hace que uno se

pregunte: ¿me hallo en medio de una sociedad salvaje q
empieza a civilizarse o bien en un pueblo decadente que
grandes pasos retrocede hacia la barbarie?"

Fácil habría de sernos contestar a la pregunta del ilust
jurisconsulto, y para ello habríamos de limitarnos a copiar
parte sus propias palabras. Aquellas que dicen: "al verlos
tal indumentaria tranquilamente instalados en restaurant
y casinos". Esa tranquilidad de que nos habla, esa naturalid
y desenvoltura de los bañistas, sería suficiente para deduc
la ausencia en ellos de toda cerebración libidinosa y, por
tanto, poco habría de preocuparnos su desenfadada manera
obrar, ya que desenfado en ellos es lo que hacen deducir
palabras copiadas, nada más que desenfado o despreocupació
Y ni una cosa ni otra pueden ser consideradas como grav
transgresiones a la moral ni a las buenas costumbres.

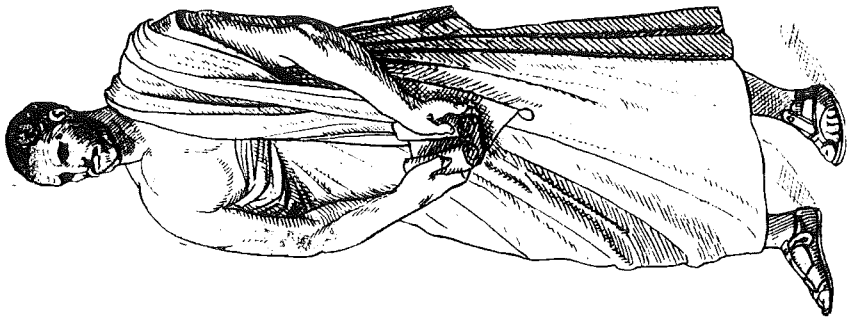
En el supuesto, pues, de que los referidos bañistas no l
maran la atención del jurisconsulto por otra razón que p
estar tomando su café o su aperitivo en traje de baño, en lug
de hacerlo en traje de sociedad, no vemos en ello motivo
escándalo ni causa para suponerlos entregados a la salacid
de un incipiente salvajismo. No concedemos mayor importa
cia al hecho de estar en traje de baño en la playa o al
permanecer con tan ligero indumento en una terraza cercan
Tan traje de baño es en un sitio como en otro y, por ende,
mismos elementos excitantes de la libídine habrían de actu
en la playa que en la terraza.

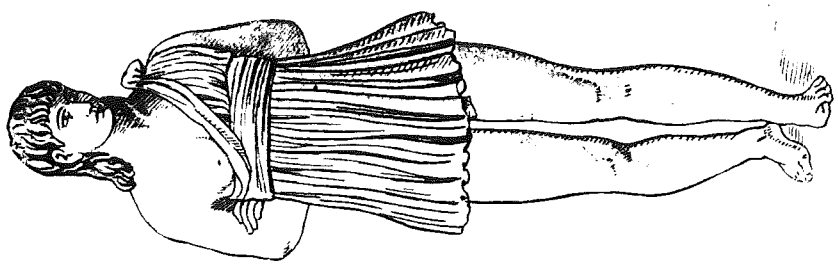
Lo que no comprendemos, lo que verdaderamente nos
asustado, es que pueda ser considerada como una regresión
salvajismo la consecuencia de una práctica tan saludable co
la helioterapia, que es la que ha cuidado de curtir tanta p
ennegrecida como vió el respetable doctor. Ni la helioterap
es signo de decadencia en un pueblo, ni puede considerar





Eva El traje femenino en la Biblia: *Inocencia-Castidad* **Ruth**









El traje femenino en la Biblia: *Coquetería-Sensualismo*

Bethsabé

Salomé

- ROMANA













Peplos, palios, togas, clámides, túnicas etc. que nunca deformaron la humana silueta.

hoy tan ponderada ciencia como determinante del estado semi-salvaje de una raza que comienza a civilizarse. No: la helioterapia y su hermana gemela la hidroterapia, son distintivo, precisamente, de las sociedades que han alcanzado un mayor grado de civilización. Pongamos la anglo-sajona como ejemplo y así nos evitaremos mayores digresiones.

No negaremos que escudándose en la práctica de tales y tan saludables procedimientos de cultura física, se cometan actos incorrectos y aun vituperables, pero no dude el reputado doctor que los individuos que así se comportan en aquel ambiente claro y soleado, obrarían mucho peor en la media luz de un templo. Y no por ello vamos a culpar a la iglesia ni a denostar como concupiscente la asistencia a la casa de todos.

No es, pues, la desnudez, ni la piel ennegrecida lo que hemos de mirar con precaución, si no la intención de aquellos que, desnudos o vestidos, pongan en sus actos. Y para estos casos tenemos buenas ordenanzas municipales y leyes de policía excelentes que en su articulado salen al paso de los desaprensivos, estén donde estén y vistan como vistan.

Pero lo lamentable, no es lo que en esencia dice el doctor, sino lo que en potencia quiere decir, o sea que el desnudo en sí, es inmoral. Esa desnudez, ese acercamiento a las razas primitivas es lo que ha alarmado al doctor, y esa alarma precisamente es la que nos descorazona. Cuando un hombre de la envidiable cultura del que nos ocupa, ha podido proferir tales palabras en un momento de sincera ingenuidad, ¡qué no harían de decir ante el mismo espectáculo otras capas sociales menos cultivadas y mucho más alejadas de los senderos de la comprensión, de la ciencia y de la tolerancia!

Y ante tan desconcertantes teorías estamos casi por preguntarnos: ¿qué diablos tendrán que ver la moral y la ética de

un pueblo, con los productos de los fabricantes de paños y
epidermis de una parte del cuerpo humano?

Porque a nuestro modesto entendimiento, no hay mane
de hacerle comprender que la moral y la nobleza de inte
ción de los hombres, florezca como un lirio acuático en
exterior del cuerpo humano. Nos parece cosa algo más ser
y la vemos dentro del cuerpo, en el surco profundo de l
células y en la temperada tierra de las vísceras cordiales.

¿Se asustaría mucho el pusilánime doctor si dijéram
nosotros que, a nuestra manera de ver, el pueblo que con m
yor dignidad sepa llevar el traje de baño, será aquel que m
se acerque a la lejana Acrópolis de la más pura civilización?

¡Con qué dolor, con qué desesperanza miramos aquellos q
no somos desnudistas ni anti desnudistas esas actitudes
incomprensión en las altas esferas del intelecto!

Quizá, si el mundo no estuviera tan convencido de q
con un buen traje muy casto y muy pudoroso, basta para ser h
nesto, no sería tan profundamente inmoral.

Desde luego, este problema de la moral del desnudo, q
tan por extremo agudizado casi no existe más que en E
paña, es una simple cuestión cultural. No ya en París, la vil
de la luz intelectual, sino en el propio Berlín y en tiempo
de los Hohenzollern, podían admirarse, fronteras al mism
palacio del Kaiser, soberbias estatuas en perfecta y absolut
desnudez y en las columnas porticadas de la gran plaza d
palacio imperial de Potsdam, residencia ancestral de la mona
quía alemana, pueden verse portentosas esculturas de amb
sexos, en actitudes nada dudosas para no suponerlas entreg
das a los goces de la carne.

Y es precisamente allí, al pie de aquellas columnas, dond
hemos visto juguetear a la infancia de Potsdam y reclinars
en ellas a la estudiosa juventud germánica, devorando las p

ginas de los libros de texto. Y ello nos ha hecho pensar con tristeza en nuestro pobre país, en este país que no tiene otro defecto que el de sus elementos directivos.

Si a los niños se les educara en la verdad de la vida, si se desplegara valientemente ante sus ojos el panorama de la sexualidad, si se aventaran las nubadas que turban y enturbian su cerebro; si se desgarraran los telones misteriosos que acrecen su insaciable curiosidad; si no se les separara por sexos en la vida de relación; si el niño y la niña fueran dos compañeros; si no se les llenara la mente de tortuosos convencionalismos incomprensibles para ellos; si se les dejara crecer y hacerse ellos mismos, sin perderlos de vista, pero sin atemorizarles; si se les educara en la libre cultura del cuerpo y de la inteligencia; si no se les ocultara nada y se les mostrara sin temor todos, absolutamente todos los peligros de la vida, seguramente no habríamos de insistir ahora sobre un punto tan primario como es el de la moralidad del desnudo y podríamos entregarnos a mayores, más amplias y más profundas disquisiciones.

Si se fortaleciera a la infancia con los sillares fundamentales de una educación racional, no tardaríamos mucho en ver aparecer en nuestro ambiente social, las flores limpias y olorosas de una moral más humana, por más sincera; una moral que podríamos llamar del aire, del agua y del sol, con la que contribuiríamos a borrar buena parte de los estigmas que pesan sobre nuestra civilización, tales como la tuberculosis, la escrófula, la sífilis, el alcoholismo, las aberraciones sexuales, etcétera...

A los escépticos, a los ya culturalmente formados, seguramente habrán de parecerles infantiles estas palabras nuestras, olvidadas y arrinconadas de puro sabidas. En efecto: nada hay nuevo bajo el sol, pero bueno será no olvidar que hay

mucha gente, demasiada gente, que vive tumbada a la sombra y mucha más, muchísima más, que cuida de colocarse a manera de masa opaca, entre las tiernas inteligencias y ese viejo estoico que todos los días aparece en lo alto para alumbrar nuestro planeta.

Otros, no tan escépticos pero más perspicaces, argüirán probablemente que con nuestras doctrinas no conseguiríamos otro fin que el de crear una sociedad odiosamente materialista. Ignoramos lo que, en la vida del hombre sea el materialismo, o mejor dicho: desconocemos el ideal que los hombres no hayan reducido a la materialidad. De pena nos tiemblan las alas cada vez que nos proponemos adentrarnos en la máquina que cuida de hacer accionar los más puros, los más sublimes ideales. La materia lo ahoga todo. Las doctrinas y los hombres que las propagan están en perfecto y absoluto desacuerdo. Se predica humildad, con la soberbia; se habla de caridad con las manos atiborradas de pedrería y las sienes ceñidas con brillantes diademas; se pondera el amor al prójimo, con el látigo en la diestra; se habla de perdón, con una ferocidad legislativa y unos regímenes disciplinarios, que espantan; se habla de amor y de hermandad, mientras se justifican epopeyas guerreras...

¡Ah!, no mentéis tales cosas con los labios, mientras los actos escarnezcan las palabras.

Quizá, sí, quizá sea verdad que nuestras doctrinas resulten un poco materialistas, pero, de todas maneras, un materialismo que se apoye en la verdad y en el equilibrio del ser humano, no nos parece un caos tan espantable como el que ahora presenciamos de una sociedad que se tambalea sobre el castillo de cartas de la hipocresía y de la mentira.

A pesar de que hemos dicho y pensamos repetir todavía muchas veces, que este libro no es una apología del desnudismo y que sólo para determinados momentos de la vida nos parecen practicables tales doctrinas, sabemos que no nos será dable escapar al encasillamiento de apóstoles del nuevo método de vida que practican ya en Europa algunos millones de hombres. El simple hecho de mostrarnos neutrales en el debate establecido entre desnudos y vestidos, será en nosotros pecado imperdonable y motivo de odios feroces. Resulta más cómodo encasillar y fichar con cerrilidad policíaca, sin valoraciones graduales, sin latidos de humana comprensión, que discernir, analizar y segregar los actos de los hombres. No importa. España entera es un fichero. Todas las plumas sinceras de España están fichadas. Lo único que pedimos a los que honestamente se crean nuestros adversarios, es que los principios y opiniones que expongamos con referencia al desnudismo no sean combatidos en nombre de la moral, completamente al margen de esta cuestión, sino oponiéndoles otros principios y otras opiniones científicas, psicoanalíticas o puramente circunstanciales de tiempo, de lugar y de colectiva conveniencia.

Los desnudistas, al entregarse a sus prácticas, sólo piensan en que así vivirán mejor. Demuéstreseles lo contrario con razones, que es como se demuestran las cosas y no con rusticidades y abusos de poder que a la larga habrán de traducirse fatalmente en armas de dos filos que hieran a sus propios esgrimidores. Apártese de una vez para siempre el indumento de la moral. Las contiendas entre desnudistas e indumentistas, para ser nobles, para ser fértiles, no pueden ni deben mantenerse en este plano. Sería ridículo suponer que un hombre que viva desnudo no pueda ser de una moralidad intachable y que otro vestido hasta las cejas no pueda almacenar en su mente todos los detritus de la anormalidad.

Acéptese el hecho cierto e irrebatible de que los pueblos

adaptan sus vestidos a las exigencias climatológicas de su región y nunca condicionándolos a una ética en desacuerdo con aquéllas. ¿Qué relación de moralidad puede tener el indumento entre los moradores de las zonas glaciales y los de las tierras tropicales? Esto es un absurdo que no puede ni debe admitir una sociedad medianamente cultivada.

Abórdese el problema en su verdadero y estricto sentido humano. Inquiérase qué método de vida es más aconsejable pero no con muecas espantables y aspavientos ridículos que recuerden las ya extinguidas hogueras de los autos de fe, sino con el cerebro muy despejado y con todas las ventanas del intelecto abiertas a los vientos de una vida menos atormentada que la nuestra.

Sed desnudistas o antidesnudistas; esto no dañará a la sociedad; lo que la corroe, lo que la entrega a una desesperanza subversiva, es que a un ideal fervorosamente sentido por unos hombres, se le oponga una estaca impune como argumento máximo. Y aquí, en España, la argumentación del poder, es esa.

III

El desnudo ante Dios

La Biblia es un libro profundo y jugoso que los hombres deberíamos leer un poco todos los días. En él se contiene la ciencia del Bien y del Mal, depurada a través de mil generaciones entregadas a la penetración de la hondura de la vida y al esclarecimiento de sus misterios.

Es un camino de luz que resplandece en mitad de las tinieblas, con mansedumbres de noche lunar; pero con claridades y transparencias de estanque en los ventisqueros. Leyendo la Biblia, no puede evitarse mirar las honduras de la vida.

Ejerce sobre los hombres una acción bienhechora por su sana ejemplaridad. Su amplitud de horizontes y la luminosidad de sus paisajes, son elementos propicios a las interpretaciones blandas y generosas de la vida. Si el cerebro humano tiende por inercia a la perversión, a esa tendencia debe oponérsele el dique de las sugerencias azules. La fábula bíblica de la creación del mundo y del hombre, no soporta el más ligero examen científico, ni la más leve incursión racional. Es de una albura encantadora. Cuanto con ella se relaciona obliga a cerrar la mente del pensador. Pero, no obstante, los polícromos telones del Génesos incitan al hombre a mantenerse puro, a vivir una vida incruenta, a mirar con horror la maldad.

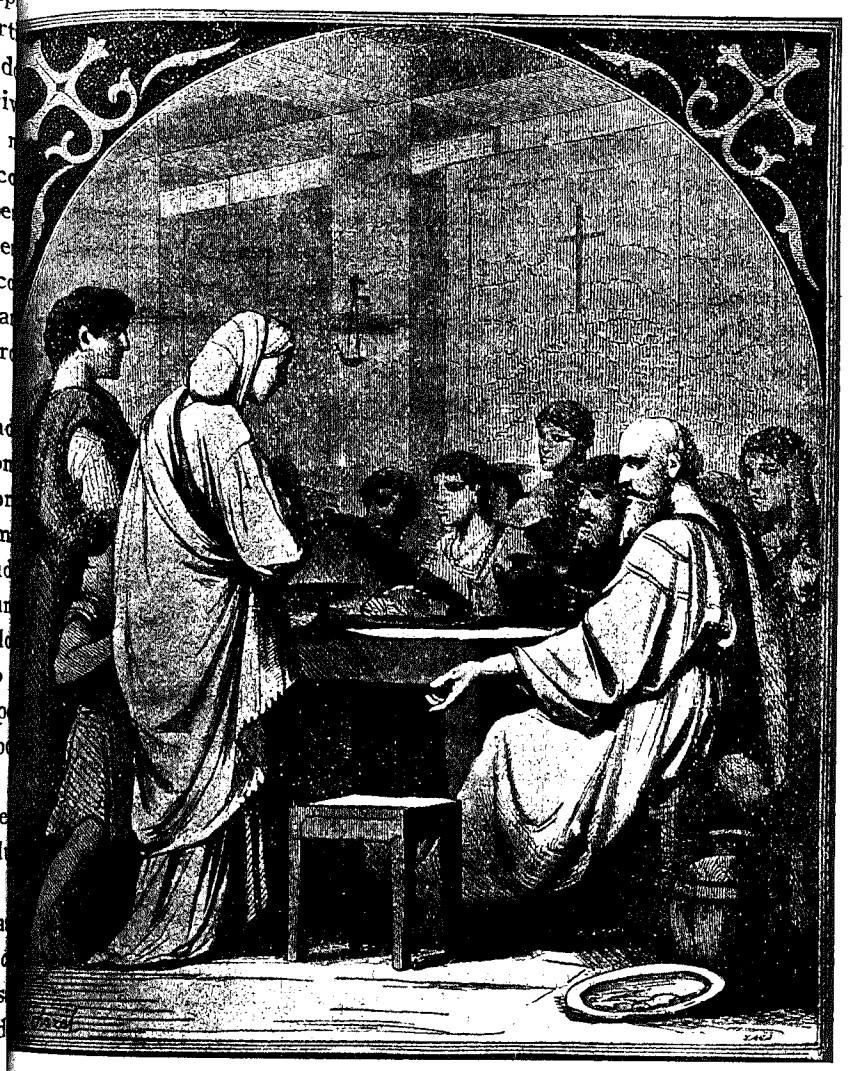
Bella fábula que como las de Grimm y de Perrault, cump una misión. Pero comienza a sentirse la necesidad de advert a los niños que la comedia divina es una de las más bondad sas invenciones literarias de los hombres y es ya un imperati no abandonarlos colgados de aquel interrogante inicial que deja pasar adelante la tierna mente de la infancia cuando c referencia a la multiplicación de la especie humana se encue tra con que nuestros primeros padres no tuvieron descende cia femenina. Tan enorme es esta monstruosidad inicial que c ella se cierra ya todos los horizontes a las inteligencias infa tiles para poder acompañarles suavemente hacia los sender de la verdad científica.

No nos interesa de la Biblia el sentido místico y sagra que se le ha querido dar. Nos emociona, sí, la humana co prensión de la vida que en sus fructuosos versículos descubr mos. Hay en ellos, fortaleza de voluntad, templanza de alm amplitud de visión. Este libro lento y maravilloso, sólo pu ser dictado por unos hombres sentados en lo alto de u meseta, bajo el dosel de las nubes, sobre el verdor de l prados, con la mirada en el azul del mar y contemplando sus pies el hormiguero del mundo, diminuto, inquieto, torp revolviéndose en sus pasiones, ahogándose en sus vicios, ab tagándose en su maldad...

Y ellos, los hombres plácidos, los hombres imperturbable sentados en la cima de la colina, observaban, tamizaban, ded cían y dictaban...

Por aquí camina una hormiga que avanza avariciosa arra trando angustiada un enorme grano de maíz. *"Vale más po con justicia..." "Aquello que se adquiere con demasiada pris pronto se menoscaba.."* — comentaría uno de ellos, acariciand sus fluviales barbas.

Por allí se pavonea otra hormiga presuntuosa, engalanad



Plácida representación de las costumbres hebreas en cuyo indumento se advierten influencias helenas y orientales



Heliogábalo



Nerón



Calígula



Cómodo

Cuatro testas coronadas (descendientes directos de los dioses, seg
ellos), que cuidaron de demostrar con sus costumbres crapulosas, q
el paganismo era inmoral y corruptor.

con un pedazo de vidrio de relucientes facetas. *"Más preciosa que las piedras preciosas, es la Sabiduría..."* —advertiría otro de los viejos, con una gran calma en los ojos y una leve sonrisa en las comisuras.

Más lejos, un enorme hormigón de relucientes tornasoles, fatuo, endiosado, ingente sobre una dorada peana rodeada de una gran multitud de hormigas de acerados aguijones, está dictando a su antojo, leyes impiadosas, preceptos arbitrarios, cuyo acatamiento se apoya en los aguijones de las hormigas que le protegen. *"El impío será presa de sus propias iniquidades y atado por las cuerdas de sus pecados." "En la justicia está la fortaleza y ella será el apoyo del trono."*—exhortaría un vejete nervioso y apergaminado de ojillos vivos y movedizos. (1)

Y de esta suerte, con llaneza que acorrala, con palabra certera y precisa, nos va mostrando este libro emocionante, las deleitosas cordialidades de la senda de la Verdad; la beata delicuescencia de las sombras del árbol del Bien; los suaves y tranquilos resplandores de ese luminar mayor que es la Inteligencia.

Verdad, Bondad, Sabiduría... ¿Por qué no leerán con fruto, un poquito todos los días, ese libro jugoso que es la Biblia, nuestros encauzadores de multitudes?

Pero, a veces, la Biblia, en sus bien intencionados propósitos aparece ante nuestros ojos con un candor y una infantilidad excesivos. Se comprende que así sea. En aquellas jornadas lejanas, jornadas de gestación, de formación, a los hombres que escribieron el Antiguo Testamento, no les era dable anticiparse a ellos mismos; no estaba a su alcance inquirir y desmenuzar su propia humanidad. Caminaban sobre experiencias,

(1) No debe olvidarse que buena parte de esta obra fué escrita en época en que una dictadura incivil denigraba a España.

y eran esas experiencias, ya hechos consumados, la mat
que alumbraba la idea. Iban de sorpresa en sorpresa, y cada u
de ellas se traducía en una consecuencia que anotaban pa
orientar en su camino a generaciones venideras. De ahí
infantilidad que en ella descubrimos nosotros y que, no obst
te, era en aquellos días la filosofía de la vida.

El Cosmos giraba alrededor de los incansables patriarc
y ellos hundían la mirada en el Todo, para razonar el por q
de tanta maravilla inexplicable. Se encantaban mirando el f
recer de los árboles y el frutar de las flores. Se embelesab
contemplando la prodigiosa bóveda tachonada de luces. P
manecían absortos ante el milagro del día y de la noche, pe
ni sus ojos estáticos, asombrados, ni su cerebro tenaz y hurg
dor, acertaban a desentrañar los insondables misterios del mu
do en que moraban. Todo aquello que veían, que palpaban, q
daba muy lejos de la claridad y de la razón. A la Inteligenc
que era patrimonio de los patriarcas, no la acompañaba toda
esa hermana suya, que luego fué carne de su carne, y que h
mos llamado Ciencia. Intuían, pero no razonaban. Y cuan
la Inteligencia no puede razonar, sueña. De ahí que soñar
los patriarcas y se entregaran a sus cantos bucólicos, a sus hi
nos a las espigas, a sus adoraciones místicas a la tierra, al s
a la luna y a la suma de todo lo que para ellos era inexplic
ble.

La Divinidad, el Creador supremo, fué la única razón q
supieron hallar. El mundo no podía ser obra de un mortal c
mo ellos. Miraron hacia arriba, que es hacia donde miran l
que lo han mirado todo y no saben ya a donde mirar, y adorar
aquéllo que estaba por encima de ellos y de su comprensió

Y lo que no tuvo *razón*, tuvo *visión*. Y entonces, ahora
después, los visionarios serán siempre niños.

* * *

En las páginas iniciales de la Biblia, se ha ideado una encantadora trama para explicar la formación del mundo y el advenimiento del hombre y de todo ser viviente sobre la superficie de la tierra, en la densidad de las aguas y en el éter del espacio.

No desdeñemos algunas de las premisas sentadas en el Génesis, que si repudian todo intento de profundidad científica, se muestran propicias a la amplitud generosa y al esponjamiento cordial, tan estimables como aquélla en la vida del hombre.

Veamos lo que nos cuenta el venerable y tenacísimo Moisés en su primer libro y pongamos toda nuestra bondad, todo nuestro buen deseo, al interpretar su ingenioso y poético relato.

"Honni soit qui mal y pense"...

Dice Moisés:

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra... la luz... las aguas...las nubes... la hierba... el árbol... el día... la noche... las ánimas vivientes que vuelan y se arrastran sobre la tierra en la densidad de las aguas... y en el sexto día, creó el hombre".

El Creador dió al hombre por compañera a la mujer y los colocó en las tierras de Edén, para que vivieran y pacieran allí felices, ingenuos e ignorantes de la existencia del Bien y del Mal.

El hombre y la mujer, no se sabían tales. Vivían en la incomprensión de todo, porque todo lo ignora quien no ha sen-

tuvo atormentado su cerebro por los estiletes del Mal y d Bien.

Dios tuvo el propósito de dejar dos niños, en la eternida de la tierra: Adán y Eva.

Pero, en las tierras de Edén, había de todo y entre ese tod surgió un reptil... obra de Dios, también, pero reptil al fin.

Quiso Dios en su compleja magnificencia, que los reptile cumplieran también una misión en la tierra: reptar, hurga insinuar, turbar.

Dios era el único ser que, en su supremacia, comprendi la razón de las cosas. Los demás seres, eran de pensamient albino.

No obstante, la fuerza aplastante de los hechos, nos dic que el reptil de las tierras de Edén estaba en posesión de l divina Sabiduría, porque no le era ignorada la existencia de Bien y del Mal, sólo de Dios conocida.

Y en su maldad, en su cumplimiento de la misión que en e Cosmos le había sido asignada, quiso el reptil destruir la obr de aquel mismo Dios que le había dado el ser. Había nacid el primer rebelde a la armonía de una obra perfecta.

No le perdamos de vista. Es interesante observar el embrió de la maldad removiéndose en la ciénaga de su propia matriz

La bondad divina era infinita, pero sabía el reptil que es bondad, esa misericordia se había puesto un límite a sí misma la intangibilidad del fruto del árbol del Bien y del Mal.

Artero, falaz, alumbró el reptil la luz cegadora del primer vértigo en el cerebro femenino. Y surgió la tentación. Una tentación que brillaba en los ojillos punzantes y turbadores del reptil y se hacía más irresistible en su piel viscosa y ver tebrada que se enroscaba salazmente en el tronco joven y mór bido del manzano.

Quiso Dios que el alma femenina no pudiera librarse d

caer en la tentación. "Eva comió del fruto y vió que era bueno y agradable y dióle también a su compañero Adán y vió también éste que era bueno."

Era un desmayo de deleites el de la serpecilla ante su obra, pues había descubierto que el hombre no sabía resistir a las insinuaciones de la feminidad.

"Y los ojos de Adán y de Eva se abrieron y conocieron que estaban desnudos. Entonces trenzaron hojas de higuera y se hicieron delantales".

Consecuencia del primer pecado, surgía en la humanidad el primer vestido...

Para regresar a la desnudez inicial, sería precisa una limpidez de alma en los hombres, que no es de nuestros días. Repitamos que no somos desnudistas.

* * *

Hemos dicho que la Biblia es un libro profundo y jugoso. Tan jugoso es y tan profundo, que en sus primeros versículos, llanos, simplicísimos y con luminosidades de encanto, echa abajo todo el andamiaje de una moral macerada durante veinte siglos en el turbio alambique de la perversidad y la mala intención de los hombres. Mientras Adán y Eva fueron puros, mientras su cuerpo y su cerebro estuvieron limpios de pecado, no se supieron desnudos y no tuvieron por qué avergonzarse de su desnudez. Todo era Bello y todo era Bueno (¡Bondad, Belleza: moral!) en las tierras de Edén y por esa Bondad y por esa Belleza, que lo invadían todo, que lo dominaban todo, que todo lo exhornaban y lo elevaban a manifestaciones puras, no pudo haber inmoralidad. La inmoralidad, vino después: cuando Adán y Eva trenzaron los pámpanos y ocultaron aquello que Dios no quiso ocultar nunca.

Y esa ocultación, esa furtividad a la obra divina, tenía por consecuencia el alumbramiento de dos nuevos sentimientos en el sér humano: el rubor y el pudor, hijos de pecado que nuestra sociedad ha puesto en el catálogo de las virtudes convencionales.

Tan pecaminosos serían estos sentimientos, que ellos ofendieron a Dios.

Ved cómo Jehová imprecó airado a sus criaturas:

"Y llamó Jehová, Dios, al hombre y le dijo:—¿Donde estás tú?".

"Y él respondió: —Oí tu voz en el huerto y tuve miedo, porque estaba desnudo. Y me escondí".

"Y díjole Dios: —¿Quién te enseñó que estabas desnudo?".

No insistamos más sobre este tema; hemos llegado adonde nos proponíamos: dejar sentado que el desnudo, el hombre y la mujer sin pámpano, placían a Jehová y que el pudor y el rubor — el haber conocimiento de desnudez — le irritaban, porque sin previo pecado cerebral, no pueden existir.

A nuestros moralistas contemporáneos, seguramente no les habrá quedado tiempo para sumergirse en la noble labor de un sincero digesto de los versículos de la Biblia, entregados como se les ve, a sus trabajosas maquinaciones de moralizantes químicos y cuyos principios retorcidos se oponen casi siempre a los fundamentos del Libro Sagrado.

Quizá habríamos de pensar si no sería una obra de misericordia implorar para ellos el divino perdón, si en verdad no supieran lo que hacen; pero lo saben demasiado... demasiado... demasiado...

IV

¿Es posible el desnudo en el siglo XX?

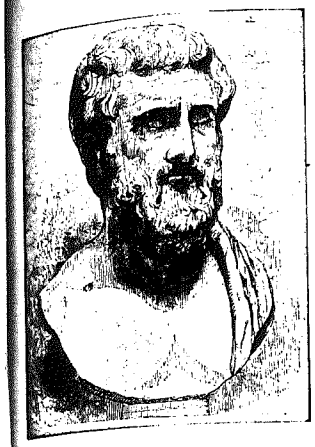
La naturaleza, al paso metódico y constante del tiempo, crea aquello que le es indispensable para vivir y desarrollarse, y destruye sistemáticamente cuantos elementos se opongan a su proceso biológico. Nada hay viejo ni nuevo en el mundo. Dormidos o en actividad, en la periferia o en el crisol de sus entrañas, laten, viven y se desarrollan todos los gérmenes, embriones y larvas que el hombre, niño todavía en la tierra, va descubriendo paso a paso, saltando de necesidad en necesidad y de sorpresa en sorpresa. Precisa que establezcamos un principio: el hombre no ha creado nada. Todo en el Cosmos responde a un conjunto maravillosamente armónico, y el hombre no es otra cosa que un esclavo inconsciente de esta armonía.

Todo gira en nuestro planeta alrededor de un magnetismo: la vida. Porque, ya nos dijo Tales, que la muerte no existe. La cesación del bios en un cuerpo cualquiera, equivale a la iniciación de nuevas y múltiples vidas que van devorándose unas a otras hasta lo infinito. La vida lo empuja todo. Negocios, ideas, religiones, filosofías, métodos, escuelas, pasiones, egoísmos, abnegaciones, todo, absolutamente todo, es un inciso, un paréntesis biológico, un proceso incontenible, entre el nacer y la descomposición para dar paso a otros bios que reclaman su derecho a la vida. Desde luego, no limitamos nuestro aserto al sentido estrictamente material. En lo espiritual, tam-

bién la vida es motor y es dinamo. El espíritu y la materia, se empujan, luchan, se estrujan, pero se necesitan entre sí. Siempre una energía es enemiga y a un tiempo esclava de otra.

En cada país y en cada momento de su vivir la ética interpretada y el sentido de la moralidad, precisan de adaptación y de ajuste. El desgaste es constante. La rueda y los engranajes de la máquina social exigen continuamente piezas de recambio. Y ocurre en muchas ocasiones, que los elementos retardatarios que actúan de lastre o de rémora en el conjunto social, cobardes y timoratos, confunden la evolución armónica, que, es la vida, con los principios esenciales de la moral, que hemos ya dicho son inmutables y únicos en todo el orbe, sin distinción de castas ni de religiones: la bondad y la belleza. Lo bueno y lo bello, en todas las latitudes será siempre lo moral. Y entregados a tan lamentable confusión entre lo temporal y lo eterno, se oponen ciegamente, casi con ferocidad de irracional, a la necesaria renovación de piezas, al ajuste de cojinetes y rodamientos y por efecto de esta oposición antinatural, casi siempre sobreviene la rotura, porque la máquina social ha de soportar las briosas embestidas de los idealistas y las irritantes inercias de los elementos cerriles. Y de ahí viene lo que hemos dado en llamar revolución, que como el retumbar del trueno, no es otra cosa que el producto del chispazo al polarizar dos corrientes encontradas. Toda revolución es un *shock*, es un espasmo producido más por la acción negativa de las materias inertes que por la inquieta agitación de las células vivas. El proceso vital de todo sér y de toda cosa, no es una revolución ruidosa, no es un estallido pasional; pero sí una evolución incontenible, aplastante, imperativa. Avanza eternamente y no existe el obstáculo que pueda detener sus pasos.

Para dar una figura transparente de nuestra idea y situar debidamente las fuerzas energéticas en lucha en todos los pro-



Sócrates



Cicerón

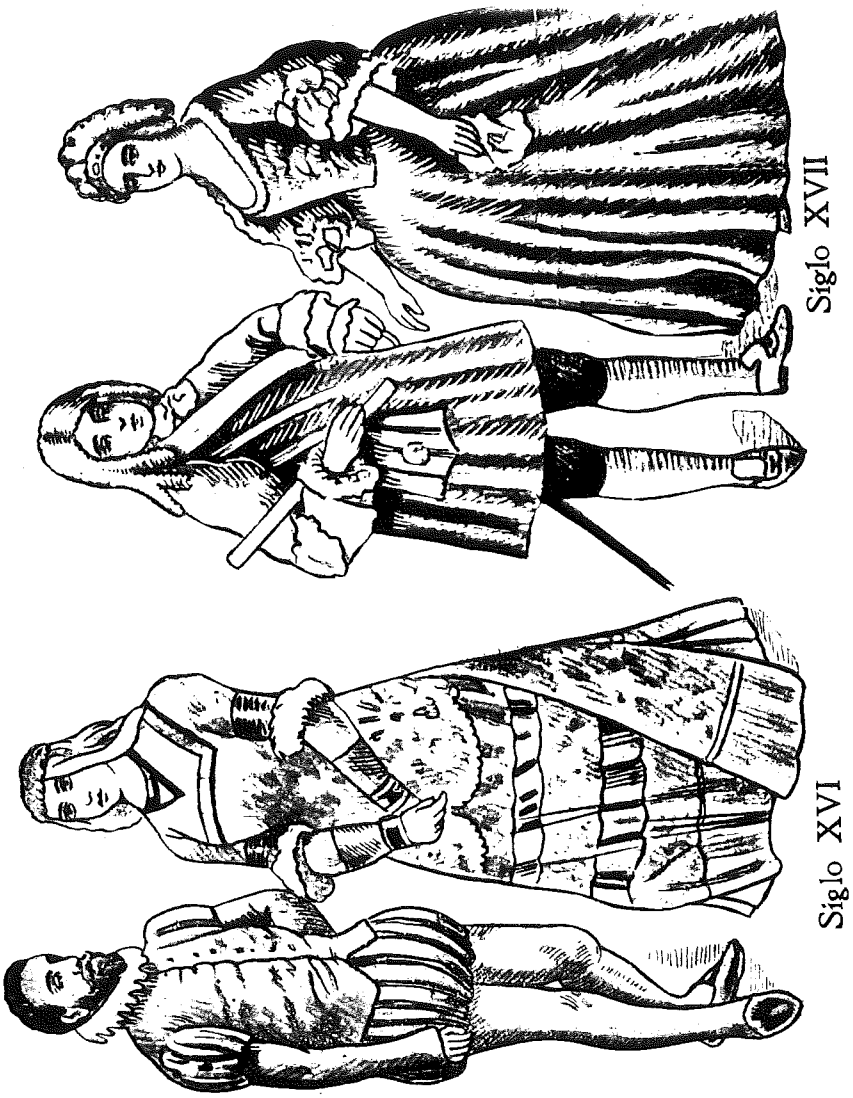


Platón



Homero

Cuatro testas sin más corona que la de la inteligencia (humildes descendientes de sus padres), que evidenciaron con sus costumbres patriarcales, que el paganismo era la única religión digna del ser humano





Lentamente, las saludables termas greco-romanas con sus tepydariums y frigidariums, vinieron a parar en torpes orgías sensuales.



Siglo XVIII

Siglo XIX

cesos biológicos, podríamos decir que los elementos idealistas son la materia fecundante, el gérmen generoso, la luz casi divina sin la cual se apagaría el mundo. Son impetuosos; sus características acusan al bravo semental, pronto en todo momento a la cópula que no siempre es deleitosa. Los gobernantes que persigan ciegamenteesta fuerza viva—la única fuerza realmente viva del tinglado humano—, serán hombres ineptos que dañarán a la sociedad. Lo que debe evitar el gobernante apto son las violaciones, pero no los ayuntamientos situados en plan de normalidad biológica.

Si el semental, ciego, arrastrado por su riqueza de hemospermia, intenta la violación, debe contenérsele; pero si para evitar esos desbordamientos se procede al cercenamiento de sus órgonos genitales, se cometerá un verdadero crimen. Y ese crimen lo cometen todos los días los hombres llamados de orden, promotores únicos de todo desorden en la sociedad.

Entre los elementos idealistas y los inertes, hallamos situados los comprensivos. ¡Admirable pieza de la máquina humana, esta! Son ellos el surco bien temperado que acoge en su seno la simiente de los idealistas y se entregan apaciblemente, pero con constancia que llega en muchas ocasiones al silente sacrificio, a su fecundación, hasta verla surgir a ras de tierra, y no la abandonan hasta ver el florecer y el frutar de la planta que con tanto amor han cuidado. Sin la simiente del sembrador, la planta no existiría; pero sin la tenacidad del cuidador, no habría florecido para embellecer la humanidad ni llegado a frutar para compensarla de sus labores y serle útil.

Quedan en último término de nuestra exposición, pero lamentablemente en primer término de toda sociedad, los elementos rémora, la materia inerte, que son la negación de todo y los que se comen el fruto producto del esfuerzo del sem-

brador y del cuidador. Y no obstante, a pesar de llevarse ella toda la cosecha, esta materia inerte no realiza otra labor que intentar infecundizar la simiente del sembrador y destruir la obra del cuidador de la planta. Lo quema todo. Lo corroe todo. No razona nada. Se apodera de la fuerza y con ella entenebrece la vida de sus semejantes. Es el tapiz negro que cubre todos los horizontes. Es la nube impenetrable que pretende apagar la luz del sol. Es el fango pútrido que no deja cantar la linfa cristalina al desprenderse alegremente de la peña brava, sin más objeto que cantar, vivir y correr. Es la ceniza que asfixia el rescoldo. Es el dominio bruto que le pone grilletes a la libertad. Pero, ¡la vida es más fuerte que ellos! Su dominio es temporal, y siempre, siempre, caen vencidos, porque la simiente fructifica, los horizontes son incubribles; la luz del sol es inapagable; la alegría del agua se desborda por todas las peñas y resquicios, y el rescoldo está en la misma entraña de la tierra y estalla en volcanes cuando se le cierran todas las salidas.

Ellos negaron a Galileo, y la tierra se movió; ellos retardaron la visión colombiana, y América surgió más allá del Atlántico; ellos crucificaron a Cristo, y las ideas generosas de su apostolado invadieron el mundo; ellos lo han esclavizado todo, y la libertad prende cada día más en el corazón de los hombres. Es su castigo. A la salacidad del dominio temporal, sigue la afrenta de la derrota y el desprestigio, y montaña arriba, por muchas piedras y flechas y cadenas que precipiten en su desesperación ladera abajo, las masas creadoras que las acorralan en su ascenso incontenible, llegarán a la cima prometida y les obligarán a precipitarse en el abismo de la ladera opuesta.

Hemos querido significar con nuestro ejemplo que la vida está por encima de todos los diques y de todos los muros con-

tensores, y que las luchas de los hombres en nada pueden entorpecer el camino natural de la humanidad.

El hombre, quiera o no quiera, al materializarse, al pasar de la nada a la carne, es ya un complemento reducido a esclavitud de cuanto le rodea. La esclavitud cósmica no está en manos de él evadirla. La manumisión a la armonía global es imposible, porque la naturaleza responde siempre a un todo, a un conjunto, así en su aspecto dinámico como en el aparentemente estático.

Desprenderse de esa armonía equivale a dejar de ser. Una planta en rebeldía de su ambiente o de su clima, ha de abatirse forzosamente. Unicamente la aclimatación evolutiva puede "indigenizarla" y lograr la no agresión de los elementos vitales del solar que no le es propio.

Se dan con frecuencia en el hombre casos esporádicos de rebeldía al ambiente, de independización al sistema, por superación. Esos casos son anormales y quedan designados con el nombre de genios o de creadores. En la edad media tenían otra manera de señalarlos con pintura roja: se les llamaba locos.

Los genios y los creadores son la contracuña de los elementos que actúan de rémora, y al intentar saltar por encima del lento rodar de la vida, queman generosos sus alas en el fuego de la visión, de la quimera. De esta combustión de sus propias alas surge el carburante que empuja la enorme bola de la vida, y con su magnetismo titánico logran en muchas ocasiones que la bola ruede y aplaste las rémoras retardarias. A esta figura se le ha llamado progreso, y debe interpretarse como una superación del proceso evolutivo natural. Se ha dicho en mil ocasiones que el hombre ha vencido a la naturaleza. Vana ilusión. Los creadores y los genios, en su carrera de iluminados, dejan atrás a los demás hombres, interrogan lo por venir, y

podrán vencer a los hombres que se les opongan; pero si la oposición es natural, si es cósmica, se verán obligados a independizarse, a romper toda relación con el ambiente que les rodea, y casi siempre caerán extenuados. La naturaleza, impasible, metódica, los triturará por no estar en armonía con su momento, y continuará en su camino lento y acompasado, y aquellos que por exceso de luz y de dinamismo pretendieran anticiparse a su obra, se verán forzados a esperar el curso de las horas, hasta que por gradación evolutiva la naturaleza convierta en realidad la quimera lumínica del hombre que concibió antes de tiempo y quede incorporada a la armonía de su biología.

Aquello que no le es necesario, aquello que no le es indispensable para vivir, la naturaleza no lo asimilará, porque esa asimilación sería tóxica, sería en ella desequilibrio, turbación, desorden.

Esta y no otra es la razón de que no hallara el hombre el gas antes que el petróleo, la electrciidad antes que el vapor, y, no obstante, el petróleo, el gas y la electricidad, han existido siempre en el Cosmos.

Cuando la naturaleza los ha necesitado para desenvolverse, los ha denunciado al hombre, y éste, con su esfuerzo, los ha arrancado de sus entrañas.

El orden, la gradación y la armonía, son el perfil de la máquina gigantesca de la que el sér humano no es más que un detalle, una hormiga afanosa e inteligente que va recogiendo las migas que de ella se desprenden. Pero nada más que las migas. El proceso más insignificante de la naturaleza escapa a su poder y a su mente. Dígase lo que se quiera, el hombre no hace otra cosa que vivaquear sobre la costra terrestre. No ya la altura y la profundidad le son inasequibles, más torcer en lo más nimio el caminar del conjunto cósmico. Por no poder, no

ha podido siquiera saber por qué nace y por qué muere ni, desde luego, evitar, prolongar o variar este proceso de eterna renovación de la especie.

Una de las quimeras que más ha atormentado su intelecto y que con mayor intensidad ha perseguido, ha sido la conquista del espacio. Fué su primer sueño. ¡Volar! Es decir: adjudicarse una función que no le era propia. Mas el sueño no estaba en volar, sino en sumergirse en la bóveda azul para saber qué había detrás de ella. La naturaleza repelió el intento y durante siglos y siglos le condenó a vivir pegado a tierra, mientras no resolviera la navegación por el líquido elemento y la impulsión a lo largo de la costra sólida de su conjunto. Orden. Evolución. Armonía. Antes de volar, el hombre había de navegar y deslizarse sobre rieles.

La bella imagen de Icaro con sus alas de cera derritidas por el sol, es la sonrisa irónica de la naturaleza al contemplar los esfuerzos del hombre para vencerla.

Hemos ya dicho que, de la misma manera que existen unos seres que se anticipan, o pretenden anticiparse a la obra de sus semejantes o a la de la naturaleza, otros se producen en sentido completamente invertido. Pegados éstos a tradiciones y arcaísmos, a fuerza de pretender ser conservadores, llegan a transformarse en perturbadores de la armonía del conjunto. Cerrados herméticamente en los muros de una moral que podríamos llamar de la muerte, no admiten la más leve incursión más allá de las márgenes del río cuyo cauce han señalado ellos a su antojo. Y esas márgenes son áridas, cementosas, sin un árbol cuya sombra convide al descanso, sin un rumor frondoso que estremezca los sentidos, sin una flor que embriague con su fragancia, sin un lecho de hierba que invite a la delicia del ensueño... A esa obra ingrata, repelente a toda esponjosidad, horra, vacía de todo sentido de alegría y envuelta en una

miasma asfixiante que no puede llamarse fe, porque está exenta de ejemplaridad, de sacrificio y de misticismo contemplativo, le han puesto el traje de la moral, de una moral sucia, sudorosa y maloliente, que llega a retrotraerse a unas normas propias del inmoralísimo y negativo medioevo. Pero lo irritante está en que no se contentan con ser ellos a ostentar tales vestiduras, sino que pretenden imponerlas a los demás y convertir sus prácticas rencorosas, hurañas y rezumando bilis, nada menos que en principios éticos de la sociedad cuyos destinos están casi siempre en sus manos torpes e indelicadas. El hombre libre, el hombre pájaro, el hombre ingenuo, entregado a la delicia del vuelo por el vuelo, no les hace caso alguno y va de cima en cima, de tallo en tallo, de rama en rama, hasta que un día siente en sus carnes un agijón que las desgarra: es la trampa de la moral que le han parado los hombres del orden; esa trampa la han inscrito previamente en el libro de la ley, y el hombre pájaro es ya cautivo de unas normas que no ha dictado, ni aprobado, ni siquiera conocido. Diríase que, más que ley, es un salacísimo regodeo de los sadistas del odio feroz a la alegría de vivir.

Y si por algo lamentamos no podernos declarar francamente desnudistas, es precisamente por el temor de que se nos pueda confundir con tanto comité de moral pública como hemos de soportar. Pero no; hemos dejado ya el vestido al margen de todo sentido moral, y los desnudistas comprenderán perfectamente nuestra intención.

"El hombre nace desnudo y debe vivir desnudo", nos han dicho los fervorosos propagadores de la libre cultura del cuerpo. Muy a pesar nuestro, no podemos compartir tales ideas. Innata es en el hombre la animalidad; mas no por ello debe ser conservada. Ignorante nace el sér humano, y no obstante debe ser sustraído a esa ignorancia, y sus ímpetus rebeldes

han de adaptarse al molde de unas leyes sociales sabiamente aplicadas. Lo esencial es que en esta metamórfosis del hombre, la supresión de la animalidad no se traduzca en la anulación de la energía y aun de la fiereza individual, y en que las normas de su vivir no se conviertan en argollas y eslabones que le hagan odiosa la existencia.

No creemos pueda discutírsenos por parte de los desnudistas nuestro fervor, nuestra tenacidad, aún quizá nuestra pasión, en el ataque al vestido como elemento de moralidad y principio de austeras costumbres, la más sólida barrera que se opone a la realización de sus saludables prácticas. Lícito es que ahora se nos deje defender el vestido desde el punto de vista de sus funciones estrictas.

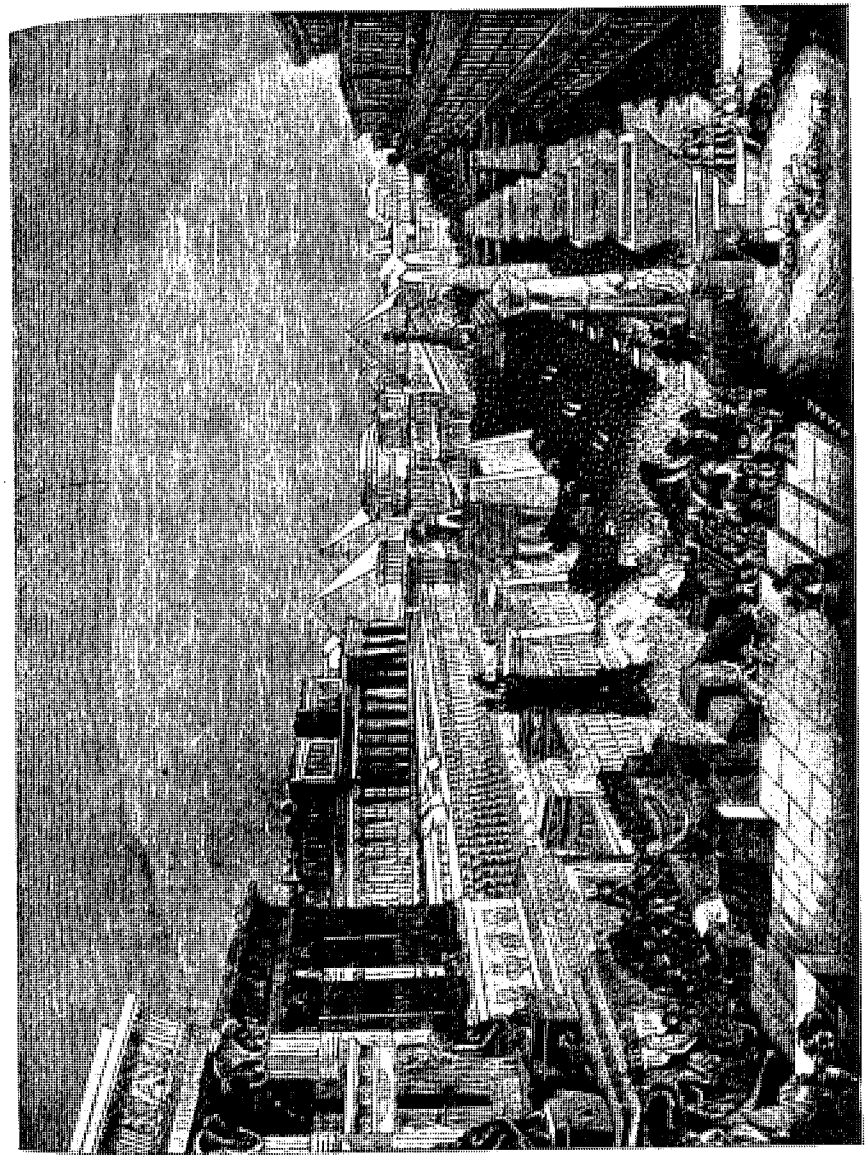
Preconizar, propugnar y exaltar el desnudo en el siglo XX, nos parece un lamentable error. ¿Prejuicios? No; ninguno esclaviza nuestra mente: ambiente, comodidad y aun casi, casi podríamos invocar principios estéticos en apoyo de nuestra particular opinión. No se horroricen los desnudistas al encontrar sentada en estas páginas premisa que tan peregrina habrá de parecerles. El traje cubre muchas cosas que es mucho mejor no queden al descubierto. Así lo vieron ya los helenos, y percatados de ello, establecieron una prudente distinción entre las calles de sus urbes y las pistas del Cynosargio y del Estadio. Dijo un día Guimerá, esa águila poética que con sus obras inmortalizará nuestro siglo, que sólo la belleza podía rendir un temperamento heleno, clásico. Y así es, en efecto. Amaba demasiado la belleza aquel pueblo imperecedero para soportar la visión de un cuerpo deforme o retorcido por los años, como espectáculo cuotidiano. El desnudo, entonces y ahora, debe ser reservado para aquellos lugares y ocasiones en que pueda ser agradable a la contemplación. Recordemos que Friné *hubo* de desnudarse para impresionar a los hombres que

habían de juzgarla, y convengamos en el hecho verdaderamente digno de ser destacado, de que la hermosa hetaira *pudo* desnudarse sin escándalo y como simple elemento de prueba ante el Areópago que había de tamizar sus desaforados alardes de mujer divinamente esculturada.

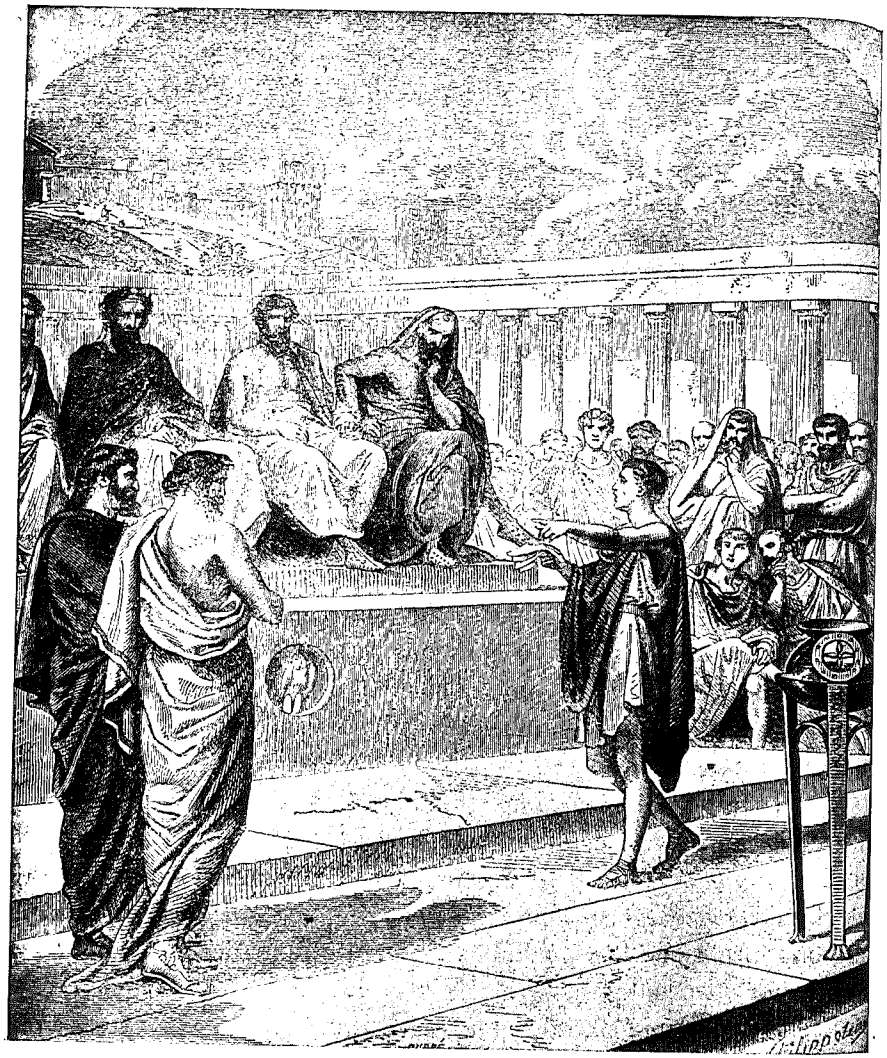
Esta templanza, esta amplitud visual es lo que no ha sabido encontrar pueblo alguno de la tierra después de Grecia, cuya vida ejemplar nos empeñamos en no imitar. ¿Por qué? Lo ignoramos; pero el hecho es evidente. Huimos de Grecia, pero el intento de fuga es vano: ella manda. ¡Mandó sobre Roma, siendo su esclava!

La desnudez no asustaba a un perfecto ateniense; pero la fealdad le hacía cerrar los ojos. Cuando una mujer helena vestía túnica corta, que a veces no llegaba a cubrir sus muslos, era porque antes el espejo le había dicho que sus piernas merecían el homenaje de los mortales; cuando una joven púber desbordaba la gracia de un seno por el descote, es que estaba persuadida de que su tersura y su transparencia podían competir con las del alabastro. La mujer griega no se avergonzaba de ser hermosa; tampoco el hombre de ser bello. Deseaban serlo y se esforzaban para alcanzar una euritmia corporal que deleitara los ojos de aquellos que les contemplaran, no que turbara su mente. En nuestros días, el hombre y la mujer dedican toda su intuición a sensualizar el cuerpo, que no es lo mismo que hermosearlo. Nuestra belleza, turba: la belleza helena, encalmaba. He aquí un problema.

Pero precisa reconocer que Grecia, antes de alcanzar tan alto grado de civilización, hubo de pasar por el alambique de incontables generaciones entregadas por completo a la maceración de razas nómadas, vírgenes, puras, salvajes, hasta quedar fundidas en una: la helénica. ¡Bella y deliciosa formación la



El Egipto fabuloso, cuna de todas las civilizaciones occidentales



La serena justicia de los griegos

Hermoso conjunto en el que puede apreciarse la austeridad de los helenos al juzgar los actos de los hombres. El tiempo nos dirá si esa justicia será la eterna

(Demóstenes ante el Areópago)

de este pueblo, que supo unirse por la gracia de una mujer hermosa, la raptada Helena!

Esta sola procedencia, esta sola bandera, nos descubre ya las exquisiteces de la visión estética de los plasmadores de aquel pueblo maravilloso. Pero hay otros elementos de mayor profundidad para enjuiciarlo. No fué sólo la inquisición en busca de la belleza lo que atormentó el espíritu heleno hasta llegar a una definición simple y pura de la forma y del color. Cuando la limpia luz de la sencillez iluminó sus pupilas contemplativas, el mundo iniciaba el ascenso por la áurea gradinata de la máxima perfección, y las claridades olímpicas nimbaban la frente de aquellos hombres que se habían acostumbrado a mirar lejos y con lentitud y que se alimentaban de infinito.

Y si es verdad que sobre la arena eran coronados los héroes del músculo, de la agilidad y de la destreza, no lo es menos que en la Acrópolis de Atenas surgía esbelto el monumento arquitectónico que la eternidad habría de contemplar absorta y quedaba cimentada con él la piedra angular del arte de construir. No eran únicamente los campeones olímpicos lo que preocupaba a los helenos. La sanidad del cuerpo corría parejas con la elevación del espíritu. Mientras de un lado los héroes atléticos eran paseados en triunfo apoteósico, veíase del otro a la juventud ateniense escuchando con fervor casi místico a los maestros filósofos cuyas escuelas nutren todavía el intelecto universal. Emociona, sojuzga adentrarse en aquel mundo en formación, en aquella matriz generosa que fecundaba los gérmenes de una sociedad nueva. El salto de Grecia sobre los demás pueblos de la tierra es tan alto, tan ágil, que apenas llega a ser comprensible. Se hace difícil determinar las causas de aquella evolución milagrosa, y más difícil todavía concebir que del caos semi-salvaje de los nómadas skolotas,

intensamente influenciados por las civilizaciones orientales, recargadas, retorcidas y turbias, surgiera el Ave Fénix de la Razón, de la Estética, de la Libertad y de la Lógica.

Es algo que está por encima de toda deducción especulativa razonar el porqué de aquella resplandeciente alborada de la humanidad. Si afirmáramos que todo lo que poseemos de elevado las razas latinas se lo debemos a Grecia no pecaríamos de hiperbólicos. Eran los griegos los que derrumbaban el laberinto de los jeroglíficos alfabéticos y creaban los veintiséis signos que para siempre habían de grafiar los sonidos. Era en las libres ciudades helénicas donde florecía el ritmo de la danza y adquiría expresiones inéditas la armonía melódica. Fueron ellos los que echaron abajo la mitología oriental, de formas abominables, para ofrecernos las líneas puras de sus estatuíllas humanizadas. Y eran ellos también los que, hurgando por entre las densas nubadas de las complejas teorías egipcias, establecían leyes físicas y formas geográficas y geométricas que no han podido ser corregidas. Era en Grecia, en la Grecia de Tales y en la de Sócrates, donde se determinaban existencias y situaciones astrales, que en la bóveda azul han quedado ya intangibles y era también en aquella Grecia maravillosa donde se medía el tiempo y el espacio, se definía lo divino y lo humano y se alcanzaba la máxima posesión del individuo sobre sí mismo con leyes que le hacían inviolable y gobiernos federativos que permitían a los pueblos disponer de sus destinos. Digamos de una vez que Grecia descubrió el hombre y el mundo.

¡Y hay quien habla con voz apocalíptica de los horrores que amenazan a nuestra sociedad cuando ésta tiende al renacimiento de las costumbres helénicas! ¿Por qué y de qué asustarse? ¿Qué pueblo, qué raza, qué civilización, qué secta, qué religión puede mostrarnos el ejemplo de Grecia cuya existen-

cia libérrima fué brevísima? ¿Cómo no hacer de este pueblo el fanal luminoso que oriente a los desbrujulados navegantes del proceloso mar de este siglo XX, inquieto y decidido? El deseo de un retorno a las costumbres helenas, se acentúa cada día más en el hombre, y su amor al sol, al agua, a la tierra y al aire, es cada día más vehemente. La naturaleza vuelve por sus fueros, atrae al hombre invenciblemente y le muestra el sendero de la felicidad. Es inútil cuanto se intente para desviarle de su camino, es inútil que se pretenda dificultar su avance con las barreras de los prejuicios arcaicos y de las espantables visiones de una vida materialista plagada de charcas y miasmas. Ella avanza impasible, ella evoluciona sin cesar, y cuando el muro de contensión de los falsos constructores se opone con excesiva presión a su ingenuo caminar y le impide deslizarse alegre y cantarina por las riberas frescas y rumorosas de su cauce natural, se produce el desborde, y por ende el salto violento de liberación para ganar el camino perdido. Todo intento de mixtificación de la vida es inútil. Ella está en todo y por encima de todo. Ella rige y regirá eternamente nuestros destinos, y los hombres serán, por los siglos de los siglos, pigmeos impotentes que con sus prácticas artificiosas y sus métodos inhumanos, nada afianzarán que esté en desacuerdo con ella.

Si todo sectarismo, destructor o creador, es dañino, y los hombres que se encierran en ellos perturban e irritan a los demás, toda moral, toda ética, toda convención que pretenda huír de los surcos de la vida, habrá de caer en el fracaso y en el descrédito. ¡Las doctrinas helénicas no han caído todavía! A través de veinticuatro siglos se mantienen frescas y lozanas y han resistido el embate de todas las civilizaciones. El fervor a lo humano y la adoración a la naturaleza no morirá nunca. Podrán abatir los salvajes las estatuas paganas de la

religión helénica, pero el hombre se emocionará siempre ante un paisaje, llorará de alegría con el brotar de las mieses, contemplará con éxtasis los relumbros astrales y caerá de rodillas ante la belleza de un cuerpo perfecto.

Y ahora que no queda ya dudoso nuestro amor a la belleza física, hemos de repetir, y sobre ello no nos cansaremos de insistir, que no somos desnudistas, y no lo somos por haber nacido en el siglo XX y estar plenamente convencidos de que nuestra época, nuestras necesidades y nuestra armonía social, están en desacuerdo con tales prácticas. Pero ni el desnudo nos asusta, ni la belleza corporal levanta en nosotros tempestades libidinosas, ni concedemos al indumento otro valor que el de proteger nuestros cuerpos endebles de las inclemencias térmicas.

Claro que si un moralista de nuestros días nos exigiera una decisión entre el desnudismo y el antidesnudismo, no habríamos de dudar un solo momento en la elección y nos inscribiríamos en las falanjes del hombre libre; pero, no por desafecto al traje, que abandonaríamos, sino por amor a la amplitud de horizontes que el desnudismo conlleva. Y además, para no ir del brazo con las toxinas del orden que envenenan la sociedad.

Afirmemos de una manera rotunda y que no deje lugar a dudas, que a nuestro entender la armonía global del siglo XX repele al desnudismo a *outrance*. Pero apresurémonos también a decir que este mismo siglo XX, liberal, ideoclasta, práctico, que se yergue en el tiempo como el portal de una organización más feliz que aquellas que le precedieron, reclama imperiosamente el desnudismo ocasional o *per accidens*.

Vivir y trabajar desnudos en los dédalos urbanos, se nos antoja casi una anormalidad. Bañarse vestidos, hacer, prácticas atléticas y tomar parte en manifestaciones deportivas

para el cultivo del músculo y la curtición de la piel, con el cuerpo atiborrado de trapos, nos parece una perfecta idiotez. Admitiríamos el desnudo en lo que podríamos llamar estado natural del ser humano: en las labores rudimentarias del campo, en todo trabajo artístico y sin maquinismo; pero, ¿en las ciudades? No; las ciudades repelen el desnudo, porque la vida en ellas no es apacible, porque los hombres que en ellas moran no pueden atender a la cultura muscular, y porque mil razones estéticas harían desagradable la contemplación de tanta miseria como una urbe encierra. El desnudo pide sol, aire, tranquilidad, y casi, casi, un filósofo en cada ciudadano. No se nos diga que el desnudismo podría ser la iniciación de este camino de perfección del ser humano. Error craso. Los helenos no toleraron el desnudo, no ya en las urbes, sino en los ambientes deportivos, hasta la quince olimpiada, o sea cuando ya Grecia era el luminar de la civilización universal, cuando las pupilas de los hombres pudieron contemplar serenamente y sin atisbos sensuales el bello espectáculo de un cuerpo hermoso.

Antes de desnudar el cuerpo, precisa desnudar por dentro al individuo. Mejor dicho, precisa *hacer* el individuo. El desnudo en el hombre supone una rectitud de costumbres que no encaja en las de nuestros días. El desnudo es demasiado moral para nuestra sociedad corrompida e hipócrita.

¿Por dónde iniciar, pues, la cruzada del desnudismo moral y corporal? Lo hemos ya señalado: comenzando por separar el indumento de toda idea moralizadora o desmoralizadora y adjudicando al vestido los valores esencialmente estéticos y térmicos que le son propios. Inícese una batalla tenaz y constante hasta lograr la libertad de indumento en playas, piscinas y solariums. Este sería el primer paso. Levantémonos fieramente frente a esa moral salida de los laboratorios de la

vida negativa a fuerza de alambiques, retortas y probetas, con la que unos seres cerebralmente libidinosos pretenden gobernar el mundo a su manera, a su gusto y casi siempre a su conveniencia. No nos avergoncemos en momento alguno de confesarnos completamente al margen de las leyes establecidas sin la voluntad explícita de las masas. No nos asuste la coroza de la inmoralidad que habrán de poner sobre nuestras cabezas. Seamos fuertes ante nosotros mismos y no nos ruboricemos al dejar en la mesa de nuestro hogar un libro, un folleto o una revista, en la que aparezcan seres humanos desnudos. Dediquemos nuestros días de asueto a excursiones campestres y vegetemos allí unas horas en una semidesnudez primero, en una desnudez absoluta más tarde. No se olvide que el amor al desnudo va siempre del brazo del fervor a la naturaleza. Si empezamos amando la tierra, el agua y el sol, acabaremos formando en las falanges de los ejércitos de la libre cultura del cuerpo y aun quizá en las de los naturistas, complementos esos de la vida sencilla y patriarcal a que habría de llevarnos el desnudismo.

No olvidemos que cuatro siglos de imperialismo romano y veinte siglos de negación de la vida temporal, pesan sobre nosotros. El esfuerzo para libertarnos de nuestra propia cárcel, de esa cárcel moral que hace mirar el bidet como un artefacto libidinoso, requiere toda nuestra voluntad y todos nuestras energías. Queramos o no, somos esclavos del tiempo que media entre Homero y Mussolini, pasando por Sade y Machiavelo. Habrá de costarle mucho a nuestra sociedad hacerle comprender que hay mayor contenido de bondad en enseñar a la infancia el cultivo de una flor que el rezo de una oración. La costra inmunda de la ascética Edad Media, que llegó a predicar el odio al cuerpo humano y la repulsión a su belleza, roe todavía nuestro intelecto. Nos asfixia el peso de unas predi-

caciones bárbaras que inducían a aborrecer el agua y el sol en nombre de una religión y de una moral que toleraban el angustioso "derecho de pernada".

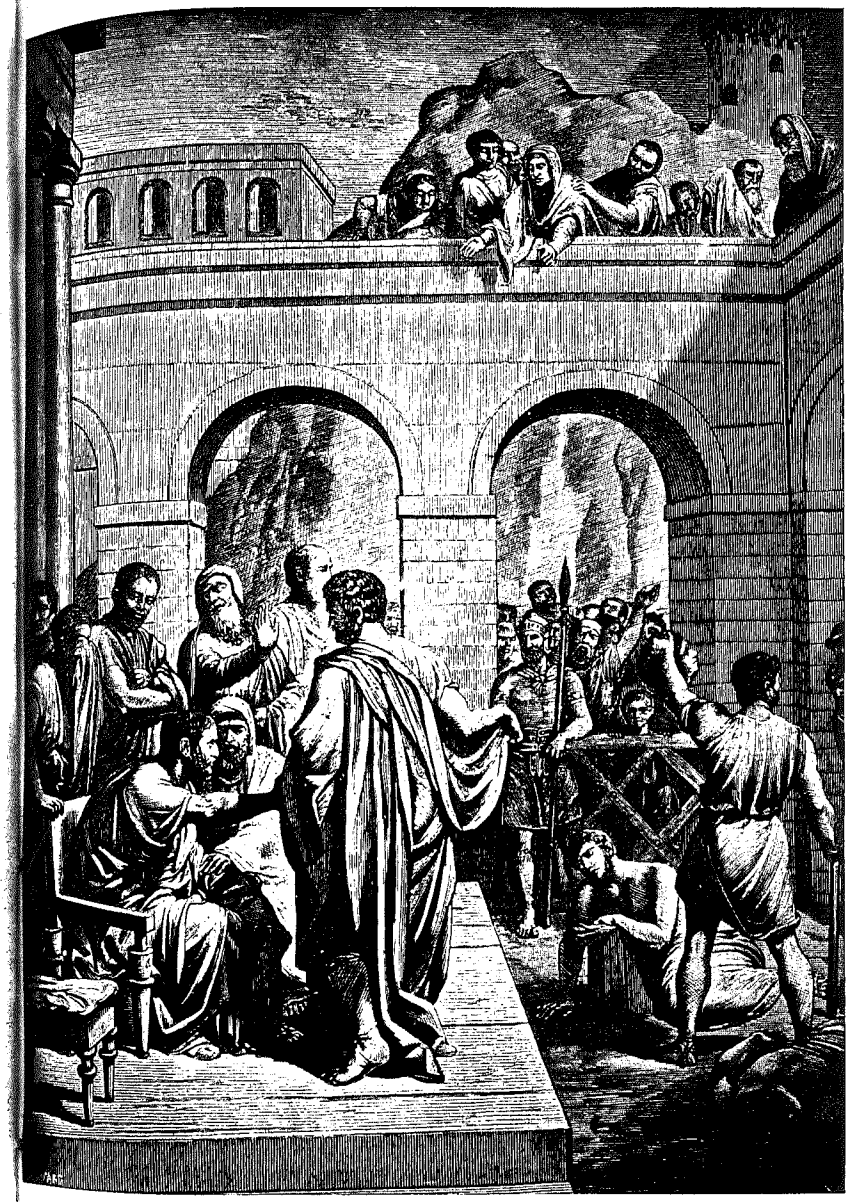
Desde la caída de Roma hasta nuestros días, ha vivido la humanidaad una existencia crapulosa de hidrofobia y heliofobia que no puede ser trocada de repente en un culto fervoroso a los elementos naturales por la sola voluntad de unos hombres, ni siquiera de una generación. Precisan cataclismos desproporcionados como la guerra que hemos presenciado y hecatombes que extremezcan al hombre como la guerra social que se aproxima, mucho más cruenta y feroz que cuantas registra la historia, para que renazca en él el deseo de un regreso a la vida sencilla y patriarcal. Cuando se dé cuenta de que la mayoría de las conquistas del progreso y de la ciencia, lejos de ser aplicadas a su bienestar, tienden a hacerle cada día más odiosa la existencia, la criatura humana se rebelará, y el anhelo de paz y bienaventuranza le hará aborrecer aquello que no ha sabido aplicar con cordura y sabiduría.

Nuestra sociedad, y toda sociedad organizada, necesita el vestido para proteger su epidermis. Lo que no necesita sociedad alguna es convertirse en esclava del indumento y elevarlo a la categoría de un principio ético fundamental.

Tres han sido las preocupaciones del ser racional en todos los tiempos: la casa, el vestido y el alimento. Son tres necesidades a cubrir, pero no deben ser, no pueden ser tres esclavizadoras del hombre a las que dedicar mayor atención que aquella que escuetamente requieran.

Si el hombre siente la necesidad moral y material de un lugar donde cobijarse, todo su esfuerzo intelectual y corporal debe ser orientado no hacia la solución más trabajosa en busca del fasto y la magnificencia de la habitación, sino hacia su máxima sencillez y su mayor comodidad. El hombre mo-

derno se ha dejado influenciar por una serie inacabable de falsos espejuelos y vuela a su alrededor aturdido como una alondra. Se afana, trabaja, lucha y se desespera, las más de las veces con el único fin de mantenerse y mantener a los suyos en un ambiente que nada tiene que ver con la felicidad. En más de una ocasión he podido comprobar las vidas íntimas de industriales y comerciantes arrollados por la vorágine de sus negocios, y los he visto entramparse, ensortijarse en el laberinto de las leyes, pasarse las noches en vela sin poder dominar sus exaltaciones nerviosas y caer al fin vencidos en las redes de los códigos, y he debido preguntarme: ¿por qué lucharía así este hombre? El mismo ha creído darme una respuesta: el bienestar de los míos me llevó adonde estoy. No es así. No es la felicidad de los suyos lo que le arrastró pendiente abajo, sino aquello que confundiera él con la felicidad que para los suyos anhelaba. Los suyos no necesitaban nada, absolutamente nada de lo que él se empeñaba en asegurarles, para ser felices. Se ha dicho muchas veces que la posesión de la riqueza no supone la de la felicidad. Vulgar y evidente aserto que los hombres se empeñan tozudamente en olvidar. Y es precisamente en el olvido de estas vulgaridades donde casi siempre radica la infelicidad de la humana criatura. Entre la casa de un millonario, atiborrada de cojines, de tapicerías, de lámparas, de ascensores, de butacones con vibraciones epilépticas, y de alfombras muelles y enfermizas, y la casita blanca y aireada de un menestral, con mucho sol y flores fragantes en verano y muy cerradita y recogida en invierno, con una cama limpia y una cocina con azulejos resplandecientes, no nos sería difícil determinar cuál de las dos moradas se aproxima más a la vida equilibrada, que es, al cabo, donde puede buscarse la felicidad. Como tampoco habría de sérnoslo determinar el grado de comodidad que proporciona una "tenue" de las lla-

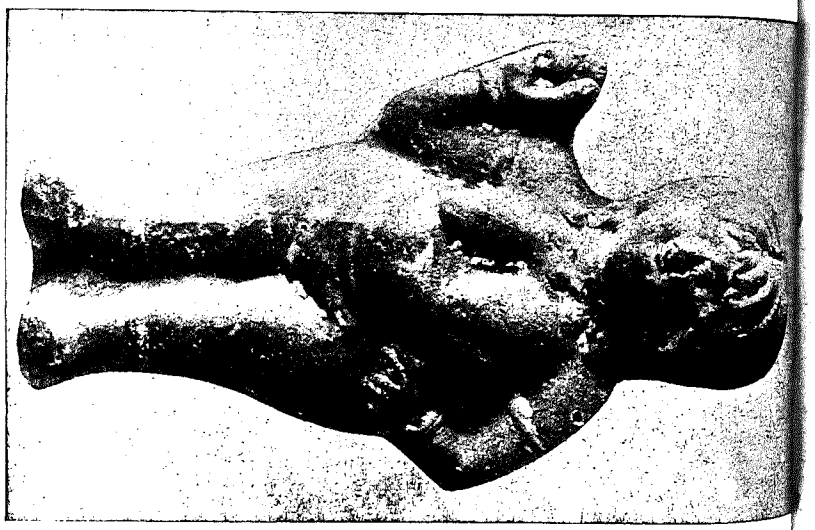


La implacable justicia de los romanos

La justicia romana es el más recio monumento que aquel pueblo nos legó. No obstante, quizá nuestros hijos lo verán ya derrumbado

(Bruto juzgando a sus propios hijos)





Idolos y mitos orientales (ante y post helenos)

madas de sociedad y un sencillo trajecito de campo. Más que la felicidad, en estos pueriles detalles, parécenos descubrir el deseo de ostentación innato en el hombre y, para ser breves, nos permitiremos observar que no creemos en la felicidad de aquel negro que se consideró superior a sus semejantes por el mero hecho de llevar un puño redondo de celuloide y un sombrero de copa muy alto y reluciente.

No. La felicidad no está en complicar la atención de las tres necesidades del hombre, sino en satisfacerlas de una manera plácida y sin turbulencias. Y una vez llenadas éstas, la felicidad la encontrará el ser humano en los goces espirituales.

Aclare el hombre su entendimiento, concentre su atención para definirse a sí mismo la propia felicidad, y se evitará casi siempre una vida de dolor para alcanzarla.

El ser racional advirtió en un principio que precisaba de algo para proteger su epidermis contra las inclemencias de la naturaleza y cubrió su cuerpo con una piel. Había llenado una necesidad. Dióse cuenta, también, de que un cobijo le era necesario para dejar transcurrir en él las horas de descanso, y horadó la tierra y se hizo una cueva. Otra necesidad había quedado satisfecha. Sintió gana de comer y alargó sencillamente el brazo para alcanzar una fruta. Las tres necesidades del hombre habían sido cumplimentadas con el mínimo esfuerzo. Vestido, cobijado y alimentado, gozó el hombre de cuanto la naturaleza le ofrendaba en su estado puro y natural. Libre de prejuicios, limpia su mente de las entelequias que han ido tejiendo los siglos, vivía entregado a los deleites de una vida vegetativa, sin más complicaciones que aquellas que sorprendía en el vario espectáculo del diorama que le rodeaba. A ese estado del hombre en posesión plena de la tierra y de todos sus beneficios, se le ha llamado salvajismo. Pensar en desandar el camino que la humanidad lleva reco-

rrido podrá ser un sueño muy bello, pero no será nunca una realidad. Procurar beneficiarse de aquello que, sin salirse de nuestro ambiente, nos aproxime a la vida apacible del hombre libre en el Cosmos, no habría de parecernos una locura, ni siquiera uno de esos ideales que nadan entre la materia y el éter que el hombre desea ver convertidos en realidades, pero que los intereses amontonados por él mismo, se oponen a su aclimatación. Forzosamente, inevitablemente, hemos de vivir en nuestro siglo XX. El hombre, por sí y ante sí, no puede desentenderse de su propia obra. Piedra sobre piedra y atendiendo a necesidades de todo orden que él mismo acumuló, ha levantado el imponente y disgracioso edificio que ahora ve con asombro que se ha convertido en odiosa cárcel cerrada a las luces de todos los horizontes. De tarde en tarde, grita, protesta, se rebela contra esa esclavitud que él mismo se ha creado; pero la manumisión es ya imposible. Si intenta arrancar a su mazmorra un solo sillar, el edificio se derrumbará con estrépito y el inconsciente constructor quedará sepultado entre sus escombros, y para salir de ellos se verá forzado a comenzar de nuevo, con los materiales de deshecho, la nueva cárcel que a no tardar habrá de aprisionarle. Revolución se llama esta figura. El vuelo del hombre por los espacios libres, no puede existir ya. El propio ser humano, con sus sueños, con sus egoísmos, con sus ideales y con sus materialismos, se ha cortado las alas. Pero si no puede volar, si no puede abatir los muros que le rodean, nada le impide abrir en ellos ventanas y lucernarios que alegren un poco su forzada esclavitud. La naturaleza continúa tan bella como siempre en los parajes que no han sido violados por el hombre. Allí hay que buscarla. Allí quedan todavía atisbos de felicidad. Esos son los ventanucos que pueden rasgar la lobreguez de la cárcel del hombre. Y allí el hombre puede vivir breves espacios de su vida

atormentada, sumergiéndose en las epicúreas aguas de un desligamiento total del ambiente que le asfixia. Allí puede, si quiere, gozar con amplitud de la vida nómada que cada día despierta en él con más imperiosas ansias. En ese desnudismo, en esa liberación, sí que puede creerse, y quien se oponga a su realización es un salvaje, mucho más salvaje que el mismo hombre de las cavernas, a cuyo estado no quiere retrotraerse.

El siglo XX puede y debe admitir el desnudismo ordenado y legislado. Es más: el siglo XX lo admitirá antes de llegar a su fin, pese a todos los obstáculos de los elementos negativos. Razones intrínsecas de salubridad y aun de moral social, inducirán a los gobernantes a aceptar y reconocer aquello que el pueblo, del brazo de los espíritus selectos y las autoridades científiras, reclamarán y comenzarán por tomarse aun al margen de todas las leyes. Las urbes nos ahogan, el maquinismo destruye nuestros organismos, las disciplinas de producción depauperan nuestros cuerpos, y el afán de lujo y ostentación corroe la intimidad de los hogares. Esos enemigos del cuerpo y del alma son los que decidirán al hombre moderno a prácticas temporales de una vida nómada, sin ataduras morales ni materiales.

Véase a lo que ha llegado, a qué puntos de culminación del esfuerzo humano ha alcanzado en nuestros días la satisfacción de las tres necesidades del hombre. Tómese como ejemplo de la estulticia del sér humano el objeto más insignificante, el más útil de los que el hombre usa, el sombrero, la cartera, la corbata, y sígase su trayectoria desde la primera materia hasta llegar al consumidor. Asusta, aturde, desespera ver la energía inútil del sér racional, del homo-sapiens, desperdiciada, para obtener estas puerilidades perfectamente inútiles. ¡Las máquinas, las organizaciones, las dolorosas actividades que

precisa poner en juego para que el hombre se cuelgue en el cuello un trapo, que si no es la esquila bovina, no deja de recordarla! ¿Y son esos detalles infantiles la obra que pueden oponer nuestros veinte siglos de civilización ascética a los esplendores gloriosos de cinco siglos de prácticas *horriblemente paganas,* de los helenos? Verdad que ahora nos asusta el desnudo, pero seguramente será porque estamos persuadidos de que debajo del traje no va quedando más que huesos y miseria.

Se nos dirá, seguramente, que si el hombre se lanzara abiertamente al logro de la máxima sencillez en su vivir, sobraría la casi totalidad de nuestra industria, y media humanidad obrera habría de quedar en paro forzoso. Evidente. Precisa tan sólo aclarar si ese paro forzoso, si esta caída de brazos que se negaran a producir inutilidades, no debería ser considerada como el tránsito natural del hombre sobre la tierra. Porque, lo difícil habría de ser razonar qué beneficios, qué humana utilidad reporta a la sociedad, que unos seres desgraciados se hundan como topos en las entrañas de la tierra para arrancarle un vidrio que se resiste terco a la entrega y que luego será convertido en una gema de facetas maravillosas para adornar el pecho o las orejas de una dama afortunada, que ni será más feliz con su posesión, ni podría obtener con él un mísero mendrugo de pan, si el pan llegara a escasear en la tierra.

El desnudismo, como habrás ya comprendido, lector, tiende a algo más que a quitarse el vestido para hacer una pirueta de descoco ante el mundo asombrado. El desnudismo es el eslabón más fuerte de la cadena de la revolución social que crepita en las entrañas de nuestra dequiciada sociedad. El día que el hombre proletario se decida a negar la aportación de su esfuerzo para todo producto de valor artificial y se entregue con fervor a los valores vivos e intrínsecos, aquel día comen-

zará de verdad la era gloriosa del desnudo integral, del desnudo del cuerpo y del cerebro, y el hombre caerá en la cuenta tan olvidada y tan buscada a la vez, de que el único valor vivo e intrínseco para el sér humano es vivir feliz a costa de lo que sea. El hombre habrá hecho aquel día su postrera revolución, la que hundirá de una vez todo aquello que odia, que le asfixia, que le atormenta pero que no sabe lo que es.

Ignoramos la interpretación sincera o retorcida que los puntales de la moral darán a nuestras palabras, si llegan a leerlas, cosa de la cual dudamos mucho. Lo que sí podemos decirles es que el traje, desde el punto de vista social, lejos de poder ser considerado como piedra angular de las buenas costumbres, aparece de manera irrebatible como elemento corrosivo, perturbador y amoral, que esclaviza al hombre, embota sus sentidos, depaupera su cuerpo y contribuye poderosamente a su infelicidad'

Aceptado que en pleno siglo XX no seamos desnudistas, porque el desnudismo representaría una regresión material, no ética; pero reduzcamos el traje a su función lógica y racional.

Muy bien que no seamos trogloditas y no vivamos en una cueva; pero construyamos casas claras y sencillas, sin otro objeto que el de cobijarnos en ellas.

Muy plausible que no seamos herbófilos; el hombre, comiendo hierbas, no se aparta gran cosa de la irracionalidad; pero decidámonos a comer para vivir, nada más que para vivir, y con la menor crueldad posible en los elementos de alimentación que nos sean necesarios.

Muy aceptable que conservemos encima del cuerpo los trapos necesarios para la vida de relación; pero en el campo, en la playa, en el gimnasio y en la piscina, no debemos condenar el desnudo.

Esta es la verdadera ruta a seguir por los simpáticos desnudistas. Pretender otra cosa es olvidar la realidad, y las realidades nutren nuestro siglo.

He aquí un programa escueto que cualquier sociedad organizada podría suscribir sin temores:

Baño libre.
Aire libre.
Sol libre.
Sexo libre.
Cultura mental y física libres.
Nada más... pero nada menos.

V

El vestido y la apetencia sexual

Un estudio a través de las épocas, seguramente nos llevaría a la conclusión de que cuanto más se ha cubierto el cuerpo del sér humano, tanto más licenciosas han sido sus costumbres. Tómense como ejemplo las cortes de los Borgia y de Luis XIV de Francia, en las que el traje llegó a cubrirlo todo y a deformar el cuerpo de una manera fantástica, y se verá que el supuesto pudor externo del indumento, ocultaba las sociedades más viciosas que ha registrado la historia.

Y no es de extrañar que así ocurra. Si el deseo insano es principio de toda inmoralidad, y ese deseo es hijo natural de la privación, obligadamente el traje habrá de ser la simiente más poderosa de la amoralidad sexual. Mientras el traje olvide su estricta función inicial y se convierta en recatador de encantos que las sedas y los encajes cuiden de hacer más deseables, el indumento será la brasa ardiente que actuará sobre los centros nerviosos del individuo y avivará sus secreciones libidinosas.

¿Quiere esto decir que el vestido y todo elemento indumentario hayan de ser honestos? No nos precipitemos, porque antes sería indispensaable conocer qué es lo que debe entenderse

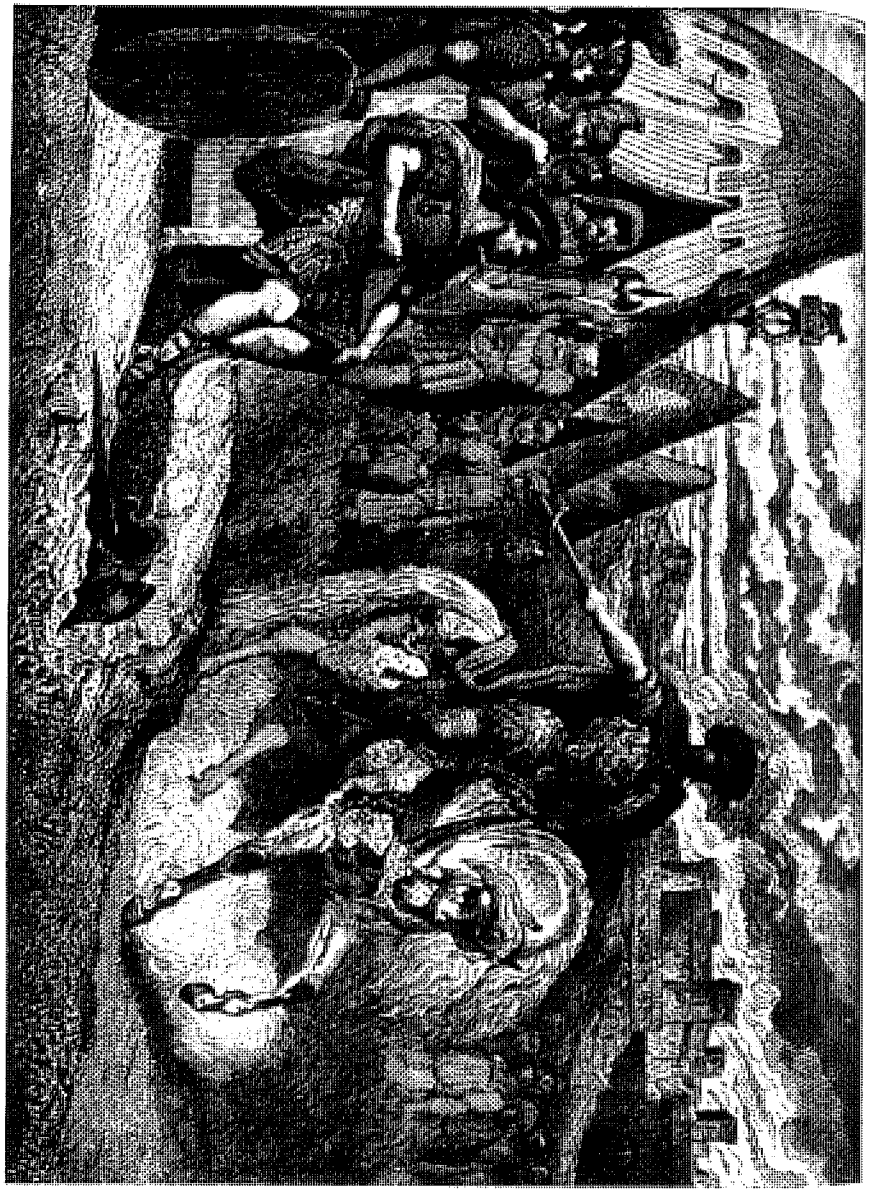
por honestidad. Repitamos una vez más, que la honestidad no está en el dermis, sino en el cerebro del individuo. Y no olvidemos que la belleza, o mejor dicho, la pureza de líneas, no despierta en el individuo sentimientos libidinosos.

Dos trajes clásicos, puros y honestos, han de ser considerados como modelo de tranquilidad y de beatitud visual: el hebreo y el greco-romano. Ambos se han limitado a "caer" sobre el cuerpo para protegerlo. Ni el uno ni el otro deformaron la silueta humana. Componíase el greco-romano de una túnica lisa, más corta o más larga, completada por un peplo amplio y suelto que se desparramaba graciosamente desde el hombro hasta la cintura y pendía en cabos desiguales alrededor del cuerpo. El talle, unas veces quedaba libre y otras suavemente ceñido, dejando insinuar los contornos naturales del cuerpo, nunca pronunciándolos y fingiendo curvas y morbideces artificiosas. Fueron también complemento de la túnica la clámide, el palio o la toga. Unas sandalias protegían los pies, y la cabeza quedaba descubierta o se adornaba con extraordinaria sobriedad. Las más de las veces con ramas o flores. Nada más. Era lo suficiente para proteger el tejido capilar y ponerle una nota grácil al cuerpo. En el curso de los siglos varió muy poco este indumento entre los helenos y los romanos y nunca se apartó de una austera simplicidad de líneas. Se hizo más corto o más largo, más holgado o más ceñido, se adornó con leves cenefas bordadas o pintadas, pero nunca martirizó el cuerpo con ondulaciones, prominencias ni hendiduras que lo deformaran o despertaran la libidinosidad al moldear bellezas ocultas.

El traje hebreo, más patriarcal, menos gracioso y mucho más recargado que el greco-romano, no se apartó por ello de las influencias helénicas, un tanto orientalizadas en la raza hebrea, lógica consecuencia de la situación geográfica, que la



Las imbatibles armas de que se valieron los griegos para conquistar el mundo. Por donde pasaron, allí está todavía su espíritu. Lo conquistaron todo; no esclavizaron nada.



Los romanos se valieron de otras armas para apoderarse de la tierra. Con ellas no dejaron rastro espiritual alguno por donde pasaron. Su huella secaba hasta la hierba. Lo esclavizaron todo; no conquistaron nada

obligaba a recibir en sus playas los oleajes de las dos civilizaciones más difundidas de la época. Sus anchas fajas y sus tocas recuerdan de una manera vaga las estolas y tocas egipcias.

Al derrumbarse el imperio romano y trasladar Constantino la corte a Bizancio, la influencia oriental en el traje se acentuó notablemente, y esa influencia disgraciosa inició la deformación del cuerpo con lujos corruptores y entonaciones de una plebeyez detonante. La clámide tórnase dalmática y la sencillez griega se ve turbada por los bordados, las piedras de colorines, las estolas atiborradas de oro y plata, las casullas acartonadas y los tocados de metales y piedras preciosas. Con el triunfo del cristianismo, desaparecen los indumentos greco-romano y hebreo, para dar paso más tarde a las incomprensibles suntuosidades románicas y góticas que destruyen por completo la silueta humana. Unicamente advertimos la conservación de las túnicas y mantos iniciales en los místicos o religiosos 'de toda época' hasta llegar a nuestros días, en que perdura todavía tan saludable costumbre.

Las aberraciones suntuarias desde el Renacimiento hasta el Imperio, que parecía decantarse de nuevo hacia la túnica, son la negación del cuerpo humano como obra bella y las extravagancias del siglo XIX, con sus miriñaques, sus polisones, sus mangas de pernil, sus faldas con mil volantes y abultamientos disformes, convierten la silueta corporal en un verdadero monigote o espantapájaros, hasta iniciarse la moda ágil, desenvuelta e higiénica de nuestros días, que a cada avance va echando a un rincón aquello que le estorba o le causa molestia.

¿Fueron más morales nuestros antepasados que nosotros? Con recordar que los monumentales *paniers* del siglo XVIII tenían más ltilidad para encubrir la afrenta de las doncellas

embarazadas que para adornar el cuerpo femenino, o con decir que en los días feudales llegó a ser nota de distinción la preñez en las doncellas, si era ésta debida a sus señores, no serán necesarios mayores razonamientos.

¿Le es, pues, necesario a la sociedad inclinarse a destruir la armonía del cuerpo para lograr una mayor honestidad en el pensamiento, y por ende en las costumbres? No: la belleza formal no recatada, es la más limpia honestidad. Todo aquello que tienda a la fealdad o a la deformación de la silueta humana, será siempre profundamente deshonesto, porque despertará el deseo turbio de descubrir lo que de hermoso pueda haber debajo de la forma superpuesta. La perfección formal y la simplicidad de líneas, aclaran la mente del individuo y la claridad cerebral repelerá siempre las turbiedades genésicas. Esto, científicamente, es irrebatible: no hay moral, no hay ética, no hay religión que racionalmente pueda oponerse a esta verdad tan combatida como invencible.

Para apartarnos de afirmaciones que podrían aparecer como simples teorías o estudiadas habilidades sofísticas, intentaremos adentrarnos en el proceso natural de la libido o apetencia sexual, hasta llegar a sus morbosidades. Profundos estudios científicos realizados por eminencias médicas, han alumbrado en estos últimos tiempos los complejos problemas de la sexualidad, y ellos habrán de servirnos para apoyar nuestras convicciones. La mesa de disección y el laboratorio de ensayos han logrado hacer olvidar al vulgo que el sexo deje de ser un miembro del cuerpo humano como otro cualquiera, y lo que en el siglo XV habría sido condenado con la hoguera y los más atroces suplicios, es hoy una ciencia a la que dedican su atención las eminencias más destacadas de la medicina.

El hombre que de buena fe aspire a lograr una mayor austeridad en las costumbres, habrá de buscarla en la normalidad

genésica, y esa normalidad en el sér humano la encontraremos siempre en la satisfacción natural, llana y sencilla de sus apetencias fisiológicas.

El enemigo nato de esta llaneza y de esta sencillez es el cerebro. La sustancia gris es corrosiva, es impura, es sabia y profundamente mal intencionada. Cuanto más cultivado sea un cerebro, tanto más tenderá a desnaturalizar la función fisiológica de la perpetuación de la especie, hasta llegar a convertirla en aberración. La actuación cerebral es turbia y salaz y tiende a *deshonestizar* el espíritu infantil del individuo. Obra a manera de turbadora Celestina que va destilando en su oído con tenacidad incansable las traicioneras insinuaciones de las afrodisias inéditas. Habla bajo y con voz aterciopelada, hay en su mirar lúbricas fosforescencias, en sus gestos endiabladas promesas, y así va acorralando a la ingenua espiritualidad del individuo hasta hacerle apetecer los espacios prohibidos. La libídine cerebral sobreviene casi siempre que, por desgaste o por prohibición, se ve el individuo condenado a la inactividad. Su labor es tortuosa y precisa de clandestinidad. Hurga en el fango como los topos. Desecad sus ciénagas, haced que el sol la alumbre, que el aire la purifique, que la alegría la despierte de sus insomnios malsanos, y la libídine cerebral morirá en el individuo.

La gradación en que se apoya la teoría expuesta, no puede ser más diáfana. En el ser irracional no existe la aberración propiamente dicha. La normalidad sexual es absoluta en él y en el proceso para llegar a la consumación del acto genésico, el cerebro está ausente. Guía el instinto. Olisqueos, roces, runruneos, carreras locas, saltos epilépticos, recatos y oposiciones en la hembra, ataques rabiosos en el macho, todo es instintivo; perdido de órbita el sujeto, el macho lo olvida inmediatamente. El celo en ellos no es cerebral, no razona, y toda hem-

bra de su especie—el sentido de la belleza y de la lubricidad no existe en las familias irracionales—, se traduce inmediatamente en sujeto apto para saciar sus instintos. Las sedas y los encajes no ejercen en ellos acción alguna.

Entre la gente ruda y cerril de la montaña, apenas es conocida la aberración, y los casos que con más frecuencia se ofrecen al estudio de la ciencia, son de pura animalidad, por imposibilidad de satisfacer la ley natural. De ahí las cópulas de pastores con ovejas y la inversión por ellos de los zagalejos que les ayudan en el pastoreo. De ahí también las violaciones en despoblado y las prácticas onánicas contemplando una cópula bestial u otro fetiche cualquiera. El caso típico más interesante que hemos descubierto es el del hombre solitario que se masturba acariciando una paloma. La bestialidad instintiva no puede ofrecérsenos más evidente. Dadle a este hombre rudo, primitivo, virgen de cerebro, una hembra que traduzca en función normal lo que por inercia orgánica ha degenerado en aberración, y ésta cesará en el acto.

En cambio, en las grandes ciudades, en los núcleos urbanos en que el hombre puede satisfacer plenamente sus deseos instintivos, la aberración se presenta por cansancio, por agotamiento y deviene puramente cerebral.Las causas de estos dos procesos, fisiológicamente no pueden ser más claras: en el campo, el cerebro descansa, apenas actúa y todo es acción corporal que reclama una compensación física equivalente a su esfuerzo; en las ciudades, crisoles de cultura, laboratorios de ideas y riñones de toda inquietud y de todo progreso, el cerebro se halla sometido continuamente a presiones, y *surmenages* que irritan las células y vísceras y reclaman también una lógica compensación intelectual.

Obsérvese, en apoyo de nuestro aserto, que la tendencia de la anormalidad sexual es más pronunciada en las clases se-

lectas, instintivamente más depuradas, que en la clase media y en la obrera.

Claro que no todos los espíritus cultivados han de ser incluídos en esta afirmación, pero no debe olvidarse que el cultivo de la inteligencia, a veces puramente gimnástico, y la tortura física del engendrador de ideas, son dos procesos distintos. La mera captación de la cultura, puede ser y es casi siempre, patriarcal, plácida, beata. Contrariamente, dar a luz otras ideas sobre el germen de las ideas captadas, exige tortura física. Es a éstos que nos referimos: a los hombres que se atormentan a sí mismos, que se sumergen voluntariamente en las turbiedades y nebulosas de los fenómenos que nos rodean y someten sus centros nerviosos a cruentas presiones hasta que logran desentrañar el por qué y la razón de cada uno de ellos, para luego, tras la captación, lanzarse por los espacios siderales de los deleites ultra-físicos y entregarse, por fin, a los dolores del alumbramiento concepcional.

La ley de compensación es no solamente humana, sino cósmica, y esta ley natural e ineludible, nos da sexualmente el siguiente cuadro de la apetencia sexual:

A satisfacción normal, claridad y placidez

A privación, deseo.

A esfuerzo corporal, compensación mecánica.

A exceso genital agotamiento y simbolizaciones artificiosas, casi siempre imposible realización.

A tortura mental, superación sensitiva e inquisición de paraísos delicuescentes, que reduzcan las exaltaciones nerviosas.

No hemos sabido hallar otra gradación para definir los diversos procesos de la apetencia sexual.

De las precedentes premisas, las que más nos interesan estudiar son la segunda y la última y, aunque dedicaremos a las

demás mayores razonamientos que los ya apuntados, ahondaremos cuanto nos sea dable en los procesos morbosos de la libidine instintiva y la mental, porque ellos son los que nos han de dar la clave del problema sexual de nuestra sociedad.

* * *

Para dar de pleno con la honestidad estricta habremos de buscarla en la inocencia, o sea, en el desconocimiento absoluto de la existencia del pecado. Dos niños desnudos chapoteando en una playa, no pueden ser deshonestos. Vestidos, tampoco. La honestidad está en ellos por ley natural, como la fragancia está en las flores. Lo deshonesto es producto de una serie de entelequias que el hombre ha superpuesto a la ley natural, hasta vulnerarla y que la infancia no puede asimilar.

Veamos, por ejemplo, cómo se desarrollará el proceso de la libídine entre seres adultos, ya influídos por esas entelequias o sometidos a la ley de compensación ante ese caso de inocencia pura de los dos niños jugando en la playa.

El individuo normalmente satisfecho, jugará con ellos, les ayudará a levantar castillos de arena, a construir puentecitos, etcétera, etc. Sexualmente, no se fijará en ellos.

El ser privado de satisfacer normalmente sus apetitos sexuales, llegará a cometer con ellos verdaderos crímenes.

El hombre agotado, los gozará *in mente,* convirtiéndolos en fetiche de sus lucubraciones sexualmente fantásticas.

El intelectual de mente en exceso torturada, los adorará con la misma unción que adoraría a una Venus Afrodita. No los violentará, no los maltratará, pero los someterá a prácticas inconfesables.

Claro que el caso gráfico de los dos niños a que hemos recurrido, no debe ser tomado en el sentido material del ejemplo. Precisábamos disponer de un caso de inocencia limpia y nada más a propósito que la edad blanca para establecer el contraste. Interprétese, pues, como un parangón entre la inocencia y la sexualidad en sus diversas manifestaciones y désele la requerida amplitud ejemplar. Y razonemos ya nuestras afirmaciones, demasiado escuetas para dejarlas en el aire.

El hombre que se atormenta a sí mismo al servicio de cualquier disciplina mental, que se sumerge en las turbiedades de los fenómenos que nos rodean y martiriza sus centros nerviosos hasta desentrañar el por qué de cada uno de ellos, este hombre precisará de una compensación equivalente a su esfuerzo.

Estos seres generosos, excepcionales, que viven aislados su vida interior, que se torturan, que se desmedulan y sufren casi con deleite los dolores de la concepción mental, sienten con frecuencia apremios fisiológicos desordenados, tortuosos, fruto de su propia anormalidad biológica, que es otra "normalidad" por ellos establecida.

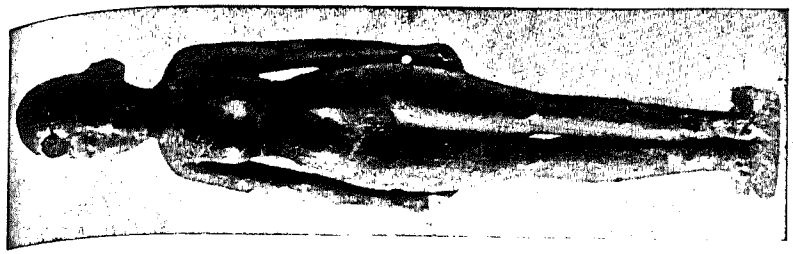
Para estos superhombres en continua ausencia de cuanto les rodea, situados siempre al margen del orden establecido por la sociedad,la normalidad está en su propia anormalidad. Si son poetas, divagan continuamente por entre las divinas imprecisiones de sus irreales misticismos (Wilde, Verdaguer, Heine); si son políticos, saltan el cuadro de los problemas locales y abarcan sin esfuerzo alguno lós dilatados espacios de la universalidad (Disraeli, Stresseman, Gladstone, Lenin); si son financieros gravitan sus actividades sobre las masas fiduciarias y elevan y derrumban pueblos, civilizaciones y sistemas de gobierno (Loewenstein, Rockefeller, Rothschild); si son industriales, sobre la base de una rueda de boj o de un telar de mano, crean un pueblo fabril que invade el mundo con sus labores (Ford, Krupp, Siemens); si son sociólogos o filósofos,

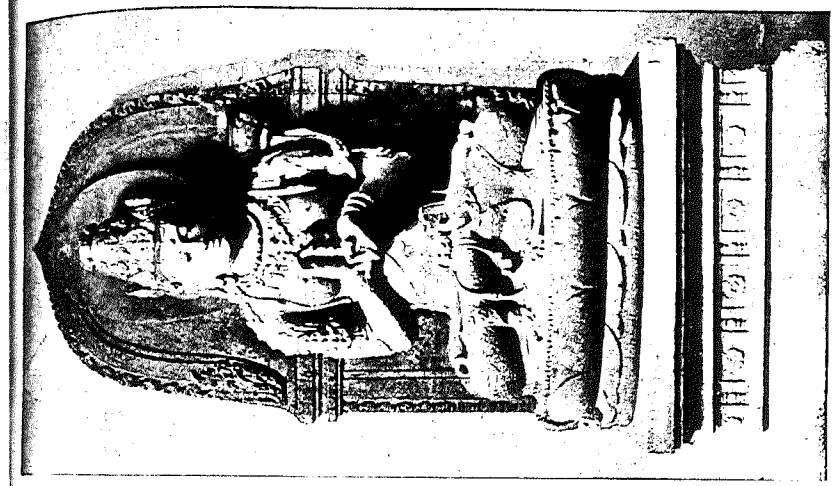
remueven de una plumada todo el poso que entenebrece la mente de una civilización, esclava de sus prejuicios y de sus leyes éticas y desgarran a estiletazos los nubarrones que ocultan el sol por ellos presentido (Schopenhauer, Balmes, Spencer).

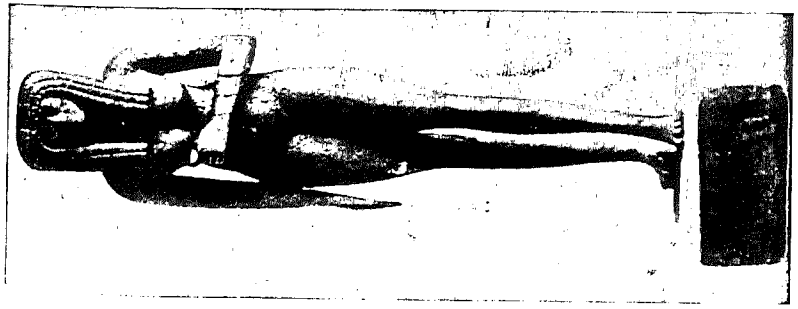
Son los héroes luminescentes que avanzan sin freno, con la feroz oposición de la multitud que los rodea; son los genios divinizados que levantan en sus hombros de cíclope, las losas asfixiantes de las ideas fosilizadas y hienden con sus vuelos impresionantes los espacios siderales de las concepciones vírgenes; son los anticipados a sí mismos, a su sociedad, a su ambiente, que van caminando por la senda de su propio dolor.

Va con ellos la renovación, el progreso, la revolución en todos los órdenes, pero todos ellos son también tributarios de una esclavitud: la de sus centros nerviosos, cuyas brasas les atormentan, cuya fiebre no les deja vivir. Y casi siempre, estas brasas, esta fiebre alucinante, se manifiestan en una superación del imperativo genésico o se cobijan en las covachas de una insociable misantropía paranoica.

Destácanse, entre nosotros, tres ejemplos vivos de esta anormalidad, que no es descenso bestial, sino ascensión espiritual. Podríamos citar infinidad de casos para afianzar nuestros asertos, pero los escogidos son típicos y de un valor inapreciable por las altas dotes espirituales que los prestigian. No descenderemos a citar nombres. En España y fuera de España los conoce todo el mundo. Bastará que nuestra pluma esboce sus perfiles para que la confusión se haga imposible. Es uno de ellos eminente comediógrafo y considerado como la primera pluma contemporánea de lengua castellana; se cita al segundo como político de excepción de nuestro siglo y, quiera o no quiera, va envuelta su actuación en la redada semítica que dispone de los destinos del mundo; y se destaca, por fin, el tercero, como

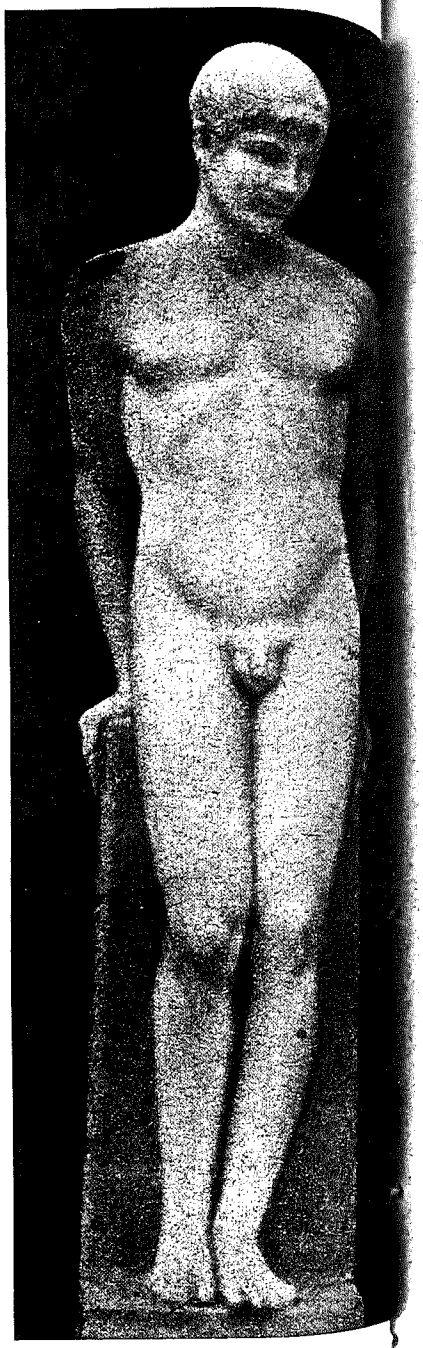






Idolos y mitos orientales (ante y post helenos)





La humana maravilla que los helenos hicieron surgir de la disgraciosa mitología oriental. Así lo dejaron, y así está todavía.

el poeta místico más alto de nuestra época. Los tres, aunque en planos antitéticos en cuanto a sus desordenados imperativos, se han apartado de la normalidad; han sentido requemadas sus entrañas por un fuego inextinguible que les ha arrastrado hacia pendientes de abismo. Perdida la mente en los éteres ultravioletas de su Walhalla espiritual, han precisado un Santo Grial inasequible y aun incomprensible para los demás hombres. Perdida la sensación de la tierra firme, sus alas los han lanzado a todos los espacios, ante el asombro de sus semejantes, prisioneros de la materia. Cuanto mayores han sido los dolores de su actuar, cuanta mayor rebeldía han encontrado en sus partos, tanto más imperiosas se han erguido las exigencias que habían de actuar de balanza niveladora.

Ahora bien; a pesar de que el desequilibrio de estos hombres es manifiesto en relación con los demás que con ellos conviven, ¿quién se atrevería ante los hechos a situar estos temperamentos de selección en los cuadros patológicos del sadismo o del masoquismo? Si en ellos no existe la materia, si su función es limpiamente espiritual, ¿cómo encerrarlos en las tablas inferiores de la animalidad instintiva? ¿Cómo mirarlos al través de un prisma cuyas facetas responden a las esclavitudes que los hombres se han creado a sí mismos, si ellos se hallan socialmente manumitidos?

No; lejos de establecer un síndrome patológico, será mejor que pensemos en Júpiter, cuyos arrebatos genésicos estaban en relación con sus desproporcionados alumbramientos. O la sociedad los tolera, más que tolerar, los eleva por encima de sus nimiedades, o deberá renunciar a sus imponderables beneficios. Véase el ejemplo de la civilización que los excluyó (siglos IV al XVII) y obsérvese el panorama desolador que ella nos ofrece.

Nos dice Freud que la lujuria no responde a un estado

puramente cordial ni al magnetismo de la atracción de los dos sexos. Afirma, y para llegar a esta afirmación aduce razones científicas dignas de ser tenidas en consideración, que la exacerbación del apetito sexual, es consecuencia de la acumulación de residuos químicos en nuestros órganos genitales y que estos residuos, por acumulación, ejercen la función erectiva y acentúan las manifestaciones de la libídine. Nada más cierto. Tan cierta es esta teoría, que científicamente no podrán hallarse elementos para combatirla. Lo que no define Freud en sus ensayos psicoanalíticos (por lo menos en aquellos que nosotros conocemos) es si estos residuos se producen espontáneamente y tienen su propia biología y su propio órgano generador, o si son resultado de la función y secreción de otros órganos.

Nuestras incursiones sobre tan complejo como interesante tema, al que hemos dedicado nuestra vida casi por completo, nos han llevado a una conclusión: la de que el poso químico que se acumula en nuestros órganos genitales, tiene en los mismos su generación espontánea y, así mismo, se ve aquél acrecentado por la invasión de las toxinas, secreciones o residuos que expelen todos, absolutamente todos los centros nerviosos del cuerpo humano al ser sometidos a una actuación forzada que supere su función normal. De ahí nuestra convicción de que el individuo que vegete por los prados apacibles de una vida sedentaria, deba sentir menores apremios sexuales que aquellos que sometan el cuerpo o la mente a intensas sobreexcitaciones.

La autogeneración de los residuos que se acumulan en nuestros órganos genitales queda científicamente corroborada por las frecuentes rijosidades que se producen en la infancia, habida cuenta de que en el cuadro sexual de la infancia todo es función natural y que en las erecciones del sexo no puede

intervenir ni el deseo—no conocido—ni el simbolismo cerebral, inexistente. Y si la excitación voluntaria, subjetiva, no existe, y la involuntaria u objetiva, tampoco ¿cómo explicar aquellas erecciones sin fin ni propósito! La función normal no puede ofrecérsenos más patente.

En cuanto a la afluencia de residuos procedentes de otros centros nerviosos, bastará con apuntar que las erecciones sexuales cesan al llegar el ser humano a la senectud; es decir: cuando sus centros nerviosos no pueden ser sometidos a altos *surménages* por falta de aptitud y ausencia de calorías hemostáticas.

Acudamos de nuevo al ejemplo para apoyar nuestras ideas.

Cierta o no cierta, cuéntase una anécdota del gran político español a que antes hemos querido hacer mención, que nos servirá de piedra ciclópea para cimentar nuestra teoría. Hela aquí:

Hallábase el citado hombre público, eminente financiero, estructurador y *brasseur* de empresas de gran envergadura, en su despacho del ministerio de Fomento, cuya cartera le había sido confiada, a pesar de capitanear en el Congreso huestes de la oposición. Su talento excepcional le había impuesto. El respeto de sus propios enemigos era su mejor blasón. Quien no le admiraba, le temía. ¡Qué interesante la vida intensa de este hombre! Si a los escritores nos fuera permitido, como les es dable a los médicos, reclamar el cadáver de un caso clínico para estudiar en él al servicio de la ciencia, nosotros reclamaríamos para nuestra mesa de disección la vida íntima de este hombre extraordinario, seguros de encontrar en ella elementos preciosos para orientar a la sociedad y alumbrar las oscuras reconditeces de la humana psicología. No su vida pública; ésa no nos interesa. Su intimidad, su alma, esa vida suya, fuerte,

indomable, retorcida como un sarmiento y como un sarmiento pletórica de elementos biológicos...

Y sigamos con nuestra anécdota.

En el Consejo de ministros que había de celebrarse al día siguiente, le era preciso presentar un proyecto hidráulico de enorme trascendencia para el país. Era, aquel proyecto en que estaba trabajando, la piedra de toque que contrastaría ante sus compañeros de gabinete la solidez de su fama y la certeza de sus vuelos de águila. Todo el alto personal del ministerio y de a Subsecretaría, colaboraba febrilmente con el político, que no cesaba de pedir datos, estadísticas, planos, detalles geográficos, afluencias hidráulicas, etc. La labor del ministro era agotadora y por extremo dificultosa. Se le advertía enfebrecido y sometido a una intensa excitación neurótica, pero el proyecto, al ser estructurado, no respondía a sus propósitos. Las ideas, inciertas y vagarosas en su subconsciencia, no carburaban, no se definían en su mente para llegar al anhelado alumbramiento. Se le veía unas veces pasear a grandes zancadas el umbroso y confortable despacho ministerial; quedábase otras plantado de súbito, con las manos en el dorso y contemplando ensimismado un nimio detalle del artesonado. Sus dedos, esqueléticos, huesudos, hurgaban en la hirsuta y puntiaguda barba o se adentraban salaces, cariciosos, en sus crespos y rebeldes cabellos. El pulgar y el índice hundíanse con frecuencia en sus cuencas dilatadas y violáceas, como si pretendieran hacer saltar de ellas las pupilas. De pronto, se le vió tomar una decisión. Cogió el sombrero, barbotó unas palabras ininteligibles y abandonó el despacho, ante la estupefacción de sus colaboradores.

—Un momento señores — aclaró, ya en el dintel.

En tres saltos ganó la calle, el chofer le franqueó precipitadamente la portezuela del auto y derrumbándose en la molicie

del asiento, pronunció una sola palabra, un nombre femenino.

El auto partió escapado...

Media hora después, el interesante hombre público, sentado de nuevo detrás de su mesa, dictaba con apacible y sorprendente precisión el capítulo más importante de su proyecto hidráulico.

La sencilla ejemplaridad de esta historieta, fantasía, o lo que sea, ha hecho sonreír a una generación al ser contada a media voz en todos los salones aristocráticos y aun en aquellos que están por encima de la aristocracia, sin pensar seguramente aquellos que la subrayaban con una mirada pícara, que el cuentecito frívolo, trivial e intrascendente al parecer, llevaba en su entraña las claridades de un panorama psicoanalítico que había quedado inédito e inexplicable para muchas generaciones. Desde luego, no cabe dudar que este detalle "insignificante" escapará seguramente a las profundas especulaciones de esos desproporcionados moralistas de nuestros días que creen haber resuelto el humano y aun divino problema sexual, con unas mangas hasta las uñas, unos zapatos sin tacones y unas holgadas faldas que actúan de barrecalles y limpiaconciencias al mismo tiempo, en nombre y representación de las buenas costumbres, y quizá, también... de la higiene.

* * *

Sentado nuestro punto de vista de que la libídine (apetencia sexual) se desarrolla normalmente como resultado de una lenta gestación fisiológica y se exacerba y precipita por la acumulación en los órganos genitales de toxinas químicas expelidas por todos los centros nerviosos del cuerpo humano al ser sometidos éstos a una actuación forzada y anormal, po-

demos ya examinar detenidamente si el desnudo o el vestido son elementos causales de la libidinosidad.

Sabido es que el cerebro es la placa sensible distribuidora, en función automática con la víscera cordial, de todas las sensaciones del ser humano. La vista, el oído, el gusto, el tacto y el olfato, perciben, captan. El cerebro se adueña inmediatamente de estas captaciones, las define, las selecciona y las proyecta sobre los demás centros nerviosos a través de las innumerables galerías arteriales de nuestro cuerpo, reguladas por el corazón, hasta dar con la meta donde se determinará la sensación. No son los labios, ni la lengua, los que distinguen si una fruta es dulce o es agria; es el cerebro que, tras la succión de los labios puramente mecánica, proyecta inmediatamente el "valor" recogido en su placa sensible y lo localiza en su centro respectivo, que en este caso es el paladar, para producir, con la intervención también inmediata del corazón, la sensación agradable o desagradable de dulzura o acidez. Experimentad que al succionar el zumo de un limón, advertiréis, ultra la sensación inicial del paladar, un estremecimiento cordial y un hormigueo inexplicable o lo largo de un número infinito de arterias, que son as que se relacionan con el paladar. La explicación es muy sencilla: la fuerte acidez del limón es superior a la potencia asimilativa del paladar y éste lo repele de nuevo hacia su exterior. Al recibirlo en sus linfas las arterias, éstas, también endebles, se conmocionan por efecto de la supra-sensación, y se produce el hormigueo, y como ellas son las conducciones fluviales que ponen en comunicación directa el centro nervioso inicial (paladar), reducido energéticamente a un función simple (la del gusto) con la centralita alimentadora de todos los demás centros (corazón), allí lo conducen de una manera automática. Y allí queda resuelta definitivamente la evolución con una ligerísima vibración cordial.

Ahora bien: cuando esta sensación es mayor, el proceso se prolonga. Veamos cómo:

De la misma manera que en una sensación *simple*, la trayectoria es: labios, cerebro, corazón, paladar, para determinarse allí la sensación y desaparecer definitivamente, cuando esta sensación es superior a la endeble resistencia del centro donde ha de producirse, éste la repele y la proyecta de nuevo sobre el corazón, valiéndose de sus transmisoras, las arterias. Si la sensación es *media*, ya hemos visto que allí queda resuelta, por bastarse a sí mismo el corazón para la solución de continuidad. Pero si la sensación es *mayor* y el corazón resulta incapaz para disolverla, éste la proyecta en retorno sobre el cerebro y lo que en un principio hubo de ser sensación dulce o levemente desagradable, se transforma en desgarro doloroso.

Si la sensación media colma los límites asimilativos del corazón, pero no lo traspone, surge lo que hemos dado en llamar "emoción". Si el corazón es impotente y la proyecta al cerebro y queda allí resuelta, se produce la "conmoción". Si también el cerebro se ve impotente para vencerla, sobreviene el *shock* y éste se resuelve con un desvanecimiento, con un desequilibrio total, o local, y en último caso, con la muerte.

Téngase presente que toda sensación, en su momento inicial, es dulce o agradable. Para surgir el dolor, ha de pasar antes por todas las gradaciones descritas. El dolor, intrínseco, no existe. El proceso será más o menos rápido; pero siempre inevitable. Una cuchillada, en el momento inicial, no es dolorosa. Su primera manifestación, quizá imperceptible, pero existente, es de dulzura.

Para no complicar nuestra teoría con exceso de aportaciones ejemplares, que podrían llegar hasta lo infinito, pasaremos a definirla con las menores palabras posibles:

A) Los que hemos dado en llamar cinco sentidos del ser humano, tienen una función puramente mecánica, sin inteligencia alguna: la de recoger o captar.

B) El cerebro, una misión doble: definir y proyectar con sabiduría indubitativa, cuanto capten aquéllos.

C) El corazón se limita a actuar de intermediario entre éste y aquéllos.

El precedente cuadro responde al proceso normal que podríamos llamar de *ida*, para el desarrollo de las sensaciones simples. Cuando este proceso se complica por efecto de sensaciones mdias o mayores, se produce la evolución del *retorno* en la siguiente escala:

a) Los cinco sentidos, colmados por un sensación superior a sus fuerzas, se niegan a asimilarla y la devuelven al corazón.

b) Si la sensación es media, el corazón la asimila y la resuelve.

c) Si la sensación es mayor, el corazón la desaloja y la manda al cerebro, que cumple la misión que se negó a realizar la víscera cordial.

d) Si la sensación es anormal y el cerebro no puede resolverla, sobreviene el desequilibrio y por ende el desvanecimiento o la muerte.

e) De este conjunto maravillosamente armónico, surge el placer,*engendrador del* dolor *en los casos sensoriales fuera de la normalidad orgánica. Una sensación de dolor nunca es normal.*

f) Y, por fin, el cadáver o piltrafa de cada sensación nos da el residuo químico de que nos habla Freud y que se acumula en nuestros órganos genitales, los cuales, a su vez, requieren imperativamente un desahogo fisiológico, para no actuar de agentes revulsivos de los demás centros nerviosos.



El cristianismo, primera gran manifestación de la acracia organizada, levantó la bandera del amor y la libertad frente al poder autocrático de Roma

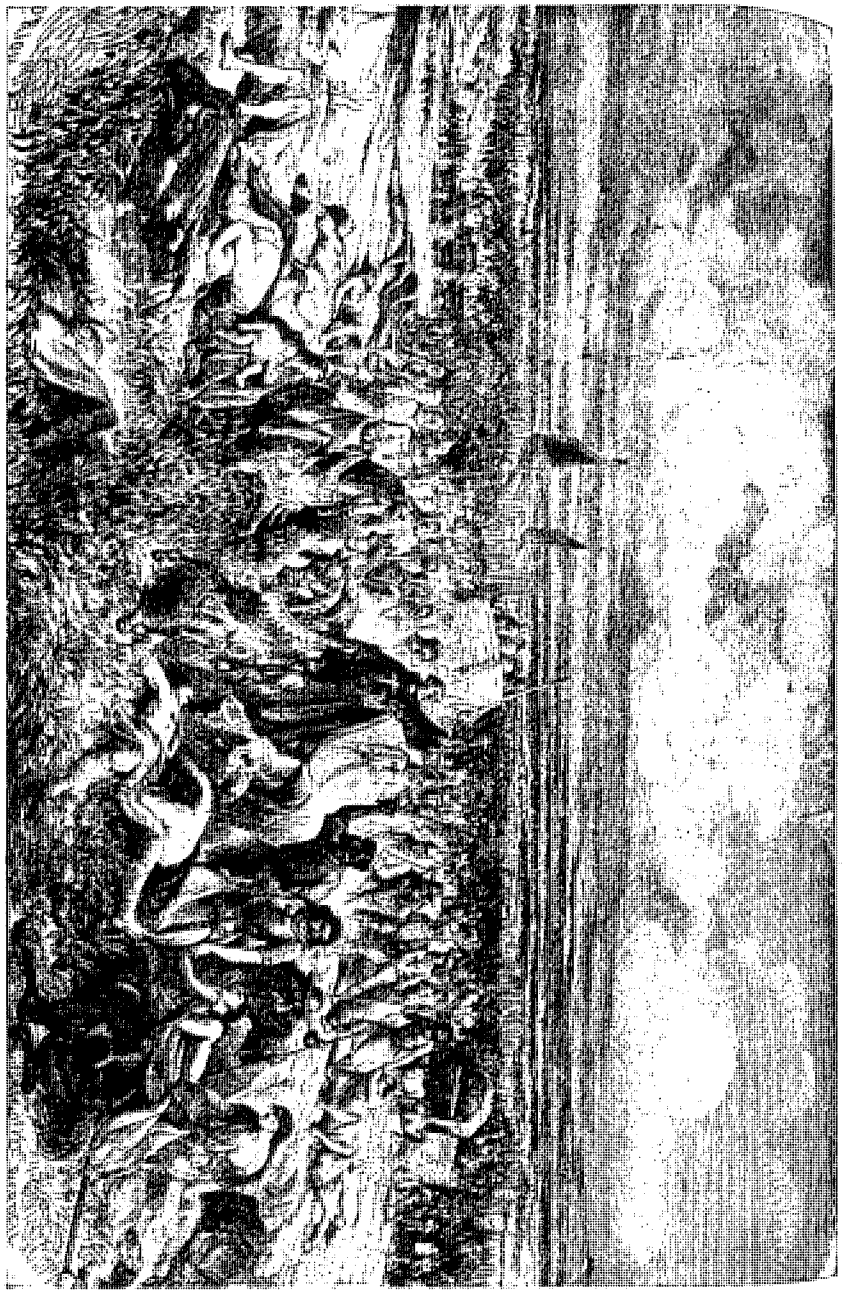
Consecuencia:

Si la sensación es lo que podríamos llamar un ser perfecto, libérrimo y absoluto (sensación simple), nace y muere en ella misma y su vida brevísima se desliza plácidamente sin que los centros nerviosos sufran mayor desgaste ni otras presiones que las normales. En este caso, sus residuos serán substancias tóxicas que se acumularán en los posos de materias inertes, sin sobreexcitación alguna de la economía humana, que el cuerpo segregará y expelerá en función normal, transmitiendo a los órganos genitales una cantidad pequeñísima de la substancia química preconizada por Freud.

Si, contrariamente, la sensación es un ser imperfecto que tienda a perturbar el normal desenvolvimiento de la economía humana, los centros nerviosos se verán obligados a una supra-actuación para dominarla, y este esfuerzo se traducirá en una mayor afluencia de substancias químicas freudianas hacia los órganos genitales y éstos se verán sometidos a presiones anormales, que reclamarán funciones compensadoras.

Una aportación en defensa de nuestra teoría: en los casos de muerte violenta, casi siempre sobreviene derrame genital. Quien no opine con nosotros, habrá de resolver antes este interrogante científico que a nuestro entender es trinchera inexpugnable y en ella nos hemos parapetado para establecer nuestro punto de partida.

El estudio comparativo y relativo del precedente cuadro sensorial con el anteriormente expuesto con referencia a las diversas causas y manifestaciones de la excitación sexual, habría de llevarnos mucho más allá de lo que pretendemos evidenciar en el presente capítulo. Limitémonos, pues, a bucear las causas en que debe fundamentarse la apetencia sexual, para llegar a la conclusión deseada de si el vestido y todo adita-



Pero, unos siglos después, el signo de la cruz humilde y redentor, tomaba una mala compañía: el sable incivil que tanto había detestado y, ya con tan extraño compañero...

mento sobre el cuerpo humano, actúan o no de irritantes de la libídine.

Hemos ya dicho, y es un axioma olvidado de puro sabido, que *privación* determina siempre *deseo*. Pero esta puerilidad casi infantil, ha sido frecuentemente olvidada por nuestros moralistas con grave daño para la sociedad. Veamos a qué excesos puede llevarnos la privación de la más inocente de las humanas apetencias.

Engullir un vaso de agua, por ejemplo, produce una sensación libérrima, perfecta y absoluta, que nace, vive y muere en ella misma. Los residuos de esta sensación *simple*, serán materias lástricas que el organismo humano cuidará de eliminar automáticamente, sin sobreesfuerzo alguno y sin que se altere la vida normal de los centros nerviosos del individuo. Por esta razón, la substancia química freudiana que ella produzca, será insignificante.

Contrariamente, el deseo insatisfecho de beber un vaso de agua, producirá una sensación imperfecta, sin solución de continuidad, que tenderá gradualmente a la formación de una sensación media, mayor y aun anormal, según se prolongue la privación.

Tan pueril apetencia se inicia y se manifiesta en el individuo, de una manera subconsciente. La primera llamada del deseo, vaga, imprecisa, indefinida en nosotros. "Beberías un vaso de agua", parece decirnos con vibración apenas perceptible el centro nervioso encargado de cumplir esta misión. El sujeto, si tiene a mano un vaso de agua, lo vaciará a la primera llamada, sin apenas darse cuenta de ello, sin que en verdad sepa que aquella acción suya responde a un imperativo interior de su organismo. Cumplirá normalmente una función natural, sin desgaste, sin esfuerzo.

Si, por el contrario, el individuo no tiene a su alcance in-

mediato el vaso de agua, no concederá importancia alguna a la llamada inicial y seguirá distraído otros derroteros, sin cuidar de dar satisfacción al centro nervioso que le ha pedido agua. Pero éste insistirá en su demanda y se irritará ante la negativa de que se le hace víctima. A la manera de los chiquillos rebeldes, rebullirá, gritará, y no tardará mucho en sumarse a su petición un segundo centro nervioso que le sea afecto. La demanda será ahora más imperiosa. "¿Por qué no bebes un vaso de agua?"—le dirá al sujeto o al organismo este segundo atacante. La reclamación no será ya subconsciente, sino un embrión que comenzará a agitarse y a pernear en su *ovario* con marcada rebeldía. El individuo se enterará entonces de una manera clara y definida, de que tiene sed y de la necesidad de apagarla. Pueden darse dos casos: el de no tener a su alcance el agua que sería necesaria para satisfacer el apremio, o el de tenerla próxima son que le sea dable disponer de ella. En el primer caso, el cerebro, atento a toda manifestación del humano organismo, razonará y su inteligencia le hará actuar de poder moderador. Aun sufriendo las consecuencias de la apetencia del centro nervioso inicial, él es comprensivo y procurará llevar la paz a los núcleos irritados, a cuyas rebeldías opondrá una tenaz resistencia. El cerebro, más sabio que todos ellos, llegará a convencerles y ante la fatalidad insuperable se mostrarán éstos menos intensos, más remisos en la agresión. Pero la sensación mayor y aun la anormal de sed no dejará por ello de desarrollarse en un ambiente sordo de resignación hasta que el organismo deje silentemente de accionar y el individuo caiga vencido envuelto en las densas nubadas de un conformismo consciente y fatalista. Ejemplo claro de este conformismo es la muerte en un desierto, que sobrevendrá con una resignación plena del individuo. Imposibilidad y privación, no es lo mismo.

En el segundo caso, es decir, en el de tener el agua pró-

xima y por cualquier causa no poder el sujeto disponer de ella (caso típico de privación), los centros nerviosos acelerarán sus imperiosas demandas, el cerebro, indignado, humano, levantará bandera de rebeldía y, situándose a la cabeza del motín orgánico, arrastrará, encadenará a todos los centros nerviosos alrededor de aquel a quien le está encomendado en el conjunto armónico producir la sensación de sed y todos juntos se dispondrán a dar la batalla. Y el ejército enfurecido de los sedientos, no cejará ya hasta vencer o morir. Sus gritos de guerra, rabiosos, incontenibles, irán brotando de los núcleos que se animarán unos a otros.

"¡Bebe un vaso de agua!", gritarán unos, revolviéndose airados.

"¿Por qué no nos das agua?", imprecarán otros, como si cerraran los puños y apretaran los dientes antes de la acometida.

"¡Queremos agua!", exigirán los más decididos, avanzando atropelladamente por entre la red arterial.

Ya el motín orgánico comenzará a degenerar en horda tumultuaria. El corazón se entregará de pleno al estado pasional de la multitud neurótica y no cesará de mandarles oleadas hemostáticas que chocarán embravecidas entre sí y producirán hervores burbujeantes de esclusa desbordada en el sistema orgánico. Todo serán ansias, angustias y devaneos en el individuo, al sentirse agitado por tan encontrados remolinos interiores. En este momento, el cerebro, más sabio y peor intencionado que las turbas, iniciará su labor destructora para incitar a las masas a romper todos los eslabones de la ley que todavía es en ellas muro de contención, pero que, por injusta, deja de ser ley ante el cerebro.

Y sordamente, desde su atalaya, comenzará a lanzar sus rayos de luz libertadores: "¿Qué humana razón puede impe-

dirte que sacies tu sed?", comenzará irónico. Y luego continuará en progresión incitante: "Tú necesitas agua. El agua es tu vida y es tu muerte. ¿Qué argumentos hallas para no tomarla? ¡El agua está allí: mírala! ¡Escucha su voz cantarina al caer! ¡Deduce la inefable dulzura de su linfa! ¡El agua no es de nadie! ¡El agua es de todos! ¡El agua es también tuya! ¡Tómala! ¡Atropella, roba, mata, pero bebe!" La ley y la razón han topado en su camino.

El deseo será ya alucinación, fiebre, desvarío. El agua próxima, vedada al individuo, tomará formas monstruosas, que el cerebro cuidará de agrandar en fabulosas transfiguraciones, agradables, unas, llenas de ensoñación y de presentido deleite; espantables otras en sus deformacions apocalípticas.

El organismo, privado d satisfacer su sed, a pesar de tener próxima el agua, la verá correr a ríos, desbordarse en cascadas ruidosas, estancarse en lagos inmensos formando espejos cegadores, caer de las nubes en espesas capas, inundar la tierra, cubrir las montañas, y al fin, saltando por encima del cuadrante de todas las legislaciones, el individuo atropellará, robará, matará y beberá agua, aunque le vaya en ello la vida por precio.

Y al ver satisfechas sus ansias, al apagar las brasas de aquella sensación mayor que le extenuaba, el organismo todo del ser humano que se vió privado del agua sabiéndola al alcance de su voluntad aherrojada por unas leyes que le negaban el derecho a beberla, gustará de ella de una manera bestial, primitiva, antebíblica. La sensación del placer de beber lo invadirá todo en su interior. De bruces en la charca, la sorberan con avideces irracionales, el cerebro, la sangre, los nervios. El frescor del agua, al esponjar los núcleos sedientos, producirá en el organismo indecibles deleites; la húmeda invasión generará sensaciones inenarrables de placer que unas veces seme-

jarán afiladísimos estiletes adentrándose en la carne y otras adormecedores céfiros con rumores de verdeantes frondosidades. Todo el ser humano se sumergirá en la charca con chapoteos acochinados y beberán en ella las fauces, los ojos, las gemas de los dedos, las raíces capilares...

Y las leyes ciegamente prohibitivas habrán cumplido una vez más con su misión de acrecentar aquello que pretendieron evitar, por ausencia de sentido humano y de contenido biológico, en su entraña deshumanizada.

Y es que se ha olvidado con demasiada frecuencia, que entre las peñas áridas, infecundas, de la prohibición cerril, centuriónica y las del libertinaje vandálico, crece y vive feliz el vallecico de la comprensión en cuyas umbrías humildes y silenciosas habríamos de hallar seguramente solución a todos los problemas de la re pública.

Porque, es de advertir que aquella agua que de manera casi irracional hemos visto que era absorbida por un organismo torturado por la sed, era la misma, exactamente la misma que mil veces había bebido el mismo organismo de una manera sencilla, plácida, natural, mientras no hubo privación, ni excitación.

Pero lo lamentable, lo verdaderamente doloroso, es que el proceso patológico de las leyes prohibitivas no deja establecida aquí su solución de continuidad; va más allá, mucho más allá, y el daño causado llega a afectar caracteres de morbosidad irrefrenable y causa estragos casi siempre irreparables en el sér humano.

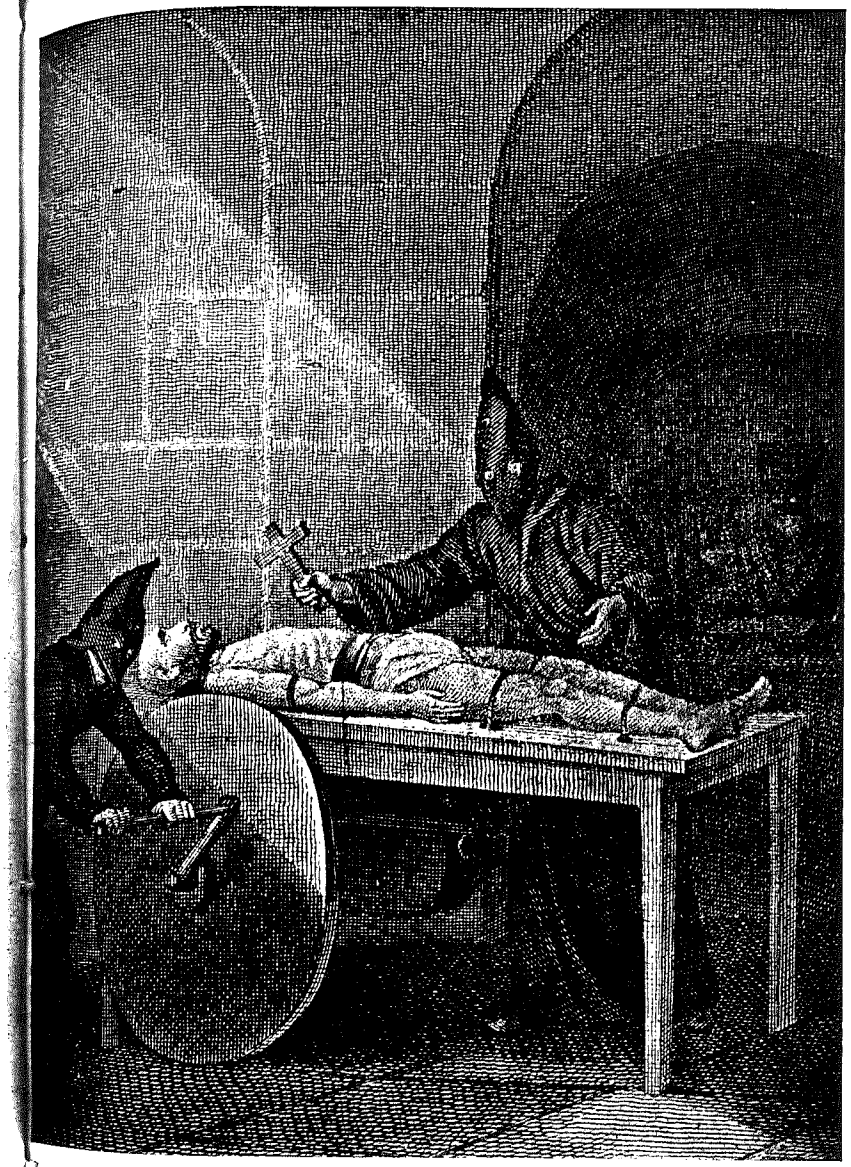
La sensación de placer ha sido tanintensa en el organismo al abrevarse el individuo en la charca, que ya no podrá olvidarla mientras viva. Y de una manera fatal e inevitable, sobrevendrá la anormalidad y se adueñará no sólo de todos los

núcleos neuróticos, mas de aquel luminar que era el cerebro, que automáticamente dejará de ser inteligente y moderado para entregarse a las nostalgias de un ambiente enfermizo y a la molicie de un abandono energético total.

Ya el organismo, recordando la salacidad del momento de la manumisión, *querrá tener sed y deseará no tener agua para apagarla*. Anulada, por una idiota privación, la facultad inteligente y ordenadora del cerebro, dejará éste de regir los destinos de los instintos y de mentor y encauzador pasará a ser su esclavo, voluntario y afeminado, para erigirse más tarde en insaciable dictador. Consecuencia de este trastrueque orgánico, de esta inversión de valores morales y materiales será el desorden orgiástico del humano maquinismo. Y el cerebro, aquel centro de ley que fuera un día moderación y dique, se convertirá en la sierpe silente y sinuosa que irá pervirtiéndolo todo y sembrando a su paso simientes venenosas que habrán de acabar con el valle florido que otros tiempos contemplara con vanidad de patriarca. Y no tardará en sentir el deseo de provocar la sensación de sed y la supuesta privación de saciarla. Y los paraísos artificiales serán en él una obsesión con tentaciones vertiginosas de abismo. La realidad desaparecerá de la mente del sujeto sometido a tan tentadoras insinuaciones para dar paso a las imágenes opalescentes, a las evocaciones turbias, a los simbolismos espectrales. En los primeros pasos por los senderos de los jardines del abandono, los demás centros nerviosos, avezados a cumplir una función simple y natural, no responderán a las lucubraciones de la mente. Su misión no es provocar la sed, sino sentirla en el momento preciso y acusar inmediatamente esta sensación. La provocación forzada de la sed no les incumbe, ni les interesa. Pero el cerebro, que advierte irritado la resistencia de los núcleos que siempre habían sido sus siervos, no abandona su labor corrosiva y lo que

antes fuera en él sabiduría y ordenación, tórnase bilis y malicia y, aprovechando su privilegiada situación, de pastor dulce y persuasivo de los rebaños orgánicos, pasa a convertirse ya en su dictador. Y desde aquel momento toda resistencia es inútil. El cerebro, bestializado, reduce látigo en mano a los ejércitos acaudillados por los jefes sensoriales y el desorden y la indisciplina lo invaden todo. Y toda función orgánica se muestra extrañamente mental y aparece envuelta en las luces crupusculares de una salacidad inconfesable. La armonía federativa, que daba a cada centro nervioso perfiles biológicos inconfundibles y hacía de cada uno de ellos un ser perfecto e independiente que vigorizaba el conjunto, queda reducido a un centralismo cerebral que todo lo anula, que todo lo corroe y todo lo mediatiza. El eupátrida de otros días más felices, es ahora un patricida artero y sinuoso. Privado de su alta misión de persuadir por la razón, domina por la fuerza. Y ya dueño absoluto de las inconscientes masas sensoriales, se entrega de pleno a su labor suicida. Los envuelve lentamente en la tela de araña de sus alucinaciones artificiosas hasta hacerles sentir el deseo falso de tener sed y de hacerles suponer que se les priva del agua para saciarla. Y de esta suerte llega a producirse el *shock* extenuante del orgasmo forzado, que tarde o temprano determinará la locura, la parálisis o la muerte.

Recurriendo más a la figura literaria que a la aportación científica—campo vedado a nuestros casi nulos conocimientos médicos—, hemos procurado dar al lector un proceso completo de una sensación tan pueril, tan intrascendente como la de la sed. Mas, como el cuadro progresivo de todas ellas será siempre el mismo, el ejemplo nos librará de que insistamos sobre un tema que consideramos suficientemente debatido para el logro de nuestros propósitos.



...se valía de medios verdaderamente persuasivos para sumar adeptos.



Y cuando, no el cristianismo, pero sí sus novísimos intérpretes, se adueñaban del mundo, florecían tan extrañas teorías como aquella de que las doncellas fecundadas por sus señores debían mostrárseles agradecidas por tan señalada distinción.

• • •

Corrijo las pruebas de este capítulo, unos días después de haber sido proclamada la República en España. Las del anterior las corregí oculto en una ermita, para evitar el zarpazo de las garras de la policía borbónica. Se me perseguía por la edición de unas láminas en las que se rendía tributo a los héroes que en Jaca levantaron bandera de rebeldía contra nuestros opresores. He pasado horas de tan intensas emociones, que no me siento con fuerzas para describirlas. La mayor, la más consoladora, ha sido la de que mi pequeña Cataluña, la eterna rebelde de la familia hispánica, fué la primera en proclamarse libre y fuera de una ley que el pueblo había borrado de sus códigos.

El tiempo va corriendo. El sentimiento liberal lo invade todo. El pueblo es un solo cuerpo, una mente sola un solo corazón. El pueblo quiere libertad, nada más que libertad, porque presiente que detrás de la libertad está todo. Y así, es en efecto. En los surcos de la libertad y de la razón, está la felicidad del pueblo. Y con la felicidad, la salud.

Pero unos doctores han comenzado ya a "regular" esa salud. Vedlo:

Habla el Director general de Prisiones: "Hay que hacer reformas, muchas reformas en las cárceles y presidios..."

Anuncia el Director de Seguridad: "Voy a montar un cuerpo de policías de asalto."

Dicen las turbas, que no son el pueblo: "Vamos a quemar todos los conventos y a pedir que sean expulsadas las órdenes religiosas..."

Todas mis ilusiones han comenzado a derrumbarse. Lo

eterno: se va a construir un edificio con apariencias de nuevo, pero con materiales de desecho. Todos hemos luchado por la libertad, por nuestra Santa Libertad y, una vez alcanzada, nadie se acuerda de ella. Nadie quiere darse cuenta de que se está haciendo una estatua de la libertad con el fango de la efigie caída de la opresión prohibitiva.

¡Reformar presidios! No, no: destruirlos, borrarlos de la tierra y de la memoria.

¡Crear policías de asalto! Eso podrá hacerse en nombre de lo que se quiera, peno no en el de la civilidad.

¡Quemar conventos! ¡Expulsar religiosos! ¿En qué breviario de la libertad han encontrado las turbas el derecho a profanar la conciencia ajena?

Levantar soleados sanatorios para los anormales — el delincuente no existe — eso, bien.

Pensar en una guardia cívica, sin armas — absolutamente sin armas — para mantener el orden, que no debe ser un orden irritante, nos parecería admirable y profundamente eficaz para hacer conscientes a las masas.

Engarzar los conventos en la legislación social, sin más prerrogativas que las de otra organización cualquiera, eso sí. Reducir a los religiosos a la condición estricta de ciudadanos libres del Estado, nos parece muy natural. Pero... ¿Encarcelar?... ¿Atropellar?... ¿Quemar?... ¿Expulsar?..,

¡Eso, no! ¡Eso, no! Por nuestra santísima Libertad, hemos de oponernos a ello los que lo hemos sacrificado todo para dársela al pueblo.

Precisa ir valientemente a un nuevo concepto de la vida y de las relaciones entre los hombres. Hay que acabar de una vez con las prohibiciones ciegas y con las legislaciones bárbaras que todavía creen en el castigo. No podemos extendernos sobre este tema tentador en la presente obra. Otras le

seguirán en las que razonaremos las escuetas afirmaciones que acabamos de enunciar.

Se asuste o no se asuste nuestra sociedad, el hecho es incontrovertible: cuanto más tienda la moral de los pueblos a no reconocer la humana biología en todas sus manifestaciones, más desastrosos habrán de ser los resultados que se obtengan. Mientras nuestros elementos directivos no se persuadan de que el delincuente estricto, típico, apenas se advierte, y que la regulación o convención de los principios éticos es más una cuestión de medicina legal que de imposición centuriónica, podrán cortarse muchas cabezas de cuerpos enfermos, pero no se resolverá problema alguno fundamental. La acción policial o gubernativa es ya un anacronismo entre nosotros. Las cárceles y los presidios, no tardarán en ser borrados de nuestras costumbres penales, porque al hombre no se le da ejemplo alguno castigándole. La sociedad no debe pensar en el castigo del delincuente, sino en la cura del enfermo, y para curar sobran los establecimientos penitenciarios, que han de ser definitivamente destruídos, para levantar sobre sus ruinas aireados sanatorios, piscinas alegres y gimnasios regeneradores de los organismos morbosos o anormales.

La ciencia jurídica podrá prevenir y regular muchos desvíos de la sociedad, pero nunca, nunca, le será dable curar con sanciones penales aquello que debe ser función exclusiva del médico y del hombre público.

Se nos dirá quizá que somos demasiado radicales, pero nosotros hemos de insistir en que más de treinta siglos de castigos corporales aplicados a los individuos que se han situado al margen de la ley, no han beneficiado a la humanidad con la más insignificante ejemplaridad. Tenemos, en cambio, la plena convicción de que la helioterapia, la hidroterapia, la cultura

física y la escuela obligatoria habrían alcanzado resultados muy diferentes.

Condenar a un hombre a tres años y un día de sol, de agua, de cultura corporal y de cultivo intelectual, se nos antoja, además de más humano, mucho más práctico que rodearle los tobillos con un grillete y enseñarle a odiar a una sociedad vengativa, a la cual tarde o temprano habrá de ser reintegrado. Eso, sin tener en cuenta que el sibaritismo jurídico y policial cada día se agudiza más y que a no tardar va a ser preciso levantar unas rejas muy fuertes alrededor del mundo, porque todos, absolutamente todos, nos veremos forzados a transgredir los preceptos legales de una legalidad de cemento armado.

Mas, volvamos ya a nuestro tema y digamos que si privación engendra deseo, la libido no puede independizarse de esta ley humana y que cuanto más se intente obstaculizar el cumplimiento del imperativo sexual, mayores y más tenaces serán las apetencias en el individuo.

Dos seres puros, limpios de prejuicios, completamente desnudos de cuerpo y alma, entregados a las placideces de una vida sencilla y pastoril, sin privaciones, sin excitaciones, beberán de la linfa del placer de una manera lógica y natural que en nada se apartará de los demás actos fisiológicos que en ellos se cumplan.

Si a esos mismos seres se les enturbia el cerebro con el más leve prejuicio coercitivo, surgirá inmediatamente el deseo de consecución de aquello que les fuera prohibido y la serpiente del paraíso (libídine) no cejará hasta ver logrados sus propósitos. La libertad, en todos los órdenes de la vida, es templanza, orden, equilibrio. Su privación es el germen de la revuelta.

Si a los seres racionales se les prohibe todo, se les oculta todo, se les cierran todas las ventanas de la belleza y del placer de vivir y de otra parte no se les puede mantener en la ignorancia de que la belleza existe y de que la vida ofrece goces inefables que se les hurtan, se levantará en ellos el instinto de rebelión y, a través de todas las prohibiciones, por entre los intersticios de ajuste de las puertas más herméticas, "supondrán" la belleza y esclavizarán, forzarán y destrozarán todos sus centros nerviosos hasta someterlos a la servidumbre de sus imperativos genésicos y aquello que hubiera sido realizado como una función normal y sin desgaste, presentará ahora proporciones de aberración y aun de delirio máximo que acabarán por aniquilar el más sano de los organismos.

Da pena reconocerlo, pero nuestra sociedad es ferozmente prohibicionista, y ésta es la moral, ésta la ética que, ignoramos en nombre de qué religión—la bíblica, no, desde luego—se nos impone. Se persigue con ferocidad troglodítica muchos aspectos del vivir que cumplen una misión social imponderable: la prostitución, la literatura estimulante, la belleza formal, el amor, la educación sexual, etc., etc., sin caer en la cuenta de que la prostitución evita la violación, la literatura desenvuelta y estimulante acorrala a la pornografía, la belleza corporal cierra el paso a los simbolismos mentales y la educación sexual es un sedante para las inteligencias vírgenes.

Y el traje, en el ser humano, dígase lo que se quiera, actuará siempre de elemento prohibicionista que excitará la libídine. Colocad sobre el cuerpo desnudo de una mujer una simple guirnalda de rosas, y ellas, a pesar de su aparente sencillez, serán ya un estimulante sexual. Sus sombras, sus relieves, y sus graciosas ondulaciones, transmitirán a la carne valores misteriosos y umbrías y remansos con apariencias de clandestinidad, que el macho deseará conocer. Es indudable que, si un hombre acostumbrado a ver siempre a una mujer completamente desnuda, la sorprendiera un día junto a un lago con el

seno engalanado con una flor, apartaría dulcemente los pétalos y besaría debajo y luego contemplaría a la mujer reflejada en el agua, mucho más interesante a sus ojos que la misma carne. ¿Para qué recordar los efectos alucinantes de una liga sobre un muslo desnudo? ¿A qué hablar del ramalazo de sensualidad producido por unas medias? Es ridículo que esta cuestión deba ser todavía motivo de polémica... El indumento como necesidad material, ya hemos dicho que lo aceptábamos plenamente, pero no como a elemento de moral social, no como recato pudoroso. La sociedad menos pudorosa, será también la más pura. El pudor es una entelequia cerebral tortuosa y llena de malicia. El haber conocimiento del pudor, supone la no ignorancia de la existencia del impudor. El pudor no es virtud, sino consecuencia de la convicción de que la virtud puede agraviarse y de cómo puede inferírsele este agravio. Un ser perfectamente honesto, no será nunca pudoroso. Cuando penetre en las tierras resbaladizas del pudor, su cerebro no será ya virgen. No puede sentirse la necesidad de ocultar nada del cuerpo humano, si la mente está libre de pecado. El pudor es la celestina de todas las torpezas y la pintura blanca de la tumba de las abyecciones. El hombre que no es malvado por pudor, es un ser vil y despreciable, porque la bondad en él no es ingénita, sino superpuesta. La mujer que es honesta por pudor, interiormente es una perfecta hetaira. No puede haber pudor donde no exista intención de pecado. El temor o la vergüenza de cometer una acción cualquiera no absuelve al pecador si no es firme convicción en él que aquella acción no debe ser realizada.

La *Venus Púdica* oculta pudorosa una parte de su cuerpo. Pero el trozo que oculta de su cuerpo no es la cara ni la mano. Parece innegable que antes de ser púdica, ha debido ser impúdica; de otra manera, no se concibe que conceda mayor importancia a una que a otra fracción de su cuerpo. Y si no ha sido impúdica materialmente, lo ha sido cerebralmente, que es impudicia más vituperable todavía. La honestidad no está en los actos de los hombres, sino en la intención con que los realicen. No es el puñal del delicuente lo que la ley castiga: no es el brazo realizador del crimen lo que persiguen los Códigos; es la intención del agresor lo que condenan los jueces. Por esa razón los locos son irresponsables y es también por esta causa que existen los agravantes, los atenuantes y los eximentes.

Sentad a dos jovencitas en una reunión en que haya hombres: la peor intencionada será la que primero cubrirá sus rodillas tirando de la falda hacia abajo; la más inocente, la más albina, y por ende la más honesta, casi siempre habrá de ser avisada por las demás. El pudor y el descoco, aunque aparezcan como sentimientos antitéticos, en el fondo son la misma cosa.

Dígasenos, para terminar: ¿unos seres vivientes que por primera vez se vieran entre sí, al surgir de una selva completamente desnudos, sentirían el pudor? ¿Dejarían por ello de ser honestos?...

Con más honestidad cerebral y menos pudor epidérmico, la blancura virginal quedaría mucho mejor librada.

Y hablemos ahora de ese encanto de nuestra sociedad que es el rubor. ¡Oh, las niñas candorosas con dos rositas encendidas en las mejillas! ¡Un verdadero poema en el que no pueden faltar como complemento las azucenas y los lirios!...

Ese niño travieso, chillón y vocinglero, es el hermanito menor del impúdico pudor. El pudor, cuando se ofende, necesita de él para manifestarse de una manera ostensible. Obra a manera de heraldo ruidoso que esparce a los cuatro vientos la nueva de que la honestidad ha sufrido agravio. No puede

ofrecérsenos, pues, con mayor claridad el elemento causual de esta manifestación externa: el reconocimiento implícito de una mala acción cometida o de una mala intención apuntada.

Se nos ha querido meter en el cerebro que el rubor es la encarnada flor del árbol de la inocencia. Nadie más inocente que un niño de tres años, y a esta edad el rubor es completamente desconocido. Y asimismo lo es cuando el ser humano se halla en plena ciénaga de perversidad. Dejemos, pues, a estos dos hipócritas hermanitos que son el pudor y el rubor, en el espacio que media entre la inocencia pura y la perversidad desatada. Digamos que son ellos las crisálidas que en sus vuelos por el mundo van descubriendo la maldad de los hombres y que sólo al comprenderla, al perder, por lo tanto, la inocencia mental, se sienten estremecidos y se manifiestan. Desde luego, es mejor intencionado, más franco, más sincero el rubor que el pudor. Hay menos contenido de hipocresía en él. Y es que, si el rubor es la mortaja de la inocencia, el pudor es su ceniza.



QUINCE DIAS CON LA PIEL AL SOL

REPORTAJE NOVELADO

I

Berlín al través de un cristal limpio

Cuando un forastero pisa por vez primera el reluciente asfalto de Berlín, de lo que se entera en primer lugar, es de la existencia de la Friedrichstrasse (calle de Federico). Y luego continúa enterándose de lo mismo durante ocho días por lo menos.

La Friedrichstrasse es en Berlín, lo que el *boulevard* Montmartre en París, la Cannebière en Marsella, la Broadway en Nueva York, la Rambla en Barcelona y la Puerta del Sol en Madrid. Es decir: el centro magnético de donde se parte y a donde se regresa váyase donde se vaya y vuélvase de donde se vuelva, y el paseo nocturno obligado de esas señoritas que, durante el día, no tienen nada que hacer ni en qué distraerse.

Estos nervios urbanos, son a manera de nidos que los pájaros novatos, inexpertos, sólo se atreven a abandonar para realizar brevísimos vuelos; pero adonde retornan presurosos, tambaleándose y dando ruidosos aletazos al descubrir con asombro que se habían alejado más de lo debido de su puerto de refugio...

Berlín es una ciudad amplia y silenciosa. Fría, rectangular. La Alejandría moderna. Adviértese en sus calles ese presti-

gio imponente propio de las grandes edificaciones medioevales, que al penetrar en ellas, cohiben al visitante y le invitan al recogimiento. Así como París y Londres aturden, marean; Berlín impone, domina y ejerce en el forastero una especie de dictadura interior que le despoja de su idiosincrasia racial y le somete a su maquinismo urbanístico.

Más simétrica, más "ordenada" que nuestras luminosas ciudades latinas, nos parece, de súbito, como si no tuviera alma, como si en aquel momento acabaran de construirla y unos hombres extraños a la misma estuvieran en ella de paso para sus negocios.

Muchas veces he pensado, deambulando por las rúas de Berlín, que allí no debiera haber pájaros, flores, costumbres típicas, bailes populares... Es un poco absurdo pensar así, pero no he podido evitarlo.

No obstante, si dijéramos que Berlín, en el sentido urbanístico, es la ciudad mejor organizada del mundo y aquella en la cual el viandante recibe una mayor sensación de ciudadanía y de más estricto respeto a las leyes y a las ordenanzas municipales, no haríamos más que rendirle tributo de justicia. Y si, en seguida, afimáramos que la que fué sede de los Hohenzollern y cubil de la Prusia absorbente, es la urbe que los latinos hemos de encontrar menos grata de cuantas prestigian nuestro continente, seguramente no nos apartaríamos mucho de la verdad. Berlín acusa frialdades cementosas y pesadumbres pétreas que el meridional repudia instintivamente. Particularmente en invierno, descubre todas las características de las ciudades "cerradas", de vida interior, que perfilan los núcleos urbanos del norte. Sus calles, magníficamente pavimentadas, sus recias edificaciones, de tonalidades profundas y ornamentación muy recargada, la ausencia de balcones volantes en la mayoría de las casas, las rígidas paralelas en que son

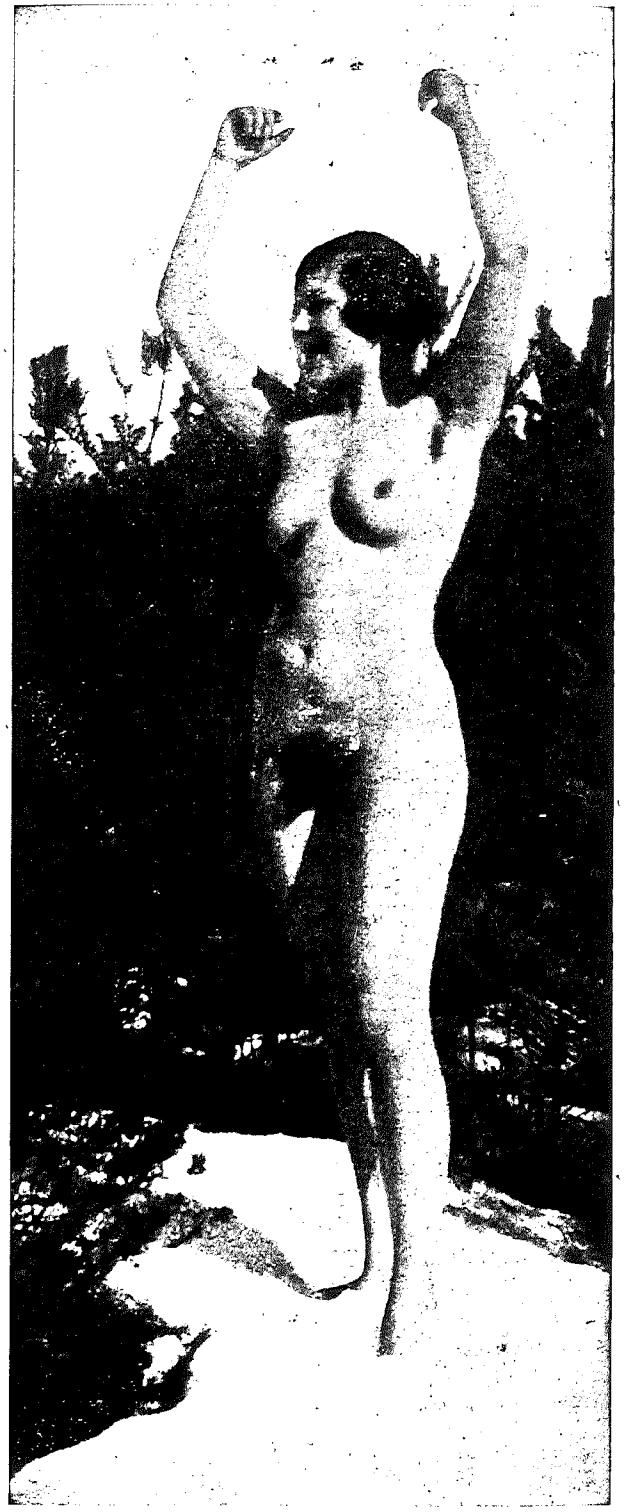
enjaulados los tranvías en algunas de sus amplias avenidas, el metódico ambular de sus moradores, el silencioso rodar de los autos, que en contadas ocasiones hacen vibrar sus bocinas y mecánicamente anuncian con sus flechas automáticas la dirección que habrán de seguir, los geométricos tableros de damas de los taxis, de una absoluta y casi irritante uniformidad, el manso correr de las arterias líquidas del Spree, que hacen pensar en las canalizaciones artificiales y alejan toda idea de la alegría fluvial de un Támesis o de un Sena, tan ruidosos, tan "vivos", la correcta conservación de cuanto afecte a la re pública, las metódicas avalanchas de peatones en perfecta formación y especialmente la enorme cantidad de "Conditoreien" y otros establecimientos dedicados exclusivamente a la expendición de productos alimenticios, impresionan de manera poco grata a los latinos, quizá por exceso de metodización y ordenación urbana y por abuso de previsión y aun de excitación estomacal.

Preciso es que reconozcamos que cuanto hemos enumerado debe ser considerado como un índice de virtudes cívicas verdaderamente admirables, pero... ¡Eso de que uno no se atreva a echar al suelo lo que le estorbe en las manos, ha de irritarnos forzosamente a nosotros, y casi, casi ha de aparecer ante nuestro imperativo un poco atrabiliario, como una privación de libertad intolerable!

El cuerdo y razonado principio ético de que la libertad individual termina exactamente en el mismo punto donde comienza la molestia de la comunidad, aparece a todas luces como convicción firme de los berlineses, y se advierte en los más nimios detalles. El problema del fumador y del no fumador, por ejemplo, tan debatido y propicio a molestas situaciones en nuestras latitudes, lo ha resuelto Berlín de una manera absoluta y sin enojo ni privación para nadie. En todos

los locales y servicios públicos, está prohibido inexorablemente fumar, pero en todos ellos hay un espacio destinado a los fumadores. El derecho del no fumador a no ser molestado, no mengua el del fumador a gozar de las delicias del veneno lento. El Estado considera, muy sabiamente, que el fumador es *también* un ciudadano como los otros y que, por lo tanto ha de gozar de las mismas prerrogativas que los demás, única manera de lograr que el prodigadísimo "Verboten!" (prohibido) hiera como una lanzada e induzca por reacción a ser transgredido. También la propina ha sido prohibida en Alemania desde la implantación de la república, pero en todos aquellos servicios que en otros países es costumbre darla y constituye casi una obligación de carácter internacional—cafés, taxis, hoteles, limpiabotas—, el Estado ha legalizado el gesto munífico, señalando para el dependiente el derecho (obsérvese que decimos derecho, es decir, dignidad) a percibir el diez por ciento exacto del importe de la factura. Y tan estrictamente se cumple allí esta recomendable legislación, tan al límite llevan los dependientes la consideración de que la propina es ofensiva y corrosiva, que recuerdo, y no olvidaré nunca, que en una ocasión en que me sobraban tres céntimos en el recorrido de un taxi e intenté marcharme sin tomarlos, el chófer llamó a un "polizist" allí apostado, quien muy cortésmente y en actitud hierática me obligó a recoger lo que indebidamente renunciaba a tomar. De momento, me pareció aquello una ridiculez, un abuso y casi un atentado a mi libérrima voluntad de hacer de mi dinero lo que se me antojara; en realidad, no era así. Pronto hube de reconocer en mi fuero interno que todas las libertades del mundo no me autorizaban a considerar a un semejante como a un sèr inferior al que se le echan las sobras para que vaya viviendo.

Berlín podrá no ser elegante, si la elegancia ha de ir for-



ed aquí una Eva mo-
rna, surgiendo alegre,
lórica y bulliciosa, de
nieve, de una moral
absurda y negativa.

zosamente del brazo del desenfado; podrá no ser divertido, si la diversión y el descoco han de ser compañeros de camino inseparables; pero negarle corrección y civismo, sería caer en manifiesta injusticia, cosa que no se aviene con nuestro temperamento.

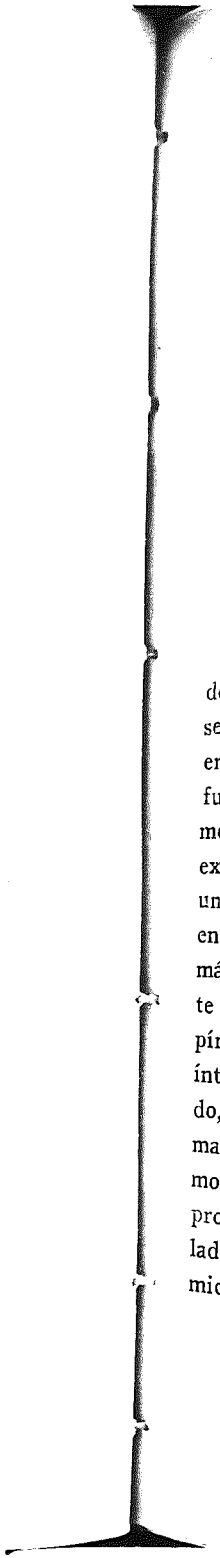
Por dos veces he pisado las hoy desaparecidas losas de la plaza de la Opera de la capital de Alemania, uno de los núcleos urbanos más importantes de Europa; otras tantas he paseado mi nostalgia por la gélida "Unter den Linden", y en ninguna de ellas he logrado sumergirme, fundirme en la vida de la capital germana. Siempre me he sentido preso, pero forastero en ella, y he pensado en el tren en que habría de partir. Nada de extraordinario ni de despectivo para la ciudad encierra este detalle. Si París es el crisol, la matriz generosa, en que aglutinan todos los idealismos latinos, Berlín es el punto de confluencia, o mejor, la línea divisoria de dos civilizaciones opuestas: Oriente y Occidente. París es centro, Berlín es límite. La ausencia de alma que los meridionales descubrimos en ella, no es ficticia; cuanto más se profundiza en lo que de momento creemos impresión pasajera, mayor es el afianzamiento de la visión inicial. No hay en ella un centro urbano racial que domine la ciudad. No se desprende de su conjunto la luz espiritual que hermane los diversos aspectos psíquicos de las razas que hormiguean en el Estado. Por mucho que París se engrandezca, París estará siempre en el "Berceau" de la vieja Lutecia, y esta diminuta parte de la urbe, dará carácter a cuanto a su alrededor se construya. Por mucho que la ciudad se internacionalice, Montmartre y Montparnasse conservarán su perfil inconfundible y sus rayos luminosos alumbrarán la mente de quienes pisen sus empinadas y sinuosas calles. No le encarcelarán: le asimilarán, le harán suyo.

No es así Berlín. No existe en la ciudad un nexo racial

que la defina. La "Preussische Rasse", profundamente eslava, imperialista en exceso, no ha dejado brotar en ella el alma germana. Producto artificioso del centuriónico espíritu bismarckiano, se creó una capital que le era necesaria al naciente imperio y el producto no ha sido humano; el resultado ha sido la ciudad hueca y el hombre mecanizado, de movimientos muy perfectos, de actitudes rígidamente cívicas, pero sin ningún "vicio" de los que infunden humanidad a los cuerpos. Una vez más el imperialismo ha cumplido en ella su misión corrosiva y destructora. El germano-celta, no ama, no amará nunca Berlín. No puede amarlo y se siente tan forastero en él como el mismo latino. Los grandes poetas raciales de Alemania, no se han sentido atraídos por una metrópoli que les era extraña, y Wagner y Goethe hubieron de buscar la psiquis de su pueblo en las profundidades misteriosas del Rhin o en las dulces tonadas de Nuremberg. Tal sería la perplejidad, el espanto con que Wagner miraría el híbrido engendro mental que el gran Federico concibió y el férreo Bismarck moldeó, que para dar con un punto luminoso, con una cima sagrada en que se posara su errabunda alma germana, hubo de pensar, en una de sus obras, en un simbólico "Montsalvat", lejano, tan lejano que nunca se podría llegar a él. Berlín está mucho más apartado espiritualmente de Colonia que de Varsovia. Se ha dicho que Bismarck fué el artífice de la raza. Se ha dicho bien. Un artífice, nada más que un artífice, no una madre. El ahogó todas las razas de origen o coincidencias germánicas, en una sola y de ello resultó una estatua, no un ser vivo. Y así ha vegetado Alemania una vida extraña a sí misma, impuesta por la capital. Ahora, después de su muerte, pienso en Stresseman, enamorado de las minorías raciales, que había comenzado a articular la estatua bismarckiana. ¡Ese, ese iba en busca del alma de Germania! ¡Ese era el verdadero

creador de la Alemania grande, diversa y racialmente vivificada!

Por esta razón, juzgar a esta gran ciudad al través del prisma de nuestras costumbres, de nuestros desenfados y de nuestras espiritualidades, nos parece error en el que evitaremos caer. Y pretender que Berlín nos dé el "specimen" de la Germania espiritual, tan varia, tan agreste en el Norte y tan dulcemente sentimental en el Sur, se nos antoja una "standardización" más propia de un producto comercial que de un pueblo.



II

Berlín con cerveza

Desde luego, si se me diera a escoger un punto del mundo donde vivir, Berlín no habría de contar con mi presencia. No se asusten ante esta sincera confesión los que habiendo nacido en aquella urbe, han puesto sus amores en la metrópoli que fuera un día aquel diminuto Alt-Koeln que las corrientes modernizadoras han hecho desaparecer casi por completo. Tan explícita consideración vino a asaltar mi fatigada mente de una manera arbitraria precisamente en uno de los momentos en que con más fervor especulativo contemplaba una de sus más famosas avenidas, la Sieges-Allee. Y quizá tan incongruente decisión, resumía la verdadera y sintética ficha que un espíritu de ascendencias helénicas ha de establecer al definir íntimamente la ciudad más recia de Europa. Habíame sentado, verdaderamente impresionado, en uno de los bancos arremansados a lo largo de la Sieges-Allee y contemplaba la hermosa e impresionante perspectiva de la umbrosa avenida, tan propicia al dulce abandono de la mente. Exornada a lado y lado por encantadores monumentos dispuestos en forma de hemiciclo en los que, como si se tratara de un libro de grandes

hojas marmóreas en relieve, se ofrece el panorama de la historia de Alemania, no puede uno evitar un sentimiento de admiración hacia un pueblo que tan bellas muestras de amor a lo suyo ofrece al viandante distraído. Corren estos hermosos monumentos a lo largo del paseo y en el centro de cada uno de ellos se levanta sobre un sencillo pedestal de poco más de un metro de altura, la estatua de uno de sus reyes, cronológicamente situados y a cuyo alrededor, formando herradura, un banco os invita al descanso contemplativo y a la meditación. En el barandal que cimera el respaldar del banco aparecen, en busto, las figuras literarias, científicas y políticas más destacadas de cada época. Desmintiendo un poco la leyenda teutónica que nosotros nos hemos creado, no se honra únicamente en estos monumentos la gesta bélica encarnada en la figura del rey, mas se rinde tributo en ellos a la aristocracia de la sangre y del intelecto. Muy interesante este detalle y digno de no ser olvidado cuando pretendamos enjuiciar un pueblo que en esencia no es lo que aparentemente nos descubre.

Copudos y frondosísimos árboles doselan tan encalmados lugares, una beata emoción cunde en nosotros al recogernos en ellos. Bustos y estatua central, quedan casi a la altura de los ojos. Se habla con ellos. Los personajes que en el mármol se representan, se os hacen familiares, casi amigos. No pude advertir en ninguno de ellos la más leve mutilación, aun buscándola con empeño. Ello me dió a comprender que la infancia berlinesa podrá ser menos ingenua, menos alegre que la meridional; pero en cuanto a su educación cívica y a su amor a la re pública, queda un poco distanciada de la nuestra.

No obstante, cosa verdaderamente inexplicable, mientras iba formándose en mi interior una aureola de admiración hacia aquel pueblo que tan bellas muestras ofrendaba de su cultura, no me fué dable evitar una sonrisa indefinible al pensar en

aquellos hijos míos que no levantan más allá de cuatro palmos del suelo y que cada día se lían a puñetazos con los del barrio contiguo — sus odiados enemigos — o a pedrada limpia con esos otros terribles adversarios suyos que son los faroles del propio barrio. Y es que la rebeldía infantil, tendrá también su encanto. Yo de mí puedo decir que no me gustaría que mis hijos fueran como la mayoría de los niños que he visto en Alemania, tan rígidos, tan serios... No obstante, cuando en cónclave oficial se trate de presentar un ejemplo de civismo precoz, estoy seguro que no podré dejar de exclamar con énfasis y suficiencia: "¡Oh, aquella infancia de Berlín!...". Sin quererme acordar de que en Berlín el invierno es mucho más crudo que en Barcelona y que las almas infantiles, todavía en formación, han de responder forzosamente a las condiciones climatológicas de cada país.

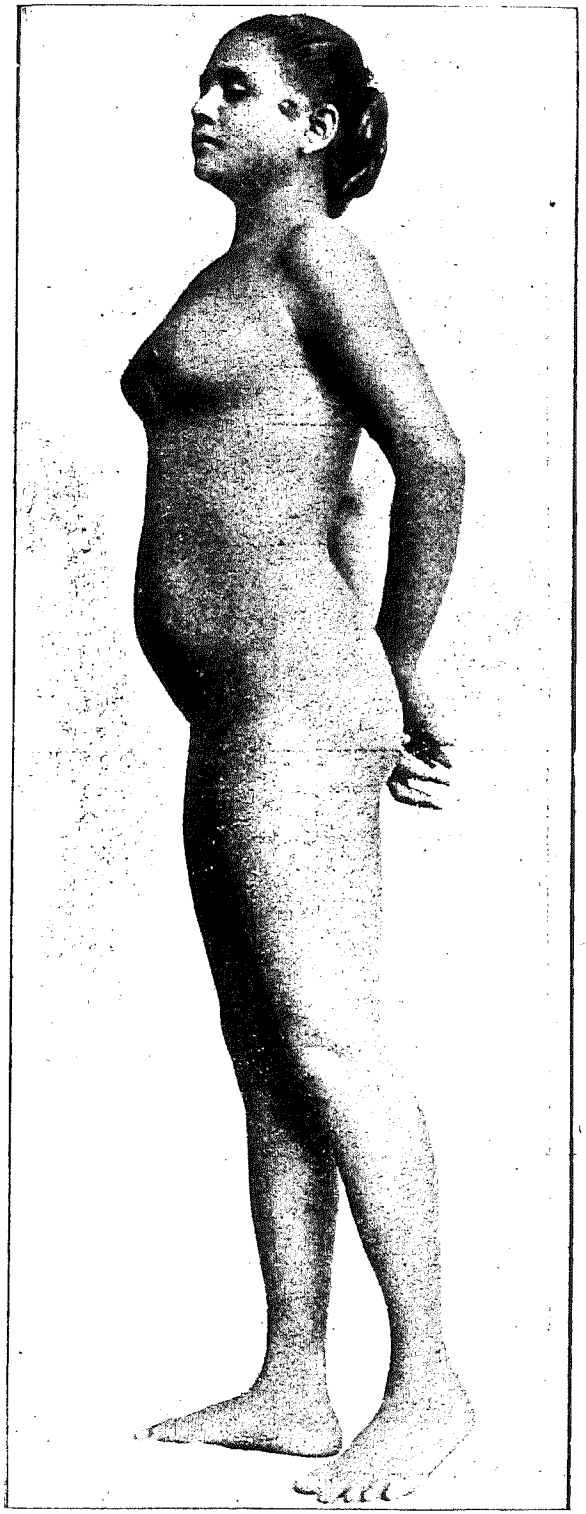
Anochecía ya y la humedad calaba mis hombros. El crepúsculo abrileño estaba frío. Abandoné el banco de la Sieges, donde había permanecido más de tres horas; aventé de mi cerebro las dispares y contradictorias disquisiciones a que me había entregado y me dirigí hacia el centro de la urbe, en busca de un restaurante donde me sirvieran mi eterno bisté y mi casi inmutable par de huevos fritos.

Eché hacia la "Unter den Linden" que habría de conducirme al "refugio" de la "Friedrichstrasse", donde aquel mozo de testa reluciente y puntiaguda saldría al paso de mis pueriles apetencias estomacales.

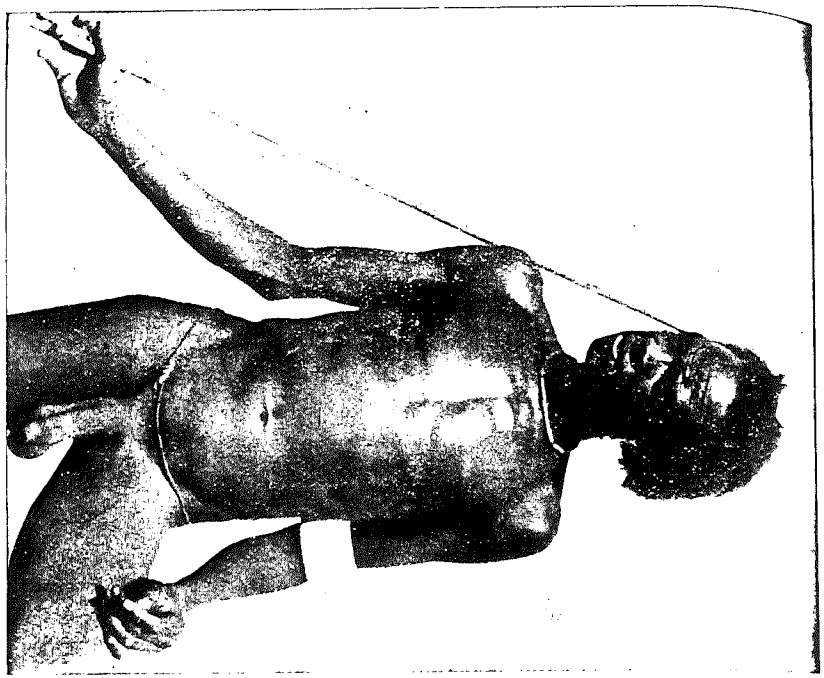
Pasando estaba bajo el arco de la puerta de Brandenburgo, cuando me asaltó una idea: la de resolver definitivamente en mi interior el árduo problema que de tiempo habíame planteado con referencia a si la "Unter den Linden", la "chaussée" más ponderada de la ciudad, era digna del amor que los berlineses le profesaban. La abarqué con la mirada. Envuelta en la

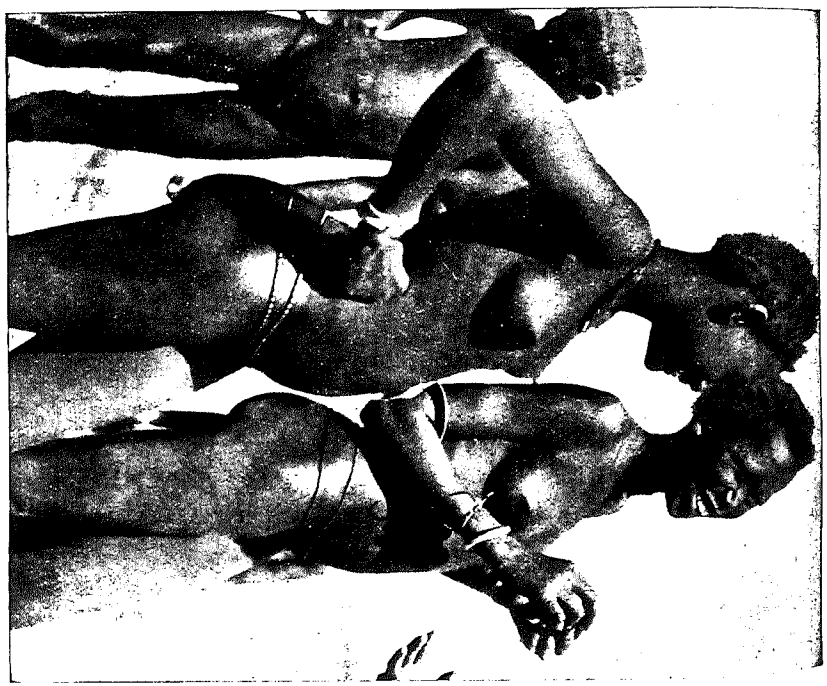
penumbra, no quedaba del todo mal. Su imponente amplitud, que hacía pensar en los "Champs Elysées" de París, sus simétricas disposiciones urbanas, los lindos tilos que corren bordeando sus calzadas, los hermosos edificios que la prestigian, los desproporcionados locales destinados a las primeras marcas automovilísticas, los hoteles, la embajadas, su espléndida iluminación, que da una más clara idea de la magnitud de la avenida al quedar insuficiente, lo concurrida que a aquella hora se ofrecía a mi vista, y en fin, el conjunto prócer que ha procurado darle la atención edilicia, todo ello me obligó a confesar que era una gran rúa y que quizá los berlineses estaban en lo cierto colocándola entre las primeras del mundo. No obstante, no dejé de recordar que por las mañanas, cuando salía del hotel y me sentaba en el tenderete del limpiabotas, siempre me había parecido fría, casi desolada y sin que llegara a percibir la caricia tierna, cálida, de nuestro frondoso paseo de Gracia, o la muelle intimidad de la Castellana madrileña, en sus buenos tiempos de señorial abandono.

Entré en un bar. No pedí nada. Me dieron cerveza de un color muy denso. Indiqué al mozo que me sirviera algo para acompañar el espeso líquido, y no tardé en tener ante mis ojos un plato enorme de salchichas rojas, untuosas y relucientes. A mi lado, un hombrecito pequeño, redondo, de mofletes prominentes y encendidos y con la cara como embadurnada, devoraba con saboreo ruidoso y acochinado un plato repleto de salchichas iguales a las que me habían servido. Salía de su boca un ruído semejante al del chapoteo de los gansos en las ciénagas. De vez en vez, resoplaba, vaciaba un vaso de cerveza de un tirón, secaba con el dorso de la mano su mostacho caído y goteante, y miraba con sus ojillos ratoniles al dependiente por encima de los mofletes. El mozo, sin cruzar palabra, le



Una Venus broncínea del Senegal en sus gloriosos quince años





Tipos indígenas raciales del alto Nilo

servía otro vaso y otro plato de salchichas, que no tardaban en seguir el mismo camino que las anteriores.

No fué grato a mis ojos el espectáculo en el que rezumaban todas las humanas fisiologías, y salí del bar sin haber podido discernir el verdadero sabor de las salchichas que me habían servido, pero que "en principio" me había parecido que oscilaba entre el serrín y el agua corrompida...

"Unter den Linden" abajo, di con la eterna "Friedrichstrasse", y en una de sus esquinas hubo de llamar mi atención un quiosco atiborrado de revistas. Pedí un diario español. Me ofrecieron varios y los compré todos: dos catalanes y tres castellanos. Unas grandes titulares advertían en ellos que el general Berenguer continuaba camino de la normalidad. Un camino un poco largo, comenté escéptico, y me ruboricé. España continuaba en su plano de inferioridad europea. Austrias y Borbones la aplastaban todavía. La musolinada española seguía su curso deplorable. Y, no obstante, España no era así. Pero, ¿cómo hacer comprender a las naciones civilizadas que España, amplia, alegre, liberal, inquieta, constructiva, estaba debajo de la losa oficial con que el mundo la conocía? Un gran desaliento se apoderó de mí. Una tristeza muy honda nubló mis pupilas. Pensé en los manantiales de energía estérilmente perdidos desde Villalar (entereza castellana indoblegable ante los Austrias), hasta Cavite (dignidad americana en rebeldía con el látigo negrero), pasando por Rafael de Casanova (rudeza catalana que todavía se yergue ante los Borbones), y consideré la infelicidad de un país que durante más de cinco siglos no había podido gobernarse a sí mismo y cuyos destinos estaban en manos de degenerados, logreros, borrachos y validos...

Miré a mi alrededor y me sentí muy pequeño, muy pequeño, al darme cuenta del ambiente de ciudadanía que en todo

podía advertirse. Aquellos hombres que caminaban fuerte, aquellos "polizisten" que eran garantía de orden y respeto, no dogos al servicio del señor, eran felices, debían serlo seguramente...

Un detalle, no obstante, vino a sorprenderme en mis poco gratas recordaciones. En la parte frontera del quisco, sin recato alguno, vi colgadas diez o doce publicaciones "pornográficas". ¿Cómo era posible aquello? En Berlín nadie burlaba a las autoridades y, no obstante, aquellas revistuchas... ¡Si un gobernador español de esos que cada día, al levantarse, resuelven el problema de la prostitución y de la "pornografía" las hubiera visto!... ¡Vaya servicio policíaco para dar una nota a la Prensa de su imponderable austeridad! ¡Con qué placer, con qué salacidad hubieran saqueado aquel quiosco nuestros agentes de la autoridad!

Me acerqué al quiosco y me entretuve un poco, haciéndome el distraído, mientras de reojo miraba las escandalosas portadas. Aparecían en ellas hombres y mujeres completamente desnudos. Lo enseñaban todo, todo... ¡Vaya frescura!

Di dos o tres vueltas como si me paseara, y cuando noté que no había nadie por allí, me acerqué precipitadamente al quiosco y pedí muy sofocado, señalando una revista:

—¡Deme *esto!*

—¿*"Lachendes Leben"?*—preguntó el vendedor.

—Sí... esto...

Doblé la revista con la natural precipitación y me la escondí en el bolsillo del abrigo. Respiré fuerte; encendí un pitillo, y cuando iba a tirar la candela de madera, me quedé perplejo, atónito. Un muchachito de unos doce años, acompañado de un viejo recio y muy moreno, que sería seguramente su abuelo, y de una señora de aspecto honesto y respetable, pedía al quiosquero:

—*Soma.*

¡Y lo que el vendedor le entregaba con la mayor naturalidad era nada menos que una de aquellas revistas indecentes que con tanta reserva había adquirido yo momentos antes! Mi estupefacción no tuvo límites, cuando vi que los tres, muy juntos, muy interesados, iban hojeando sus páginas y lanzaban exclamaciones de admiración ante aquellas mujeres y aquellos hombres que aparecían a sus ojos sin un pámpano...

* * *

"Friedrichstrasse" arriba, vine a tropezarme con uno de los pocos amigos que en Berlín contaba: Hans Müller. Era Hans un hombre alto, de cara redonda, completamente rasurada y de cabeza al rape. Francote y un tanto viciosillo, me convidó a tomar el aperitivo con un guiño casi pícaro. Acepté gustoso la invitación. Eso de encontrar a un amigo con quien charlar un rato, era una breva que no caía todos los días. Hans, según él, dominaba el francés, el inglés y hablaba bastante bien el español. Eso según él. Yo, como de costumbre, le rogué que me hablara en francés, porque haciéndolo en mi idioma, no había manera de entendernos. Esto le soliviantaba y terminé por creer que yo no conocería seguramente bastante el español para dialogar con un alemán. Era, en verdad, encantador aquel hombretón, alto como una torre, expresándose en castellano. En cuanto se liaba a engarzar gerundios con infinitivos y pretéritos con pluscuamperfectos para terminar en un presente en primera persona que parecía adentrarse en el cerebro como un clavo, todo comenzaba a dar vueltas a mi alrededor, y cuando él había terminado la frase, me lo quedaba mirando sin saber nunca qué contestarle.

—Si usted sería agradabilísimo—me dijo al encontrarnos,

—aperitivo tomando juntos, si usted gustaba, ofreciendo con un grandísimo placer, yo.

—¡Encantado!—contesté para terminar cuanto antes, colgándome de su brazo.

Dejé que Hans guiara y nos metimos por la Zimmerstrasse. Subimos a una "Brauerei" instalada en un entresuelito, y pude deducir que Hans sería asíduo concurrente a la misma por las grandes reverencias con que le saludaba uno de los camareros. Nos sirvieron cerveza, naturalmente con sus compañeras inseparables las salchichas, que esta vez se me ofrecían en un color corinto verdaderamente tentador. Tampoco en esta ocasión me fué posible descifrar el sabor del condumio. Desde luego no se apartaba mucho del de aquellas que había comido antes. Engullí mi doble cerveza y me dispuse a enlazar diálogo con mi amigo, pero le vi tan por completo entregado a las delicias del aperitivo, que no me atreví a molestarle. ¡Con qué gusto, con qué emoción comía aquel hombre desproporcionado!...

Segundos después de haber vaciado mi vaso de cerveza, el camarero colocaba delante de mí otro cacharro de forma distinta al anterior, pero también con espumajeante cerveza. Las salchichas eran ahora de un color amarillento muy oleoso, más agradable a mi vista que las anteriores, pues me recordaban la gustosísima "butifarra" catalana. Esperanzado, hinqué en ellas el diente, pero pronto me di cuenta de que el sabor no había cambiado con el color, y que se parecían enormemente a las anteriores. Argüí que en Alemania usarían siempre el mismo serrín para la fabricación de salchichas, pero que, para variar, lo pintaban de diferentes colores.

Hans, sentado delante de mí, tenía ya vacíos cuatro cacharros, todos ellos de forma diversa. De tarde en tarde me miraba por encima de las cejas, movía sus enormes y redondos hom-

bros en los que quedaba empotrada su cabeza, hacía un gesto indefinible, como diciendo: "¡Vaya banquete!", y se entregaba de nuevo, con verdadero ardor, a la interesante tarea de despachar el aperitivo. Distraídamente deglutí mi segundo vaso de cerveza, y automáticamente tropezaron mis ojos con otro tarro, esta vez de tierra cocida, lleno también del mismo líquido y acompañado de las consabidas salchichas, que por su color, de un verde vivo, me recordaron el de los lagartos. Ahora quedóse contemplándome el camarero, y por su actitud ponderativa hube de creer que quería significar que "aquello" era una "exquisitez", reservada únicamente a los favoritos de la casa.

La cerveza estaba fresquísima, casi cortante en su tarro de fango. Caté las salchichas y vi que el serrín seguía siendo el mismo. Confieso que no pude con ellas. Tanta grasa y tantos colorines comenzaban a serme insoportables. Me sentía abotagado, repleto. Las salchichas, más que en el paladar, las sentía en el cerebro. Miré a mi alrededor, y al contemplar el espectáculo que a mis ojos se ofrecía, me invadió una sensación de estupor inexplicable. El saloncete de la "Brauerei", bajo de techo, adornado con gruesas vigas y recubiertas las paredes por un zócalo altísimo de madera labrada, estaba completamente lleno. Ni una sola silla sin ocupar. En el denso silencio que allí reinaba, recibía uno la impresión plena de la bestia entregada fisiológicamente a la animalidad del comer. Era una obsesión la de aquellos hombres vaciando platos y tarros. Se les veía gozar, deleitarse y entregarse, no a una función ineludible, sino a una pasión morbosa. No sé si por efecto de los tres vasos grandes de cerveza que acababa de beber, que con el del bar sumaban ya cuatro, o por la atmósfera recargada que allí se respiraba, es lo cierto que me pareció como si todos los vasos y platos de las demás mesas se me vinieran

encima rodeados de una nube de salchichas formando guirnaldas caprichosas y chorreando aceite. Daba vueltas mi cabeza. Tuve la sensación de que yo me había convertido en un barril de cerveza rezumante por todos los poros. Presa de incontenibles náuseas, experimenté irresistibles ansias de salir, de huir de aquel local en el que me asfixiaba. Miraba a todas partes y no veía más que unas grandes cabezas mondas y relucientes como hongos humedecidos que hubieran brotado de las mesas. Luché breves momentos conmigo mismo hasta que al fin, sin poderlo evitar, hube de llamar a mi amigo.

—¡Hans! ¡Hans!

Me contestó con un gruñido, sin levantar la vista de la mesa ni abandonar una larguísima salsicha que pendía de sus labios. Me acordé entonces del gato de mi casa y tuve miedo de que me soltara un zarpazo.

—¡Hans!—supliqué seriamente atemorizado—. Me voy... me marcho.

Levantó ahora la cabeza, resopló satisfecho, me miró con extrañeza, con sincera incomprensión, y volvió a lo suyo sin decirme una palabra.

Me levanté, le di unos golpecitos en la amplitud de los redondos hombros y me precipité a la calle, sorteando con torpeza sillas y mesas, en busca de aire. Anduve perdido por aquellos barrios, nada apartados del centro, muy cerca de una hora. Por más vueltas y revueltas que diese, siempre iba a parar a un jardincillo público, como si aquella plaza fuera el centro magnético de un laberinto sin salida. Aburrido por mi impericia, comencé a fijarme en los establecimientos que a aquella hora permanecían abiertos, todavía muy numerosos, y pude darme cuenta de que todos estaban destinados a la expendición de artículos de comer.

Aristocráticas tiendas ofrecían en sus escaparates golosi-

nas y "Delikatessen" primorosamente presentadas en amplias y adornadas fuentes. "Conditorei", "Brauerei" y "Restaurants", invitaban al viandante a tomar un refrigerio. "Lebensmittel" y "Kolonialwaren-Lâden" mostraban en escalonadas estanterías situadas en el exterior de las tiendas, montones impresionantes de comestibles, cuidadosamente colocados, envueltos en primorosos papeles de seda, como si se tratara de artículos preciosos, o descansando en la molicie de finísima viruta. Las detonantes "Fleischerei", espléndidamente iluminadas, mostraban la canal sangrante de las bestias sacrificadas, con sus cuellos goteantes y sus enormes costillares de dimensiones realmente inusitadas. Yo ignoraba que los bueyes y las vacas tuvieran aquellas costillas tan grandes.

Berlín me pareció entonces un estómago gigante entregado por completo a una trabajosa función digestiva, y sentí revueltas mis entrañas. Como una nave a la deriva, sin norte ni orientaación que guiara mis pasos, eché a andar a la ventura, y cuando menos lo esperaba, me encontré de súbito en la luminosa "Friedrichstrasse". A punto estuve de lanzar un grito de liberación. Caminando muy aprisa, como si temiera perderme de nuevo, fuí en busca de mi restaurante, situado en la Dorotheen Strasse, y ya instalado en mi rincón acostumbrado, le pedí al camarero:

—Spiegel. Eier und Beefsteak. (Un par de huevos fritos y un bisté).

El mozo permaneció de pie delante de mí, en espera de que le indicara el resto del menú.

—Weiter nichts (nada más) — indiqué, casi avergonzado al darme cuenta de que en la mesa frontera a la mía, un matrimonio racialmente germánico, despachaba lentamente, ritualmente, dos enormes fuentes divididas cada una de ellas en tres departamentos en los que se contenían alimentos suficientes

para una familia española muy numerosa. Mentalmente recordé la célebre frase que aborda el problema de nuestro pueblo con la divisa "escuela y despensa", y hube de convenir en que realmente el estómago español es en exceso frugal y que el filósofo de Graus no andaba muy errado con su premisa en la que se hermanan de manera sencilla, pero eficaz, el espíritu y la materia.

* * *

—¿Y dice usted que se aburre en Berlín?—preguntóme el jefe de exportación de la casa editorial que había motivado este segundo viaje mío a la capital de Alemania.

—Sí; mucho. Es más: me desespero. No domino Berlín ni me es lo suficientemente familiar el idioma alemán para andar por la ciudad con cierta desenvoltura, y llega a hacérseme insoportable la estancia en ella.

En buen germano me miró comprensivo y con una cordialidad que en aquellos momento agradecí con toda el alma, insistió:

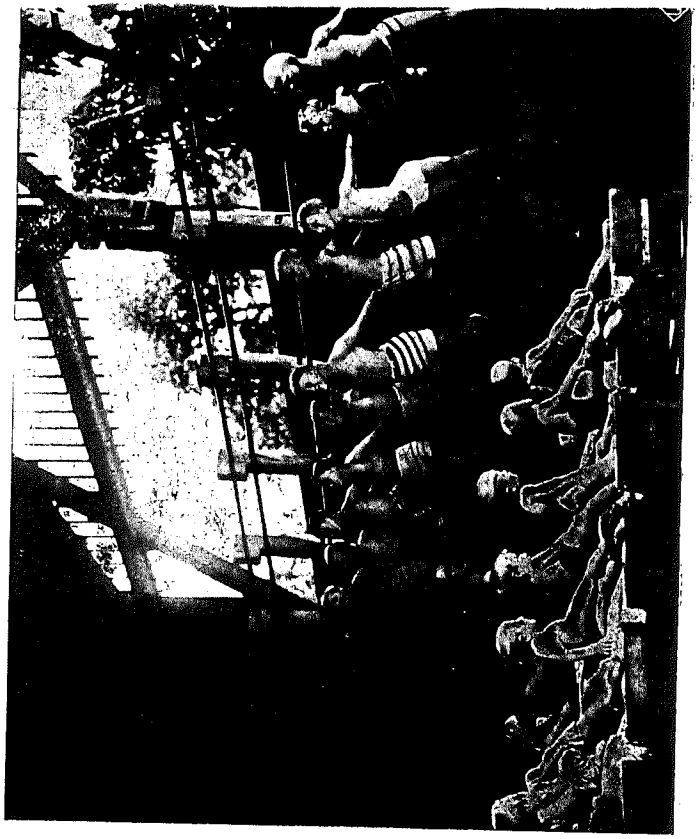
—¿Y yo qué puedo hacer, señor, para que usted no se aburra en la ciudad más divertida del mundo?

Le detallé, asombrado, aturdido, como si temiera que se burlara de mí.

—¿Usted cree sinceramente que Berlín es divertido?—inquirí casi agresivo.

—Por lo menos es el lugar de la tierra en el que yo me he divertido más. Berlín tiene para nosotros todo aquello que para ustedes puedan tener las demás capitales europeas. Todo y... algo más que no poseen ni podrán poseer nunca las otras.

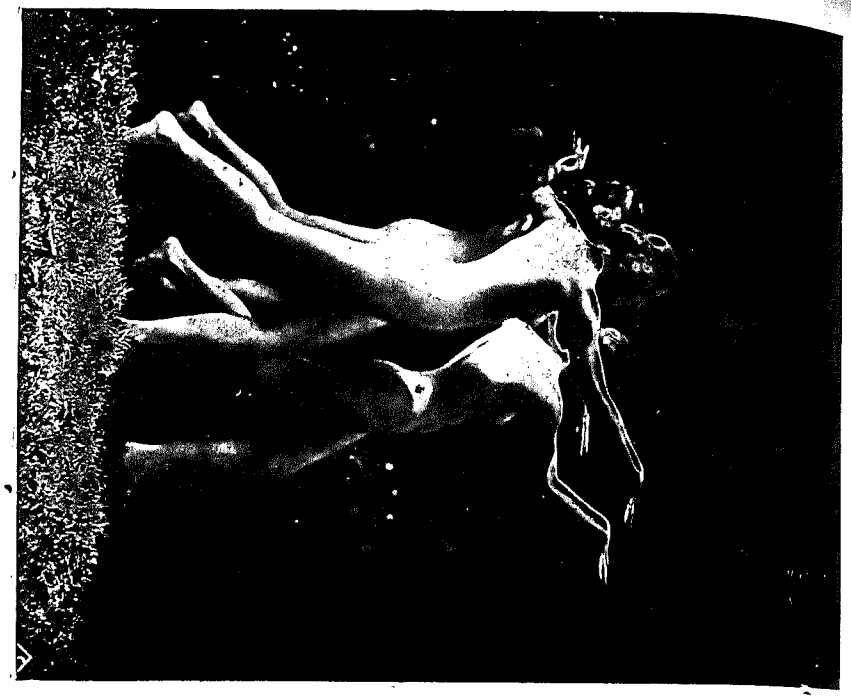
Sonreí escéptico.



Un gimnasio libreculturista



El Dr. Fraenzel, director del Campo de la Luz de Lüneburg, en una de sus visitas a los campos desnudistas franceses





El desnudo artístico en los estudios de la Ufa

—Usted no conocerá seguramente París, Londres, Viena, Barcelona...

—Soy el jefe de exportación de esta casa y para desempeñar debidamente mi cargo, recorrí ante todo el continente europeo y la casi totalidad de la América latina.

—¿Y después de esto continuó opinando que Berlín...?

—Es la ciudad más divertida del mundo.. para los berlineses.

Hablaba mi amigo con tal aplomo y se advertía tanta sinceridad y tan poca pasión en sus palabras, que casi no hallé argumentos para seguir discutiendo con él, seguro de la ineficacia de mis razonamientos.

—¿Y encima dice usted que Berlín posee algo que no podrán nunca tener los luminares urbanos que resplandecen en el mundo como espejuelos de la frivolidad y de la alegría?

—Sí: una cosa de enorme importancia para nosotros: la de ser la capitalidad de nuestro país. Supongo que no me negará que este pequeño detalle ha de ser verdaderamente interesante para nosotros.

—Sí, sí... en efecto... pero yo me aburro en Berlín.

—No es de extrañar; yo me aburrí como un galápago en Sevilla.

Fué como si me hubiera mordido una víbora.

—¡Imposible! ¡No hay derecho, en este aspecto, a hablar de Sevilla cuando se está hablando de Berlín! ¡Si usted se hubiera adentrado en la carne, en el espíritu sevillano! ¡Usted no conoce Andalucía, y perdone mi vehemencia!

—¡No he de perdonarla, señor!... Es muy lógica, muy natural. Lleva usted razón: yo no conocía Andalucía cuando me hastiaba en ella. Pero eso es cuestión de tiempo, señor. Mire usted: lo que a mí me faltaba en Sevilla, le falta a usted en Berlín. La cerveza y el jerez repugnan al paladar que les es

extraño. A usted le hace falta saber beber cerveza para que comience a gustarle Berlín, como a mí me hacía falta saber engullir las cañas y los chatos de sus traicioneros vinillos para divertirme en Sevilla. La cerveza, querido amigo, es para ser tomada entre hombres solos; el jerez se acompaña mucho mejor con una guitarra, unos ayes muy profundos y unas mujeres muy morenas. ¿Le parece que estoy en lo cierto?

—Sí... el mismo evangelio.

—Vamos a ver, vamos a ver: ¿qué conoce usted de Berlín?

—Bastante. El centro, la admirable Kurfürstendam, tan desenvuelta, con su aire tan cosmopolita, con sus dancings aristocráticos...

—¿Qué más?

—El Zoo, el Tiergarten, los museos, Potsdam, Grunewald, la Wansee, Tempelhof, Newbabelsberg...

—Está usted en perfecto turista señor; pero Berlín, como Sevilla, como París, como su encantadora Barcelona, tiene también algo que no se descubre con el Baedecker en la mano, algo que está en todas partes y no puede advertirlo en ninguna el simple turista.

Hablaba ahora casi con sentimentalismo mi buen amigo, y de golpe me preguntó:

—¿Por qué no se decide usted a tomar un baño de ambiente berlinés? Me sabría muy mal que, siendo usted hombre de pluma, saliera de aquí tan desagradablemente impresionado.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde?—inquirí con entusiasmo.

—Muy sencillo y muy difícil. El ambiente verdadero de una ciudad no se respira hasta haber gastado unos cuantos pares de botas andando por sus calles. No obstante, veremos si es posible que en usted se fuerce esta ley natural, haciendo que le acompañe alguien que no quiera explotarle y conozca a fondo

nuestra metrópoli. Se extrañará, quizá, si le digo que ni aun así puedo garantizarle un éxito completo; pero, en fin...

—Recuerde que soy meridional y que nosotros nos *metemos* muy fácilmente en la entraña de las cosas.

Vi que sonreía.

—Ni los meridionales, ni raza alguna de la tierra, es capaz de meterse "dentro" del alma de un pueblo, si no aprende a sufrir con sus dolores y a gozar con sus alegrías. Vayamos, pues, a lo nuestro, y veremos de salir del paso lo más airosamente posible. Tengo para usted la persona que necesita.

—Esa persona no podría ser usted mismo, tan amable, tan comprensivo...

—No; estoy en mi primer año de casado y dedico todas las noches a mi mujercita.

—Argumento de mayor entidad no podía usted encontrarlo. Le felicito y le deseo una luna de miel hasta las hebras de plata.

—Gracias. Un momento.

Llamó al teléfono interior y volvió a colgarlo tras unas breves palabras.

Luego, frotándose las manos y mirándome por el lomo de los lentes, me dijo con gesto insinuante:

—Va usted a conocer Berlín, pero con jerez, que es como de momento apetece su paladar. Más adelante, poco a poco, se irá acostumbrando a la cerveza y lo tomará en su propia salsa.

Minutos después, en el vano de la puerta del despacho, aparecía una joven y linda mecanógrafa, que permaneció allí en espera de órdenes de su jefe.

—Kommen Sie, Fräulein! (Pase usted, señorita)—invitó mi amigo, cordialmente.

Abandonó ella su rígida pose de subordinada y se sentó en el butacón que el jefe le ofrecía.

—Vamos a ver, querida Hertha—comenzó en francés mi amigo, presentándome—: el señor, ¿le conoce usted, verdad?...

—Ja wohl, mein Herr! (Sí, señor).

—Pues bien: el señor desea conocer Berlín, y me ha parecido a mí que nadie mejor que usted para servirle de "cicerone".

—Sehr gerne, mein Herr! (Gustosísima, señor).

—Es usted joven, moderna en sus costumbres, bonita, habla correctamente el francés, y seguramente estará al corriente de todas las novedades de nuestra complicada ciudad. Tengo el convencimiento de que el amigo habrá de agradecer mi acierto en la elección.

Sonrió ella sin afectación y yo me apresuré a exclamar:

—¡Encantado, Herr Weyher, encantado!

—Eso del encanto déjelo para después, cuando pueda apreciar en lo que vale el servicio que le presto. Ahora, ustedes mismos podrán combinar un plan mientras yo voy despachando mis asuntos. En cuanto a usted, "Fräulein" Hertha, queda relevada de sus obligaciones en la oficina durante los días que pueda serle útil al señor. Advierta, para su buen orden, que es mi deseo que nuestro amigo salga de Berlín conociéndolo bien, muy bien, y no olvide que, a lo mejor, está usted haciendo oposiciones a la inmortalidad con el servicio que se le encomienda, porque podría darse el caso de que el señor la convirtiera en protagonista de alguna de sus novelas, que desde luego pueda usted estar segura que van destinadas a las estanterías de la inmortalidad.

Celebré la ingeniosa manera de expresarse de mi amigo Weyher, procuré *quitarles hierro* a tan agradables suposiciones. Eso de la inmortalidad es cosa con la cual no ha contado jamás este mísero plumífero.

III

Berlín con jerez

Confieso que no salía de mi asombro. Pero bueno será reconocer que tenía mis razones para ello. El hecho, al parecer naturalísimo, para mi amigo Weyher, de que una encantadora muchachita como la señorita Hertha, se prestara a acompañarme para recorrer el Berlín que yo deseaba conocer, es decir, el Berlín, turbio, vicioso y pintoresco, no acababa de acomodarse normalmente en mi cerebro de meridional, en exceso impresionable y siempre pronto a la aventura galante.

"Fräulein" Hertha era una hermosa walkyria en la plenitud de sus gloriosos dieciocho años, rubia, dorada como la mies, fresca y limpia como el rocío, carnosa como un melocotón y con unos grandes ojos azules que semejaban dos lagos encantados en la redonda placidez del rostro.

Un levísimo trajecito sin mangas prestigiaba las sinuosidades de su cuerpo, mórbido y de carnes que se adivinaban muy tensas. Si hermosos y ensoñadores son los amaneceres, así era ella de bonita. Hablaba francés casi con corrección; pero con una lentitud y una amplitud de vocalización que la hacían parecer una linda muñeca mecánica. Me extrañó no advertir en

su rostro vestigio alguno de maquillaje. No obstante, ofrecía las frescas tonalidades de una manzana.

No precisó que cambiara con ella más de tres frases para descubrir que se trataba de una muchacha francota, sencilla, desenvuelta y hecha a los embates de la vida.

—Estoy muy contenta—me dijo al pasar al lavabo de la editorial antes de salir a la calle.

—¿Por los días de asueto que mi molesta compañía habrá de proporcionarle?

—No, no—interrumpió con viveza—: lo estoy porque estos días los pasaré precisamente en compañía de usted.

Yo no sé si ustedes comprenderán el efecto que tan halagadora frase habría de producir en un hombre joven, impetuoso y por añadidura español, escuchada de labios de una muchacha bonita y en la intimidad de un lavabo. Desde luego, la misma frase pronunciada en España, habría tenido el lógico desenlace; pero en Berlín me sentía algo cohibido y hube de reservar el abrazo y el beso para otra ocasión que comenzaba a vislumbrar no habría de tardar en presentarse.

Sonreí humildemente y me quedé contemplándola Así permanecimos unos minutos.

—¿Qué mira usted con tanta insistencia?—me preguntó ofreciéndome la toalla.

No me pareció correcto descubrir mis poco confesables pensamientos, porque, puedo asegurar que mis pensamientos no eran para confesados a una mecanógrafa que acababan de presentarme.

—Pues... pensaba en que yo también estoy muy contento—contesté arrastrando un tanto las palabras.

—¿De veras?

—De veras. ¿Cómo no estarlo con la suerte que he tenido?

—¿Suerte?

—¡Figúrese! ¡Recorrer Berlín en compañía de una señorita tan simpática y tan hermosa como usted! ¡Eso está por encima de todos los programas turísticos!

Sonrió sin coquetería, pero agradeciendo la lisonja con sus grandes ojos azules.

—No puede negar usted su nacionalidad—comentó colocando con desenfado uno de sus piececitos sobre una banqueta y tirando del borde de sus medias ante mis encandilados ojos.

Ahora sí que hube de hacer un esfuerzo muy grande para retener mis impulsos. Desgraciada o afortunadamente, la tentadora exhibición fué breve. Contemplóse unos instante en el espejo, ordenó un poco su rebelde melenita, alisó con las manos la ceñida falda sobre las caderas un tanto desbordadas, y exclamó, dispuesta ya a salir:

—¡A sus órdenes, señor!

Cuando abandonamos la editorial, una compañera de la tienda la llamó y le entregó una revista muy parecida a la que yo furtivamente había adquirido en el quiosco.

—Guárdamela—rogó Hertha a su amiga.

Y salimos a la calle.

Inútil decir que estaba yo encantado con el descubrimiento que acababa de hacer. Una mujer que adquiere revistas de esta "clase", argüí, no habrá de andarse con muchos remilgos en asuntos amorosos. Recordé el tironcito a las medias en mis propias barbas, y restregándome las manos con fruición, hube de comentar: "Weyher es un gran hombre y un amigo muy comprensivo, muy comprensivo...".

¿Dónde quiere usted ir?—me preguntó "das Maedchen" (la joven), ya metidos en la vorágine de las ruas berlinesas.

—Adonde usted mande, señorita.

Con su encantadora desenvoltura y sin previa consulta, hizo parar un taxi y ordenó:

—Tiergarten Strasse..

Ya sentados en el coche, aclaró:

—Es para avisar a mis padres, pues no acostumbro a faltar a mi casa a las horas de comer.

Pero, aquello no era una mujer. ¡Era una joya! ¿Han visto ustedes con qué sencillez, con qué naturalidad me invitaba a que la invitara a cenar?

Apenas cruzamos palabra durante el trayecto, y mis ojos no se cansaban de contemplar aquella maravilla con ojos azules y penacho dorado que iba a ser nada menos que mi compañera de correrías nocturnas. El panorama que en mi mente iba formándose, descubría cada vez más amplios y prometedores horizontes. Desde luego, el final estaba previsto. Era un hombre admirable Herr Weyher, bragado en viajes, y sabía hacerse cargo de las diversas necesidades de un turista en sus andanzas por el mundo. ¡Era un hombre simpático Herr Weyher! Me acordaría de él antes de marchar y le haría un buen regalo. Porque, naturalmente, mi amigo sabía perfectamente la clase de "cicerone" que me proporcionaba...

Paró el taxi, y Fräulein Hertha saltó de él con la agilidad de un pajarito.

—Un momento, señor—excusó sin cerrar la portezuela del taxi.

Y desapareció por entre la arboleda de un frondoso jardincillo frontero a un chalet con aires de palacete. Pensé que sus padres serían los porteros de aquella fastuosa mansión y me entregué a la delicia de recordar la jugosa silueta de mi acompañante.

Momentos después, corría veloz el auto hacia la bulliciosa Kurfürstendamm.

Descendimos frente al conditorei "Wien", y con un desenfado que me pareció la cosa más natural del mundo, tomé del brazo a mi compañera para cruzar con ella muy orgulloso la amplia terraza del conditorei. No sé si fué aprensión mía, o si en realidad ocurrió así, pero es lo cierto que al coger el brazo de mi amiga creí observar en ella algo así somo un involuntario gesto de rebeldía o de protesta. Repito que no puedo asegurar si realmente ocurrió así, pues inmediatamente sus ojos se tropezaron con los míos, sonreímos ambos sin malicia y pude avanzar por entre las mesas de la terraza luciendo en mi brazo la flor, a mi parecer, más hermosa de aquel fragante jardín femenino.

No conocía el establecimiento y me sorprendió agradablemente su alegre y modernísima decoración, muy parecida a la de nuestros aristocráticos centros de reunión meridionales. De una amplitud inusitada, advertíase en los menores detalles un, a mi ver, muy plausible intento de "desgermanización" en las suaves tonalidades de paredes y techos. Las mesas, cubiertas con coquetones manteles a cuadros azules y blancos y con airosos búcaros de hermosísimas flores, ofrecían una visión casi silvestre, de glorieta campesina muy aireada, con prestigios de granja aristocrática, propia a la galanura y al buen tono. La enorme sala formaba a manera de dos pisos y rodeaba la plataforma inferior, destinada a la danza, una galería de palcos con mesitas reservadas. Solicité una de ellas destacando mi calidad de publicista extranjero, pues la casi totalidad, y sobre todo las mejores, estaban ocupadas, y pronto pude advertir la favorable impresión que mi condición había producido. El "chef" de la casa, con incontables y profundas reveren-

cias, se puso a mi disposición al tiempo que me ofrecía uno de los mejores palcos de la sala.

Prudente y precavido y por temor al ridículo, dejé a Fräulein Hertha que pidiera lo que estimara conveniente y hube de agradecerle la atención de regalarme con unas copitas de "Spanischer Südwein" (vino del sur de España), que si no era de tierras jerezanas se le parecía mucho al envidiable zumo andaluz.

Danzamos con mi muñequita un lentísimo vals vienés, durante el cual mis endiabladas manos gozaron el deleite de acariciar la muelle flexibilidad de un talle tibio y carnoso en el que no se advertía más lienzo que el leve blusón de "georgette" y seguramente el impalpable camisín de seda.

Por dos o tres veces pude descubrir en los ojos de algún vejete terne de los veladores, una miradita tan llena de concupiscencia, que casi llegué a azorarme por la envidia de que era objeto.

Quise corresponder a la galantería de Hertha con unas copas de Badenheimer, pero ella prefirió que se nos sirviera un riquísimo "Tarragona" que vino a evocarme por unos momentos las tierras fuertes de nuestro Priorato.

Trenzamos todavía dos o tres bailes en el curso de los cuales pude deslizar al oído de Hertha unas frases casi apasionadas y muy propias de un español que ha vaciado unas copas de vino de su tierra y tiene en sus brazos a una mujer hermosa, joven y tentadora, a las que ella correspondió con adorables sonrisas que se me antojaron el atrio luminoso de la mansión olímpica que no habríamos de tardar en trasponer.

Cenamos en casa Lempinski y tuve el acierto de combinar un menú a base de caviar, langosta y ostras, que encendieron levemente las mejillas de mi ya adorada compañera.

Cosa rara. Comenzaba a gustarme Berlín. Al caminar por

sus calles de los alrededores del Zoo, del brazo de la desenvuelta Hertha, pisaba fuerte, silbaba, y en los trozos umbrosos y solitarios musitaba al oído de la chiquilla las más dulces y cariñosas letanías de mi florido repertorio galante. Ella me escuchaba con un aire especial de mujercita comprensiva y de vez en cuando me decía sonriendo:

—¡Qué simpáticos son los españoles!

Recorrimos aquella noche tres o cuatro conciertos de Berlín, entre los que recuerdo ahora el Tanzpalast Libelle, el Wintergarten, etc., y al retirarnos, ya bien entrada la madrugada, y llevando a la muchachita levemente vencida en mi hombro, descubrí, de una manera casi indubitable, que Berlín me gustaba definitivamente y que la "Unter den Linden", con sus diminutos tilos, cuyo sentimentalismo empezaba a descubrir, era la avenida de mayor contenido espiritual del mundo.

IV

Desenfados de Hertha

Al día siguiente fuimos a Potsdam, el Versalles alemán, y por lo tanto excursión obligada de todo buen turista. Se asegura que Federico el Grande se propuso empequeñecer la delicada joya francesa al dedicar buena parte de su patrimonio a la construcción de los jardines y palacios de Potsdam. El simpático "flautista", durante su intensa y accidentada vida, se equivocó en muchas cosas. Potsdam no forma excepción en el índice de sus errores. Desde luego, si el propósito no hubiera sido borrar a Versalles, su hermosa residencia habría de ser tenida en cuenta entre las maravillas del siglo XVIII. La intención le resta magnitud a la obra. La intención y en muchos casos la factura, y uno de estos casos es el diminuto "Sans Souci", que resulta un juguete de niños recordando los palacios versallescos que allí se imitan de una manera biliosa y servil.

No obstante, Potsdam es una cosa seria. Pueden admirarse en sus suntuosas edificaciones alardes de riqueza, de ingenio y de buen gusto, dignos de ser tenidos en consideración. Me

chocó el templete que remata el palacio imperial de aquellos jardines, y le pregunté a Hertha si se había querido representar a las Tres Gracias en aquellas mujeres desnudas que formaban a manera de cariátides para sostener el remate.

—¿No conoce usted la anécdota? —preguntóme ella a su vez, bien dispuesta a relatármela.

—En absoluto.

—Esas tres mujeres—me dijo sonriendo y con una singular expresión en sus ojos cada vez más azules—,quieren aludir a las tres heroínas que en aquellos días dominaron el mundo y la fragancia de cuyos sexos embalsama todavía las páginas de la historia de sus pueblos.

Fué tanta la impresión que me produjo la frase final en labios de Hertha, que a punto estuve de hacer estallar un sonoro beso en sus mejillas en la propicia soledad en que nos hallábamos. Pero como por otra parte había mentado el sexo femenino con la misma naturalidad con que hubiera podido hablar de las ramas del árbol que nos cobijaba, detuve mis corceles meridionales y esperé a que las sombras del atardecer nos envolvieran para lanzarme ya de una manera definitiva al asalto de una fortaleza cuya rendición adivinaba facilísima. Ella continuó tranquilamente:

—Esas mujeres ya habrá supuesto que son María Teresa, madama de Pompadour y la fogosa Catalina.

—Austria, Francia y Rusia.

—Exactamente: tres naciones distintas, pero un solo sexo: el de la mujer.

No pude evitarlo. Todas mis arterias se sintieron alteradas por los centauros de la lujuria al escuchar tan atrevido concepto, y cogí sus manos entre las mías. Si dijera que hubo protesta en la muchacha, mentiría. Si afirmara que mi impetuoso

lanzamiento encontró en ella el menor asentimiento, tampoco diría la verdad. Pero es lo cierto que aquellas manitas angélicas permanecieron muy pocos instantes entre las mías, y que sin la menor repulsa de su parte no me atreví a continuar por el camino emprendido. Pensé que a aquella hora y en aquel sitio, no debía producirme en la forma que lo había hecho, y me conformé. Es innegable que las uvas siempre estarán verdes para el viandante que no las puede coger.

Dimos lentamente la vuelta al impresionante palacio, caminando ahora muy separados y para reanudar de una manera u otra nuestro interrumpido diálogo, la pregunté:

—¿Y por qué las representó desnudas el artista?

—No fué voluntad del escultor, sino exigencia del emperador. Aseguraba nuestro gran Federico que ese era su traje de ceremonias para resolver los más arduos problemas de Estado.

—Muy ingenioso.

—Mucho. Fué un hombre admirable en todo.

—No hablemos de esto.

—¿Por qué?

—Porque soy un enemigo a "outrance" de toda monarquía.

—Depende de quién sea el que lleve la corona.

—No, no; no me refiero a los hombres: soy enemigo del sistema.

—Lo lamento, porque yo era una admiradora ferviente de nuestro destronado Guillermo.

—¿Vamos a dejarlo, bibelot?

—Ya está dejado. Y ahora, volviendo a lo de antes: ¿por qué le extrañó que Federico mandara cincelar desnudas a sus tres enemigas?

—Porque me parece una actitud poco noble en un hombre del temple de Federico.

—Se equivoca usted: nuestro emperador no pretendió ofenderlas, sino rendir un sincero homenaje a su belleza. ¿Quiere usted nada más bello que una mujer hermosa completamente desnuda?

Nuevamente experimenté el vértigo sexual que me levantaba en vilo, y huyendo la mirada de mi amiga, invité:

—¿Entramos?

—Como usted quiera.

Calzados con las enormes babuchas de fieltro que se suministra a los turistas para visitar el palacio, cuyos pavimentos son muy delicados, admiramos las distintas dependencias y salones del fastuoso palacio imperial, acompañados de un guía que no hubo manera de hacer desaparecer de nuestro lado. Un dolor, un verdadero dolor, porque allí, en la intimidad de las regias cámaras, quizá Hertha y yo...

* * *

Durante la comida me contó a grandes trazos su vida. Había sido su familia una de las principales del Berlín de la "avant guerre". Su padre, un judío famoso en el mundo de las finanzas, se había arruinado y actualmente no les quedaba otro patrimonio que la casa donde vivían.

Quedéme asombrado al escuchar que aquella modesta mecanógrafa que tan amablemente había aceptado el papel de "cicerone" y me acompañaba en mis correrías por el Berlín menos recomendable, era casi propietaria de una de las viviendas más hermosas de la urbe. Una aclaración suya, vino en ayuda de mi perplejidad.

—En realidad—me dijo—el palacio no es ya nuestro, pero en la práctica resulta como si lo fuera.

—¡He aquí un jeroglífico—exclamé—, cuya solución deberá ofrecer un grandísimo interés!

—Mucho, porque, precisamente de intereses se trata. Usted verá: cuando, por los azares de la guerra, no nos quedaba más fortuna que el palacio en que actualmente habitamos; mi padre lo cedió en contrato de retro-venta a un judío amigo suyo por veinte millones de marcos.

—Bonita suma.

—¡Hermosísima! A los doce días, tan envidiable cantidad de marcos alcanzaba escasamente para comprar una docena de huevos.

—¡Cosas de la guerra!

—Sí, cosas de la guerra, que derrumbaron muchos hogares. Pero mi padre, como buen judío, había calculado bien las cosas, y en el contrato deslizó una condición al parecer sin importancia, pero que encerraba la verdadera clave del negocio. Esa condición consistía en que, dada la inestabilidad de la moneda, a fin de que el comprador no resultara perjudicado en la retro-venta, ésta únicamente podría reivindicarse por parte de mi padre en el momento en que la moneda nacional estuviera al mismo cambio del día de la firma del contrato.

—Condición muy natural, pues en aquellos días la moneda sufría terribles depresiones.

—Así quedaban ambos tranquilos; pero mi padre, además de tranquilo, estaba satisfecho. Tan certera fué su visión del desastre que a todos esperaba, que estimó oportuno hacer constar también en el contrato que mientras la moneda no se nivelara, él y sus hijos podrían habitar la casa sin pagar alquiler ni interés alguno.

—Ingenioso.

—Judío. noblemente judío. Desde que terminó la guerra, mi

buen padre nos obsequia todos los años con un hermanito, que si bien viene a gravar nuestro presupuesto, en cambio nos asegura contra toda eventualidad una mayor prolongación del derecho a ocupar la propiedad. Su compañero de negocios, al fin judío también, ha visto las cosas claras y precisamente ahora estamos en trámites para llegar a una transacción: vender la casa a un tercero y partir el producto de la misma entre los dos negociantes.

—En este caso el amigo de su padre resultará muy quebrantado.

—No lo crea: un judío, cuando dice que ha perdido dinero en un negocio, es que sólo ha doblado el capital. Pues bien: el amigo de mi padre no ha mencionado nunca su mala suerte en este negocio.

—No obstante, no creo que esta casa valga hoy el dinero que entregó por ella.

—Muchísimo más. Vea usted: los veinte millones de marcos los había sacado él con la venta de dos terneras de su granja; y como ahora cobrarán por la finca alrededor de doscientos mil marcos oro, siempre resultará que vendió sus terneras a razón de cincuenta mil marcos cada una. El amigo de mi padre no se contentó, como sus remotos ascendientes, con un becerro de oro: ha querido dos.

—Entonces, el perjudicado será seguramente su papá...

—Tampoco, porque la casa le había sido adjudicada a él en un pleito en que se ventilaba un préstamo de unos miles de marcos—muy pocos— que había hecho antes de la guerra.

No pude evitar una exclamación entusiástica:

—¡Judea es inmortal, querida Hertha!

—Bien, pues le advierto que mi padre casi no es ya judío,

pues cuenta con una ascendencia alemana de más de cinco generaciones.

—¡Si llega a serlo de pura cepa!

—No habría hecho mejor negocio, habida cuenta de que su compañero pertenece también a la misma raza.

Mientras Hertha iba relatando graciosos episodios de la vida de su padre, yo la contemplaba comer y me encantaba verla devorar con jugosa fruición cuanto le iban poniendo delante. Sus mejillas, tersas ya de sí, devenían deliciosamente sonrosadas, y todo en ella respiraba salud, euforia, plenitud. ¡Era una gran compañera de mesa mi amiguita! A su lado, uno había de comer forzosamente para no quedar en ridículo.

Ya al final de la comida pedí una botellita de champaña, que aceptó ella con infantil alborozo, cosa que fué muy de mi agrado, pues he de confesar que al pedirla pensé más en animarla, en hacerle perder un poco el albedrío, que en obsequiar como en verdad merecía tan encantador "cicerone".

Tomamos un poco de café y una copita de licor, y la invité a fumar un "bout doré".

—Gracias, no fumo—me dijo ella levantándose y combando el tórax en un delicioso desperezo que flexionó con línea valiente sus adorables senos.

—¿Es una excusa pudorosa?

—No, no; es que no me gusta. Mi novio tampoco fuma.

Me quedé atónito al escucharla. Algo así como si acabaran de comunicarme la más desagradable de las noticias.

—¡Ah! Pero... ¿tiene usted novio?

—¡Ya lo creo! ¡Un muchacho hermoso como un Hércules! Seguramente hoy tendré ocasión de presentárselo. ¡Ya verá usted, ya verá usted qué muchacho me ha caído en suerte! ¡Con unos músculos y unos bíceps!...

—No sé por qué, un leve movimiento de enojo pasó por mí. No me parecía bien. ¡Una muchachita tan alegre y tan despreocupada... tener novio! ¡Que no me parecía bien, vaya!

—¿Me acompaña usted?—me preguntó comenzando a caminar.

—¿A dónde?

—Al lavabo. Es ya tarde y no podemos perder tiempo...

Me gustó la invitación y no me la hice repetir. Seguí sus pasos como un autómata y mis pupilas no se apartaron un momento de sus cimbreantes morbideces, que al andar se agitaban rotundas y tentadoras.

Un nuevo asombro me esperaba en el lavabo. Penetrar en él y quitarse Hertha de un tirón la blusita que cubría su cuerpo, fué todo uno. Pero, ¿qué diablos se proponía aquella chiquilla sin seso que no hacía más de dos minutos me había hablado de su novio con tanto entusiasmo? Cerré presuroso la puerta del lavabo para evitar enojosas intromisiones de extraños, y esperé a que continuara en su tarea.

Ya libre del blusón, soltó el grifo del lavabo y comenzó a echarse abundosos cuencos de agua por el rostro, el cuello y los hombros. Yo estaba verdaderamente desconcertado. Su tórax, apenas cubierto por el leve camisín, me ofrecía la visión de sus pechos movedizos y de sus rubias y pobladísimas axilas. Creí que aquel era el momento más oportuno para iniciarme sin remilgos y me acerqué al lavabo dispuesto a descubrir mis naturales intenciones. Ella continuaba echándose agua con verdadero deleite, y una de mis manos fué a posarse en el torneado brazo que se me ofrendaba desnudo. Sin un aspaviento, cogiendo con naturalidad la toalla, se hizo a un lado y me dejó sitio mientras ella iba secándose. Ignoro si mi pequeña acompañante se había dado cuenta de mis propósitos. Creo que sí,

pues por unos momentos nuestra situación resultó algo embarazosa. Me lavé ligeramente las manos y me acerqué de nuevo a Hertha en demanda de la toalla para secarme. Tomé un cabo de ella al tiempo que la muchacha iba pasando el extremo por sus brazos y axilas, y la pregunté arrastrando mucho la frase:

—¿Quiere que la ayude?

—No, no hay necesidad. Ya estoy bien.

Soltó la toalla y cogió la blusa dispuesta a ponérsela.

—Pero si está usted chorreando, hija mía—advertí servicial, aproximándome a ella decidido a todo. Sus grandes ojos azules se me quedaron mirando con tal fijeza y energía, que me pareció oportuno dejar las cosas para mejor ocasión. Se echó ella la blusa encima, levantóse graciosamente la falda hasta la cintura, asió los bordes altos del breve pantalón, tiró de él y marcó una contracción de piernas para amoldar la pieza de seda a sus muslos. Luego estiró las relucientes medias hacia arriba, hizo chasquear las ligas, por cierto muy sencillas, y salió del lavabo dejándome a mí tan confuso y desorientado, que acabé por no saber discernir a qué clase de mujeres pertenecería aquel diablillo con faldas, que lo mismo le daba enseñarme la nariz que otra parte cualquiera de su cuerpo. Le dí vueltas y más vueltas al asunto y acabé por convenir que, aparte del natural pudor por las pocas horas que nos conocíamos, a una muchachita que con tanto desenfado se portaba delante de un hombre, lo mismo le daría tener un novio que dos.

V

Una visión ultraterrena

Serían muy cerca de las cinco cuando tomamos el taxi en Potsdam para regresar a Berlín. La tarde estaba tibia y balsámica. Corría el auto por la hermosa carretera bordeada por la campiña berlinesa, en la que de tarde en tarde aparecían bosquecillos de árboles muy jóvenes y enhiestos. La llanura era muy dilatada y quedaba limitada por el horizonte. Salpicaban el tapiz, de un verde vivo y fresco, pequeños núcleos de población que se adivinaban limpios y cuidados. Las casas más cercanas a la carretera eran de construcción reciente y todas cuidadísimas en su exterior. Por parte alguna aparecían aquellas "masías" que brotan del paisaje catalán como si fueran verrugas de la propia tierra.

Pronto me cansé de mirar fuera del taxi, no sé si por efecto de la monótona igualdad de la llanura, o porque me pareció mucho más interesante contemplar lo que tan cerca de mí tenía, digno, en verdad, de todas las contemplaciones.

Hertha se había arrellanado en uno de los ángulos del coche y sus carnes agitábanse con vibraciones de flan por efecto

de las oscilaciones del auto. Mirarla y sentir de nuevo un zurriagazo medular que me arrastraba hacia ella, fué todo uno. Pero, no me atrevía a lanzarme. Aquella mirada suya del lavabo... Sus maneras lentas y equilibradas...

No importa: cuando una mujer llama a nosotros con los aldabonazos de la sensualidad, no hay fuerza humana que sujete nuestros nervios. La miré y sonreí. Ella correspondió a mi sonrisa.

—Es usted muy simpática, Hertha—la dije con voz un tanto embronquecida.

—Gracias.

—Y muy hermosa—añadí más intencionadamente.

No me contestó. Otra vez se interponía entre ella y yo una invisible cortina que no me dejaba actuar libremente. Tras un breve silencio, insistí:

—¿Sabe usted en qué estaba pensando, Hertha?

—No sé...

—Pues estaba pensando y continúo pensando, que un viaje a España con usted, habría de ser una verdadera delicia. ¿No le gustaría?

—Mucho, pero mis obligaciones no me lo permitirían. Además, mi novio y yo andamos muy enamorados y no podría soportar una tan larga separación.

—¿El?

—Yo.

Me molestó la manera de expresarse de la muchacha. ¿Por qué había de mentarme a su novio y, sobre todo, por qué había de decirme que le sería insoportable separarse de él por un tiempo? Encendí un pitillo dispuesto a no insistir sobre tan desagradable tema. Pero Hertha continuó como si gozara atormentándome:



—Rudolf es muy comprensivo y no habría de oponerse a mis deseos si el viaje fuera de mi gusto.

—¿No ha dicho usted que sí, que lo sería mucho?

—Pero también he dicho que no podría soportar una larga ausencia por lo muy enamorada que estoy de Rudolf.

A punto estuve de estallar. Estrujé entre mis manos el pitillo y me dejé caer sobre el respaldar. Así pasamos largo espacio sin cruzar palabra. Ella reanudó el diálogo.

—Debe ser muy hermosa su tierra.

—Mucho, pero desde luego, no le aconsejo el viaje. Cuando se está enamorado, nada bonito hay en el mundo lejos del amor.

Querían ser suaves mis palabras, pero no lo eran. Cantos vivos de agresividad se desprendían de cada vocablo. No escapó el detalle a la sagacidad de mi amiguita, y pude ver que sonreía, moviendo la cabeza, como si me compadeciera.

—¿De qué se ríe usted?—la pregunté casi con violencia.

—De nada. Continúo opinando que los españoles son muy simpáticos. No creo que le moleste mi sincera opinión.

Nada; que con Hertha no había manera de enfadarse. ¡Cualquiera se enfada con una chiquilla que tiene debajo de unos umbrosos párpados dos ojos azules como los que ella tenía!

Además, por muy enojado y digno que yo quisiera mostrarme, resulta que mi brazo, que seguramente debe ser un brazo sin atisbo alguno de dignidad, se había deslizado respaldar abajo, yendo a tropezar nada menos que con las opulentas morbideces de la muchacha.

No me enojé, pues, pero me pareció elemental guardar uno de aquellos silencios reservados exclusivamente para las grandes solemnidades. Parecía que la chiquilla y yo pensábamos en cosas muy lejanas, pero no era así: nuestros pensamientos andaban muy cerca uno de otro y no se movían del auto.

—¿Hace calor, verdad?—me preguntó ella con intención que no precisaba aclaración alguna.

—Seguramente, sí, señorita, debe hacer un calor asfixiante.

La situación era, en verdad, desagradable, pero Hertha y yo procurábamos soslayarla para ver de evitar una ruptura que se hacía inminente con un temperamento como el mío.

Retiré el brazo, sin querer darme cuenta aparente de su actitud nada agradable para mí, y continuamos hablando de mil tonterías que ni a ella ni a mí nos interesaban lo más mínimo.

Al llegar a las inmediaciones de la Wansee, hizo ella parar el taxi, y con asombro inconmensurable por mi parte me propuso que tomáramos un baño en aquellos deliciosos lugares. ¡Un baño! ¡Pero si casi hacía frío! No obstante, un español accede a tomar un baño aunque sea en el Polo Norte cuando a ello le invita una muchachita de dieciocho años, con la cual se está muy enojado.

—¿Hay establecimientos balnearios en la Wansee? — la pregunté.

—¿Para qué?

—Para los trajes.

—¡No, no: yo no me baño con traje! ¡Eso es una estupidez! Hay en la Wansee sitios lo suficiente solitarios para tomar un baño a gusto. ¿Me complace?

¿Cómo explicar, cómo dar idea al lector del efecto que tales palabras me produjeron? ¡Bañarse desnuda! ¡Delante de mí! ¡Sin un *maillot!* ¿Estaría en sus cabales mi pequeña Hertha? ¡Ofrecerse a mis—¿por qué no decirlo?—a mis impúdicas miradas sin siquiera un cubre sexos! Decididamente o ella o yo teníamos desprendido algún tornillo de los alrededores del cerebro.

Ni que derir tiene que accedí gustosísimo a la tentadora

demanda y que me dispuse a gozar del afrodisíaco espectáculo que me esperaba. Pero esta vez las cosas tomarían derroteros distintos a los que tomaron anteriormente. De mí no se burlaba una mocosilla como Hertha, que parecía divertirse poniéndome la miel en los labios para luego hacerme tragar una cucharada de acíbar. ¿No dijo ella que en la Wansee había sitios lo suficientemente solitarios? Pues bien: allí veríamos quién reiría el último y quién lo haría más a gusto.

A salto de cabra descendimos hacia el verdeante valle, y cogidos de la mano empezamos a corretear como recentales por el mullido césped. Era una delicia ver a Hertha entregada a la alegría ingenua de su juventud, y era todavía una mayor delicia dejar que casualmente mis manos pudieran comprobar, en accidentados roces, la plenitud y tersura de sus carnes divinamente torneadas. En más de una ocasión, al pasar por debajo de las ramas desmayadas de los árboles, nuestros cuerpos entraban en contacto y eso me producía sensaciones alucinantes. Ella no concedía, al parecer, importancia alguna a tales detalles y yo, abusando quizá de su inocencia, me entregaba a salacidades cerebrales que me esforzaba en dejar ocultas para que no me traicionaran.

Corría Hertha como una corza por los prados, muy tiernos, y yo contemplaba su grácil silueta cuyas haldas levemente agitadas por el airecillo primaveral descubrían en parte y dejaban adivinar al plegarse sobre la carne, su escultura maravillosa.

Poco más de un cuarto de hora llevaríamos andando por la ribera, cuando una visión por demás repugnante vino a turbar nuestros plácidos juegos. Me detuve indignado y le rogué a Hertha que se alejara un poco. Un hombretón, peludo como un oso, acababa de surgir de las aguas y aparecía ante nosotros completamente desnudo. El vello, largo y negrísimo, se le pe-

gaba a la piel, y todo en él producía la sensación de una bestia antediluviana. Sin grandes prisas, al darse cuenta de nuestra presencia, buscó el cobijo de unas matas y tras ellas se sentó tranquilamente.

—¡Vaya espectáculo indecente nos está dando este hombre! — hube de exclamar sinceramente alterado.

Hertha se me quedó mirando en actitud de incomprensión.

—¿Indecente? ¿Por qué?

Fijé en sus pupilas las mías; miré luego al hombre de las cavernas, cuya cabeza asomaba por encima de las matas, y soltando una sonora carcajada, me limité a comentar:

—¡Ah, por nada, hija de mi alma, por nada!

Y continuamos correteando ribera arriba.

La Wansee es uno de los lugares más atractivos de los alrededores de Berlín. La pantanosidad de aquella región hace pensar con estremecimiento en lo penoso que habían de ser los avances de las falanges romanas cuando todo aquello era un bosque en plena virginidad y en cuyas lagunas habrían de perecer millares de hombres aprisionados por el resbaladizo barrizal. Vino a mi mente la derrota de Varo y me la expliqué perfectamente. En regiones como la de la Wansee, de las que Alemania está materialmente sembrada, la lucha se hacía imposible y los naturales del país, lejos de defenderse al verse invadidos, incitaban a avanzar a los legionarios, hasta ver que la tierra los iba tragando lentamente sin salvación posible.

Ahora, a través de los siglos y por obra y amor de los ediles berlineses, la Wansee se ha convertido en un verdadero paraíso para los moradores de la gran ciudad germánica. Los días de asueto se vuelca allí anhelosa toda la urbe, y en sus numerosos lagos, limpios y dilatados, se entregan los berlineses a los placeres del agua, por los que comienzan a sentir

verdadera veneración, ya que la mayoría de ellos sólo de nombre conocen la existencia del mar.

La dura lección de la guerra, que tantos sufrimientos impuso a una raza falsamente imperialista, turbada y envenenada por las doctrinas de Bismarck, obró de saludable revulsivo y agitó lo más profundo de su ser; y lo que era en ella una armadura de irritantes y disgraciosos belicismos, se ha trocado ahora en un grandísimo amor a la naturaleza y a la sencillez de costumbres, que bordea las lindes del paganismo.

Es la del pueblo alemán una metamorfosis digna de ser estudiada con todo detalle. Aquel pueblo militarizado, que parecía haberle levantado un templo al dios de la guerra, y que todo lo sacrificaba al engrandecimiento disciplinario de su ejército, ha despertado inesperadamente de su letargo imperialista y se ha sentido sencilla y profundamente humano. Ya Germania no aspira a ser una raza de cemento armado, sometida al centralismo de una Prusia opresora. Fluye por sus arterias una nueva visión de la vida, y sólo falta un cerebro con vuelos de águila que oriente y encauce sus verdaderos instintos para que el sentimiento federativo sea la antorcha que ilumine el caos inquieto de la nueva gestación.

Pueblo comprensivo y bien preparado por una red cultural muy tupida, el salto de Marte a Ceres no ha presentado aspecto alguno de revuelta material. La revolución ha sido íntima, en las conciencias; el pueblo alemán se ha dicho simplemente que había errado el camino, y lo ha dejado para seguir otro que le ha parecido más práctico, mas lógico y menos aborrecible. La guerra, como todos los grandes cataclismos bélicos, ha amortajado el espíritu imperialista, no ya en Alemania, mas en el mundo entero.

Todos los sistemas unitaristas y anexionistas que informaron el patriotismo mundial durante los últimos siglos, por la

presión de las familias reinantes, han caído desmenuzados al embate de la razón y de la imperecedera biología de los pueblos esclavizados. El tránsito es muy hondo y laborioso, pero los hombres se han dado cuenta ya de que la tierra no necesita organizarse en patrias artificiales para que el ser humano encuentre en ella la felicidad. Las patrias naturales, diminutas y fecundas, surgen ahora redivivas del sepulcro de los centralismos universales, y las simientes federativas van prendiendo y arraigando en los cerebros de los políticos de vanguardia. El proceso responde simplemente al retorno del hombre hacia la tierra y la tierra y la naturaleza toda, es esencialmente federativa en su biología.

La hecatombe de los atormentados campos de Francia y de Bélgica ha sido el luminar que ha puesto de relieve los dos grandes errores de los patriotas prácticos y de los idealistas extremistas. Defendían los primeros un sistema unitarista que todo lo encadenaba, hombres, cerebros, conciencias. Luchaban los segundos por una patria universal que todo lo liberara, sin darse cuenta de que en esa liberación iba también una babélica confusión y un dilatado desamor del hombre hacia cuanto le rodea, por exceso de horizontes. El ave Fénix de la guerra ha dicho a los hombres que amaran *su* tierra y no odiaran ni aspiraran a esclavizar *la* de sus hermanos. La propia Rusia, que en su locura liberticida nos sorprendió con un centralismo estatal que tendía a absorver y controlar la energía global e individual de todas las razas que aglutinan en el caído imperio, ha debido rendirse a la realidad de los "mujiks" aferrados a la tierra, que se han negado a convertirse en piezas complementarias de la máquina del Estado. El campesino ruso no aceptará nunca de buen grado la intromisión del imperialismo proletario en sus labores terrales. El burgués abandonará sus bienes adquiridos; el industrial, sus fábricas; el aristócrata,

sus palacios; pero el campesino no abandonará nunca la tierra que ha fecundado con sus sudores y su sangre. Los soviets, a no tardar, a pesar de no proponérselo, a pesar de proponerse precisamente lo contrario, serán una hermandad de patrias naturales federadas entre sí. Todo lo artificioso va derrumbándose tras la revolución de la gran guerra, porque en verdad no fué una guerra, sino una revolución que inevitablemente había de estallar, y prueba de ello es que aquellos que la promovieron desde un punto de vista bélico, cayeron al peso de la ejemplaridad final revolucionaria. Hemos afirmado que todo lo artificioso se derrumba y hemos de añadir que también se precipitan en el descrédito aquellos que hasta hoy habían aparecido como más puros idealismos. Los propios anarquistas han comenzado a borrar de su ideario sentimental el postulado de una patria universal y casi todos los grupos extremistas de Occidente hablan ya de una hermandad de los pueblos de la tierra pero conservando cada uno de ellos sus peculiares características y el derecho a disponer de sus destinos. Lo típico, que al fin es lo humano, ha triunfado sobre lo abstracto. El perfil de los pueblos se define más cada día, y al definirse en el orden racial, lejos de empequeñecer el concepto liberal de la tierra, lo universaliza.

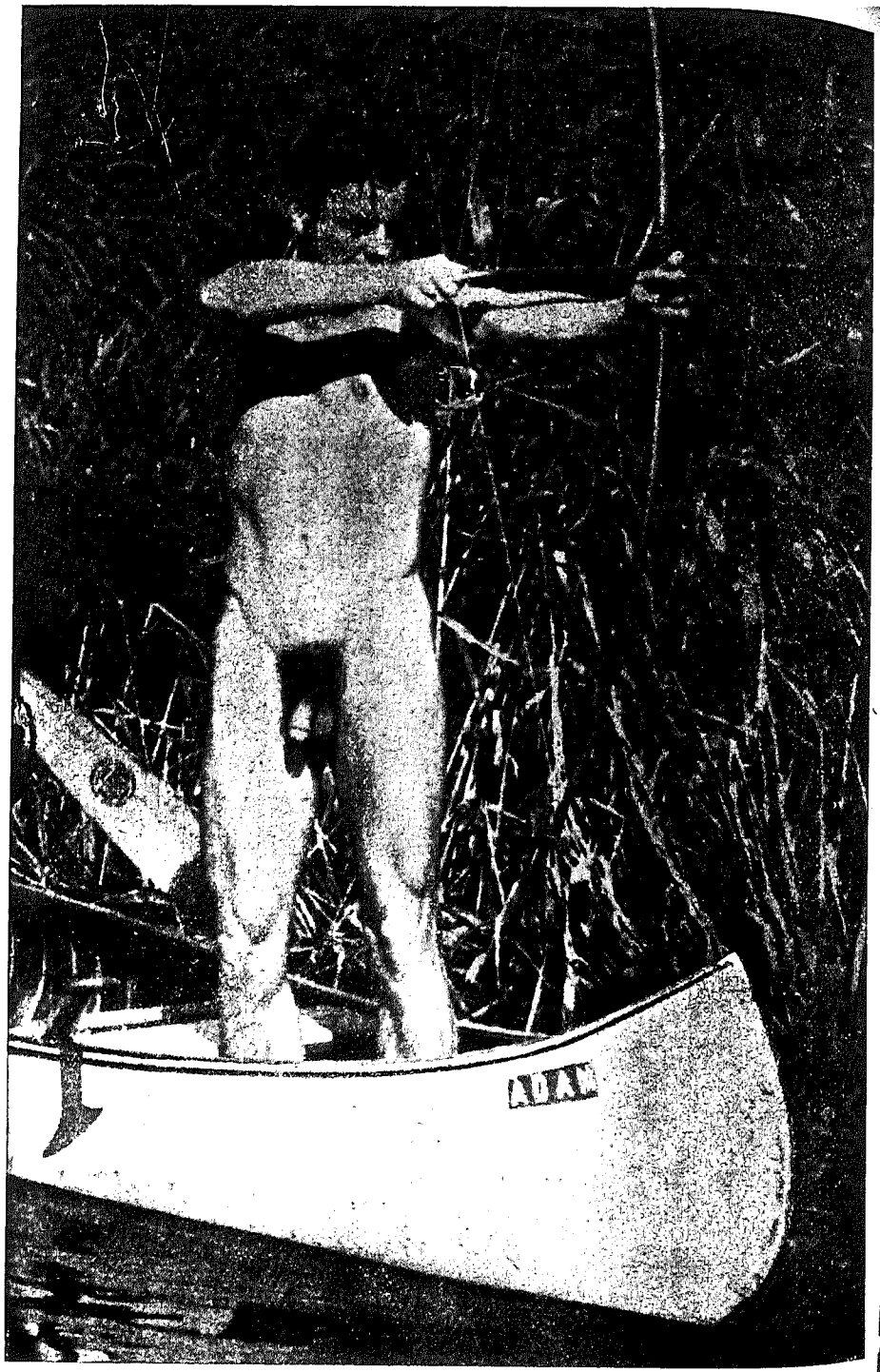
La vida es un imperativo ineludible y a él se agarran los hombres; el ideal es una necesidad insoslayable y a ella se entregan también, sin abandonar aquél. Un destacado líder del sindicalismo español ha dicho no ha mucho: "al lema idealista de *libertad, igualdad y fraternidad*, el proletariado ha añadido un vocablo: *materialidad*." Nada más vivo; nada más evidente. Y donde con mayor intensidad se advierte la certidumbre de este aserto, es en el hombre del campo. La vida despierta en él un pequeño pero intensísimo amor a su campo, a su gleba, a sus surcos. En este aspecto, el hombre del

campo es un egoísta, pero al converger en uno todos los pequeños y limitados amores de los campesinos, surge el ideal y tórnanse ellos una cordialidad universal. Cuanto más vaya adorando el ser humano *su* tierra, tanto más crecerá en él el respeto hacia las tierras de sus hermanos, y no sólo no aspirará a esclavizarlas, sino que cundirá en él un generoso deseo de manumisión a los grandes Estados que se han ido formando desde la caída del feudalismo. Dad a cada hombre un campo, un arado y un libro y con ello habréis resuelto la casi totalidad de las luchas sociales, y automáticamente habréis impuesto una doctrina que se enfrentará con el error soviético: la del hombre contra el Estado. Patria y Estado, no es lo mismo, naturalmente. La patria es la tierra en el sentido humano y biológico; es eterna e inmutable. El Estado es un simple administrador de aquella o de *aquellas*, sujeto a todos los embates y a todas las cerebraciones. Por esta razón propugnamos que se dé al hombre un trocito de tierra, para injertarlo y hacerlo arteria viva de ese cuerpo que idolatra de manera casi inexplicable.

La pequeña propiedad, el trabajo a pleno sol y la dulce persuasión del libro, habrían de aclarar de tal manera las visiones humanas, que con estos tres elementos fundamentales veríamos en plazo brevísimo surgir limpio y sereno el ideal de la vida sencilla. Un hombre que, tras la labor de la jornada, contempla surcada y esponjosa su gleba, con la reja reluciente, quebrándose en ella los rayos del sol y se sienta a la sombra de un árbol con el libro en la mano, lee de manera muy distinta al obrero que, al salir de la fábrica, hosca, sin alegría, sin goce alguno, se adentra en las páginas negras de la tinta y el papel. En el primer caso, el libro es un amable compañero que le endulza las horas del descanso; en el segundo, el lento caer de las estalactitas de la hiel, cuyas gotas van



Flor entre flores



En plena selva

penetrando en su corazón rebelde pero generoso y entenebreciendo su mente encadenada, hasta formar en ellos las cortantes estalagmitas del odio. Lo repetimos: dadle al hombre un campo, un arado y un libro y esperad. No inventéis leyes despiadadas para amedrentarle; no levantéis presidios para reducirle: mostradle el camino que haga innecesarias estas leyes y estos presidios.

Nuestro momento es uno de los más fecundos que registra la historia. Es emocionante, es verdaderamente esperanzador observar cómo en nuestros días surgen limpias y ejemplares las lecciones del tiempo. La reacción es evidente. El hombre descubre toda la odiosa esterilidad de los siglos pasados y quiere salirse de esa infecundidad desesperante. Siente ansias de libertad y de comprensión en todos los órdenes de su vivir. Odia a los opresores de toda laya y comienza a mirar con desdén las rutas rojas de los héroes y de los conquistadores, que la historia había divinizado en sus páginas. Una nueva historia comienza a perfilarse en la mente de los hombres. Ni los reyes, ni los héroes, ni las carnicerías guerreras, serán ya los hitos que la jalonen. Se han dado cuenta de que aquella historia no es la de la humanidad, sino el libro de cuentas de sus opresores, y la miran con lógico desdén. Los fanales de la historia del mundo no pueden ni deben ser Atila, Jaime I o Napoleón, sino Arquímedes, Cristo y Gutenberg. La batalla de Trafalgar no le interesa ya al hombre para esculpirla en mármoles y bronces, lo que le interesa destacar de su camino, es aquello que le ha proporcionado un poco de bienestar. La vida del mundo, es eso: lo que el mundo haga como a cuerpo orgánico, y no saber si tal o cual general fué más diestro y más despiadado en el arte de asesinar a sus hermanos.

El mundo parece haber llegado a la cima de su caminata

y desde ella entregarse a la contemplación de pasados errores y aciertos para deducir cuál es la ruta a seguir en lo sucesivo. Y las deducciones de sus razonamientos no pueden ofrecérsele con mayor claridad, para escoger sus métodos definitivos de ordenada gobernación.

Desde el instante en que los tiranos del pueblo se dieron cuenta de la formidable ejemplaridad de la historia, aplicaron toda su mala intención a que esa historia se alejara de sus fines naturales y el oro de las reales cajas mediatizó y corrompió a los trabajadores de la pluma y del intelecto. Y la historia, que había de ser sencilla y rectilínea, sin más etapas en lo político que las grandes convulsiones sociales y los procesos de las humanas civilizaciones, comenzó a vestirse con extraños ropajes anecdóticos, procedentes todos ellos de los reales roperos. La historia no fué la vida del mundo y de los pueblos. Fué la de sus heresiarcas. Y se cantó en ella las gestas de los servidores de las monarquías, que llegaron a confundirse y a hacerse consubstanciales, primero del Estado y luego de la patria.

Voltaire, el cínico, el acomodaticio, atemorizó de tal manera a las casas reinantes con su Enciclopedia, que ellas se lo disputaban y se lo arrebataban entre sí para evitar los para ellas desastrosos resultados de su numen privilegiado. Así, tan pronto lo vemos entregado a la molicie de los salones de Versalles, como bañándose en la beatitud de los jardines de Potsdam, donde el gran Federico descendió a construir expresamente para él una habitación en sus reales residencias. Pero Federico era muy irónico y ordenó que las paredes de la tal habitación fueran decoradas con loros y papagayos "para que el gran dialéctico estuviera entre sus compañeros".

La adulación y la supuesta admiración por los literatos en el siglo XVIII y los dones y gajes con que les colmaba el

trono y la aristocracia, no era respeto, no era veneración al genio; era miedo. La "Pompadour", la más avisada y talentuda de las queridas que han pisado las gradas del trono de los Luises, dióse cuenta de la enorme fuerza que en sí llevaba el libro y procuró atraerse a aquellos que lo escribían. A ella se le debe que la Enciclopedia, ese esfuerzo titánico de los pensadores del siglo redentor, fuera una realidad. Pero con ella o sin ella, la Enciclopedia habría seguido su camino y su publicación hubiera determinado la más gloriosa de las revoluciones que registra la historia.

—La Enciclopedia enseña a las mujeres a quitarse las manchas de grasa del vestido—decíale a Luis XV la adorable Pompadour para justificar las entregas de dinero a su amigo Voltaire.

—Pero también enseña a pensar a los hombres—respondíale el idiota Capeto, en su cerril intuición. — Los libros son un enemigo del que no os dáis cuenta, marquesa. Yo no cojo nunca ningún libro. Los odio.

Es innegable que aquel mico lujurioso, si era bestia, no era tonto. Razones sobradas tenía para odiar a los libros y ellos le hicieron exclamar que "aquéllo", la monarquía francesa, terminaría con él.

Y en efecto, con él terminó virtualmente. Al llegar al pueblo la Enciclopedia, la monarquía iniciaba su derrumbamiento. Con el libro en la mano, el pueblo y la libertad eran ya invencibles. Por eso uno de los hombres a quien la historia debe levantar entre los escogidos es Gutenberg, porque él inventó con la imprenta la pólvora roja que ha de echar abajo todas las tiranías. Un libro tiene más fuerza que un cañón y al peso de sus enseñanzas todos los ejércitos serán derrotados. Una frase certera, salta de las páginas del libro, se mete como una cuña en el cerebro de los hombres y cambia el curso de la

humanidad. Esta virtud, esta fuerza inconmensurable no la posee otra arma alguna.

Por ello, todo opresor es enemigo nato de la letra impresa. Y por ello, todas las tiranías han cerrado las escuelas y han abierto las tabernas. Y por ello también los gobernantes ineptos han inventado la censura. Cuando un hombre de gobierno muestra aversión al libro o a la prensa, es que este hombre gobierna sin el pueblo. Un país liberal y civilizado que mantenga en sus codigos la censura, ha renunciado al mayor beneficio de la libertad. Debe prescindirse de esta burda medida, con la cual, además, no se alcanza nada. La censura no evitará que las ideas surjan y se propaguen. Y si las ideas son una fuerza por su contenido, devienen una avalancha arrolladora cuando han de agitarse en la clandestinidad. Observad que las grandes convulsiones sociales vienen siempre envueltas en ambientes irrespirables. Es inútil cuanto se haga contra el libro. El regirá hasta el fin de los días, los destinos de la humanidad.

Y ese libro frío y sereno que es la historia del mundo, en cuanto se quite las vestiduras reales en que va envuelto, en cuanto se muestre completamente desnudo a los ojos de los hombres y les descubra los caminos seguidos y las energías perdidas en luchas diminutas y pueriles, cumplirá con el fin que le ha sido asignado y será el faro que indicará las nuevas rutas a seguir.

En la primera parte de esta obra, hemos estudiado someramente las civilizaciones helena y romana. Desde luego nos hemos apartado de todo aquello que las historias consignan y hemos limitado nuestro punto de vista a inquirir el bien y el mal que ellas aportaron al ser humano. Veamos ahora, en rápida ojeada, lo que el hombre puede agradecer a las

organizaciones sociales que surgieron a la caída del imperio romano.

El hombre se mueve y se agita sobre la costra terrestre. En ella debe encontrar la felicidad a que aspira. Los medios de que se valga, no tienen valor alguno. Lo esencial es el fin.

En la amplitud del espacio que le fué asignado para vivir, tendió el hombre desde un principio a una organización social. Esta organización, fué primero la familia, luego la tribu, más tarde la aldea, después el pueblo, hasta llegar a la nación que designó con el nombre de patria. La tendencia helena era de relación cordial entre las patrias naturales, sin llegar a la conquista. La romana optó por el derecho de guerra y por la ley del más fuerte. Triunfó ésta última en sus propósitos y alcanzó sus aspiraciones de una patria universal. Pero en el momento mismo en que Roma se vió dueña del mundo, también se dió cuenta de que no lo era de nada. Y cayó para siempre.

Siguió a esta caída, un período de transición, de modorra, de abandono en el hombre, que se entregó a una vida vegetativa, como la bestia carnicera que se alimenta con los restos humanos del campo de batalla. Merodeaba por la tierra sin fin ni propósito. Todo le era indiferente. Destrozado su hogar su existencia era la del nómada que no atiende a leyes ni a preceptos. El hombre materia, iba viviendo del cadáver del espíritu, que Roma había dejado podrido sobre el mundo.

Lentamente, al paso de los siglos, el ser humano volvió a su ley eterna de sociabilidad y sin previas limitaciones reconstruyéronse los núcleos patrios que Roma había diseminado. Los ríos, las montañas, las costumbres, los climas, etc., hicieron que cada grupo amara de una manera especial el trozo de tierra donde había nacido. Nada les obligaba a ello, pero ese amor se manifestaba como obedeciendo a una ley na-

tural. Las características raciales eran la línea divisoria de los grupos, y cada uno establecía su manera de vivir de acuerdo con sus necesidades morales y materiales. Era como si aquella tierra en que habían nacido, fuera *suya*, es decir de *todos*.

En la Edad Media, los feudos destrozaron, fraccionándolas, las patrias naturales, y esas fracciones no fueron ya *del* hombre, sino de *un* hombre. Ese aspecto inhumano de organización social con deberes y sin derechos para los unos y con derechos y sin deberes para los otros, trajo el entronizamiento de las monarquías, que eran en aquellos días aborrecibles, el muro contensor con que tropezaban las ambiciones desmedidas de los grandes terratenientes. El pueblo vió en los reyes el instrumento que había de librarle de su ominosa esclavitud, del hombre feudal, su señor inmediato, feroz y despiadado con sus vasallos.

La tierra era "demasiado" propiedad de unos hombres determinados que la hacían odiosa a sus semejantes sometidos. No se podía vivir, no se podía respirar en el mundo.

Las razas y nacionalidades habían sido descuartizadas en feudos, y esos feudos eran mazmorras para el hombre que nacía en ellos. El sistema monárquico, más amplio, más generoso, aireó los calabozos irrespirables del feudalismo, pero construyó los grandes presidios estatales. Era lógico que el ser humano, que salía de un ergástulo en el que se le negaba hasta el derecho a mirar el sol, se sintiera libre en los vastos presidios de los nuevos Estados creados por la monarquía. Pero no tardó en darse cuenta de que continuaba siendo esclavo de un ambiente antinatural.

Los pueblos no eran hermanos entre sí. A los embrazados por la monarquía bajo su bandera, se les "obligaba" a amarse. A los que no estaban bajo aquella bandera, se les debía odiar.

Dentro de cada Estado, una raza, la más dúctil y, por ende la más adicta al nuevo tirano, había impuesto sus usos y costumbres y declarado al margen de la ley los de los demás. El Estado absorbió funciones que el hombre creyó siempre que le debían ser reservadas. Impuso tributos, creó arbitrarias normas de relación, dictó leyes de casta, y no se armó con el pueblo, sino contra el pueblo. Y se dió la paradoja de que el Estado, formado por el pueblo, era el enemigo nato del pueblo, sin el cual no habría Estado posible.

Forzosamente esa nueva tiranía había de ser fuente de angustias e inquietudes, y no tardaron éstas en surgir. Era aquélla una nueva esclavitud de hombre, que sin sentir en el cuerpo la presión de las cadenas, sin tropezar con las rejas y los muros de la cárcel, se sabe moralmente esclavo. Y esa esclavitud, a medida que el hombre va descubriendo luces y horizontes en su mente atormentada, es mucho más insufrible que la esclavitud corporal.

Si el hombre en bruto del feudalismo pudo resistir diecisiete siglos de presidios corporales, el hombre de mente cultivada no podrá terminar el siglo en que vivimos preso en la cárcel de los falsos ideales. De ahí su odio a las monarquías y a los sistemas unitaristas. Ese odio irrefrenable estalló en la humanísima revolución francesa, que todavía no ha terminado su proceso en el mundo. Fué la revolución moral de las conciencias, todavía en gestación.

Los feudos no fueron otra cosa que la consecuencia de la caída del imperialismo romano, que (¡como la acracia del pasado siglo!), tendía a una patria única en el universo, basada en los endebles cimientos del derecho de conquista. Los hombres más audaces, al perder el mundo su centro magnético, lanzáronse a la rapiña, y esa rapiña dió lugar a los feudos y se-

ñoríos, que también habían de caer al peso del tiempo. Las monarquías unitarias, apoyadas por el pueblo, cuidaron de aventarlos. Los resultados de estas grandes conmociones del mundo, no pueden ser más prístinos.

Roma había borrado a lanzadas todas las patrias del mundo. El feudalismo puso, con sus horcas, tabiques a cuanto le convino. Las monarquías unitarias establecieron fronteras estatales de quita y pon a favor de las leyes de guerra. Ni Roma, ni el feudalismo, ni la monarquía se acordaron nunca de que las fronteras, los muros y los tabiques, se los ponen los pueblos a sí mismos, y la tierra no cejará hasta apoyar sus derechos en las leyes naturales y la razón.

Cuanto se construya de manera arbitraria para separar o anexionar unos pueblos a otros, serán trincheras odiosas, serán tránsitos inestables que, lejos de borrar razas, caracteres y tipicismos, contribuirán a que el hombre conozca por reacción sus verdaderos amores. Amar a la patria en el Estado, es un amor beocio y puramente centuriónico; amarla en la tierra, es un sentimiento humano.

Mas, dejemos ya tan extemporáneas disquisiciones, y contemplemos extasiados el por demás interesante espectáculo que mi hermosa Hertha se dispone a ofrecernos. ¡Por todos los dioses de la tierra y por aquellos que se deleitan en las etéreas regiones del Olimpo, juro que Hertha está loca lo que yo estoy viendo visiones!

¿Cómo no creerlo así? ¿Cómo evitar esta exclamación sincera habida cuenta de lo que la adorable *Maedchen* está haciendo? Al llegar a un umbroso remanso de la Wansee, en el que el espeso boscaje bordea el inmenso lago, ha comenzado a desnudarse ante mis ojos, sin preocuparse de buscar un cobijo que la libre de mis miradas. Preciso es que reconozcamos que si en el mundo hay cosas incomprensibles, ésta es una de



De cara a la vida



El primer día

ellas. Pero, en fin, ya veremos en qué para tanta desenvoltura, tanto descoco y tan poca estimación a los tesoros femeninos que se encierran en el cuerpo de Hertha.

Yo me hago el distraído para evitar que la chiquilla diera en la deplorable idea de esconderse detrás de los innumerables arbustos que nos rodean, y me entretengo liando un pitillo con el poco tabaco español que voy encontrando en los rincones de mi bolsillo. ¡Estoy harto de hebras doradas y me acuerdo mucho del tabaco de mi tierra que me quitaron los "gendarmes" en la frontera francesa!

—¿No se baña usted?—me ha preguntado la joven, dejando caer la falda y mostrándoseme sin más pieza de ropa que el breve *culot* y el camisín de seda.

Yo hubiera querido contestar inmediatamente a la pregunta, pero por razones que a mis lectores les serán fácilmente comprensibles, tardé unos segundos en poderlo hacer. Los muslos de Hertha, tan firmes, tan redondos, tan cautivadores, se me habían atragantado, y no había manera de que las palabras fluyeran con el debido orden.

—No; estoy algo resfriado—contesté con embarazo—. Además, el tiempo no convida mucho...

Se me quedó mirando con los brazos en jarras y las piernas más, el tiempo no convida mucho...

—Pero, ¿será usted capaz de marcharse sin probar las delicias de esta hermosura de agua, tan limpia y transparente?

—¡Qué quiere usted! No es costumbre mía tomar baños fríos en...

Ahora sí que comencé a perder el mundo de vista. La afrodisíaca walkyria acababa de desprenderse del último trapito, y yo la contemplaba atónito, totalmente desnuda, como una estatuilla de carne que hubiera surgido del esmeraldino césped. Me levanté; no sé a ciencia cierta por qué, pero me levanté y

pude experimentar que una fuerza irresistible me empujaba hacia aquella flor encarnada. Un vértigo de vacío se apoderó de mi mente, luminiscencias astrales cegaron mis pupilas, y todo mi ser era un cuerpo ingrávido que avanzaba hacia la muchacha como una pluma arrastrada por un torbellino.

Fueron inútiles cuantos esfuerzos realizara para contener los lobos hambrientos de la lujuria. Aquella figulina joven, fresca, fragante, ejercía en mí inexplicables presiones medulares que turbaban mi mente y atropellaban cuantas razones les salieran al paso. No estaba en mí evitar mis propios actos. Una vorágine arrolladora lo devastaba todo en mi interior.

Ella, sin darse cuenta de mi estado, se había entretenido en arreglar las ropas, colgándolas de las matas bajas, y yo seguía sus movmientos con salacidad de fauno ante la presa indefensa.

Miré a mi alrededor y pude ver que la más absoluta soledad nos rodeaba. Nadie podría acudir en defensa de la muchacha caso de que ella intentase evitar mi embestida. Me dijo todavía algunas palabras que no comprendí, y al ver que se dirigía pausadamente hacia el lago, avancé silente, sin que ella pudiera darse cuenta de mi acecho.

La visión de aquel cuerpo impoluto desbridaba mis sentidos, los enfurecía y los lanzaba al galope de la locura sexual. No sé si por efecto de las fragancias de la naturaleza o por el voluptuoso cuadro que tenía ante mis ojos, me sentía como embriagado, como sumergido en los vapores de una droga estimulante. Todo giraba a mi alrededor con imprecisiones narcóticas, con alucinaciones de pesadilla. Círculos concéntricos y muy luminosos partían de mis pupilas y se perdían ensanchándose en el horizonte. Latía mi pecho intensamente. La lengua se me pegaba al paladar. Avancé más... más... como un bandido, como una hiena.

Ya cerca de ella, balbucí unas palabras incoherentes, y mis brazos intentaron enlazar su cuerpo de tanagra. Fué un momento, una ráfaga, pero ignoro en absoluto lo que en aquel instante pudiera ocurrir. Perdido el albedrío, agolpada a mis sienes la sangre toda de mis arterias, únicamente recuerdo que cuando reaccioné, mi adorable muñequita estaba chapoteando como una náyade en el lago y yo permanecía en sus márgenes, con los pies hundidos en el agua y viéndola alejarse alegre y juguetona.

* * *

Caía ya la tarde. De vez en vez remontaban o descendían la corriente, levemente rizada, diminutas embarcaciones en la mayoría de las cuales pude descubrir hombres y mujeres en completa desnudez. La fronda estaba fragante y la tierra desprendía emanaciones de fecundidad. El ambiente se enrarecía a mi alrededor. La bestia de la lujuria no cesaba de atormentarme con sus zarpazos medulares. Me tendí de bruces sobre la hierba, y reposando el mentón en los brazos, a manera de almohada, me quedé con la vista fija en la muchacha. Nadaba como un pez, y mientras unas veces quedábase yerta sobre la mansa superficie, como muerta, con los brazos tendidos en cruz y las piernas muy juntas, otras se zambullía en el agua con agilidades de rana y sus piernas describían una graciosa pirueta en el vacío.

—¿Por qué no se baña?—insistió agitando alegremente las manos—. ¡Es una delicia, créalo usted!

No le contesté. No podía. Su busto emergía de la líquida superficie, y mis ojos no se apartaban de sus senos, firmes, rotundos, virginales, levemente retorcidos hacia arriba. Me sentía enfebrecido. Todo eran en mí ardores y deseos inconfesa-

bles. Me arrastraba sobre la hierba en busca de frescor. Tenía la boca seca, crespas las manos, rígidos todos mis músculos. La animalidad sexual se había apoderado de mis sentidos, largos días sometidos a una abstinencia forzosa... Argumenté como era lógico que argumentara en la situación en que me hallaba: cuando una mujer se desnuda delante de un hombre, no tiene derecho a exigir de él respeto alguno. Los hombres no somos estatuas. Quien no quiera polvo, lo mejor que puede hacer es alejarse de la era. Y ella no obraba así. Desde el primer momento se había lanzado conmigo al más descocado flirteo, y por lo tanto ella y nadie más que ella sería la culpable de cuanto pudiera ocurrir. Aquellos juegos peligrosos a que conmigo se había entregado, acabarían como habían de acabar. Al macho no debe encelársele en la forma desaforada que ella lo había hecho.

Me levanté y fuí a sentarme al pie de un árbol muy corpulento. Ella nadaba ya de retorno hacia la orilla, y pude observar que lanzaba gritos y hacía gestos a una lejana embarcación.

Al surgir de las aguas y ofrecerse de nuevo a mis miradas, creí desvanecerme. ¡Qué hermosa era! ¡Cuánta belleza se encierra en el cuerpo de una mujer joven y virgen!

Moría ya el sol sobre las aguas que afectaban coloraciones metálicas de irisadas policromías. Ella permanecía de pie en la ribera, y el sol, casi rojo, encendía sus carnes. Un vello menudo y muy dorado, formaba un halo purpurino sobre su piel profundamente morena. Las morbideces de su silueta se acusaban fuertemente, como si fuesen de mármol animado. Las rubias frondosidades del cuerpo eran manchones de oro salpicados de diminutas gotas de agua con valoraciones diamantinas. Era bella como la tentación. Y como la tentación se apoderó de mi voluntad.

Ella seguía braceando y hablando con los ocupantes de la embarcación, que supuse yo estaría ya muy lejana.

Rastreando como un reptil me acerqué a la muchacha dispuesto a tomarme los derechos que, con su inconsciente proceder, me había dado. Ya detrás de ella, me levanté sin respirar, y cuando iba a atenazarla entre mis brazos, revolvióse muy alegre y le extrañó sobremanera encontrarme casi rozándola. Se apartó, no sin que yo comprendiera que había adivinado mis propósitos, y batiendo alegremente las manos, comenzó a gritar:

—¡Es Rudolf, es Rudolf! ¡Es mi novio!

Maldije mi mala fortuna al escucharla, y desperté al dolor del latigazo de la realidad.

—¿Qué hago?—la pregunté azorado—. ¿Qué hacemos?

Ella me miró con aquellos sus ojos azules y tranquilos, y me contestó con llaneza:

—No le comprendo.

—Mi deseo sería no comprometerla, señorita. ¿Qué dirá su novio si la encuentra aquí, desnuda y con un hombre?

—¿Qué quiere usted que diga? Nada.

—Pero, ¿está usted loca, Hertha? ¿No comprende que la situación es violentísima?

No me hizo caso. De una zambullida la vi perderse en el lago, y momentos después ella y su novio llegaban a la orilla cogidos de la mano, completamente desnudos y con la ingenuidad que seguramente habría de informar la vida de nuestros primeros padres.

Hertha no había mentido. Rudolf era una bella estatua de bronce. Alto, armonioso, fuerte, se advertían en él todas las características del atleta moderno entregado al deporte en todos sus aspectos. Su piel era casi negra, y contrastaba con su pelo rubio, rubio como el de Hertha. Me sorprendió su

mirar apacible, casi bovino. Era un gran niño de veinte años, Rudolf.

—¿Verdad que es hermoso?—preguntóme Hertha reposando su cabecita sobre el tórax del muchacho.

¡Qué bellos estaban en esta actitud estatuaria! Me sentí emocionado por tan apolíneo conjunto.

Batíales el sol en el dorso, y un nimbo luminoso recortaba su obscura silueta. El césped a sus pies, era una peana de un color vivísimo, en el que la silueta quedaba reciamente recortada. Sobre el atezado de la piel, se alzaba el halo del vello dorado, más reluciente, al escurrirse el agua por los acusados músculos.

Al contemplarles así, hube de pensar en un grupo artístico de *terra-cotta* con un leve policromado broncíneo. La más dulce emoción estética invadió todo mi ser. No me cansaba de mirarlos. Alto y fuerte él como un dios mitológico, endeble y femenina ella como una flor de invernáculo, producían la máxima sensación del hombre y de la mujer, fruto perfecto de la divina mano.

—Pronto nos casaremos—murmuró Hertha mirando muy contenta a su compañero.

—Van a ser ustedes muy felices—comenté sin acordarme ya para nada de mis lúbricas tentaciones.

Nos sentamos sobre la hierba. Hablamos largo rato de cosas pueriles hasta que al fin hube de significarles mi extrañeza por el desenfado con que permanecían desnudos delante de mí.

Hertha intervino maliciosa:

—Voy a decirle algo, que en verdad debía haberle dicho antes para evitarle el mal rato que ha pasado: nosotros somos desnudistas.

—No la comprendo, señorita.

—¿En España no hay desnudistas?

—¿Quiere usted decir gente que viva desnuda?

—Eso mismo.

—Pues no... allí no se practica eso.

—¡Es raro! Según afirma el doctor Fraenzel los hay ya en todos los países.

—Pues no... en España no.

Hertha volvió a sonreir.

—Así es mucho más comprensible su actitud.

Me ruboricé al escucharla y me acordé de la serie de incorrecciones que con ella había cometido, suponiéndola una coqueta viciosa.

—No se preocupe—aclaró ella muy comprensiva—no he concedido a sus intenciones, que desde luego he descubierto una a una, la menor importancia.

Y luego dirigiéndose a Rudolf:

—El señor, como buen español, se había enamorado de mí de una manera fulminante.

Rió bondadosamente el joven y le dió un beso muy sonoro a su novia. Luego me miró a mí y exclamó complacido:

—¡Es tan hermosa! ¡Tan niña!

Era ya muy tarde. El sol apenas alumbraba. Yo me sentía un tanto molesto al lado de aquella pareja desnuda.

—¿No vamos a partir, señorita Hertha? — le pregunté.

—En seguida. En dos minutos estaré pronta.

Mientras ella se vestía, Rudolf y yo continuamos hablando de ese nuevo aspecto de la vida que ellos practicaban y a medida que Hertha iba ciñendo las medias a sus piernas y el pantalón a sus muslos, pude descubrir algo así como un azoramiento en la mirada de Rudolf. De pronto, le vi levantarse, taparse el regazo con las manos y precipitarse en el lago.

—¿Qué le ocurre a su novio?—pregunté a la muchacha.

Ella reía como una loca.

—¿No se ha fijado? ¿No se ha dado cuenta? ¡Es muy impresionable mi Rudolf!

Un grito del muchacho vino a interrumpir nuestro diálogo.

—Perdone que no me haya despedido, señor. Era muy urgente, muy urgente... No podía continuar a su lado....

—¿Pero, puede saberse qué es lo que le ha ocurrido Rudolf?

—Nada; es que en cuanto esta endiablada Hertha se echa encima una pieza de ropa, no puede uno mirarla, sin... sin... ¿comprende?

Y a grandes brazadas desapareció lago adentro en busca de su canoa.

Ya camino de Berlín, iba comentando en mi intimidad:

—Los hombres, al vestirnos, perdimos el paraíso... y lo hemos perdido... para siempre... para siempre... ¡Qué imbéciles somos!



Gozando las delicias de la naturaleza

VI

Divagaciones

¡Qué contenta se puso mi pequeña Hertha en cuanto le di la noticia! Se trataba nada menos que de un supuesto viaje por los sitios más pintorescos de Alemania en el cual ella habría de acompañarme. Hube de ir saltando de gerencia en gerencia en la editorial donde ella prestaba sus servicios, pues el amigo Weyher me confesó que sus atribuciones no le permitían conceder casi un mes de licencia a una empleada, mayormente tratándose de una taqui-meca tan lista como Hertha, que le estaba haciendo mucha falta en las oficinas. Logrado al fin el permiso, lo dispusimos todo para salir aquel mismo día hacia una propiedad de Rudolf, no muy lejana de Berlín, en la que los tres nos pasaríamos quince días de panza al sol.

Tomamos un tren secundario en la Potsdamer Platz y emprendimos el viaje sin más equipaje que el que llevábamos encima. Esta es una de las ventajas del desnudismo.

Yo estaba un poco emocionado. Los dos muchachos no tenían tiempo de emocionarse porque se pasaban las horas mirándose y sin soltarse las manos. Ellos no se preocupaban por lo que iban a hacer, atentos como estaban a lo que hacían.

A mí sí, a mí me preocupaba un poco el paso que iba a dar. Eso de quitarse uno toda la ropa que lleva encima y no acordarse de ella hasta quince días después, me parecía algo muy trascendental en la vida de un hombre serio como yo. Porque, cosa rara que no sabría razonar, yo en aquel momento preciso de subir al tren, para dirigirme al campo desnudista del simpático Rudolf, me di cuenta de que era un hombre serio, un hombre casado y con cuatro diablillos a los que orientar en la vida, y no me parecía bien que un ciudadano en estas condiciones se lanzara a la vida poco honesta a que iba a lanzarme yo. ¿Qué iban a decir los que se enteraran de mi aventura? ¿Qué pensarían de mí las relaciones comerciales con las que en España había de estar en contacto continuo? ¿Era posible que un hombre que tiene contraídos compromisos muy formales en el comercio y en la industria como los tenía yo, se enfrentara a discutir, por ejemplo, con el representante de la fábrica de papel sobre un suministro de importancia, sabiendo aquél, como seguramente habría de saber, que me había pasado quince días completamente desnudo, comiendo, tomando el té, paseándome, leyendo, escuchando la radio, departiendo de mil cosas con mis compañeros y enseñándolo todo, lo que en buen castellano se dice "todo"? No me parecía bien, no me parecía bien...

La seriedad es uno de los puntales más firmes de las naciones, de la industria y del comercio, y preciso es confesar que un hombre que se desnuda delante de sus semejantes, no puede mantener trato alguno con la formalidad. Ahora mismo se me ocurre pensar, por ejemplo, ¿qué concepto iban a formar del presidente del Senado francés si una mañana se le ocurriera presentarse ante sus venerables compañeros con un lacito en el tobillo y enseñándoles todo aquello que la naturaleza le concedió por derecho propio? ¿Qué iban a decir los respeta-

bles eupátridas al ver a su presidente de aquella guisa? Y el pueblo, el mismo pueblo, ¿cómo iba a interpretar semejante desenfado? Y las naciones de los alrededores, ¿qué cara pondrían al enterarse de tan incalificable manera de portarse un hombre de tan alta representación? ¿Sería posible, sería siquiera concebible que la Sociedad de Naciones celebrara sus asambleas alrededor de una piscina y allí se discutieran asuntos tan trascendentales como los que le son confiados a tan ponderada reunión de hombres sesudos? ¿Cómo y en qué iban a perder su tiempo, tan venerables patriarcas si se les obligara a hacer sus discursos, sin una mala "redingotte" encima? Porque, un hombre con su levita o su chaquet y aun con su democrática americana, puede decir muchas vaguedades mientras las manos se entretienen alisando la solapa, acariciando el "pendentif" o dándole vueltas a un botón, pero un hombre desnudo, no puede hacer esto; un hombre desnudo que suba a una tribuna para hacer un discurso, ha de decir algo substancioso, y si los hombres internacionales de la Sociedad de las Naciones no tienen nunca nada substancioso que decir, ni pueden sus manos entretenerse con el "pendentif" o dándole vueltas a un botón, ¿en qué iban a gastar su tiempo, vamos a ver? Hay que pensarlo mucho, mucho, antes no se desnuden los hombres y no olvidar que debajo de un chaleco gris, a veces se esconde un hombre de talento, aunque no lo parezca. Y no es solamente entre los hombres sesudos donde se produciría una verdadera revolución si se les obligara a quitarse el traje. En las asambleas de nuestra primera entidad mundial, *ellas*, tienen también un papel importantísimo a desempeñar; quizá el más importante de todos. Y dígaseme: ¿qué harían ellas, qué labor provechosa podrían realizar esas adorables secretarias que acompañan a los hombres sesudos en sus asambleas? ¿Dónde iban a poner los ojos para cumplir

con su sacratísima misión, si por todas partes aparecieran cosas que no está bien contemplen los castos ojos de una secretaria diplomática en plena reunión?

A mí me gustaría que los desnudistas se imaginaran la deplorable situación de un Santo Padre, repartiendo bendiciones a una peregrinación sin más indumento que su gran anillo y su enorme tiara, y estoy seguro de que desistirían al punto de propagar sus extrañas y trastornadoras doctrinas.

No, no, repito que la pirueta que iba a realizar, comenzaba a disgustarme. Pero el tren iba corriendo, los minutos pasando y retroceder era ya imposible. Hertha y Rudolf, materialmente pegados uno a otro, vivían un momento de inefable felicidad. Hablaban. Reían. Se daban golpes y hasta me pareció que en alguna ocasión, a favor del traqueteo del tren, sus labios se habían juntado más de lo aconsejable en un vagón de ferrocarril atestado de pasajeros.

Por dos o tres veces intenté enlazar conversación con ellos, pero me contestaban con monosílabos tan rotundos, que hube de convenir en que dos enamorados necesitan un mundo para ellos solos y los dejé en el suyo.

Alumbré un pitillo y me entregué a la contemplación del paisaje. Nada extraordinario se descubría en él: el eterno paisaje de las llanuras dilatadas: una plataforma inmensa y de trecho en trecho un bosquecillo, una casa o una población que seguramente los colocarían allí para que en días de viento fuerte tropezara con algo a su paso y lo volcara. Algo así como una medida de previsión para la producción artificial de cataclismos que dieran lugar a que las agencias telegráficas ganaran algún dinero transmitiéndolos a la prensa mundial.

Mirando aquel paisaje tan tierno y nuevecito se me ocurrió pensar que yo allí, con tanta luz y tanto espacio, haría muy

mal papel paseándome desnudo. Además, todo el mundo se enteraría y sería un escándalo continuo, por falta de árboles corpulentos donde uno esconderse caso de que se acercara algún viandante.

Seguramente Adán y Eva en su magnífica finca, antes de ser desahuciados, lo tendrían todo preparado para si se presentaba alguna visita de cumplido esconder sus vergüenzas... Perdida la vista en el paisaje, descubrí que entre el césped verdeante serpenteaba una cinta reluciente y me sorprendió tan extraño detalle geográfico. Luego me acordé de que a aquellas cosas relucientes, sin árboles, ni cañaverales, ni remansos, ni rocas, ni siquiera arena, en Alemania las llamaban ríos. Una denominación algo arbitraria, pero hube de acceder en que de algún modo habían de nombrarlas para entenderse. Eso suponiendo, y ya es suponer, que los alemanes se entiendan entre ellos cuando hablan.

No era muy agradable el fresco de la ventanilla; abandoné mi observatorio y fuí a sentarme en el interior del vagón. Ya he dicho que el que habíamos tomado no era ningún expreso. Un tren de segundo orden con un aire veraniego encantador que convidaba al viaje. Ibamos en segunda y eso quiere decir que todas las molestias naturales de un viaje habían sido eliminadas en lo posible por la Compañía. Un departamento de segunda en Alemania, en cuyos trenes se conservan todavía las "cuartas", resulta casi lujoso y desde luego mucho más cómodo que la clase más distinguida de los trenes españoles. En nuestra cabina estaban ocupadas todas las plazas. Nosotros tres habíamos tomado una de las banquetas y en la frontera se sentaron un hombre gordo de los que, aun en Alemania, llaman hombres gordos, con lo cual quiero decir que se parecía mucho a un tocino de los grandes y bien cebados; una señora muy enteca y de rostro apergaminado de

esas que incluso en Inglaterra pasaría por una dama delgada, y con ello quedan mentados los bacalaos de Escocia, y una jovencita muy llenita y bien formada, de esa clase especial que en todos los países del mundo se las distingue con el remoquete de mujeres guapas. Quiero significar que era una jovencita muy recomendable y muy apetecible, y como en eso se han puesto de acuerdo todas las naciones para mirarlas con agrado, así la miré yo desde que me senté delante de ella.

El hombre gordo se había quedado dormido y resoplaba como una máquina de vapor de las que resoplan fuerte. La señora apergaminada leía, como es lógico que lean en el tren todas las señoras delgadas y ternes. Y en cuanto a la jovencita guapa, no hacía otra cosa que aquello que han de hacer todas las jóvenes bonitas cuando saben que lo son. Es decir: tiraba continuamente de su falda, para que nos diéramos todos cuenta de que debajo de ella había unas piernecitas dignas de ser admiradas aun por el temperamento menos sensible a la belleza de tales extremidades. Después, abría su gran bolso, se miraba en el espejo y ordenaba un detalle cualquiera de su rostro. Luego se le caía el bolso y se esparcía por el pavimento todo lo que había en su interior, seguramente para tener ocasión de darme las gracias al ayudarla a recoger sus cachivaches. Después de esto, en seguida volvía a empezar el mismo circuito o sea, tirar de sus faldas, enseñar sus adorables piernecitas, abrir el bolso, mirarse en el espejo, etc., etc. El programa, aunque siempre es el mismo, resulta entretenido por los atractivos de la encargada de su realización. Los mismos detalles realizados por una mujer fea, estamos seguros que nos habrían soliviantado.

Mientras el tren corría con aquel correr estrepitoso de los trenes pequeños, que se mueven frenéticos y hacen mucho ruido para despistar y hacer creer al viajero que se trata

de un tren de verdad, trenes ilusionistas como los llama un amigo mío muy ingenioso, yo me aburría como es costumbre que se aburra en un tren un hombre que no tiene más que una mujer guapa a quien mirar, pero que en cambio tiene otros compañeros de viaje que no le dejan hacer otra cosa que mirar a la mujer guapa.

Pero cuando menos lo esperaba, cesó mi aburrimiento y hube de buscar todas las existencias de seriedad que llevaba almacenadas desde que pisé tierra alemana para no estallar en sonoras carcajadas que me habrían dado todo el aspecto de un hombre loco y hubiera sido seguramente motivo de alarma para mis compañeros de cabina.

La causa promotora de tal estado hilarante, en mi intimidad, era en verdad fundada. Dándole vueltas y más vueltas a mi cerebro para que se entretuviera y no se hastiara tanto, di en la peregrina idea de imaginarme al señor gordo, con su enorme abdómen, sus cortas y gordísimas piernas, sus brazos como jamoncetes y su posterior al margen de toda descripción, dándole el brazo a la señora delgada como una escoba y paseándose desnudos por una avenida céntrica de una gran ciudad. Reconozcamos que el espectáculo era como para ser anunciado por las sociedades de atracción de turistas. Mis ojos iban y venían de uno a otro y al fijarme en sus detalles corporales, tan opuestos, tan antitéticos, la pasión de risa iba en aumento y amenazaba estallar cuando menos lo pensara. Afortunadamente una observación muy seria vino en mi ayuda y pude librarme de aquella pesadilla que me atormentaba. La observación no era otra cosa que la suposición de contemplar desnuda en su *boudoir* o en un jardín muy florido a la señorita guapa que tenía sentada delante de mí. Ya he dicho que se trataba de un detalle muy serio. Y ya desde aquel momento se agotaron en mí las ganas de reir. Muy al

contrario, pude observar que mi interior iba ensombreciéndose y que mi mente comenzaba a entregarse a unas maquinaciones que afortunadamente quedaban fuera del alcance de mi vecina. Soslayando la mirada y entornando los párpados como si me adormilara, la miraba con el rabillo y la iba quitando primero la blusa, luego la falda, después aquella combinación celeste que asomaba por el descote, más tarde la camisita, el pantalón y así hasta dejarla ante mis ojos con sólo las medias, las ligas y sus lindos zapatitos de taconcetes muy empinados. Era aquella una visión ensoñadora que casi, casi, puede decirse que me reconciliaba con los ingenuos desnudistas y con sus atrabiliarias prácticas. Así, con mujeres como aquélla que mi mente iba desnudando, ya no era lo mismo que con ejemplares tan poco agradables a la vista como lo serían monsieur Briand, el presidente Coolidge o esa mula desbocada que le ha salido a Italia y que se llama Mussolini.

¡Y es que hay desnudismo y desnudismo, señores libreculturistas del cuerpo!

Un grito desaforado de Hertha, que llenó de zozobra al señor gordo, arrancó una mueca de desagrado a la señora flaca, y dió ocasión a la joven bonita para mostrarnos sus adorables rodillas, vino a despertarme de mi deleitoso letargo.

—¿Hemos llegado?—pregunté con precipitación.

—Sí, sí, dése prisa que el tren apenas para aquí.

Con algún sobresalto me levanté y maquinalmente busqué en la redecilla y bajo mi asiento.

—¿Qué busca usted?—me preguntó Hertha.

—¡El equipaje! ¡Mi maleta! ¡Mi maletín!

—¡Pero si no hemos cogido nada!

Bendije mentalmente al desnudismo que me permitía saltar del tren con las manos en los bolsillos, y tarareando una canción trivial, eché muy orondo detrás de mis compañeros.

VII

Iniciaciones

Comenzaba a declinar el sol cuando emprendimos la caminata hacia "Nuevo Paraíso", nombre quizá un tanto presuntuoso que Rudolf le había puesto a su finca, situada a poco más de una hora de la estación de Babelsberg.

Para dar satisfacción a una reiterada petición de mi amiguita Hertha, solicité una visita a los imponentes estudios de la Ufa. que nos venían al paso. Me fué concedida inmediatamente, recordando, quizá, aquellos días inquietos en que, con mi pluma eternamente rebelde, levanté sobre mi pecho la bandera de la producción europea, recia, profunda y humana, frente a la desarticulada producción americana, en la que los americanos intervienen de una manera puramente decorativa. De ello podrían dar razón Adolfo Zukor, de la Paramount; Abrams, de la United Artists; Fox, de la Fox Film; Baruch (Laemmle), de la Universal; Loew, de la Metro, etcétera, etc., todos ellos americanos, pero de una América que nada tiene que ver con la del Hudson, y que se encuentra enclavada allá, por las tierras de Palestina, donde al Hombre, con tan poca fortuna ejemplar, se le ocurrió ir a predicar sus generosas doctrinas.

Estaba ilusionada la muchacha con esta visita, y por ello hube de agradecer doblemente las atenciones que conmigo tuvieron los altos empleados de la casa.

Recorrimos los inmensos estudios de la famosa marca, y en ellos tuve la fortuna de poder presentar a Hertha a mis buenos amigos, los ídolos de Germania, Brigitte Helm y Willy Fritsch, que la obsequiaron con dos hermosas fotografías con dedicatorias muy cariñosas.

Gracias a la amabilidad de dos de los directores de la casa, que en aquel momento estaban filmando, nos fué dable presenciar el rodaje de algunos metros de cinta; pero como se acercaba la noche, nos vimos obligados a abandonar los renombrados laboratorios germanos cuando más a gusto se encontraba en ellos la infantina Hertha.

La excursioncita hacia "Nuevo Paraíso" habría resultado un tanto pesada, de no haber tenido la suerte de salirnos al paso un amigo de Rudolf, que en menos de veinte minutos nos condujo en su automóvil hasta el mismo pie de la finca.

El amigo de Rudolf era el alcalde de un diminuto burgo de aquellos alrededores, y me extrañó mucho que la citada autoridad hablara con sencillez y naturalidad sorprendentes de la vida de mis amigos en su propiedad. No sabía acostumbrarme a la idea de que tan revolucionarias prácticas fueran tratadas, no ya con benevolencia por las autoridades rurales sino con verdadero respeto y casi con veneración.

—¿Les molestan mucho durante sus estancias en el campo mis convecinos? — preguntóle el alcalde al simpático muchacho.

—Ahora, no, señor Lehman. Desde que mandé colocar el cartelito con el aviso de "campo desnudista", apenas nos tropezamos nunca con nadie, y si alguien penetra en mi propie-

dad, es para departir amigablemente con nosotros y regularmente para iniciarse en nuestras doctrinas.

—¡No me hable! Estos días he debido intervenir en un conflicto familiar que por poco termina en tragedia. No sé si se habrá enterado por la prensa. ¡Vaya escándalo el que se armó!

—No, no me enteré de nada. ¿Qué ocurrió?

—¡Poca cosa! ¿Usted conoce a la señora Mandel? Seguramente la recordará. Es una señora algo gruesa, con un bigotillo...

—Sí, sí, la recuerdo perfectamente. ¡Ya lo creo! Es la más asidua visitante de nuestro campo, y si usted me promete guardar el secreto....

—Diga, diga...

—Pues bien: la señora Mandel ha practicado ya el desnudismo con nosotros varias veces.

—¿Y' es ese el secreto que he de guardar?—estalló el alcalde, riendo a grandes carcajadas.

—Naturalmente. La señora Mandel nos confesó que su marido ignoraba por completo sus ideas modernas. ¿Verdad, Hertha?

—Efectivamente.

—Bueno—hizo el alcalde sonriendo ahora intencionadamente—: pues ya no las ignora ni el marido ni nadie en la aldea.

—¿Qué ha pasado?

—¡Que a la señora Mandel se le ha ocurrido practicar el desnudismo en su casa, y se arma cada escándalo con su marido, que hemos de estar interviniendo continuamente! Y no es eso todo, sino que por las mañanas esconde el traje de sus doce hijos, y les obliga a permanecer en cueros en su casa y su jardín; ellos lloran y gritan porque los demás muchachos

del pueblo no los admiten en sus juegos a causa de que sus padres se lo han prohibido. Crea usted, querido, que se trata de un episodio de una comicidad extraordinaria.

Advertí un leve gesto de disgusto en mi amigo Rudolf al escuchar las palabras del alcalde; pero como habíamos llegado ya a nuestro destino, descendimos del coche y nos despedimos de tan amable como oportuna compañía.

Nada extraordinario descubrí en la finca donde íbamos a vegetar como bestezuelas mis amigos y yo durante unos días. Ningún muro, valla, ni límite rústico separaba aquella propiedad del resto de la llanura, ciertamente muy grata a la vista por el espeso boscaje que por todas partes se descubría.

—Por aquí—me indicó Rudolf señalándome un senderillo tortuoso, levemente indicado entre la arboleda y por el cual corría ya juguetona la encantadora Hertha.

—¿Está muy lejos el campo?—pregunté yo, dispuesto a tragar todavía unos cuantos kilómetros.

—¿Cómo que si está lejos? Nos hallamos ya en él—hizo Rudolf con naturalidad.

—¿Aquí? ¡Pero si esto queda a dos minutos del pueblo!

—Mejor. Así el avituallamiento es más sencillo.

—Sí, en efecto; pero... no les deben dejar pacer tranquilos.

—Antes, no; frecuentemente habíamos de estar discutiendo con los más incomprensivos de la aldea, pero por consejo del alcalde pusimos este aviso y ya no se nos molesta para nada. Vea usted.

En efecto, a la entrada del camino vi un letrero rústico en el que se leía: "Reserviert fuer Freikoerperkultur". Es decir: "Reservado para la libre cultura del cuerpo." Muy infantil me pareció la tal medida de previsión, y así hube de advertírselo a Rudolf.

—¡Ah, no! Esto es suficiente—me atajó él, casi con vehemencia.

—Permítame que no opine así, querido Rudolf. Eso es como si pusiera usted un rótulo de: "Prohibido robar", y dejara su casa abierta.

—Usted quiere decir que, a pesar del rótulo, el que quiera entrar, entrará.

—¡Naturalmente!

—Bien; aceptado. Y una vez dentro, ¿qué ocurrirá?

—¡Que les verán a usted y a su novia desnudos!

—¿Eso es todo?

—¿Le parece poco?

—¡Y tan poco! Comprenda usted, amigo mío, que este rótulo no se ha puesto aquí para evitar que nos vea el que quiera mirarnos, sino para que no tropiece con nosotros quien no sea amigo de nuestras prácticas. De manera que, como usted ha dicho, ¡el que quiera robar, que robe!, lo esencial es que, después de haber hecho el "paquete", para cubrir las apariencias, no comience a chillar pidiendo auxilio, como ocurría antes. Porque los sátiros hipócritas son así: acuden con toda la mala intención a los campos desnudistas para saciar en ellos sus ansias libidinosas y luego, por si alguien les ha visto, protestan y gritan ante la corrupción de costumbres que *inocentemente* se ven obligados a presenciar. ¿Se hace cargo ahora de la enorme eficacia de este sencillo rotulito?

—En efecto. La medida cumple sus propósitos; pero de todas maneras, usted, tan enamorado de Hertha, no se libra de que esos sátiros de que me habla, contemplen a su novia completamente desnuda y le vean cosas que... que...

—Termine la frase sin miedo: y le vean cosas que...

—Que únicamente debería ver usted.

—No vislumbro la razón en que pueda apoyarse esta afir-

mación suya.

—¿De manera que a usted le da lo mismo que Hertha enseñe...?

—Sí; lo mismo me da que enseñe la oreja que el sexo. Puede usted hablar con toda claridad. Si en el sexo tuviéramos los ojos y nos fuera indispensable llevarlo descubierto, no lo esconderíamos.

—Sí, efectivamente; pero como se da el caso de que los ojos nos los pusieron muy sabiamente en la cara..

—Por esa razón y no por otras de orden moral, enseñamos la cara sin ruborizarnos. De habérnoslos puesto en las ingles, no dude usted que lo que el ser humano cubriría sería otra parte cualquiera del cuerpo, porque... ¡algo hay que dejarle a la libídine para que se excite!

Lo pensé un momento y al cabo decidí no contestar a la argumentación llana de mi amigo, porque... porque en realidad quizá no habría sabido qué contestar.

Nos hallábamos ya en pleno bosque. La temperatura era deliciosa. El sol iba muriendo y aparecía por entre el follaje con leves matices luminosos. Cruzamos una plazoleta en cuyo centro se levantaba una barraca rústica que supuse estaría destinada a meriendas campestres, y Rudolf hizo que le siguiera por un camino muy tortuoso y de vegetación lujuriosa.

—¡Ahora va usted a ver lo mejor de mi finca!

Minutos después me mostraba con orgullo un estanque natural rodeado de pinos y encinas y sembrado de hiedras, que en verdad convidaba a sumergirse en él. En un remanso del estanque se escuchaba caer el agua por entre las plantas trepadoras, con tintineo cristalino; un agradable frescor acariciaba nuestros rostros.

—Sin esto, la finca no tendría valor alguno—continuó Ru-

dolf—. Aquí Hertha es la mujer más feliz de la tierra. Pero está ya anocheciendo, y bueno será que vayamos en busca de nuestro palacio en espera de la cena, que nos estará preparando mi chiquilla.

Desandamos el camino por el mismo sendero hasta dar de nuevo con la plazoleta que antes habíamos cruzado, y pude ver que Rudolf se dirigía a la caseta rústica que en su centro se levantaba. Suponiendo yo que iría a satisfacer alguna necesidad fisiológica, me detuve prudentemente y aguardé a que volviera a salir.

Penetró en la barraca, y minutos después volvió a salir para preguntarme qué era lo que esperaba.

—A que usted termine—le dije sin levantarme del tronco en que me había sentado.

—¿A que termine qué? ¡Este es nuestro palacio!

Quedéme un tanto desorientado al escucharle. No había para menos. Lo que él llamaba "palacio" era algo así como una perrera grande en la que no llegaba yo a comprender que pudieran vivir seres humanos acostumbrados a las comodidades de la ciudad. Sonreí escéptico, como si temiera ser víctima de una broma, pero la presencia de Hertha en el vano de la puerta, en completa desnudez, me dió a comprender que Rudolf hablaba seriamente.

—¡Ya veo que también a usted le gusta la naturaleza!—dijo Hertha al ver que me había sentado—. Pero ahora es cuestión de ir preparando las cosas para que podamos dormir a gusto esta noche. Por hoy no va a ser posible hacerlo en el exterior, porque la temperatura no convida a ello. Veremos si mañana...

Caminando lentamente, no con temor, pero sí con cierto respeto, me acerqué a la cabaña, y una vez más mis ojos pudieron extasiarse contemplando aquella maravilla carnal que

era el cuerpo de mi amiguita. Los últimos rayos del sol la bronceaban, y sus intimidades femeninas acusaban umbrías de extrema voluptuosidad.

Me pareció adivinar en su sonrisa que se había dado perfecta cuenta del fuego que en mi interior levantaban sus carnes, y me dijo palmoteando:

—¡Ande, entre usted y vaya desnudándose, que yo tengo que recoger un poco de leña para la cena!

Salió ella al campo y penetré en la diminuta casita. Rudolf estaba tendido en un camastro, sin colchón y sin otra cosa que una sábana, sobre la cual aparecía completamente desnudo. Esparcí la mirada por aquella choza y busqué algún sitio independiente para quitarme la ropa. Rudolf, con los brazos trenzados en la nuca y las piernas colgantes a lado y lado del camastro, ofrecía un espectáculo nada agradable a mis miradas. Me senté, me pasé el pañuelo por el rostro para secar un sudor que en realidad no existía y para apartar la vista de Rudolf, comencé a detallar el interior de la casita. Era un rectángulo de unos cuatro metros de ancho por seis de fondo. Las paredes estaban pintadas de un blanco de nieve que casi dañaba los ojos. Nada colgaba en ellas. En uno de los ángulos había una puertecita por la que se penetraba a la cocina, que formaba a manera de una cabina en el exterior, y en el otro parangonaba con aquélla otra habitacioncita que supuse sería el water.

En el centro de la habitación una mesita rústica, también pintada de blanco. Dos ventanillas en las paredes laterales y otras dos en las fronteras, todas ellas sin cristales ni maderos y con cortinillas de sabor rural.

A los lados de la habitación dos camastros. Tres o cuatro sillas, y nada más.

—¿Qué le parece nuestro palacio?—me preguntó Rudolf al darse cuenta de mi perplejidad.

—Muy bien.. muy bonito... quizá un tanto pequeño, pero...

—Sobra espacio. Mientras pueda uno tenderse para dormir, lo demás hay que hacerlo en el campo.

—Sí... sí... no está mal... el campo es muy grande,

—No lo crea. Precisamente lo que es pequeño es el campo...

—Quizá lleve usted razón; pero a primera vista... me había parecido...

—Pequeño. Pequeñísimo. Como una jaula. Quinientos metros en cuadro...

—Ya hay bastante que correr...

—Lo que le he dicho: una jaula. Nuestra vida requiere enormes espacios para evitar que el hastío nos invada. Comprenda que se trata de una existencia puramente contemplativa y ello exige amplitud de horizontes. El hombre desnudo necesita, no la casa, pero sí la tierra, el mundo para vivir. Aquí no hay más espectáculo que la naturaleza, querido amigo, y la naturaleza no puede encerrarse en un marco de medio kilómetro. Ahora estoy trabajando para que me sea cedida graciosamente la montaña que limita la propiedad. Yo no soy lo suficiente rico para comprarla. A cambio de ello, he ofrecido a su propietario derribarle doscientos árboles al año, pues se trata de una explotación forestal magnífica.

—Pero, me parece que para usted y Hertha...

—Efectivamente, podría contestarle que para ella y yo, con el espacio en que quepa uno, habría más que suficiente. Pero esto es ahora, querido, mientras nuestro enamoramiento permanece envuelto en todos los azules celestes. Después...

Estallé en una sonora carcajada y contesté:

—Después, al cabo de un año de la boda y cuando aparezca

en el firmamento matrimonial el primer "resultado" de esos azules celestiales de que me habla, ni se acordarán más de su campo ni querrán oír hablar de desnudismo.

Se me quedó mirando Rudolf, y descubrí en sus ojos algo que casi llegó a estremecerme. Encogió los hombros como si quisiera borrar de su mente un mal recuerdo, se levantó y caminando lentamente, casi con pesadez, fué a apoyarse en el marco de la ventana. Me inquietó un tanto la ráfaga de dolor que vi pasar como una nube por sus pupilas, y me sentí acuciado para descubrir la ambigüedad de aquel movimiento suyo de hombros en el que iba envuelto algo que supuse habría de interesarme.

Transcurridos unos momentos, me dirigí también a la ventana y permanecí de pie mirando el paisaje, ya sumergido en los primeros halos de la noche. Hertha regresaba hacia la casa llevando en brazos un enorme haz de troncos y hojarasca. Ahora, en la media luz nocturna, semejaba una visión ultraterrena que hubiera surgido del bosque.

—¡Qué hermosa es su prometida, Rudolf!—hube de exclamar sinceramente emocionado, viéndola avanzar hacia nosotros.

El muchacho revolvióse de súbito, como si ahora se decidiera a aclarar su movimiento de hombros, y casi con lágrimas en los ojos barbotó muy trastornado:

—¡Sepa usted, amigo, que sin el desnudismo, mi pobre Hertha sería una mujer perdida!

No me dijo más. Cruzó corriendo la cabaña, en cuyo dintel tropezó con su adorada, y comenzó a besarla y a estrecharla entre sus brazos con frenesí, que sorprendió agradablemente a la muchacha.

—¡Déjame, Rudolf, déjame!—suplicaba ella sin acritud—. ¡Vas a lastimarte con esos troncos! ¡Suéltame!

No le hacía caso él. El haz de leña rodó por el suelo, y terminaron besándose los dos como dos niños. Mi espíritu, profundamente especulativo, me arrastró a una observación de orden fisiológico que únicamente el muchacho podía desentrañar a mis miradas, y pude cerciorarme de que aquellos besos arrebatados, locos, no eran una explosión del macho y la hembra, sino una emotiva manifestación del alma que se les había subido a los labios.

Ya satisfechos, repartiéronse mutuamente unos cachetes y nalgadas, y Hertha corrió hacia la cocina, mientras él, bondadoso, iba recogiendo la leña y se la llevaba.

Aprovechando los breves momentos en que iba a estar solo, me quité la chaqueta y el chaleco, y cuando comenzaba a desabrocharme el pantalón, reapareció en la estancia la chiquilla y fué a echarse en uno de los camastros. Rápidamente abroché de nuevo los botones y me senté en una silla dispuesto a aguardar una ocasión más propicia para quitarme la ropa.

—¿No se desnuda usted?—me preguntó Hertha sin afectación.

—Sí... ahora... precisamente iba a hacerlo...

—Eche los trapos sobre aquella banqueta, porque aquí hemos suprimido todos los muebles inútiles.

—Sí... ya lo veo...

Se hizo un silencio embarazoso.

—¡Qué bien se está así! ¡Esto es vivir!—exclamó la muchacha, colocando los brazos en trenza bajo la nuca, a manera de almohada y dejando caer las piernas a los lados del camastro. Rudolf se había sentado a su lado y acariciaba dulcemente su frente. Yo me esforzaba para apartar de ellos la vista, pues la muchacha, seguramente sin darse cuenta, me mos-

traba, sin recato alguno, los remansos más delicados de su cuerpo, y yo estaba nervioso... muy nervioso...

De vez en vez, cambiaban los dos jóvenes apacibles besos y se miraban satisfechos. Rudolf continuaba sin acusar la menor turbación sexual, a pesar de que su novia, en los felinos movimientos propios de la delicia que experimentaba, ofrecía escorzos en extremo voluptuosos.

Estaba yo como entontecido. La escena resultaba demasiado íntima para que pudiera contemplarla con la debida pasividad. Convengamos en que determinadas cosas no pueden contemplarse con la misma tranquilidad que el paso de un autobús.

—¿No se desnuda usted?—insistió Hertha.

—Sí... en seguida..

Me levanté, y sin desabrochar un solo botón de mis pantalones, me quité la camisa. Ellos continuaban contemplándose en una adoración férvida, en un ensimismamiento muy natural entre muchachos enamorados. Me senté. Miré al techo. Luego me entretuve unos momentos observando el rústico *parquet*. El techo y el *parquet* de una habitación a veces resultan muy interesantes.

Al levantar la vista me sorprendió encontrar a mis amigos de pie, delante de mí, enlazados por el talle y mirándome con una sonrisa en las comisuras.

—¿Por qué no se desnuda usted?—díjome Hertha muy pausadamente—. ¿Todavía se deja dominar por los convencionalismos?

—... si precisamente ahora mismo iba a hacerlo... ¿Hace frío, verdad?

—No; no hace frío—me contestó ella mirándome a los ojos—. Y usted lo sabe bien que no hace frío. La noche está muy templada.

—Claro, sí... pero es que como yo no estoy acostumbrado pues...

Estaban los dos muy cerca de mí, muy cerca. La fragancia que emanaba del cuerpo de aquella mujer y la visión de su perfil de tanagra, ejercían en mí los naturales efectos. Ella lo comprendió. Se dió cuenta. Dijo algo al oído de su novio, rieron dándose unos manotazos, y ella se dirigió hacia la puerta de la cabaña. Ya en el vano, me dijo casi con intención:

—Voy a ver si llega la muchacha de la tienda con las provisiones encargadas al alcalde. Entretanto... vaya usted desnudándose. Antes de acostarnos, *quiero* verle desnudo.

Permanecimos solos Rudolf y yo; y como notara mi amigo mi indecisión para quitarme la ropa delante de él, se dirigió a la cocina y pude respirar al fin. Esparcí la mirada a mi alrededor, y con un esfuerzo de voluntad enorme fuí a sentarme a un rincón de la cabaña. En un momento me quité de encima todos mis vestidos, a excepción de los calzoncillos de hilo, que me cubrían desde la cintura hasta mediar los muslos. Desde luego, era decisión firme en mí no quitarme aquella pieza.

Al reaparecer Hertha en la estancia, vino acompañada de una muchachota del pueblo cargada con infinidad de paquetes. Al darme cuenta de que no regresaba sola, eché instintivamente mano de los pantalones; pero mi amiga me tranquilizó:

—No se preocupe; es nuestra criadita eventual, y no le concede la menor importancia a estas cosas. ¿Verdad, Rosa?

—¡Oh, por mí puede quitarse hasta la piel si quiere!

Dejó la moza los paquetes encima de la mesa, y luego de echar cuentas con Hertha, se me enfrentó con mucha desenvoltura y me espetó señalando mis calzoncillos:

—Está usted muy feo con eso. ¡Quíteselo, hombre, quíteselo!

—¿Y usted—la pregunté a mi vez—, por qué no sigue el ejemplo de la señorita?

—Porque ahora he de volver al pueblo. Mañana, cuando me instalé aquí, ya verá usted cómo me *visto*.

Despidióse la sirvienta tras un breve diálogo con Hertha, y al quedar solos ella y yo, quiso reñirme por mi testarudez. Me encontró muy cohibido.

Al echar las cuentas con la muchacha, se había acodado sobre la mesa, de espaldas a mí, y he de confesar que yo no soy una estatua de mármol. Hertha, al fijar en mí los ojos, cada día más azules, dióse cuenta de mi situación que casi me era imposible ocultar, y sin decirme palabra la vi desaparecer hacia la cocina con las mejillas ligeramente arreboladas.

Yo sentí una gran vergüenza y me dirigí al exterior con el propósito de templar un poco mis exaltados nervios a favor de la temperatura fresca de la noche.

* * *

La cena fué breve y muy frugal: tortilla, un poco de pescado de conserva y fruta.

—Hoy pasaremos como podamos—nos dijo Hertha—; pero mañana prometo ofreceros un verdadero banquete.

Al levantarnos para salir al exterior, me asaltó una duda. En la habitación no había más que dos camastros, y no muy anchos, por cierto. En parte alguna descubrí ningún colchón que, echado al suelo, pudiera hacer las veces de cama. ¿Cómo diablos íbamos a dormir tres personas en dos camastros? No me atreví a decirles nada sobre este punto a mis amigos. Se me antojaba que la sola mención de aquel detalle era una in-

corrección, siendo como era yo un simple invitado. Pero la idea se me quedó fija en el cerebro.

Ya fuera de la cabaña, se entregaron ellos a juegos gimnásticos, que contemplaba yo tendido en el suelo y sin apartar la vista de la afrodisíaca Hertha, que, bañada por los halos lunares, adquiría opalescencias marmóreas. Puestos frente a frente, se echaban mutuamente una gran pelota, y por dos o tres veces me rogaron que formara triángulo con ellos. Me excusé alegando que mi torpeza les fastidiaría, pero la realidad era otra. Atarazado por el instinto sexual, sentíame sumido en el tortuoso deleite de contemplar a la chiquilla en las actitudes violentas que el juego le obligaba a adoptar y mis cerebraciones trabajosas me envolvían en una ensoñación inconfesable.

En cambio, Rudolf jugaba con la chiquilla sin apenas fijarse en ella. ¿Cómo es posible, me decía, que un hombre fuerte, sanguíneo, joven y enamorado como mi amigo Rudolf, pueda permanecer impasible ante el bellísimo cuadro que su novia nos ofrece? Porque de la impasibilidad de Rudolf no cabía dudar. Y lo más extraordinario del caso era que, al perder el balón alguno de ellos, corrían los dos en busca de él, y entregados al placer de su inocente juego, se abrazaban, se besaban, se propinaban golpes en las carnes y luego se separaban para reanudar la diversión, sin que se advirtiera en ellos el menor síntoma de excitación sexual.

¿A qué clase de hombres pertenecería Rudolf? Una sospecha casi infame divagó entre mis pensamientos, pero hice un esfuerzo para rechazarla violentamente. No obstante, el enigma no podía apartarlo de mí. Hertha era hermosa y sensual como una flor de perfumes intensos. Todo en ella denotaba a la mujer propicia a los grandes y apasionados arreba-

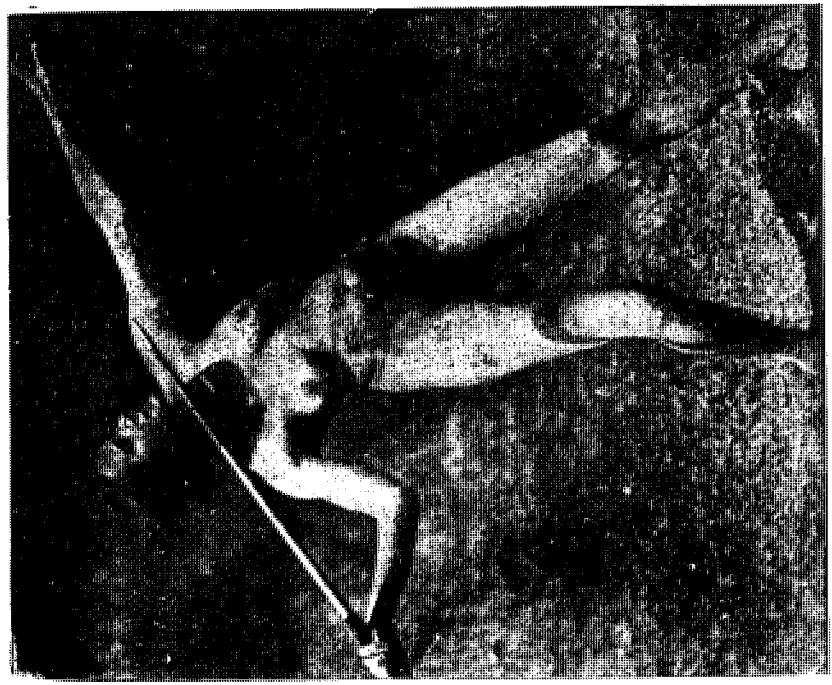
tos. Sus carnes, antes broncíneas, ahora alabastrinas, eran siempre turbadoras, eran siempre carne de mujer.

Desde el momento en que la conocí, no vi en ella más que a la mujer. Fémina triunfaba en ella en todos sus detalles. Yo me sentía atado a sus encantos, que ejercían en mí atracciones irresistibles. No podía mirarla sin experimentar el vértigo de los deseos irrefrenables. Un poco más de brutalidad en mí, y el atropello hubiera sido inevitable, ocurriera lo que ocurriera. Ahora mismo, graciosamente doblada hacia el suelo, de espaldas a mí, en un escorzo violentísimo, enciende llamaradas en mis arterias. Y, no obstante, Rudolf, el hercúleo Rudolf, que estoy seguro que no habría de hacer otra cosa que expresar un deseo para verse complacido, la mira con sus ojos niños y ríe... ríe... Y su hombría no se rebela, no se alza digna y retadora al ver que otro hombre también joven, otro hombre que no es ningún santo, ni siquiera un anacoreta, devora las bellezas corporales de su novia con sus miradas lascivas, se arrastra a sus pies como una sierpe requemada por los rayos del sol y mentalmente la goza, la posee...

Un gran estallido de risas vino a apartarme de tan imprecisas consideraciones. Hertha y Rudolf, persiguiendo el balón, se habían caído y pude verlos luchando sobre el césped para apoderarse de él. Sus cuerpos se restregaban, enlazábanse sus brazos y sus piernas, y de sus bocas salían gritos que acusaban en ellos una alegría sana, sin turbiedades instintivas, sin atisbos sexuales.

Yo no podía comprender aquello. Por mucho que me esforzara intentando justificar su impasibilidad por efecto de la costumbre de verse desnudos continuamente, no podía admitir que dos novios entregados a aquellos juegos excitantes, no experimentaran las naturales apetencias del instinto. Nuevamente me asaltó el diabólico interrogante: ¿a qué clase de





Pradera y lago libreculturista de Montzensec (Berlín)



Invierno en el campo de Lüneburg



Juegos atléticos en el colegio de Lüneburg

hombres pertenecía Rudolf? Y con espanto, con una repugnancia invencible, me acordé de nuevo de que en la habitación no había más que dos camastros. ¿Con quién iba a dormir yo? ¿Con Hertha? Una oleada de fuego caldeó mis sienes. Una vaharada cálida, irrespirable, envolvía todo mi ser. ¿Dormir yo con Hertha? ¿Llegaría a tanto la... complacencia de aquel hombre de hielo? Porque supongo que no se le ocurriría proponerme que durmiera con él...

Cansados ya de sus juegos los dos muchachos, vinieron a sentarse junto a mí, y me preguntaron si comenzaba a gustarme aquel nuevo método de vida en el que me iniciaba. Por decir algo, contesté que sí, pero mi pensamiento no se apartaba de los dos camastros. Hertha estaba muy cerca de mí. De su cuerpo fluían aquellas fragancias de femineidad que embotaban mis arterias. Más de una vez tropezáronse nuestras pupilas, y pude convencerme de que la muchacha se daba perfecta cuenta de cuanto me estaba ocurriendo. Mis miradas eran estiletazos que no escapan a la perspicacia de una mujer. En uno de esos encontronazos de nuestra vista, pude descubrir que Hertha colocaba en trenza los brazos en su regazo y se cubría el sexo. Entre ella y yo se había establecido una absoluta comprensión. Nuestros cerebros estaban desnudos y no podían ocultarse nuestros pensamientos. Rudolf continuaba hablando de la vida hermosa que es el desnudismo, y ella y yo apenas pronunciábamos palabra. Hertha no estaba tranquila. Seguramente comenzaba a molestarla mi insistencia. La sensación de sentir sobre su piel desnuda el dardo de unos ojos libidinosos, se manifestaba por momentos en sus gestos y actitudes.

—¿Vamos a la cama?—estalló al cabo para cortar tan enojosa situación.

Nos levantamos, y mientras Rudolf continuaba en su mo-

nólogo, Hertha y yo caminábamos silenciosos. Al llegar dentro de la habitación, mientras la joven iba colocando las sábanas sobre el camastro, Rudolf me prodigaba cariñosos manotazos sobre los hombros, y de golpe sentí un tirón muy firme en mi cintura y me vi sin pieza alguna sobre mi cuerpo. Quedéme un momento azorado. Hertha, al soslayo, miró rápidamente, furtivamente, a un punto determinado de mi cuerpo, y volvióse de espaldas como si de nada se hubiera dado cuenta. Yo, de un salto, gané el camastro y me eché en él de bruces. Rudolf reía... reía... Hertha y yo, por el contrario, continuábamos muy serios.

Ya listos los camastros, vi que Rudolf desenrollaba una hamaca y la colgaba en dos ganchos fijos en las paredes laterales de la habitación. Respiré, pero también experimenté una gran decepción. Extinguió ella la luz de petróleo que nos alumbraba, y cada cual buscó conciliar el sueño cuanto antes. Yo tardé mucho en lograrlo. Mucho...

* * *

No había amanecido todavía al despertar. Iba a comenzar con aquél mi cuarto día de desnudismo integral. Por turno me había correspondido dormir en la hamaca, y confieso que pasé la noche a placer. Me gustó más que el camastro, cuyo tejido metálico se me hundía en el cuerpo. La hamaca, además, era mucho más fresca y su leve balanceo resultaba muy agradable. Al intentar revolverme en mi lecho, no pude casi valerme por mí mismo. Por efecto del peso del cuerpo, toda la gravedad había recargado sobre mis riñones, y apenas podía moverme. Esparcí la mirada por la estancia, y en la penumbra descubrí a mis amigos durmiendo cada cual en su cama. ¡Qué tontos!, pensé. ¡Qué manera de desaprovechar las

delicias que la vida nos ofrece! Verse desnudos, dormir bajo un mismo techo y... ¡Qué tontos!

El camastro de la muchacha estaba situado a la cabecera de la hamaca, y tendido boca arriba como estaba yo, no podía verla. Además, el amanecer era muy lento y la estancia permanecía envuelta todavía en una oscuridad muy densa. Procurando hacer el menor ruido posible, me revolví con dificultad sobre mi lecho, no sin haber de llevar las manos más de una vez a mis riñones, en los que experimentaba muy agudos dolores. Logré por fin situarme cara a ella, y aguardé a que la luz del sol rasgara los estratos del firmamento.

Una de las ventanas caía enfrente mismo del camastro, y pronto los reflejos del sol, todavía muy inciertos, comenzaron a iluminar aquella parte de la estancia en que dormía la muchacha. Mi hamaca, en cambio, quedaba en una penumbra que a mí me complacía.

No tardé en ir descubriendo el cuerpo de la joven, que surgía en la obscuridad muy lentamente y adquiría perfiles y relieves que mis ojos iban observando con todo detalle. A pesar de que me parecía una enorme idiotez que, teniendo a Hertha durante el día y a toda luz completamente desnuda ante mis ojos, me entregara ahora a una contemplación vagarosa e imprecisa de su cuerpo; a pesar de ello, repito, gozaba espiándola en aquella clandestinidad verdaderamente innoble. Estaba ella cara a mí, descansando la cabeza en la almohada y con una pierna recogida y la otra tendida en un dulce abandono. Echada de lado, uno de los senos descansaba sobre su gemelo, y al verlos pensé en dos flores de loto en la placidez de un estanque. Las medias luces daban a sus contornos cambiantes porcelánicos. Dormía ella con inefable tranquilidad. Su corta y dorada melena ponía un marco gracioso a su rostro, que ahora me parecía casi infantil. Yo experimentaba

un goce indecible viéndola surgir de las tinieblas, y llegué a percibir la sensación de que la luz que iba esparciéndose a su alrededor, formando como un nimbo, emergía de ella.

No tardé en experimentar en mis nervios los efectos de aquel espionaje tortuoso. Pronto mis ojos olvidaron la belleza pura de aquel amanecer que era ella, para hurgar en sus más íntimos recatos. Un pliegue de la carne, un leve sombreado o una simple hendidura, eran motivos suficientes para que mi cerebro se entregara a especulaciones deshonestas. Observaba yo minuciosamente cuanto de excitante iba descubriendo en aquella estatua yacente, y complacíame en analizar detalles salacísimos, que despertaban los goces silentes y torpes de mis instintos. Los carnosos pliegues de sus axilas, las pletóricas líneas de su muslos al descansar el uno sobre el otro, la leve comba del vientre, cualquier detalle, en fin, daba lugar a que mis pupilas quedaran fijas largos espacios y a que mi mente se perdiera por los mundos irreales de malintencionados simbolismos.

De pronto advertí que los grandes ojos de Hertha no estaban cerrados, y que retaban a los míos en una mirada acusadora. Permanecí unos instantes sin saber qué decir. Ella se había dado cuenta de mi incalificable proceder, y yo no acertaba a excusarme.

—¿Pasó bien la noche?—pregunté al fin, con una sonrisa que no fué correspondida.

Ella se echó encima la parte de sábana que pendía de su camastro, y después de un largo espacio en que no cesó de mirarme, contestó:

—Sí... muchas gracias.

Me eché de la hamaca y con paso incierto abandoné la estancia en dirección a la piscina. Allí me derrumbé sobre la hierba, y entonces, más despierto, más dueño de mí mismo,

dime cuenta de la deslealtad de mi acción. Sentíame verdaderamente apenado. Yo no debí hacer lo que hice ni, desde luego, podía permanecer un día más con aquellos amigos tan nobles, a cuya nobleza no sabía ni podía corresponder. No era culpa mía; eso lo sabía yo bien. Algo que estaba por encima de mi voluntad me obligaba a obrar de aquella manera, algo que era fatal en mí, algo que ninguna razón hubiera podido evitar cuando me asaltaba la tentación y se apoderaba de mi albedrío por completo. Yo no era culpable de que mis instintos cumplieran el fin que les estaba señalado ante un cuerpo bello de mujer. Yo puedo jurar que mi voluntad era la de portarme con mis amigos con la misma lealtad con que ellos se portaban conmigo. Pero, a pesar de todos mis esfuerzos, pese a todas mis íntimas decisiones en este sentido, en cuanto Hertha aparecía ante mis ojos, todas mis convicciones se derrumbaban, y los corceles desenfrenados de la sexualidad lo atropellaban todo.

* * *

La vida en el campo desnudista se me hacía poco menos que insoportable. Me pasaba el día tumbado en el suelo y la noche en la cama. Las dormidas eran muy fatigosas. Me despertaba continuamente, y al levantarme parecía que me hubieran molido a palos. Recurrí a todos los ardides para distraerme. Uno de ellos fué el de contar los árboles que había en el bosque, cosa que nunca pude lograr, pues a los cinco minutos de haber empezado me dejaba caer al pie de uno de ellos, y allí me pasaba tiempo y tiempo sin saber qué hacer. Casi siempre acababa durmiéndome, pero sin sueño ni gana de dormir.

Uno de los entretenimientos por mí preferidos, eran las

hormigas. En cuanto descubría un nido, me tendía en el suelo y me dedicaba a observar el inútil ir y venir de la mayoría de estos animalitos, que se pasan la vida caminando, topando unas con otras y sin hacer nada provechoso. Si alguna de ellas arrastraba algún grano demasiado gordo, yo intentaba ayudarla con un palito, pero entonces ella lo soltaba y ya no lo volvía a coger. En uno de estos momentos de tedio que me hacían saltar los nervios en lugar de encalmarlos, pude ver lo malvadas, lo infames que son las hormigas. Un pajarito nidal, todavía sin plumas, fué a caer muy cerca de un nido que estaba yo observando. No tardaron ellas en darse cuenta de la presa que se les ofrecía y comenzaron a atacarla. El animalito, sin poderse mover por efecto del golpe recibido, daba ligeros aletazos al sentir en su cuerpo la invasión de los insectos. Creí que ningún daño podrían hacerle, siendo ellas tan diminutas. Pronto vi el error en que estaba. Las hormigas, con un instinto malvado que difícilmente podríamos encontrar en otro animal, tardaron muy poco en dar con las partes sensibles del cuerpo del pajarito, y a ellas se aferraron encarnizadamente. El pobre animal, herido y todavía sin fuerzas para andar, se revolvía sobre sí mismo para echarse de encima aquella invasión torturadora. Ellas no cejaban. Caían pero volvían a subir, y siempre iban a parar donde más tormento podían causar a su prisionero. En su búsqueda tenaz, llegaron hasta los ojos del pájaro, y al ver yo que iban a vaciárselos, no pude soportarlo por más tiempo e intervine en favor de la víctima, que conservé en mis manos mientras a patadas destruía el agujero donde se escondían los despiadados insectos. Luego subí al árbol y dejé al pájaro en su nido. ¡Habían pasado cerca de dos horas sin darme apenas cuenta! ¡Dos horas en las que no conté los cuartos, los minutos y los se-

gundos! ¡Dos horas sin sentir sobre mis hombros el lento caminar del tiempo!...

También resultaba un buen entretenimiento marcar un círculo en el suelo, y luego, a distancia, ir tirando piedras para ver si lograba colocar muchas dentro del espacio señalado.

Otro de los pasatiempos que me habría hecho algo más soportable la permanencia en el campo, hubiera sido Rosa, la muchacha que cuidaba del servicio de la casa. Era una campesina muy rolliza y extremadamente velluda, que practicaba el desnudismo a ratos; es decir, cuando estaba dentro de la casa. Para salir fuera se echaba encima una bata. El primer día fuimos muy amigos, pero como yo soy un hombre que opina que cuando se es amigo de una mujer desnuda, lo mejor es demostrárselo, la muchacha—que estaba para casarse—, no fué de mi opinión, y huía de mí como del diablo. No quedó, pues, más remedio, que buscar en la naturaleza algo en que ir matando el tiempo a menudos alfilerazos.

* * *

Como ya he dicho antes, al salir de la casita, después de haberme visto descubierto por Hertha en mi contemplación matinal, fuí en busca del estanque, y allí pasé más de dos horas arrepintiéndome de lo que había hecho. Tomé un baño para templar un poco mis nervios, y al salir de él, vi que mis amigos venían en dirección a mí, seguramente para entregarse también a su placer favorito. Me extrañó que Hertha llevara puesto un cubre-sexos. Era la primera vez que la veía así.

Me saludó Rudolf muy cordialmente. Ella apenas me dirigió la palabra. Tomaron su baño y luego nos dirigimos a una plazoleta donde acostumbrábamos a pasar un buen rato

de panza al sol. El silencio y la hosquedad de Hertha eran compensados por la jovial verbosidad de Rudolf, que no cesaba de preguntarme cosas.

—Parece que no se divierte usted mucho en nuestro campo—me dijo como enhebrando el hilo de una idea.

—Sí, en efecto... sin diarios... sin teatros... sin radio... sin nada...

—Lo comprendo: ha sido un error iniciarle a usted por el final.

—¿Por el final?

—Naturalmente; eso, lo que practicamos Hertha y yo, es ya para iniciados, no para educandos. Esta soledad, esta naturaleza pura, es demasiado fuerte para usted. Vamos a cambiar de táctica.

—¿De veras?—pregunté sin poder evitar un gesto de alegría.

—De veras. Esta tarde nos iremos de aquí.

—¿Ustedes también?

—Los tres. No sería correcto abandonarle en estos momentos. Además, Hertha y yo deseamos también hacer un poco de vida de "sociedad".

—¿Entonces, volveremos a Berlín?

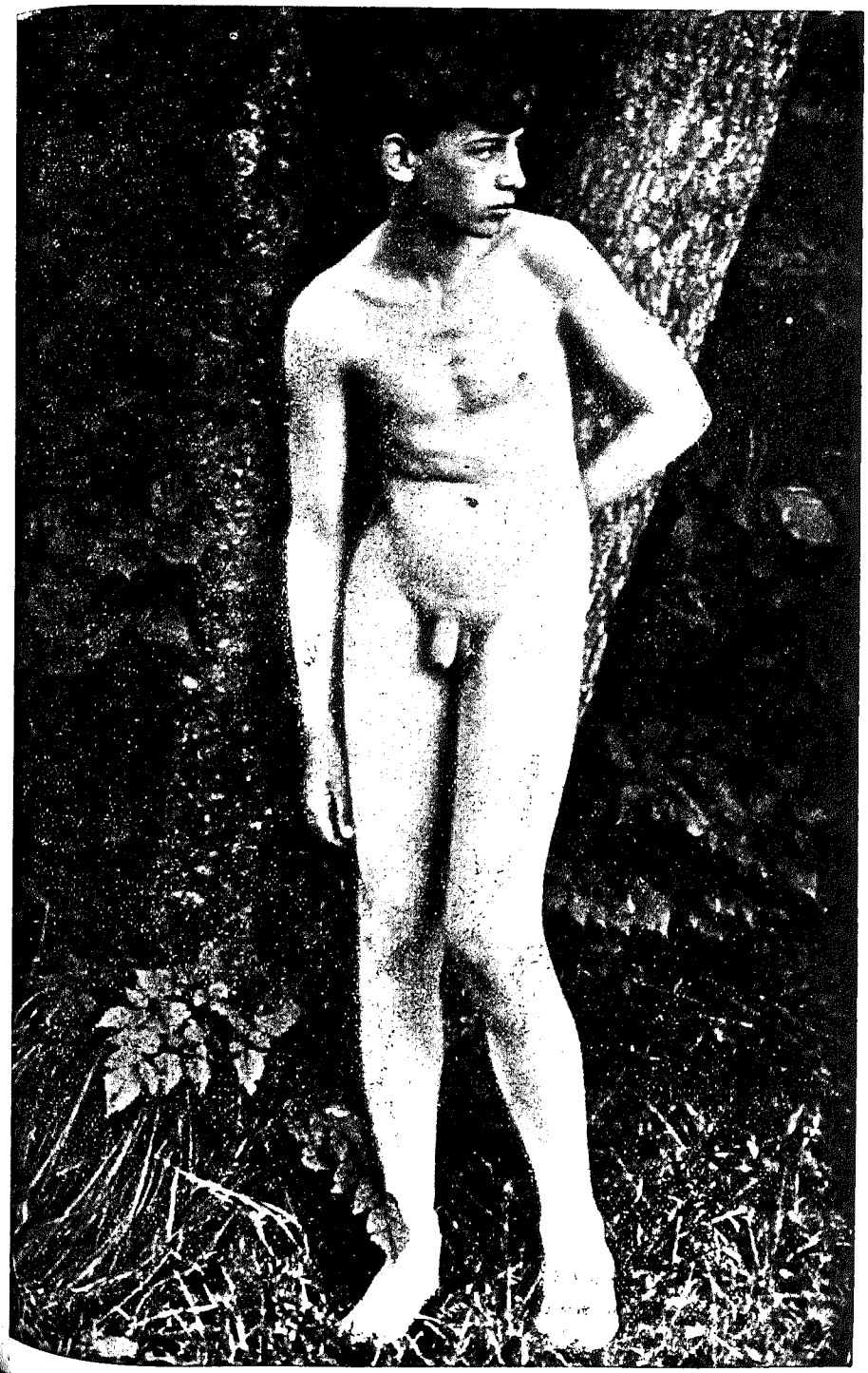
—No; iremos a un campo desnudista, en el cual usted no se aburrirá.

Sufrí un fuerte desencanto al enterarme de que mi martirio no había terminado aún; pero no tuve más remedio que mostrarme complacido.

Regresábamos hacia la casa donde Rosa nos tendría preparado ya seguramente el almuerzo, y al quedar un poco rezagado con Hertha, la dije al oído:

—¿Cómo pedirle perdón, amiga mía?

Ella volvió a mirarme con aquellos grandes ojos azules





que tanto me impresionaban, y muy comprensiva, muy buena, me dijo sonriendo:

—¿Qué culpa tiene usted de ser meridional?

Estuvo a punto de saltársele una lágrima. Pero no se me saltó, porque, al reanudar Hertha la marcha, pude emplear los ojos en otra cosa más agradable: en observar que aquel cubre-sexos que se había puesto, la caía muy bien, muy ajustado, y daba a su cuerpo una gracia especial, un *chic* verdaderamente digno de todas las admiraciones...

VIII

El beso de la naturaleza

Por fin, lector querido, amable compañero de camino en esta quizá enojosa, pero fiel descripción de mis correrías por la Germania desnudista, vas a saber lo que es un campo de esos en que integralmente se practica la vida a pleno sol y sin una pieza de ropa sobre el cuerpo.

Hasta ahora, has debido soportar cuanto me sugirió mi permanencia entre libreculturistas del cuerpo. Precisaba esta preparación. En adelante, podrás ir formando juicio por tu cuenta. Ya has podido observar los poco recomendables resultados obtenidos con los ejemplos de desnudismo que me iniciaron en esta nueva religión. Turbia mi mente todavía por las influencias del mundo vestido, mis ojos no supieron ver en Hertha y en Rosa, otra cosa que dos mujeres bellas, jóvenes y excitantes, y como tales despertaron en mí tempestuosas corrientes de lujuria. Había de ocurrir fatalmente así. Ni yo estaba preparado para la plácida contemplación del desnudo, ni ellas podían dejar de ser para mí lo que eran: mujeres. A la manera del hambriento que de súbito puede sentarse ante una mesa de suculentos manjares, así me había sentado yo a la

mesa de la voluptuosidad del desnudo, y hube de sufrir las consecuencias naturales de una indisposición instintiva. La soledad, ese terrible enemigo de los practicantes no iniciados en el desnudismo, obró en mí como forzosamente había de obrar. Si en lugar de dos mujeres jóvenes y hermosas, hubiera tenido ante mis ojos el emocionante espectáculo que pude contemplar en la "Tierra de la Luz", del doctor Fraenzel, tan vario, tan humano, tan exento, por exceso, de estimulantes de la lujuria, seguramente mi enamoramiento sexual por la simpática y comprensiva Hertha, no habría existido. Sirva este ejemplo de aviso a los entusiastas del desnudismo y sepan, antes de lanzarse a vivirlo, los peligros que una iniciación mal orientada ha de conllevar forzosamente. Un hombre y una mujer, solos en la montaña, no practicarán, de una manera normal y fulminante, el desnudismo puro. La sexualidad les vencerá; así ha de ser y así es, afortunadamente. De no ocurrir esto, de no sentir el macho del mundo vestido la atracción irresistible de la hembra al quedar ésta desnuda ante sus ojos, habríamos de pensar en una degeneración desesperante de la raza. No, no; debe de ser así. No puede dejar de ser así.

Algunos amigos me han dicho que practican ya el desnudismo en España, en compañía de muchachitas entusiastas de la nueva vida. Me han asegurado que los domingos salen al campo y allí permanecen entre los pinares o bajo los robles, completamente desnudos ellos y ellas. Me han hablado de su limpidez de intenciones, de su austeridad... He sonreído. Me he acordado de mis cuatro días en el Paraíso de Rudolf, y he pensado que ese desnudismo de mis amigos era una manera elegante de salirse de la monotonía de la habitación de un "meublé". No se ofendan mis amigos. Esa es la realidad, y... ¡pobres de ellos que la realidad no fuera esa! Dos seres equilibrados, que se pasan la semana viéndose completamente ves-

tidos, y que durante un día de la misma se quitan el indumento para entregarse a la alegría de vivir, no pueden hacer otra cosa que eso: vivir, vivir gloriosamente, sin mentira, sin trampa, unas horas de inefable felicidad. ¡Que ella no les abandone mientras el desnudismo verdadero va llegando a nuestro país, el más propicio de la tierra para cultivarlo!...

En la primera parte de este libro, hemos expuesto precisamente la idea de entregarse al desnudismo en los días de asueto. Pero, es indudable que en los primeros tiempos el hombre y la mujer, al verse solos en la selva, no podrán dejar de serlo. Es otro el desnudismo que desearíamos ver practicado en los días domingueros: el desnudismo familiar o el desnudismo en comunidad. Eso sería ya otra cosa. Eso sería en verdad desnudismo limpio de toda turbiedad sexual.

De todas maneras, hay un inconveniente para lanzarse a los beneficios del desnudismo "blanco". El inconveniente reside en la clandestinidad en que éste habría de ser practicado por falta de reconocimiento oficial.

Con inmensa alegría hemos visto en nuestra ciudad el despertar de un gran amor de la gente de la ciudad por el campo y por el mar. Hemos descubierto fogonazos imprecisos en una organización que, dirigida por el eminente filólogo catalán Pompeyo Fabra, arrastra a la juventud tierra o mar adentro y la induce a los placeres del agua y del sol. No creemos que practiquen el desnudismo. No importa. Cuando el pueblo comienza a amar el agua y el sol, el desnudismo llega solo y sin esfuerzo alguno. Las ascendencias helénicas de Cataluña van surgiendo de las cenizas del tiempo. Dejemos que el tiempo complete la metamorfosis del embrión que se agita en lo más vivo de su entraña y no tardaremos en ver volar la graciosa mariposa de una moral más humana y más lógica que la que nos asfixia y no nos deja vivir...

* * *

Tras un fastidioso viaje de cerca de medio día, hemos pisado mis dos amigos y yo la linde del campo desnudista del doctor Fraenzel, situado en una aldehuela del Norte alemán, llamada Gluesingen.

La *Lichtschulheim* (Escuela de la Luz) del doctor Fraenzel, es una propiedad vastísima, sin cerca alguna, y destinada exclusivamente a la vida natural en todas las épocas del año.

El doctor Walter Fraenzel, un maestro nacional que ejerce su profesorado en Berlín, atraído por la nueva religión, fundó la Escuela de la Luz en este lugarejo de la Prusia norteña. Pensó en principio dedicar su escuela exclusivamente a la infancia, pero como las solicitudes de admisión de familias enteras, pagando su pupilaje, eran muy numerosas, debidamente autorizado por el Estado, decidió destinar su campo a las prácticas del desnudismo en todos sus aspectos.

Hertha y Rudolf se iniciaron allí. Y según he sabido después, allí encontraron su salvación moral.

No puedo ocultar que penetré con algún recelo en la nueva "cárcel" sin paredes en que mis amigos iban a tenerme secuestrado. Mas, como me interesaba mucho conocer a fondo cuanto en estos lugares ocurre, decidí hacer el sacrificio de unos días para luego poder hablar con conocimiento de causa de esta evolución inquietante que se está realizando en el mundo.

Recordaba, casi con angustia, los días pasados en la propiedad de Rudolf, y ello me llenaba de zozobras y desconfianzas.

No advertí en lo que podríamos llamar entrada a la "Es-

cuela de la Luz", guardia alguno que evitara extrañas intromisiones. Un simple rótulo indicando que allí se vivía desnudo, y nada más.

Con una sencillez muy propia de la causa que en Alemania está propagando, fuí admitido por el doctor Fraenzel en su Escuela. El simpático doctor es un hombre menudito, muy nervudo y con una barba de chivo que hace pensar un poco en los sátiros legendarios. No obstante, pronto se descubre en él al hombre de austeras costumbres que ha convertido sus ideas desnudistas en un verdadero sacerdocio.

Al enterarse de mis propósitos de dar a conocer su obra admirable en España, hube de establecer con él un verdadero pugilato para ser admitido en su campo en calidad de pupilo, ya que se empeñaba en aceptarme exclusivamente como invitado.

Hube de acudir a una copiosa argumentación para convencerle, y la razón decisiva para que accediera a inscribirme en el registro de pupilos, fué la de que yo deseaba que nadie, ni aun sus profesores y dependientes, se enteraran de que yo iba allí con la exclusiva idea de estudiar la vida y las costumbres de los desnudistas.

Forzosamente había de ser tratado como uno de tantos para que los actos de los practicantes surgieran con la debida ingenuidad. Así se convino y así se realizó, manteniéndose el incógnito más absoluto alrededor mío, hasta el mismo día en que hube de abandonar el campo, no sin algún dolor, preciso es confesarlo.

El doctor Fraenzel preguntó a mi amigo si yo había practicado ya el desnudismo en alguna ocasión, y mientras Hertha y yo departíamos amigablemente, vi que Rudolf se llevaba al doctor y sostenía con él un breve diálogo. Supuse que le orien-

taría sobre cuanto en su campo me había ocurrido y experimenté un leve malestar.

Momentos después mi amigo y el doctor se reunieron de nuevo con nosotros y sin más preámbulos nos dirigimos hacia el vestuario. Esperaba encontrar en él cabinas individuales en las que poder quitarse la ropa, pero no fué así. El vestuario afectaba una disposición rectangular en la que formaban una especie de pasadizos los bancos y perchas destinados a la brevísima operación de quitarse los vestidos.

He olvidado anotar que el doctor Fraenzel nos había recibido completamente desnudo. Predicaba, pues, con el ejemplo. Al dejarnos en la puerta de entrada del vestuario, nos dijo simplemente que ya nos veríamos, y se marchó hacia la selva.

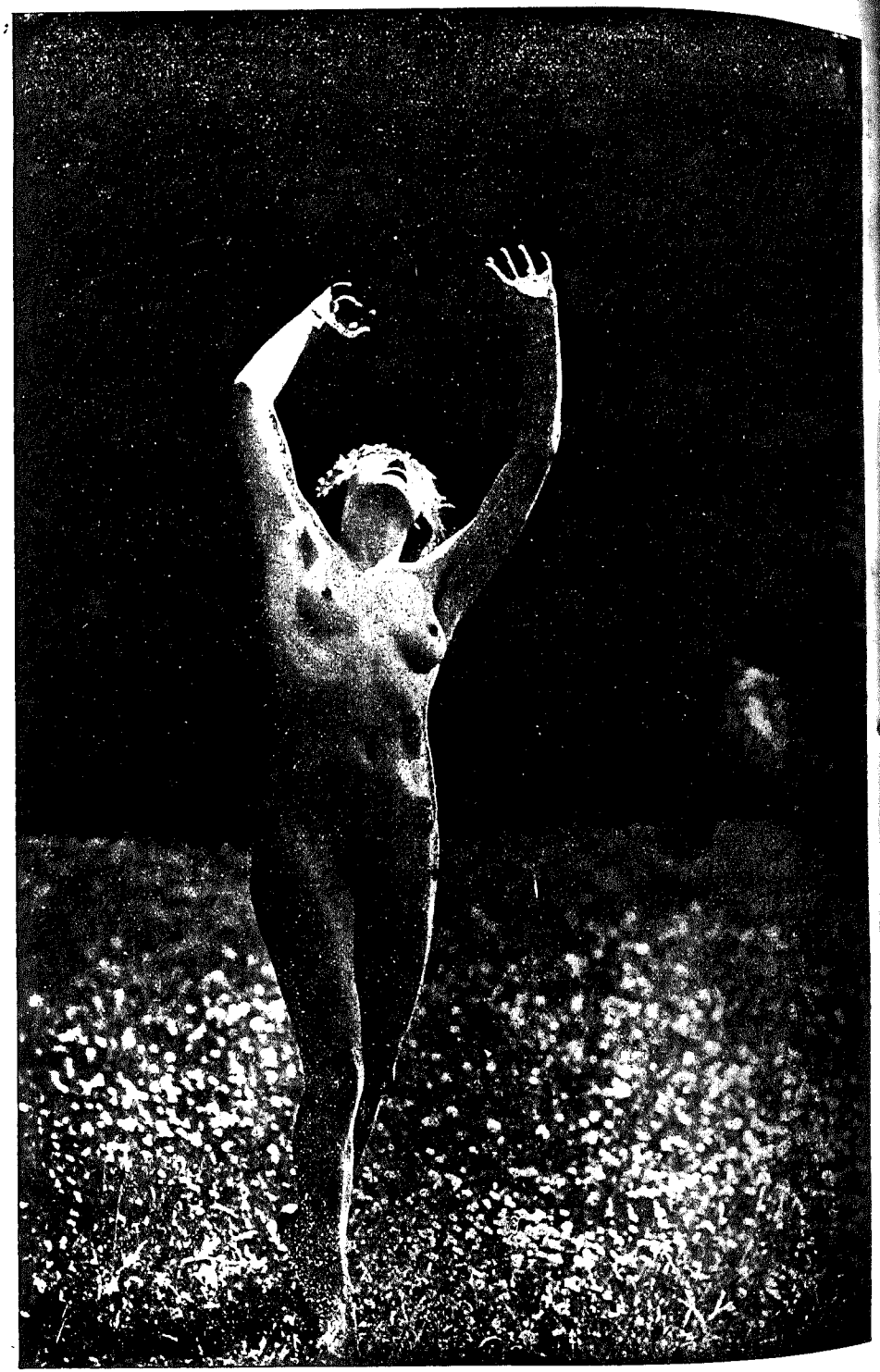
Al penetrar en la aireada estancia hube de iniciar un movimiento de retroceso, pues en ella se estaba desnudando un matrimonio, de alguna edad, en compañía de dos muchachas y dos jóvenes, que supuse sus hijos. Rudolf se me había colgado del brazo y me empujó suavemente hacia el interior.

No era muy atrayente observar cómo se iba quitando las piezas de ropa el matrimonio. Ambos muy gordos y de carnes flácidas, realizaban trabajosamente la labor de desnudarse. No así los muchachos y las chicas a quienes vi desnudos en un periquete y desaparecer de allí corriendo como gamos, sin apenas fijarse en nosotros.

Hertha y Rudolf habían comenzado a desnudarse, y como no era cosa de quedarse solo en el vestuario, les imité con presteza. Si dijera que realicé la operación de desnudarme sin experimentar una leve emoción, mentiría. Pero puedo asegurar que no titubeé un solo instante, a pesar de que en el vestuario continuaban desvistiéndose el hombre y la mujer que habíamos encontrado al entrar en él. Cuando, como últi-



Estatuillas de carne



Himno al sol

ma pieza, me desprendí de los calzoncillos, lo hice con tal energía, con tal decisión, que Hertha, que me estaba espiando con el rabillo del ojo, soltó una ruidosa carcajada y salió corriendo al campo llevándose de la mano a su novio.

No sé si colgué o no la ropa en el perchero, pues yo de ninguna manera quería quedarme en el local con aquel señor y aquella señora enfrascados todavía en la laboriosa tarea de irse quitando trapos. Ya de pie para marcharme, la señora me preguntó restregando con la manos su enorme talle por encima de la camisa de hilo que la cubría hasta los pies:

—Parece que usted no está muy tostado todavía.

Me costó un poco interpretar sus palabras; pero por fin comprendí lo que quería decir, y sonriendo la contesté que hacía muy poco que practicaba el desnudismo.

—En seguida me di cuenta—continuó ella, mientras se quitaba la camisa por encima de la cabeza.

Renuncio a detallar la impresión de desagrado que me produjo la aparición de aquel cuerpo fofo y carnoso por el borde inferior de la camisa a medida que ésta se iba levantando. Y asimismo me abstengo de detallar la deplorable sensación que recibí al quedar totalmente desnudo a mis ojos su marido. Me despedí de ellos como pude y como supe y salí al exterior.

Por mucho que me esforzara en ello, no pude dar con mis amigos. En todo lo que mi vista abarcaba no se descubría ser viviente alguno. Ello me dió idea de lo enormemente grande que había de ser el recinto. Eché a andar hacia la selva, y al intrincarme en ella, cuando menos lo esperaba, di de manos a boca con una muchachita de larga y negra cabellera que no contaría más allá de catorce años, y que se me quedó mirando con unos ojos muy pícaros. Era bonita la pequeña. Dos senos menuditos emergían de su tórax, redondo y terso como el tronco

de un árbol joven, y su cuerpo respiraba salud por los cuatro costados.

—Guten Tag, Fräulein (Buenas tardes, señorita)—la dije sonriendo.

Ella continuó mirándome con la misma picardía de antes y me contestó sin moverse:

—Guten Tag (Buenas tardes).

Había una rara expresión en sus ojos y, sin que pueda razonar con qué fin, esparcí la mirada a mi alrededor. ¡Vaya susto me llevé! ¡Yo que me creía solo con ella!... Formando una especie de círculo y apoyados en los troncos de los árboles, había otras dos muchachas y un chico que me miraban en actitud espectante, como diciéndome que les estaba estorbando. Una voz femenina vino a confirmar mi impresión:

—Waeren Sie si gut... (¿Será usted tan amable, señor?).

Me revolví sobre mis talones y me eché precipitadamente a un lado. Una mujer que había dejado ya atrás la cuarentena, me sonreía con dos grandes balones en los brazos y aguardaba a que yo me apartara, seguramente para continuar el juego que mi intrusión había interrumpido.

—¡Ustedes perdonen!—balbucí con torpeza.

—No hay de qué—insistió la madre.

Y con agilidad sorprendente en una mujer ya un tanto plateada por las canas, echó uno de los balones a la chiquilla cuyos ojos negros y pícaros tan agradablemente me habían sorprendido. Esta se deshizo inmediatamente del balón lanzándolo a la muchacha apoyada en el árbol inmediato, y en seguida los dos balones comenzaron a pasar de mano en mano con enorme destreza y describiendo un círculo ideal alrededor de la pista formada por los jugadores. La diversión era por demás entretenida y permanecí buen rato contemplando el nada fácil juego. De vez en vez, obedeciendo a la voz de

alguno de los jugadores, el lanzamiento del balón se hacía mucho más rápido y duro y yo lo escuchaba rebotar en las manos con un choque seco y muy violento. En otras ocasiones, y siempre obedeciendo al conjuro de una voz de los jugadores, el pase del balón, en lugar de ser directo (juego bajo, como diríamos en el fútbol), se echaba muy alto, y al caer describía una graciosa parábola de una belleza y movilidad extraordinarias al intervenir en el juego los dos balones. Consideré que aquellas pelotas debían pesar muy poco para echarlas y tomarlas con tanta rapidez; pero al venir a mis pies uno de los balones, perdido de las manos de una de las chicas, quise devolvérselo de un airoso chut, y el patadón me hizo mascullar casi una blasfemia por el dolor que me produjo el encontronazo. ¡Ni que fuera de piedra! Disimulé para evitar el ridículo, pero los dedos del pie se me quedaron insensibles un buen rato.

—Wollen Sie mitspielen? (¿Quiere usted jugar, señor?)—me invitó la madre.

Agradecí muy cordial la invitación; pero como estaba seguro de que iba a hacer un papel poco airoso ante las chiquillas, que no eran ya muy chiquillas, me excusé y me aparté de aquellos lugares para ver si lograba dar con mis amigos.

Al salir del bosquecillo en que me había metido, unas voces lejanas llamaron mi atención. Miré hacia el sitio donde provenían, y descubrí en la explanada, bastante lejos, un grupo de tres o cuatro muchachos que con los brazos me indicaban que me separase a un lado. Obedecí la indicación, y momentos después vi que uno de ellos lanzaba un disco hacia el sitio donde estaba yo antes. Rodeé la gran plaza y permanecí unos minutos contemplando el entretenimiento. Los discóbolos eran muy diestros y al ejecutar el lanzamiento quedaban bellos como estatuas, al acusarse valientemente sus músculos.

Vino a poner una nota grácil al espectáculo una hermosa muchacha de carnes tan firmes y tan requemadas por el sol, que parecía de cobre. Sin acusar esfuerzo alguno cogió el pesado disco y lo lanzó al aire con un gracioso movimiento de rotación del cuerpo. Sus compañeros se la quedaron mirando al ver caer el disco, y uno de ellos exclamó, con sincera admiración:

—Du bist die koeningin, Johanna! (¡Eres la reina, Juanita!).

Ella les miró ladeada, con los brazos puestos graciosamente en jarras, y contoneándose cómicamente, les contestó:

—El que llegue una pulgada más lejos, que me avise. Ahí queda mi *record*.

Y se marchó tranquilamente, al tiempo que uno de los muchachos le propinaba una fortísima nalgada, que ella se limitó a corresponder con un formidable empujón que hizo rodar al chico por el cesped, entre grandes risas de los demás.

Los gestos y ademanes eran tan naturales entre ellos, que hacían olvidar por completo la diferencia sexual, tan acusada en todos los momentos de la vida del mundo vestido.

También los discóbolos me invitaron a tomar parte en sus ejercicios, y también hube de renunciar temeroso de que en lugar de lanzarlo a distancia se me cayera a los pies, pues el disco pesaba lo suyo, a juzgar por la nube de polvo que levantaba al dar en el suelo.

Comenzaba a intrigarme la ausencia de mis amigos; a pesar de que anochecía ya, no aparecían por parte alguna. No obstante, como todo lo que iba viendo era nuevo para mí, continué husmeando por aquellos lugares.

Me metí en otro bosquecillo y a poco tuve la grata sorpresa de tropezar con una hermosa matrona de unos treinta años, que se ejercitaba haciendo contracciones colgada de

la rama de un árbol muy corpulento. No se inquietó por mi presencia y yo, haciéndome también el despreocupado, me eché sobre el cesped y permanecí como embebecido en la contemplación del paisaje. Era ella una mujer jugosa, pletórica, y de amplias y redondas caderas. Los senos, muy diminutos, se acusaban enhiestos sobre el tórax, torneado y sin rastro alguno del costillar. Realizó varios movimientos de contracción, siempre colgada del árbol y luego dejóse caer con un saltito de "vedette" de circo y todas sus carnes retemblaron. Acercóse al tronco del árbol, afianzó los pies en el suelo, y lentamente, fué venciéndose hacia atrás mientras sus manos resbalaban tronco abajo. Me pareció que sería mucho mejor que me marchara de allí antes de que experimentara los naturales efectos de aquella posición de la matrona que, a medida que permitía que sus manos descendieran, iba flexando las piernas y los muslos y me ofrecía panoramas que yo no podría resistir impasible. Me levanté. Saludé con un gesto a la bella matrona, que ella no pudo corresponder por la posición en que estaba, y comencé a caminar bosque adentro deseando ardientemente no acordarme de las actitudes que había contemplado, habida cuenta de que yo no llevaba encima ni siquiera un pámpano.

Me agradó la soledad de aquel bosquecillo y me senté al pie de un árbol con las piernas muy estiradas y apoyado en el tronco. Todo mi cuerpo descansaba. Una fronda fresquísima y rumorosa jugueteaba por entre las ramas. Ibase ya el sol y yo me sentía bien allí. Era como si los beneficios de la naturaleza filtraran todas mis carnes y sintiera en ellas el tempero de la tarde muriente. Un dulce no pensar y un abandono corporal absoluto me habían invadido. Poco a poco fuí deslizándome por el tronco hasta quedar totalmente tendido sobre la hierba. ¡Qué bien se estaba allí! ¡Cuánta sua-

vidad en el ambiente! ¡Qué dulce la caricia de la naturaleza sobre mi piel! Con la vista perdida por entre las trepas de las ramas, habíame quedado como aletargado. Zumbaba la naturaleza a mi alrededor y yo la sentía invadirme, hacerme suyo. Como si me besara, como si me meciera en sus céfiros tibios y cariciosos. Trencé las manos bajo la nuca y moví levemente el cuerpo para adaptarlo bien al lecho de hierba. De vez en vez veía posarse algún pájaro en las movedizas ramas del árbol que doselaba mi lecho y yo me entretenía contemplando sus graciosos y confiados movimientos. Otras seguía con la vista el caer de una hoja seca, describiendo rapidísimos torbellinos sobre su base. Obedeciendo al bienestar que me invadía, estiré los brazos a los lados hasta tenerlos en cruz y percibí en la humedad de las axilas el roce fresco del airecillo. No puedo expresar con exactitud el deleite que ello me produjo. Sólo puedo decir que la sensación de desnudez en aquellos remansos eternamente sudorosos, despertó en mí emociones inéditas. Sentía en ellos cómo el aire pasaba, cómo la piel se iba secando y cómo sus efectos iban penetrando hacia el interior de la carne. Me revolví un poco en un desperezamiento voluptuoso y recogí las piernas hasta tener las rodillas en alto. Luego las dejé caer a los lados y percibí centuplicada la agradable sensación de las axilas al regolfarse el airecillo en mi entrepierna jugueteando con mis partes sexuales. ¡Dios santo, qué dulzura aquélla! ¡Con qué indolencia, con qué abandono tropical recibía yo los frescos besos de aquel crepúsculo primaveral! Leves retemblores recorrían todas mis arterias. Mi mente perdíase en vagarosas ensoñaciones, mi pecho respiraba con lentitud de bestia feliz y por primera vez en mi vida, supe lo que era estar desnudo, libre de todo prejuicio y entregado por completo a un bienestar terrenal, casi divino.

El cielo estaba como suspenso en el atardecer. Brillaban muy altas y diminutas las estrellas, que con frecuencia perdía yo de vista para encontrarlas de nuevo después. Mi respiración era lenta y amplia. En el dorso, percibía una extraña sensación, como si mi cuerpo se adentrara en la tierra y enraizara en ella. De tarde en tarde, alguna voz lejana rasgaba el impresionante silencio y yo la escuchaba sonar con vibraciones musicales. Hubiera deseado dormirme allí, envuelto en aquella voluptuosidad de indecibles beatitudes.

Una voz amiga vino a turbar mi letargo:

—¡Eh, que es ya tarde y hemos de cenar!

Era Rudolf quien hablaba. Me levanté, no sin algún esfuerzo y hube de buscar el apoyo de mi amigo, pues todo giraba a mi alrededor.

—¿Se siente usted mal? — preguntóme Rudolf.

—No sé; estoy algo mareado.

—Eso no es nada, querido; sepa únicamente que los bosques son traidores y que cuando uno se siente demasiado bien en ellos, debe abandonarlos. Embriagan ¿comprende?, embriagan.

Caminamos un buen trecho hasta llegar a la caseta que el doctor nos había destinado y en ella estaban ya él y Hertha. Desnudos, naturalmente.

—¿Qué; le gusta mi campo?—preguntóme el doctor, mientras iba vaciando un vaso de jarabe de un color rosado.

—Mucho, doctor. Estoy contento, muy contento, porque empiezo a descubrir cosas que no podía siquiera sospechar.

—¿Y qué es lo que ha descubierto?

—No sé; no podría explicarlo. Algo que no se ha definido todavía en mi mente; pero que me abre ventanas hacia un mundo nuevo.

—Habrá visto algunas muchachitas muy bellas, ¿verdad?

—Sí, algunas; pero su belleza no es lo que más ha llamado mi atención.

—¿Entonces?...—cortó él con vivo interés.

—Lo más admirable en ellas, es su aspecto sano, musculoso...

El doctor Fraenzel sonrió muy complacido y le dijo a Hertha que me ofreciera un poco de bebida.

La chiquilla me alargó un vaso que contenía, al parecer, el mismo jarabe que estaba tomando el doctor y lo engullí rápidamente. Era aquélla una bebida muy fresca y de sabor agradabilísimo. Luego supe que la acababa de preparar la propia Hertha con una especie de grosellas, todavía verdes, que abundaban mucho en aquel campo.

En el curso de la cena me enteré de que durante mi permanencia en el campo, habría de ser vegetariano. No fué muy de mi agrado la tal noticia ; pero como lo que nos iba sirviendo Hertha resultaba muy sabroso, me conformé con mi destino.

—¿Las prácticas vegetarianas, son obligatorias, doctor, en su campo?

—Para los que vivimos en común, sí. Para las familias que llevan entre nosotros una vida independiente, me limito a aconsejar la vida natural.

Terminada ya la cena, salimos todos al exterior de la caseta y el doctor y yo fuímos a sentarnos bajo un árbol muy copudo al tiempo que Hertha nos servía una buena ración de jarabe.

La noche estaba azul y transparente. La temperatura iba envuelta en las caricias primaverales. No buscó banco alguno para sentarse el doctor. Lo hizo sobre el cesped y yo le imité.

—¿Quiere usted hacer un poco de ejercicio?—preguntóme



Una escena de "Los Niebelungos" en el teatro libre culturista



Una carrera al estilo romano..,



Retorno al hogar (escena teatral)

Rudolf.

—Estoy bien así, amigo. Además quiero hablar un poco con el doctor, si él es tan amable de corresponder a mis deseos.

—¡Siempre que no me falte jarabe!—exclamó muy jovial.

—No se preocupe, doctor—intervino Hertha—que no va a terminar con todo el que he preparado.

Los dos muchachos comenzaron a realizar ante nosotros unos movimientos gimnásticos algo violentos; pero en los que se advertía un método perfecto. No tardaron en reunírseles otros compañeros y todos ellos se entregaron con ardor a la ejecución de diversos cuadros, muy artísticos, a base de contracciones y flexiones del cuerpo. A intervalos intervenía el doctor para hacerles determinadas indicaciones y el resultado se traducía en la graciosa composición de bellos cuadros plásticos, en los cuales cada individuo adoptaba posiciones que armonizaban perfectamente con las de los demás.

—¿Lo tendrán muy ensayado, verdad, doctor?

—No lo creo. Esa gimnasia, muy entretenida, se aproxima mucho a la conocida con el nombre de "escuela Laban". Más que gimnasia, propiamente dicha, es un juego con el que se obtienen todos los resultados de un ejercicio metódico, sin la monotonía de éste. Los cuadros que forman los individuos que toman parte en el juego, ni son ensayados, ni siquiera pensados. Los practicantes se agrupan y cada uno ejecuta libérrimamente el gesto que estima oportuno y la belleza que usted advierte en los cuadros es debida al conjunto. Observe que ninguna de las actitudes se ajusta exactamente a la del compañero. No obstante, todas ellas armonizan entre sí. Es como si usted cogiera un puñadito de piedras y las echara sobre una superficie plana. No dude que siempre resultaría alguna figura geométrica interesante.

En efecto, a medida que iba observando a cada uno de los gimnastas, podía convencerme de que todos obraban por cuenta propia y de que sin plan alguno preconcebido iban ejecutando los cuadros que resultaban de una teatralidad sorprendente. Las mujeres, particularmente, ofrecían escorzos verdaderamente esculturales. Unas caían de rodillas con los brazos en alto, otras desplomábanse yertas en el suelo. Una pareja se abrazaba fuertemente al tiempo que otros compañeros permanecían en actitudes hieráticas a su alrededor.

—¿Qué se persigue con este método gimnástico, doctor?

—Dos cosas: la puramente atlética y la educación estética de los movimientos del cuerpo. Un practicante de esta escuela, no tarda en saber cuáles son las actitudes que más armonía imprimen a su silueta. Vea usted a su amiga Hertha, de rodillas, cuán bella se ofrece a nuestras miradas. Esta muchacha es un diablillo que domina todos los resortes del método. Y no crea usted que al ejecutar sus movimientos los preconciba. Nada de eso. Todo en ella es ingenuo y sin preparación alguna. Pero conoce tan a fondo su figura escultórica, que nunca, ni en las conversaciones más triviales, sorprenderá usted en ella una actitud disgraciosa.

—Sí, ya he notado que es fina y coqueta como una gacela.

—Se equivoca usted: nada de coqueterías ni de cerebraciones en sus ademanes. La práctica del método ha obrado en ella de una manera imperceptible. Ella no piensa nunca en sus movimientos al ejecutarlos, pero éstos obedecen insensiblemente a un sentido estético. Claro que no ignora que es hermosa como una flor. ¿Qué mujer en el mundo ignora esto? Pero, puedo asegurarle que ella no se empeña en aparecer más bella de lo que es. Si subyuga y atrae, es don natural en ella en el que nada hay postizo. Hertha y Rudolf son dos casos

gloriosos para mí, querido amigo. ¡Si usted supiera cómo los "cogí"!

—Sí... ya me han contado algo... ¿Un poco de jarabe, doctor?

—Gracias. Está riquísimo, ¿verdad?

—Una bebida deliciosa. Decía usted que Hertha y Rudolf...

Se los quedó mirando, complacido, con el vaso en la mano. Engulló el resto de jarabe que en él quedaba y comentó con sencillez:

—No vale la pena...

—No obstante, ellos afirman que al desnudismo le deben su salvación.

—No sin razón lo dicen. Figúrese usted...

Hablaba el doctor sin afectación alguna; pero en su relato descubríanse de vez en cuando, leves irisaciones de emoción.

—El padre de Rudolf era gran amigo mío. Enormemente rico, antes de la guerra, ésta le dejó con un pequeño capital con el cual no podía hacer frente a todas las necesidades de su vida. Acostumbrada la familia al fasto y al lujo, no supieron los hijos adaptarse a la nueva situación y dos hermanas de Rudolf lanzáronse primero a una vida llena de turbiedades para acabar al fin sumidas en la prostitución. Eso es otro de los castigos de la guerra. Rudolf era el pequeño de la casa. Sus padres se esforzaron en hacer de él un hombre útil a la sociedad y a cambio de grandes sacrificios le iniciaron en una carrera. Rudolf sintió mucha más inclinación por los cabarets que por la universidad. Al cumplir los dieciocho años era un perfecto morfinómano. Un día tropecé con su padre y me contó su odisea familiar. Ya le he dicho que se trata de un gran amigo mío. Pude convencer al muchacho y me lo llevé a mi campo. Pocos días después ingresaba en él Hertha. Descubrí al momento que eran algo así como novios. Después

descubrí más. Hertha había frecuentado con Rudolf los cabarets y era también una esclava de los estupefacientes. Si vino al campo, fué con la intención de llevárselo. Me costó mucho trabajo reducirles. No obstante, los resultados ya los puede ver: llevan dos años a mi lado. Rudolf ha reanudado sus estudios. Hertha trabaja en una editorial en la que yo la coloqué. Hertha y Rudolf se casarán y formarán un hogar honesto. ¿Qué le parece a usted esta pequeña historieta?

Quería mostrarse jovial el doctor; pero yo le adivinaba profundamente emocionado.

Hubo un breve silencio. Los muchachos continuaban en sus ejercicios gimnásticos. Hertha y Rudolf combinaban hermosísimos grupos escultóricos. No pude evitar un comentario:

—¿Quiere usted que le diga una cosa, doctor?

—Dígala; pero antes acérqueme la botella del jarabe.

Engullía el doctor con verdadera delicia la deleitosa bebida. Yo me levanté, desentumecí mis músculos, algo ateridos por la humedad de la noche y terminé, sin dejar de contemplar a mis amigos:

—Pues lo que he de decirle, querido doctor, es que el desnudismo es algo muy diferente de lo que yo suponía.

Era un poco tarde, y ya de pie, el doctor aconsejó a los muchachos que se retiraran a descansar. Caminando lentamente nos dirigimos a nuestra caseta y al despedirnos de él en la puerta, me dijo al oído:

—Conste que la historieta es exacta.

—Lo creo, doctor, lo creo...

Al quedar solos nosotros, mis amigos me invitaron a tomar una ducha. Me pareció oportuna la idea y les seguí. El aparato para las duchas estaba en la parte trasera de la casa, en su exterior. Era sumamente sencillo: una especie de lata petrolera colgada de la rama de un árbol y llena de agujeros en su parte inferior. Rudolf cuidó de ir echando cubos de agua en el depósito mientras Hertha y yo tomábamos la ducha. No pude evitar que en más de una ocasión se rozaran nuestros cuerpos; pero observé complacido que la muchacha no le concedía importancia alguna a este detalle. Había ganado de nuevo su confianza. Ello fué para mí motivo de íntima satisfacción. No obstante, si los refrigerantes efectos de la ducha no hubieran acudido en mi ayuda, no habría podido evitar que Hertha se diera cuenta de que sus bellezas femeniles actuaban todavía de manera imperiosa sobre mis nervios. Afortunadamente no fué así, y pude contemplar impasible cómo la muchacha flexionaba el cuerpo hacia atrás para recibir la ducha, no solamente sobre el tórax, sino en las partes más íntimas de su cuerpo. Ya listos ella y yo, tomé a mi vez el cubo para que Rudolf pudiera ducharse. Terminada nuestra labor, me facilitaron una pequeña toalla para que me secara, cosa que no hicieron ellos. Se limitaron a friccionar sus cuerpos con un poco de masaje que se dieron mutuamente, y luego de repartirse unos cuantos cachetes y más de un beso en mis propias barbas, nos echamos cada cual en nuestro camastro y sólo puedo decir que yo pasé toda la noche de un tirón y que, al despertar, mis amigos habían volado ya. Y conste que mi despertar fué con el sol. En los campos desnudistas, se madruga mucho, cosa muy natural en una sociedad que ha borrado la luz artificial de sus costumbres.

IX

En la entraña del desnudismo

Llevo más de dos horas recorriendo el campo del doctor Fraenzel y no he podido dar con mis amigos. Estoy persuadido de que se alejan de mí con algún plan premeditado. Ellos dirán. Yo de mí sé decir que esto es muy divertido. Y además de divertido, inmenso. En las dos horas que estoy andando, no he pasado dos veces por un mismo sitio.

Como sea que al levantarme he notado que me dolían mucho los pies, me apropié un par de sandalias que encontré en la caseta, y eso es todo lo que llevo encima del cuerpo.

El sol aprieta mucho, y como no puedo resistir sus efectos, a espacios me echo a la sombra de algún árbol. Tengo hambre y no sé dónde diablos he de ir a almorzar. Desde luego ignoro por completo dónde está nuestra caseta, ni he sabido cómo dar a entender de qué caseta se trata a los contados compañeros con quienes he tropezado.

Hace poco me ha ocurrido un caso chocante, del que he debido librarme a fuerza de piernas. Sin saber cómo ni dónde, he dado de manos a boca con una vieja vestida hasta las cejas, que al verme a mí desnudo ha empezado a chillar y a echarme piedras. Seguramente mi inexperiencia me ha lleva-

do más allá del campo desnudista, y aquella buena mujer no sería muy amiga de las prácticas de la vida al natural.

En mitad de un bosquecillo me ha sorprendido encontrar una tropa de "obreros", desnudos como yo, trabajando ardorosamente con sus picos y azadones. Me han invitado a ayudarles en su tarea, y como desde que sale hasta que se pone el sol tengo ya realizados todos mis quehaceres, he aceptado gustoso la invitación.

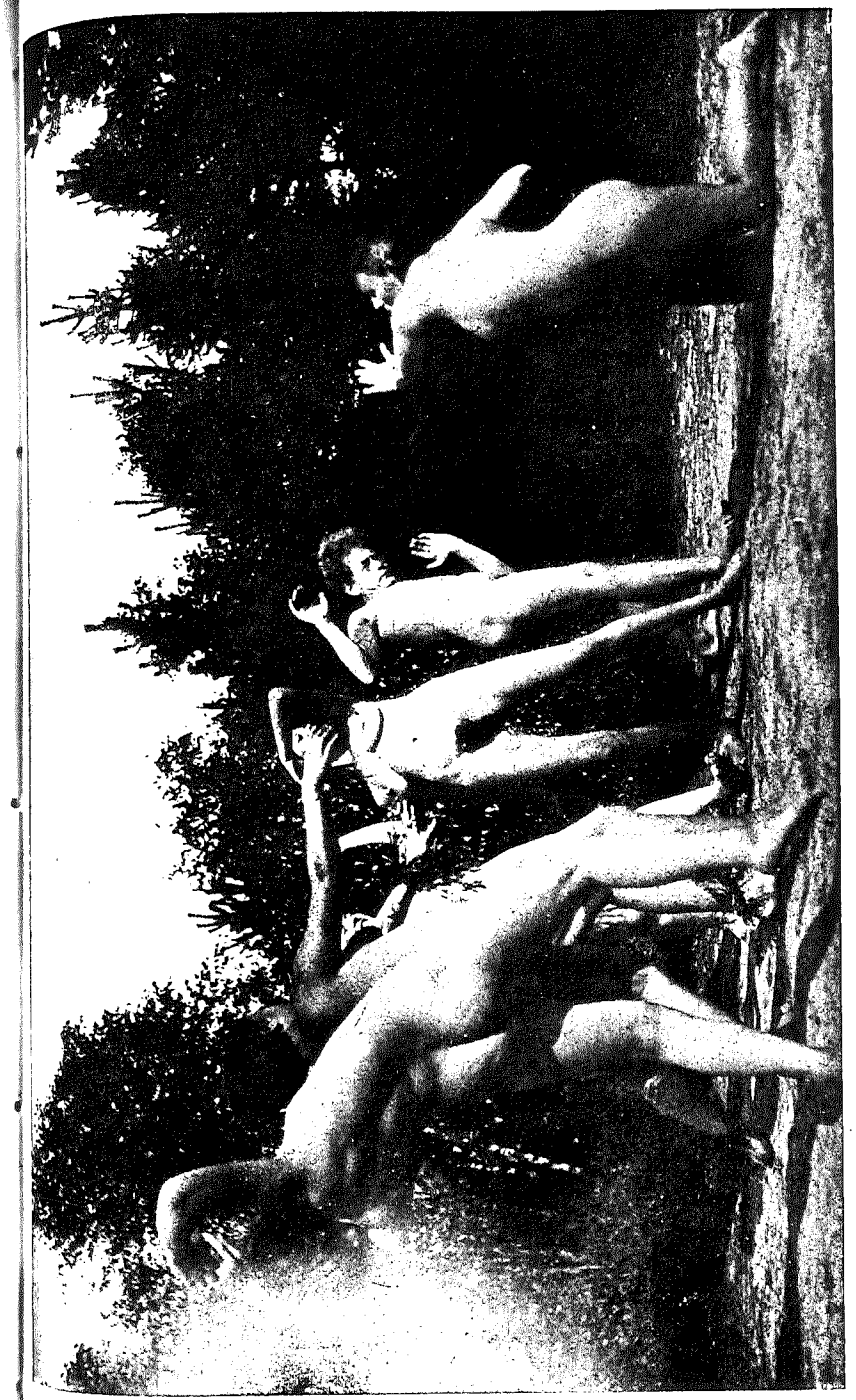
He trabajado poco, porque unas muchachitas de doce a trece años han comparecido cargadas con unas cestas y han anunciado que era la hora del almuerzo. Me ha parecido una cosa magnífica. He almorzado unas verduras fritas, como los demás, y me he dado un atracón de jarabe.

Al llegar el momento de reanudar el trabajo, he opinado que un hombre que no tiene que gastar nada en trajes y que se alimenta con hierbas, no precisa que trabaje mucho para vivir, y me he escabullido como mejor he podido. Ha sido preciso justificar un apremio fisiológico, pues los obreros que me habían "enrolado" no aceptaban de buen grado que me marchara. Más tarde he sabido que aquellos trabajos se realizan para la construcción de un estanque para la comunidad, y que, poco o mucho, todos los hermanos trabajaban en él.

He dejado el bosquecillo donde se construía el estanque, y cuando menos lo esperaba he podido vislumbrar la silueta del doctor entre una nube de chiquillos.

He corrido hacia el sitio donde él estaba, dispuesto a no perderle de vista hasta saber de una manera inequívoca el lugar donde me darían de comer sin someterme a odiosos trabajos forzados.

El doctor staba muy atareado con sus chiquillos (chiquillos y chiquillas, todos desnudos), y me ha parecido oportuno



Gimnasia escuela Labán



El doctor Fraenzel y sus discípulos



Clase de Geografía en Glüsingen

no molestarle. Me he sentado dispuesto a esperar a que terminara.

Un mocosete de unos tres años ha venido a sentarse delante de mí y se me ha quedado mirando, con el dedo gordo de una mano en la boca, mientras con la otra mano se entretenía con algo que le colgaba entre las piernas.

El pequeño es rubio como el sol, pero su piel es ya muy curtida. Instintivamente se me ha ocurrido buscar en mis bolsillos, por si encontraba en ellos algún terron de azúcar del café, pero he debido desistir de mi intento al recordar que los desnudistas no usan bolsillos en sus trajes.

Como el pequeño es muy simpático, lo he tomado en brazos y lo he sentado sobre mis muslos. Charla como un pajarito, y con sus manitas me da unos golpecitos cariñosos en el pecho.

—¿Cómo te llamas?—le pregunto.

—¡Ta!—me contesta, con lo cual me quedo sin saber cómo se llama.

El doctor ha puesto en tres ringleras a sus pequeños discípulos, y de pronto veo que todos ellos lanzan una voz y extienden los brazos en una misma dirección.

—¡Norte!

Luego siguen las voces y los gestos:

—¡Sur! ¡Este! ¡Oeste!

He aquí una cosa—los puntos cardinales—que, a pesar de estar repitiéndolos cada día en la escuela, no llegué a poderlos situar de una manera indubitable, hasta bien cumplidos los trece años. Los pequeños del doctor Fraenzel (los hay de cuatro y cinco años), saben exactamente dónde señalan cuando determinan un punto cardinal.

De una manera casi fulminante y riendo como un loco, me he levantado y he cogido en brazos al pequeño, que había

dado en la ocurrencia de hacer servir de juguete algo que es mío y que no lleva él entre sus piernas.

—¿Qué le ocurre a usted?—me ha preguntado el doctor al verme llegar riendo de aquella manera.

Le he contado el caso que, ante mi natural estupefacción, ha repetido él a sus pequeños discípulos, y todos han reído de buena gana. Mejor dicho: todos, no; una pequeñina de unos ocho años se me ha acercado y tomando al chiquitín, ha exclamado muy seria:

—No hay por qué reirse de mi hermano. Lo mismo da el sexo que un dedo del pie. No hay por qué reirse.

El doctor ha hecho un esfuerzo para mantenerse con la debida seriedad, y ha confirmado las palabras de la pequeña. Los demás niños han dejado de reir, y ello me ha dado a comprender el respeto con que es escuchado por sus alumnos.

Aprovechando aquella coyuntura, el doctor ha desarrollado una pequeña disertación sobre la humana función de los órganos genitales, que los pequeños han escuchado con singular atención y que a mí, más que asombro, me ha producido espanto.

Terminada su plática, ha dispuesto el doctor que dos o tres alumnos se dedicaran a enseñar los números y pequeñas sumas a los más pequeñines, mientras él explicaba a los mayores su clase anatómica.

Los dos grupos han buscado la sombra de sendos árboles y han iniciado sus labores.

Los alumnos del doctor, de pie a su alrededor, van dando su lección de anatomía humana. El doctor pregunta a los alumnos individualmente, y ellos contestan señalando el lugar de su cuerpo donde se halla situado el miembro, hueso o músculo indicado por el doctor. Con naturalidad que a mí casi me ha asombrado, he podido ver que los chiquillos o chiquillas indi-

caban la región donde estaban situados el peroné, el tímpano, los testículos, la tibia, el prepucio, la garganta...

Luego me he aproximado al grupo de los pequeños y he visto que en lugar de hacer la clase de aritmética que el doctor había ordenado, estaban jugando con unas piedras que metían y sacaban de un círculo dibujado en el suelo. De súbito una de las maestritas ha dado muestras de impaciencia y el doctor se ha acercado.

—¿Qué ocurre, Berta?—le ha preguntado.

—Que no hay manera de meterle en la cabeza a Johann el número cinco.

—Vamos a ver, vamos a ver...

El doctor se ha sentado en el suelo con las piernas recogidas, como los moros, y ha llamado al pequeño Johann. Ha cogido una piedra y la ha colocado en mitad del círculo.

—¿Cuántas piedras hay aquí?—ha preguntado al chiquillo.

—Una.

—Echa otra.

El pequeño cumple la indicación.

—¿Cuántas hay ahora?

—Dos.

El doctor coloca otras dos.

—¿Y ahora?

Las cuenta el pequeño detenidamente y contesta:

—Cuatro.

—Muy bien; pon otra piedra. Perfectamente. ¿Cuántas hay ahora?

El pequeño se le queda mirando; luego vuelve la vista al círculo; después vuelve a mirar al doctor y al fin contesta con titubeo:

—Nueve.

—No, no son nueve; son cinco. Vamos a ver, repite lo que yo diga: uno, dos, tres, cuatro, cinco...

El pequeño va repitiendo los números. El doctor le ve inseguro y le hace sentar a su lado. Los demás alumnos le rodean. porque esperan alguna conseja de las que él sabe narrarles. El doctor comienza:

—Ustedes no saben una cosa y yo se la voy a decir para que la sepan: el pequeño Haenschen, tiene en sus manos nada menos que un Congreso de diputados.

Se observa una gran atención en los alumnos. El doctor continúa ponderativo;

—¡Sí, amigos míos! ¡Un congreso de diputados!

Hay una pausa premeditada. El diminuto Johann (cuatro años), se mira las manos con desconfianza pues en ellas no descubre el congreso de que le están hablando.

El doctor continúa, tomando una de las manos del pequeñín:

—Ahora se convencerán ustedes de lo que acabo de decir. ¿Se fijan en este dedito tan menudo? Pues este es el diputado número uno. Sí, señores, el diputado *herr* número uno. Y este de su lado es nada menos que el señor número dos. Y este de en medio, es el presidente del Congreso, y se llama número tres. Y estotro que le sigue es el diputado número cuatro. Y este gordinflón que está aquí en la punta, ¿saben ustedes quién es? Pues es el respetable diputado *herr* número cinco. En el Congreso todo el mundo se ríe de él, porque es tan gordo; pero él no se arredra y hace muchos discursos.

El pequeño Johann no cesa de mirarse las manos y de mover el dedo gordo.

El doctor prosigue la lección:

—Ahora, señores, vamos a presenciar una sesión del congreso de los dedos. Usted, señor Johann, cerrará la mano, y

cuando deba hablar el diputado que yo le diga, usted levantará el dedo correspondiente. Un poco de silencio, señores, que va a hablar el diputado señor, señor... ¡número uno!

Johann, con alguna torpeza, levanta el dedo correspondiente.

—¡Muy bien! Ahora interviene el señor número... ¡número cuatro! Magnífico. Vaya discurso! Pero ahora viene lo bueno, señores, porque ya es sabido que en el Congreso después de *herr* número cuatro, habla siempre el gordinflón... ese que está junto al número cuatro... caramba... ahora no me acuerdo cómo se llama el gordinflón ese que viene después del cuatro...

El pequeño Johann aclara:

—*Herr* número cinco, señor Walter.

—¡Pues es verdad! ¡Ya no me acordaba! ¡Claro que el gordinflón este del cinco viene siempre después del cuatro! Pero ahora me doy cuenta de que ha pasado la hora de los discursos y hemos de volver a nuestras clases.

El doctor se levanta. El pequeño Johann vuelve a su círculo con los ojos fijos en el dedo gordo de su mano, y el doctor me dice al oído:

—Este pequeñín no vuelve a olvidar en toda su vida el número cinco. Hay que aguzar el ingenio para hacer aprender a estos chiquillos cosas que ellos no se dan cuenta de que las aprenden. Precisa no olvidar que la mente de la infancia es muy diversa y que cada una de ellas exige métodos muy distintos.

—Debe usted llevar una disciplina férrea con ellos.

Lo pensó un poco el doctor antes de contestarme. Licenció al rebaño infantil y, colgándose de mi brazo, comenzamos a andar.

Los chicos y las chicas formaron grupos inmediatamente y se entregaron a sus juegos favoritos, dividiéndose, más que

por sexos, por edades. La mayoría se tumbaron panza al sol, y allí se quedaron como lagartos dorados.

El doctor iba hablando:

—La disciplina en los niños debe existir, pero no debe hacerse presente nunca. Yo no educo por el temor, sino por la persuasión. No quiero de ellos un rígido respeto. sino un afecto cordial. Todos me quieren. Ninguno me teme. Juego con ellos como si fuera de su misma edad. Y, a veces, al terminar la clase, ellos no se han dado todavía cuenta de que haya empezado. Yo no meto nada en el cerebro de los niños. Ellos asimilan mis enseñanzas sin esfuerzo alguno. Ya ha podido usted ver a qué medios he debido recurrir para que el menudo Johann aprendiera el número cinco y recordara que éste sigue siempre al cuatro. Hay que ingeniarse, amigo, hay que ingeniarse...

Mientras él iba hablando, recordaba yo mis días escolares y las medidas disciplinarias que nos eran aplicadas por cualquier falta, que a veces no era falta siquiera, sino algo que nuestra mente no podía captar. Hacía memoria de las horas de recreo pasadas de castigo escribiendo cien veces: "Yo soy un mal alumno". Evocaba la terrible palmeta y las denigrantes orejas que nos eran colocadas delante de todos los compañeros y del poso de odio hacia el profesor que las tales medidas incubaban en nuestro interior. Pero no olvidaba que yo había sido terrible de pequeño, que nadie podía conmigo, que por dos veces comparecí en mi casa con el brazo dislocado, sin que pudiera dar razón de quién me había hecho aquello; que me pasaba semanas enteras en la playa, en cuanto se iniciaba el verano, sin comparecer por la escuela ni un solo día, que en mi barrio se me conocía con un remoquete ferozmente bélico, que en mi casa no había peseta segura en bolsillo alguno y que cuando no las encontraba en los bolsillos o monederos,

descerrajaba los cajones de la cómoda; recordaba, en fin, que yo nunca había sido modelo de aplicación, de aseo y de respeto para nada ni para nadie y me preguntaba qué habría sido de mí, si no hubiera encontrado en mis escuelas la disciplina férrea que lograba contener mis ímpetus desordenados.

El doctor contestó a mis inquisiciones:

—Si la escuela, en lugar de una cárcel, hubiera sido para usted una continuación de los placeres de la calle, del mar y de la montaña, sin más medida disciplinaria que el deleite que usted encontrara en ella, no dude un momento que su innato instinto revolucionario se habría adaptado insensiblemente a aquel medio y que allí, y no a otra parte, habría usted ido a "divertirse". Pero claro, si el maestro, los métodos, el ambiente y la disciplina, se mostraban como enemigos suyos, ¿qué humana razón había de inducirle a acudir a un lugar de martirio para usted? Yo aquí no castigo a nadie. Cuando un alumno se me muestra rebelde en exceso, es cuando mayor dulzura aplico para conquistarle. Considero que mis discípulos son plantas y ya es sabido que el buen jardinero acude con mayor solicitud a los tallos que suben raquíticos y con defectos que a los que se muestran ufanos y rebosantes de vitalidad.

—¿En su escuela de Berlín, emplea usted los mismos métodos?

—En cuanto a la persuasión, exactamente los mismos.

—¿Lleva usted muchos años de desnudismo?

Se me queda mirando atentamente el doctor, y me preguntó a su vez:

—¿Me está usted haciendo una interviú?

—Nada de eso, doctor, pero cuanto usted me dice, va resultando muy interesante para mí.

—En ese caso, acerquémonos a aquel grupo, bajo aquellos

árboles y mientras usted va preguntando, a mí no me faltará jarabe. Pero antes será mejor otra cosa. Sígame.

Nos dirigimos a una caseta próxima y vi que el doctor se disponía a tomar una ducha. Me pareció muy oportuna la idea y la imité colocándome junto a él debajo del grifo. Ya listos y chorreando nuestros cuerpos, nos dirigimos hacia el grupo que antes indicara y sin preámbulo alguno nos sentamos junto a los que lo formaban. Se trataba de una familia compuesta del abuelo, los padres y media docena de chicos y chicas que iban de los tres a los dieciséis años.

—¿Cómo van estas piernas? — preguntóle el doctor al abuelo.

—Bien, muy bien. Hoy he andado más de dos horas sin fatiga alguna.

El viejo frisaría ya en los setenta años y estaba tan delgado que los huesos daban la sensación de que iban a rasgarle la piel. Al llegar nosotros estaba de bruces, tendido en el suelo, jugando con su nietecito, que parecía una bolita de manteca morena. La madre zurcía unos calcetines y el padre estaba tumbado de cara al sol. Las dos chicas, que eran las mayores, iban haciendo la comida y recogiendo leña que colocaban debajo del puchero, entre las piedras que lo sostenían. Uno de los chicos, leía y el otro estaba sacando unas cuentas. Me pareció que en aquel hogar, no faltaba más que el quinqué de petróleo, la mesa de camilla y el gato, para que toda idea de desnudismo desapareciera de mi mente, a pesar de que nadie llevaba encima del cuerpo el más leve trapo.

No tardamos en tener delante sendos vasos de jarabe y el doctor y yo continuamos nuestra charla. Lo lamentable es que yo no disponía de lápiz ni de papel para tomar mis notas. Tampoco me pareció oportuno pedirlo a aquella buena gente para no alarmar al doctor. El sol ardía como las bra-

sas y yo lo sentía en la piel por el reflejo y por los rayos que penetraban por entre las ramas de los árboles. No obstante, la molestia no era excesiva y casi resultaba agradable recibirlo en el cuerpo, todavía chorreante por los efectos de la ducha.

Sin darle importancia a la pregunta, inicié mis inquisiciones:

—¿Hará ya muchos años, verdad, doctor, que se practica el desnudismo en Alemania?

—Sí, algunos. Ello se inició a principios del corriente siglo, hará pues unos treinta años.

—¿Tantos? Yo creí que esto era una simple consecuencia de la guerra y del advenimiento de la república en Alemania.

—No. Eso contribuyó a su difusión, pero, aunque de una manera clandestina el desnudismo se practicaba ya en Alemania mucho antes de estallar la guerra. Más que otra cosa, sus iniciaciones se basaron en una cuestión de comodidad. Los primeros practicantes fueron algunos grupos de "Wandervoegel", organización que equivale a los "boy-scouts" ingleses. En sus salidas por el campo, gustaban mucho de tomar baños en los estanques, en los ríos y en las playas que frecuentaban, pero como en más de una ocasión se encontraban sin traje de baño ni cubresexos alguno, habían de dejarse encima la camiseta y los calzoncillos. Esto les obligaba a perder mucho tiempo esperando que luego del baño se secara la ropa para volvérsela a poner o a cargar con ella en la mochila, todavía muy mojala. Como los grupos de "Wandervoegel" eran unisexuales, algunos de los más decididos determinaron, con cierta timidez, lanzarse al agua completamente desnudos delante de sus compañeros y pronto la costumbre se generalizó entre ellos. No se hablaba, pues, de desnudismo, pero los grupos se desnudaban para bañarse sin escándalo para

nadie. En el curso del tiempo, los excursionistas comenzaron a encontrar tanto gusto en permanecer desnudos después del baño, que no tardaron en pasarse casi todo el día en el campo en completa desnudez. Llegó ello a conocimiento de las autoridades y los dirigentes de los grupos fueron seriamente amonestados. Hubo polémicas periodísticas, pero no se logró nada. El desnudismo era una práctica oficialmente inmoral y había de ser practicado a espaldas de la ley.

El abuelo había dejado de jugar con el pequeño, y escuchaba con gran atención el relato del doctor. Aprovechando un momento en que ésta engullía unos sorbos de jarabe, terció en nuestro diálogo:

—¡Y tan fuera de la ley! ¡Como que incluso hubo colisiones por las montañas entre desnudistas y antidesnudistas!

Y luego, moviendo la cabeza, añadió:

—Yo era un antidesnudista furibundo. ¿Te acuerdas, Marta—continuó dirigiéndose a su hija—, el día aquel que en Montzensec tropezamos con aquella pareja? ¡A estacazo limpio les hice vestir! ¡Tú eras muy joven, todavía! `Estarías entonces... sí, porque fué cuando comenzaban a ponerse de moda los cines... tú tendrías pues unos veinte años... han de ser veinte, porque precisamente...

—Veintidós, papá, veintidós. Llevamos dieciocho de casados con Friederik y la boda fué aquel mismo año.

—Verdad, sí, veintidós. Ahora lo recuerdo bien. Aquellos dos infelices lloraban de rabia al ver la forma en que se les trataba, pero yo no cesé de insultarles y amenazarles con el bastón mientras ellos se vestían a toda prisa. Luego, no los he visto más. ¡Estoy más arrepentido, doctor!...

—Bien, no se preocupe, abuelo. Lo esencial es que sus piernas se vayan fortaleciendo.

—¡Cómo el hierro, doctor, cómo el hierro! ¡Ah, si yo hu-

biera sabido esto entonces!... ¡Pobres muchachos!... ¡Qué implacable estuve con ellos!...

Un rayo de sol muy fuerte caía verticalmente sobre mis espaldas y como observé que me molestaba, busqué un sitio donde no picara tanto.

—¿Le teme usted al sol?—preguntóme el abuelo, asombrado.

—El señor es nuevo en el desnudismo—aclaró el doctor.

—¡Ah, bien!... porque ha de saber que el sol lo cura todo. ¡Con decirle que ha curado mis piernas que estaban baldadas!

El doctor prosiguió en su relato:

—Ignoro, si, por snobismo o fervor real por la vida sin trampa, surgieron a raíz de las discusiones de la prensa, las "Uniones de Belleza" y las "Logias desnudas". No siempre supieron cumplir aquellas organizaciones con su cometido. Entre los desnudistas de buena fe, iban mezclados los "contemplativos", es decir, los que deseaban saciar su lujuria mirando cuerpos desnudos y los "exhibicionistas", o sea los que gozaban con mostrar a los demás sus órganos genitales, lo que ellos suponían un sadismo. Poco a poco las Uniones y las Logias quedaron limpias de tales sátiros, que desaparecieron unos por expulsión y otros por redención y ya el desnudismo comenzó a practicarse entre familiares. Fué su primera gran conquista. Las autoridades cuando tropezaban con una familia completamente desnuda en el campo o en la playa, no sabían qué partido tomar, pues en verdad no podía achacarse aquella práctica a inmoralidad. La prensa de izquierda dejó de arreciar contra el desnudismo y la de extrema izquierda se convirtió en su paladín. Así se comenzó a conquistar al proletariado. El desnudismo era ya otra de las aspiraciones en la lucha social. En el congreso se levantaban voces defendiéndole valientemente. Algún periódico naturista comenzó

a publicar fotografías de practicantes y eran arrebatados de manos de los vendedores por dos públicos distintos: el que pagaba y el que no pagaba. El que no pagaba era la policía.

Vino la guerra. En los campos de batalla se sufría mucho, pero en las ciudades se sufría mucho más. Escasearon los alimentos. Perdió el dinero toda su fuerza adquisitiva. Alemania entera se derrumbó. Los "viejos ricos", fueron "pobres nuevos". No podían comprarse vestidos. Todo lujo era borrado de las listas domésticas. Infinidad de familias refugiáronse en el campo para no caer en el caos de la desmoralización. Gran número de ellas se entregaron con fervor al desnudismo. Primero obedecía la decisión a una necesidad; después fué ya una religión. Los timoratos se asustaban al enterarse de que familias respetabilísimas se habían lanzado a tales prácticas. Hablaban con verdadero y sincero horror del infierno sexual a que el desnudismo iba a lanzarles. Gracias a Dios, la experiencia demostró pronto que aquello que puede ser una verdad en el semi desnudo, no lo es en el desnudo integral cotidianamente practicado. La influencia voluptuosa en el desnudo en común queda anulada en pocas horas. De ello comenzó a enterarse el mundo vestido, por las cartas que recibía de los que habitaban las montañas sin nada encima y algunos se lanzaron a la prueba. Era todavía la necesidad lo que les empujaba a esta decisión y el miedo de ver a sus hijos degenerados por el vicio. Ya conoce usted la historia de Rudolf y Hertha, que lamentablemente, no es la misma de todos los ricos empobrecidos.

Hizo una pausa el doctor, durante la cual pude observar que toda la familia se había sentado a nuestro alrededor y le escuchaban con verdadera unción. La madre estaba delante de mí, con las piernas enlazadas y el pequeñín sentado en su regazo. Este se entretenía dándole golpecitos al pezón del se-

no que se balanceaba a su impulso. A veces, lo estiraba con sus deditos y ella se lo quitaba distraída, seguramente porque le haría daño. Una de las chicas, muy bonita por cierto, estaba de pie y con las piernas separadas para mejor afianzarlas en el suelo y yo desde mi sitio descubrí los menores detalles de su sexo. Cerca se escuchaba el glugluteo de la olla que estaba hirviendo. Todos habían dejado sus libros y quehaceres para escuchar al doctor. Yo mismo, me olvidé por completo de que tuviera delante dos muchachitas jóvenes y bellas y absolutamente desnudas para seguir el hilo de su interesante narración.

No quedaba jarabe en la botella y una de las chiquillas se apresuró a llenarla de nuevo.

El doctor bebió y continuó:

—Al "estallar la paz", con todas sus consecuencias y cuando los "nuevos pobres" perdieron ya toda esperanza, mantenida durante la guerra en espera de una supuesta victoria que para nadie ni ninguno de los combatientes podía llegar, el desnudismo creció de una manera alarmante para unos, gloriosa para otros. Y un buen día, los hombres que rigen nuestros destinos, se enteraron con asombro de que nuestra religión contaba con más de 500.000 entusiastas de todos los sexos y edades. Ya la clandestinidad no era posible. Una cifra tan desproporcionada de afiliados exigía un reconocimiento oficial y una reglamentación. Los propios desnudistas, al darse cuenta de la enorme fuerza que representaban, se apresuraron a reunirse en asociaciones libreculturistas que cuidaban de propagar y defender sus ideales. Surgieron, pues, "La unión nacional para la vida plena", "Unión Soma", la "Liga para la formación de una vida libre", la "Unión del Reich" y, por encima de todas ellas, la formidable "Unión del Reich para el libreculturismo". En las poblaciones pequeñas, donde había

algunos entusiastas, como no era posible constituir asociaciones de diez o doce personas, se formaban delegaciones de los grandes centros libreculturistas de las urbes, a los cuales se afiliaban.

Estas entidades alcanzaron del Gobierno que el desnudismo fuera respetado en zonas determinadas, y obtenido este reconocimiento, pronto contó Alemania con más de cincuenta campos libreculturistas. Esto sin tener en cuenta los particulares, que son incalculables.

Hubo al principio una enorme dificultad que vencer. Al "tolerar" el Estado las manifestaciones desnudistas, quisieron interpretar los más furibundos retardatarios que los campos destinados a tales prácticas habían de quedar aislados por un muro, a fin de evitar los efectos del escándalo público. Esta interpretación, completamente caprichosa, equivalía a imposibilitar el establecimiento de grandes espacios destinados al desnudismo, pues la construcción de un muro de tres o cuatro kilómetros representaba una fortuna. Se aclaró el concepto y se convino en que una simple alambrada bastaría para separar los dos "mundos". Luego, ya ha visto usted en lo que ha venido a parar esta cuestión: unos rotulitos colocados de trecho en trecho cumplen su misión de advertir a los timoratos el "peligro" de los hombres desnudos. Conste que los alemanes no han necesitado nada más para respetarnos.

Aproveché esta oportunidad para relatar al doctor lo que me había ocurrido a mí aquella mañana, cosa a la cual no concedió importancia alguna.

—Quedan todavía cerebros cerriles que odian el desnudo —comentó sin acritud—. El tiempo cuidará de hacerlos un poco más comprensivos. El tiempo... y los resultados de nuestras prácticas, no lo dude. Precisamente mi campo está dividido en dos secciones y ello me obliga a menudo a ponerme el

traje de baño para trasladarme de un sitio a otro, debido a que entre ambas secciones hay un espacio perteneciente al mundo vestido. No obstante, es ya una victoria que acepten un simple traje de baño para cruzar esta zona neutral.

Hizo una pausa el doctor, como recogiendo sus pensamientos, y luego continuó:

—Gracias, pues, a la cultura de nuestro pueblo y a la buena voluntad de nuestros hombres de gobierno, el desnudismo iniciaba su gloriosa ascensión. Pronto comenzaron a surgir revistas dedicadas a difundir nuestras doctrinas, tales como "Vida Sonriente", "La Belleza", "Libre Cultura", "Baño Libre" "Salud del Pueblo", "Fígaro", "Nueva Vida" y mi "Soma", que tiene hoy un carácter marcadamente internacional, pues se publican en ella informaciones en todos los idiomas originarios. Al principio estas revistas se persiguieron idiotamente por las autoridades, pero no tardamos en lograr que fueran respetadas. Hoy, las fotografías de desnudismo son publicadas en Berlín por semanarios gráficos de información general sin escándalo para nadie, y hasta la primera autoridad nacional de instrucción pública ha debido confesar que nuestros principios no tienen nada de reprobable y son convenientes para la sana educación de la juventud.

Uno de los hombres a quien Alemania debe más en el sentido desnudista, es el infatigable doctor Adolfo Koch, que atiende principalmente a la regeneración física de la juventud proletaria. Vió que las grandes urbes eran las más necesitadas de estas prácticas, y en el mismo corazón de Berlín, en la popular Friedrichstrasse, implantó un gimnasio libreculturista que se ve extraordinariamente concurrido. También ha montado establecimientos similares en Bielefeld, Barmen-Elberfeld, Hamburgo, etc., y asimismo dedica sus actividades

a diversas manifestaciones espectaculares que se han visto siempre coronadas por el éxito.

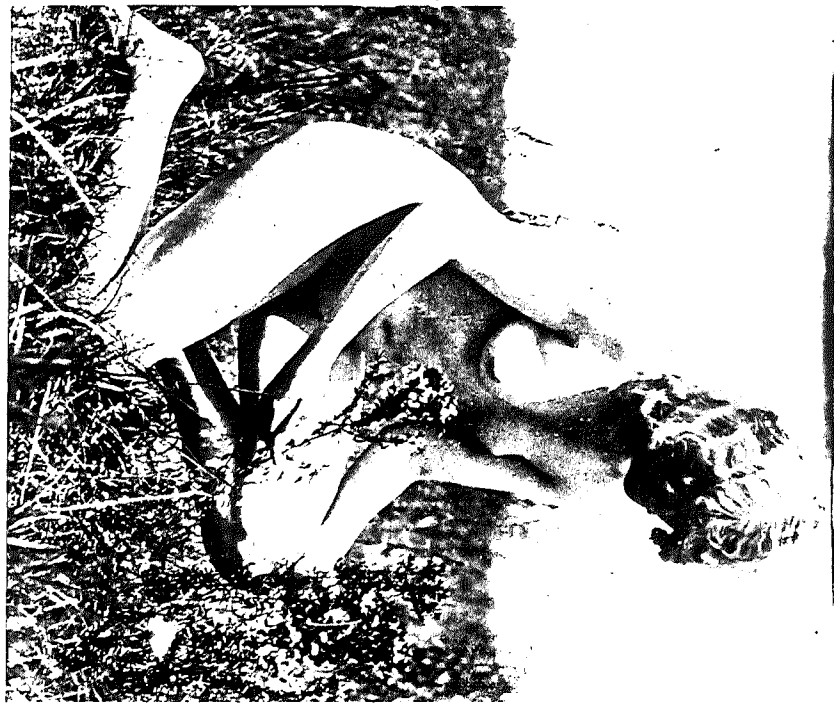
Otro de los elementos de propaganda que más ha contribuído a difundir nuestras doctrinas, ha sido la película, y a favor del celuloide hemos podido demostrar que nuestros campos son de una intrínseca moralidad. Hemos de agradecer en este sentido las aportaciones de Huberto Schonger y de la famosa marca Ufa, que siempre se ha mostrado propicia a la realización de films libreculturistas.

Actualmente puede decirse que la misión del apostolado inicial ha llegado a su término en Alemania. No son ya necesarias las predicaciones. Todo el mundo está convencido de la sanidad y de la limpidez fundamental de nuestras doctrinas. Hay que esperar únicamente a que el pueblo se decida paulatinamente a prescindir de aquello que no le sea estrictamente necesario para proteger su epidermis.

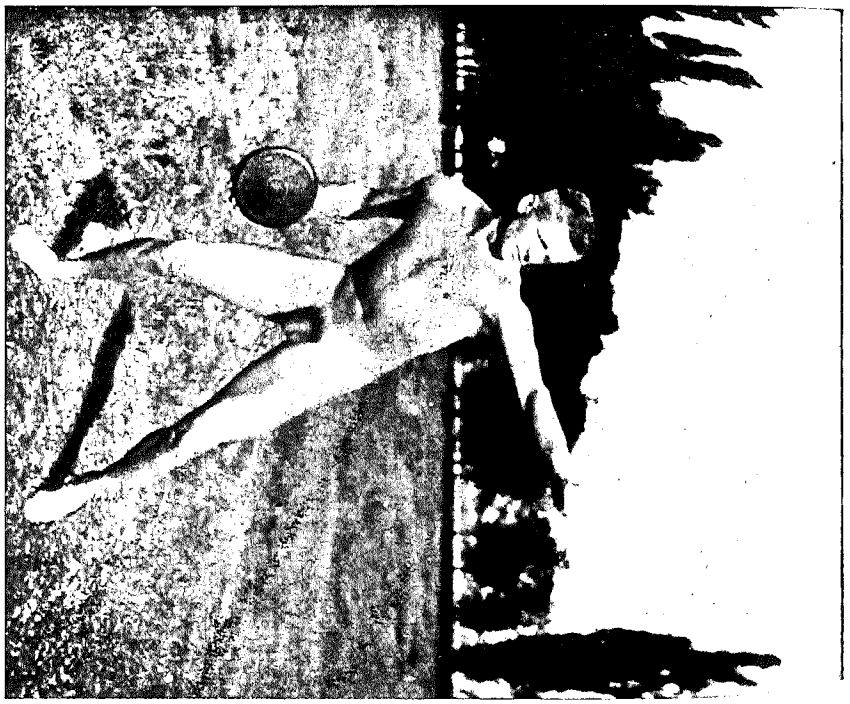
Tenemos en las principales ciudades campos, gimnasios y piscinas en los cuales se practica el desnudismo absoluto sin que se produzcan escenas enojosas. Por cierto que en las piscinas libreculturistas hemos conservado aquellos vergonzosos rotulitos que decían: "No se permite bañarse con taparrabos". Pero ahora, el sentido de la prohibición es muy diferente al de antes... muy diferente...

Observé en el doctor el natural cansancio, pues llevaba cerca de una hora en su relato, y le supliqué lo dejara para otra ocasión, ya que esas no habrían de faltarnos durante mi estancia en el campo.

Una de las chicas, la mayorcita, avisó a sus padres que la mesa estaba puesta, y sin grandes ceremonias aceptó el doctor el convite que nos hicieron de comer con ellos. Me pareció muy oportuna la decisión del doctor, pues yo notaba los efectos del hambre de una manera muy pronunciada. Tomamos



En la pradera de Motzensee (Berlín)



Un discóbolo moderno

antes una ducha fresquísima, y sin secarnos la piel fuimos a sentarnos a la mesa, bajo una pérgola cubierta de plantas trepadoras.

El sol era fortísimo y me daba de lleno en el dorso a través de las ramas, poco tupidas. Vi que a los demás les ocurría lo mismo, sin que por ello se preocuparan, y como, por otra parte, lo que tenía en el plato llamaba mucho más mi atención que los rayos del sol, comencé a comer ávidamente.

—¿Hay apetito? — me preguntó el doctor.

—Un poco. Llevo ocho horas de pie y no he comido más que unas hierbas. Además, unos compañeros que están construyendo un estanque me han hecho trabajar un poco para darme de comer.

—Es una contribución que todos hemos de pagar, porque el estanque ese está haciendo mucha falta en nuestro campo.

El menú que nos sirvieron fué abundante, variadísimo, pero completamente vegetariano. Durante la comida no se habló más de desnudismo, y viejos y jóvenes charlaron de sus cosas, exactamente igual que lo hacen en sus casas las familias del mundo vestido. El menudito de la casa comía en el suelo, y con gran sorpresa mía vi que en aquel hogar no faltaba el gato de que antes hablara, y que compartía con el pequeñín su sabrosa comida. Pero todavía fué mayor mi sorpresa al darme cuenta de que a poca distancia del comedor, un enorme conejo iba y venía de brote en brote sin dar muestras de la menor zozobra. Esta visión me llenó de esperanza.

—Parece, doctor—dije sonriendo—, que los señores no son del todo vegetarianos.

—En absoluto. Me consta. ¿No es así, abuelo?

—Exacto.

—Entonces... se dedicarán a la cría del conejo por puro deporte.

Miró el doctor a donde yo indicaba, y al darse cuenta de la bestezuela, se levantó de la mesa, dirigióse hacia el punto donde estaba vegetando, pasó y volvió a pasar por su lado, y el conejo apenas se movió. Luego regresó, dando muestras de una gran satisfacción.

Ya de nuevo sentado, me dijo, persuadido del efecto que sus palabras habrían de producirme:

—Este conejo, que no le teme a los hombres, es silvestre. Ha nacido en el bosque y desconoce por completo la jaula.

—¿Y no huye?

—¿Por qué ha de huir, si nadie le ha molestado nunca? La caza está rigurosamente prohibida en mi campo. Todo el mundo sabe el desagrado con que vería que se molestara a los animalitos que en él viven, y puedo asegurarle que nadie deja de cumplir este precepto. Lo único que se procura es ahuyentar las bestias mayores por el daño que causan. Pero, ni aun así se las persigue con crueldad. A medida que el campo se va poblando, ellas mismas se alejan.

—Pero, ¿es que hay bestias carniceras en el campo, doctor?

—Naturalmente. Las hay como en todas las selvas. Yo he visto más de un jabalí nada tranquilizador. Y en invierno, algunas veces, recibimos la visita de otros animales menos sociables.

—¿En invierno? ¿Ustedes viven aquí en invierno?

—No todos. La población de mi campo queda muy reducida cuando aparecen los primeros copos de nieve; pero, no obstante, son muchas las familias que llevan ya varios años sin abandonar el terreno, y ésta con la cual está usted comiendo es una de ellas.

No salía yo de mi asombro al escuchar las palabras del doctor, y fué muy de mi agrado que la madre ordenara a las

chicas que trajeran unas fotografías tomadas allí en pleno invierno.

Efectivamente, no cabía la menor duda: toda la familia, incluso el viejo, aparecían en ellas sobre la nieve, completamente desnudos y sin más protección que unos calcetines y unos zapatos.

—¡Tendrán ustedes un frío horrible!

El viejo intervino:

—Sí, señor; no hay por qué ocultarlo: aquí todos tenemos frío en invierno, menos éste—dijo señalando al pequeñín.

—Es raro. ¿El pequeño no le tiene?

—¿Cómo va a tenerlo, si nació completamente desnudo en pleno invierno y así ha vivido siempre? Mire usted: hace pocos días quise llevarlo conmigo a Berlín para el cobro de los cupones, y naturalmente, le vestí un poco. Era en marzo. Todos los berlineses iban metidos en sus abrigos y protegidos con sus bufandas. Yo no me había puesto más que la chaqueta, la camisa y unos pantalones veraniegos. El pequeño llevaba encima una "ranita" de seda. Bien, pues al regresar al campo no quedaba ni un centímetro de ropa sobre su cuerpo. A tirones se la había ido quitando. Le molestaba, le producía angustia y picor y no podía tolerar aquel roce en la piel.

Supliqué que me facilitaran alguna de aquellas fotografías y ellos accedieron gustosos, ofreciéndome una colección completa de ellas.

Ya bien comidos, nos tumbamos media hora de panza al sol, y luego el doctor me invitó a que le acompañara, pues había de dar sus clases.

Esperaba verle metido otra vez entre una nube de chiquillos, pero no fué así. El doctor apenas se cuidaba de los párvulos. Para ello tenía tres o cuatro auxiliares. Las clases que él daba eran ya para mayores. Presencié una lección de geo-

grafía muy interesante. El doctor señalaba sobre una esfera terrestre un punto del globo, y los alumnos indicaban, hacia el infinito, la dirección en que aquel punto del mundo estaba situado.

Hube de reconocer la eficacia ejemplarísima de este sistema de enseñanza. Luego presencié una clase que me emocionó profundamente. Rodeado de un par de docenas de muchachitas de trece a veinte años, desarrolló la lección de un parto. Una de ellas actuó de paciente, y las demás realizaron la labor con sus más nimios detalles, ayudadas por la profesora.

Yo no salía de mi asombro. Aquellas futuras madrecitas sabían todo, absolutamente todo lo que hay que hacer en tales trances, y no ignoraban las causas que ocasionaban esos trastornos femeninos. Una de las más jovencitas relató ce por be todo el proceso sexual, desde la cópula hasta el alumbramiento. Otra se adentró en el estudio de los cuidados maternales desde la aparición del feto, hasta el destete. En una palabra: todas ellas sabían perfectamente que a los niños no los traen de París, que su entrega a un hombre había de tener las naturales consecuencias, y ninguna ignoraba que las jovencitas deben evitar el contacto sexual si tienden a formar un hogar cuando sean mayores. La cópula no era un pecado; pero, socialmente considerada, era una transgresión a las dulzuras que nos reserva el matrimonio. Una de las alumnas cuidó de ponderar estas dulzuras y no cesó un momento de parangonarlas con las amarguras de una vida desordenada y sin armonía sexual. En más de una ocasión condenó con dureza la cópula instintiva. En otras puso de relieve la tristeza de una vida femenina sumergida en el lodo del vicio y de la degeneración y, por fin, relató con todo detalle las bajezas a que estaban sometidas las hetairas esclavas de los caprichos de

los hombres. He dicho con todo detalle, y además he de hacer constar que sin figuras retóricas.

No trataré de ocultar la verdadera repugnancia con que al principio escuché las disertaciones de las muchachas. La sensación que me producía contemplar a aquellas jovencitas chapoteando en las ciénagas de la sexualidad, era sencillamente repulsiva. Pero a medida que la clase avanzaba y al ver la claridad de concepto con que hablaban de los peligros de la unión sexual y de los terribles resultados que para las muchachas había de tener un momento de ensoñación, hube de reconocer que si alguna de ellas se entregaba a un hombre, sería con perfecto conocimiento de causa, y que el sátiro más avisado no podría seducir a ninguna de ellas con embelecos sentimentales.

Ya iba a darse por terminada la sesión, cuando el doctor, dirigiéndoseme con la mirada, vi que suplicaba a Hertha, que asistía a la misma por pura curiosidad:

—Ya que estás aquí, querida Hertha, habría de rogarte nos obsequiaras con una impresión tuya sobre los estupefacientes.

Accedió la muchacha, y de manera sencilla, pero profundamente emocionante, relató algunos casos de amigas suyas que había visto sumergirse en las engañosas dulcedumbres de los narcóticos. Fué tal la impresión causada entre las alumnas, que pude observar que algunas de ellas habían de secar furtivas lágrimas al relatar Hertha su propia odisea.

El final fué de una sorprendente ejemplaridad. Yo no podré olvidarlo en todos los días de mi vida. Procuraré reproducir sus palabras con la misma parquedad con que fueron dichas:

Hertha y Rudolf se habían conocido en un cabaret en el cual estaba ella de tanguista. Sin proponérselo, enlazaron una amistad que duró más de tres meses; esta amistad no pasó de

los límites propios del ambiente trivial en que se había iniciado. Rudolf, según él para olvidar, se había lanzado al vicio de las drogas tóxicas y poco a poco fué ella también acostumbrándose a los paraísos artificiales. No obstante, ella y Rudolf no llegaron a entablar nunca relaciones sexuales. Un día desapareció el muchacho del cabaret y creyo Hertha volverse loca. Entonces se dió cuenta de que Rudolf era para ella algo más que un amigo superficial. Pasaron los días y las semanas y Rudolf no comparecía por allí. Ella se había entregado al furor de la cocaína para no pensar en él. Pero cuanto más pasaba el tiempo más necesario se le hacía. Un día se enteró por un amigo del lugar en que se hallaba refugiado Rudolf, y tomó el tren sin pensarlo un momento. Ya en el campo, intentó inútilmente llevarse al muchacho. Para lograr sus fines había hecho provisión de una gran cantidad de droga y le invitó a que tomara. Rudolf cogió el estuche en que ella guardaba el polvillo, y lo esparció de manera que fué imposible recoger ni un átomo del seductor veneno. Ella le golpeó, le arañó y le dijo que se marchaba del campo. Pero no se marchó. Algo inexplicable la retenía allí.

Pasaron días de horribles sufrimientos para Hertha. Añoraba la droga. En una ocasión decidió marcharse definitivamente de aquel lugar de martirio que era el campo, y abrió a Rudolf el panorama de su vida interior. Le explicó quién era ella y por qué la había conocido en un cabaret. Acabó confesándole que desconocía en absoluto todo trato sexual con los hombres, y que antes de entregarse a otro, como forzosamente había de suceder, le pedía que la hiciera suya. Rudolf, que hasta aquel momento no había visto con buenos ojos la permanencia de Hertha en el campo, comenzó a dar muestras de una gran alegría y a tratarla con tanta dulzura y tanto cariño, que insensiblemente había advertido ella que se sentía

bien a su lado. Le pareció como si él fuera un gran árbol y ella una paloma que se cobijara en sus ramas. Nunca había experimentado aquello al lado de un hombre, ni había tropezado nunca con un amigo que la hablara de la manera que lo hacía Rudolf. Lentamente fué olvidado el cabaret y las drogas, hasta que un día le dijo él que la amaba para hacerla la compañera de toda su vida.

Y así habían llegado a donde estaban, y así esperaban el momento de ser gloriosamente felices ante Dios y ante los hombres.

Ya he dicho que Hertha hablaba sin afectación. Incluso a veces estallaba en alegres carcajadas para restarle sentimentalidad a su relato; pero, no obstante, a todos impresionó profundamente su odisea. El mismo doctor no podía ocultar la emoción que le embargaba.

Terminada ya la clase, nos dirigimos hacia la caseta de mis amigos, pues comenzaba a oscurecer y los desnudistas iban retirándose a sus refugios.

Tomamos todos una ducha muy copiosa relevándonos mutuamente para echar los cubos, y yo no sabía apartarme del chorro de agua. Jamás había notado tan agradable sensación. No es que hiciera un calor excesivo; pero la frescura del agua sobre la piel tenía para mí una extraña voluptuosidad. Observé que el doctor y mis amigos se miraban de una manera especial, pero no pude descubrir lo que querían decir aquellas miradas.

Cuando lo comprendí fué al día siguiente. Al despertar, vi que Hertha y Rudolf estaban sentados al lado de mi cama, y me sorprendió un poco su actitud.

—¿Ocurre algo?—pregunté alarmado.

—No, nada; le esperábamos a usted para ir al "Campo de la Luz", que no conoce todavía.

—Bien, en seguida—contesté disponiéndome a saltar de la cama.

Pero, con gran sorpresa, observé que no podía moverme. Mis miembros no obedecían a mi voluntad. Estaba todo yo como baldado. Quise levantar una pierna, y me fué imposible. Intenté luego mover un brazo, y brotó de mis labios un grito de dolor. Luego noté en todo mi cuerpo un ardor casi febril.

—¿Qué diablos tengo?—pregunté con rabia, al ver que no podía valerme.

Rudolf me había puesto la mano sobre la frente y contestó con sencillez:

—Nada, no se preocupe: tiene usted lo que hemos tenido todos: la caricia del sol metida en el cuerpo. Mañana podrá ya levantarse.

—¿Cómo mañana?—restallé con gallardía—. ¡Ahora mismo!

Realicé un nuevo esfuerzo para saltar del lecho y entonces pude darme cuenta del terrible dolor que el menor movimiento me producía. Confesé que no podía con mis huesos, y Rudolf me aconsejó que me moviera lo menos posible. A poco compareció Hertha con un tarro en la mano y vino a sentarse a mi lado, frente a su novio. El y ella, sin decirme palabra, mojaron las manos en el tarro, y comenzaron a embadurnar mi cuerpo. Comprendí de lo que se trataba y dejé hacer, porque el masaje aquel me proporcionaba un agradable bienestar. Ya bien empapado el tórax, Hertha separó con cuidado uno de mis muslos y embadurnó mi entrepierna. Al llegar a la confluencia de los muslos, la vi dudar un instante, pero inmediatamente apartó con una mano mi sexo, mientras con la otra me friccionaba las partes blandas. Cerré los ojos para no tropezarme con los de su novio, que me friccionaba el otro muslo. Luego me volvieron de espaldas y terminaron aquella la-

bor sin haberme dicho una sola palabra. Ya listos, me recomendaron de nuevo que me agitara lo menos posible, y salieron de la caseta con la promesa de que Hertha iría a verme con frecuencia por si necesitaba algo. Y así lo hizo.

Pasé la mañana entre lamentos y denuestos. La recomendación de que no me moviera resultó perfectamente inútil, porque, aun queriendo, no hubiera podido. Lo lamentable es que yo sentía la necesidad de satisfacer una exigencia fisiológica menor, pero no podía valerme por mí mismo. Dos o tres veces me preguntó Hertha si quería algo. Yo la contesté siempre que no. Me dió a beber varios vasos de jarabe, me sirvió el almuerzo y yo aguardé, haciendo enormes esfuerzos, a que regresara a mediodía Rudolf para suplicarle que me ayudara a levantarme y a salir al exterior. Desgraciadamente Rudolf no vino. Estaba en el Campo de la Luz y allí permanecería hasta la noche. Lleno de vergüenza confesé a Hertha mis apremios y ella se limitó a levantarme de la cama, a colocarme el brazo sobre sus hombros, y caminando muy despacio me condujo hasta el exterior de la caseta. Una gran confusión se apoderó de mí. Yo no podía evacuar mi necesidad delante de ella. Le supliqué que me dejara apoyado en el tronco de un árbol, pero ella me dijo que me dejara de tonterías y desalojara lo que me estorbaba. También hube de cerrar los ojos por esta vez, y no volví a abrirlos hasta sentir que me colocaba de nuevo en mi lecho. Me sirvió otro vaso de jarabe y luego comimos los dos juntos, sentada ella en el suelo y yo tendido en la cama.

Cuando se marchó para ir a reunirse con Rudolf, vi que echaba sobre su cuerpo un traje de baño bastante coquetón, —debido, seguramente, a que había de cruzar la zona neutral de que me hablara el doctor—, pero no experimenté la más leve sensación de voluptuosidad. Aquella muchacha no era ya a

mis ojos una joven como las demás. Me hizo pensar en mi madre, y en mi interior se arremolinaron avergonzadas todas las ideas lúbricas que días antes despertara en mí aquella mujer, que si no era una santa, era eso, una mujer, nada más que una mujer... no una hembra bruta destinada a satisfacer las torpezas de los hombres.

* * *

Dos días permanecí sin poderme alejar mucho de la caseta, y durante ellos pude ir confirmando las virtudes hogareñas de mi adorable amiguita.

Al verla ahora tan dulce, tan apacible, tan talentosa, cuidando de mí como de un hermano, sentí inexplicables rubores al enfrentarme con sus grandes ojos azules. Porque sus ojos seguían siendo tan grandes y tan azules como antes, mas ni el azul era el mismo, ni su grandeza ejercía en mí atracciones de abismo. Yo no sabía definir exactamente lo que veía ahora en los ojos de Hertha. Sabía, sí, que no me embriagaban, que mi mente no se sentía envuelta en turbiedades recónditas, que mis nervios no se exaltaban al mirarlos, y que si mis labios los hubiesen besado, una gran paz se hubiera hecho en mi interior.

Mientras mi piel iba saltando en ronchas, ya tendido en mi camastro, ya sobre un lecho de hojas y hierbas que ella me había preparado bajo un copudo árbol, iba reconstruyendo yo mis momentos de excitación sexual pasados al lado de Hertha, y no podía por menos de reconocer que los hombres somos a veces demasiado impresionables y excesivamente fantasiosos al juzgar los rasgos de las mujeres.

Nos hemos acostumbrado a negarles todos los derechos (¡todos!) y bastó que Hertha me mostrara un trozo de pier-

na, para suponerla una mujer al alcance de mis caprichos. Jamás se me hubiera podido ocurrir que Hertha obraba así por considerarme simplemente como a un compañero. ¡Y es que hasta el amor de ser nuestras amigas les hemos arrebatado! Para que nuestro concepto de la honestidad las tollere, han de ser hipócritas, se nos han de ofrecer siempre tras el cendal de la mentira y luego... luego los matrimonios son lo que son.

Ahora, al descubrir la transparencia cristálica del alma femenina de Hertha, evocaba cuanto ella había realizdo ante mis ojos, y nada de extraordinario descubría en ella. Todo era resultado, no de su inocencia, porque ella no aspiraba a una inocencia albina, sino de su gran comprensión, de su infinito desdén por las humanas nimiedades, de que ella estaba libre.

El perverso era yo, no ella. Hertha no pensó jamás en despertar mis instintos. Hertha no obró nunca con la idea determinada de avivar mi celo; todos sus actos respondían a una pureza absoluta de pensamiento, a una honestidad íntegra de concepción. El impuro, el deshonesto era yo; lo abominable no eran sus actos, sino mi educación, mis prejuicios, mi falsa visión de la vida. Y hube de reconocer aun más la estupidez de mi formación espiritual, al recordar con todo detalle la vida, no ya ejemplar, ejemplarísima, de mis dos amigos. Ellos, que no se asustaban viendo un desnudo, ni temían mostrarse así ante los demás, que se amaban con toda la pasión de dos seres jóvenes y enamorados, ellos, libres en el mundo, dormían solos bajo un mismo techo, sin trabas, sin muros morales ni materiales y soñaban... soñaban en el día que serían felices bajo el tálamo nupcial.

¿Qué sociedad era, pues, la más pura, la más honesta, la más limpia: aquella en que vivía yo, vestida hasta las raíces capilares y llevando a cuestas la carroña de la lujuria endé-

mica, o esotra en que vivían ellos, desnuda hasta las uñas de los pies, pero con el problema sexual resuelto de una manera absoluta?

En estas y otras consideraciones que luego dieron margen a la estructuración de la primera parte de esta obra, me entretuve en aquellos dos días interminables de inacción y modorra, y suerte tuve en más de una ocasión de reposar mis pupilas en las de Hertha, llenas de calma y placidez, para evitar la exaltación neurótica al contemplar su cuerpo.

Y fué precisamente en la segunda noche de mis padecimientos cuando, tendido sobre el césped, contemplando la translúcida bóveda celeste, quieta y serena como un globo de cristal, pude definir al fin la impresión exacta que me producían los grandes ojos de mi amiga, tan azules, tan claros, tan tranquilos...

X

Vida sencilla

Olvidada ya la caricia del sol a fuerza de duchas y friegas de agua avinagrada y de masajes con polvillo de fécula, he pasado ocho días deliciosos con mis amigos desnudistas. La vida en el campo ha sido por demás apacible y llena de encantos bucólicos, no comparables en concepto alguno a las innegables atracciones de un veraneo en el mundo vestido. Es otra cosa. La vida aquí se desliza tan placentera y tan por extremo exenta de preocupaciones, que acaba uno por perder la noción de toda profilaxia legislativa y de la menor relación entre él y la sociedad externa.

La manumisión física y moral es absoluta. A medida que va uno incorporándose al ambiente natural que le envuelve, parece como si en el Cosmos no existieran gobiernos, ni jueces, ni códigos, ni delitos, ni fábricas, ni necesidades que los justifiquen. Las consideraciones de todo orden que este vivir me ha sugerido, se apartan tanto de la realidad exterior, que casi prefiero no exponerlas. Lo que sí diré, lo que sí necesito subrayar, es que la realidad, aquí es vertical, sin artificio, sin convención alguna, y que la otra, la del mundo "civilizado", se empequeñece tanto de vista desde este plano, queda

tan pueril, tan sin substancia, observada tranquilamnte desde un campo de seres desnudos, integralmente desnudos interior y exteriormente, que llega a hacerse incomprensible que el hombre haya luchado tanto y tan baldíamente para alcanzar objetivos que ni le son necesarios, ni representan su felicidad, ni puede llevar la paz y el sosiego a su espíritu.

Se vislumbra tan sencilla, tan recta la vida del ser humano desde el terreno de los hombres libres, libres desde la tierra hasta el sol, sin más ordenación que aquella que la propia naturaleza les dicte, que casi llega uno a olvidar que en el otro mundo haya ferrocarriles, vapores, aeroplanos, talleres, minas, fundiciones... Y en su mente, de una manera imprecisa y vagarosa, van surgiendo los interrogantes. ¿Por qué y para qué todo "aquello"? ¿Para correr mundo? ¿Para cruzar los océanos? El mundo se recorre mejor en lenta y sabrosa peregrinación, que metido en un cajón con ruedas metálicas. En cuanto a los océanos, ya hemos visto que basta una canoa para ir en busca de horizontes, y que éstos son más bellos, más emotivos cuando se van descubriendo desde una lanchita mecida por el líquido azul. ¿Que el tren y las motonaves son más rápidos? Innegable; pero se da el caso, quizá un poco arbitrario, de que cuando uno está tendido a la sombra de un roble, como lo estoy yo ahora, y escucha el fino gotear de una linfa en la umbría de un remanso, no puede concebir la prisa ni discernir los beneficios de una velocidad excesiva. Además, llega uno a considerar que los hombres no tienen necesidad alguna de viajar como no sea en ruta contemplativa. No se advierte, desde aquí, el imperativo de que los americanos se trasladen a Europa y los europeos se marchen a América, para, a la postre, pasarse la vida en turbias nostalgias, entregados a la esperanza de ir a dejar los huesos en aquellas tierras que abandonaron y que llevan dentro, muy adentro...

¿Que la humanidad progresa? Evidente. El hombre realiza cada día nuevas conquistas; la humana inquietud se agita, se revuelve, lucha y avanza eternamente. Todo eso es cierto. Todo eso es innegable, pero tumbado uno sobre la hierba, con la bóveda tachonada de estrellas, viendo que la naturaleza, por sí misma y con el mínimo esfuerzo, puede dar al hombre cuanto le sea necesario, no puede dejar de sonreir ante argumentación tan capciosa y de preguntarse un poco escéptico: ¿Y a dónde va la humanidad tan aprisa, con sus rieles, con sus hélices, con sus trimotores? ¿Qué se propone? ¿Qué fines persigue? ¿Qué es lo que espera encontrar esa humanidad turbulenta, ruidosa y desapacible, al final de su accidentado viaje? ¿La felicidad? No. La felicidad no está allí. La bienaventuranza y la delicia corporal no es en los topes finales de una vía muerta donde se encuentra, sino en la amplitud de la tierra, madre de todo, principio y fin de todas las cosas. En ella la encontró el primer hombre. En ella la volverá a encontrar el último, al regresar de su éxodo a través de todos los dolores, de todas las angustias, de todas las negaciones que le atormentan.

Hoy ha venido casualmente a mis manos un trozo de periódico francés. He pasado por él los ojos: las finanzas, las deudas de guerra, la bolsa, las luchas sociales, el comunismo, las modas, la industria, el comercio... Se me ha caído de las manos. ¡Cuán minúsculo, cuán ridículo se me ha aparecido aquel mundo braceando desesperadamente, luchando con ferocidad de caníbal, para alcanzar un sin fin de metas que en la vida pura y sencilla del hombre le son perfectamente inútiles! Mirando ahora este mundo, que es el hervidero del cráter de un volcán, he recordado los nidos de hormigas del "Paraíso" de Rudolf, y me ha parecido que la humanidad, con su inútil ir y venir, con sus arrastres forzados de los granos de trigo que la envilecen y la obsesionan, con su eterno trasegar sin

fin ni propósito, era un inmenso y repugnante hormiguero digno de ser aplastado a taconazos por el Titán de la Vida.

Yo no sé, yo no quiero saber si el hombre ha de vestirse o desnudarse. Lo que sí sé, lo que veo con emocionante claridad sumergido en la beatitud que me envuelve, es que el hombre, vestido o desnudo, ha de querer ser feliz, y al logro de esta felicidad ha de sacrificarlo todo, todo...

¿Divagaciones? ¿Lucubraciones de una mente abandonada a la molicie de la inactividad? No. Realidades. Verdades más claras que la luz. Incontrovertibles doctrinas que el hombre habrá de asimilar tarde o temprano. Entretanto, a aquellos que hayan sabido anticiparse, no habrá ya quien les arrebate lo gozado.

* * *

Durante estos días me ha procurado el buen doctor Fraenzel las más variadas emociones. He presenciado fiestas teatrales de una belleza plástica muy bien lograda. Hermosas jovencitas han recitado poesías campestres, adornados sus cuerpos con flores y ramajes. Grupos de atletas me han obsequiado con festivales gimnásticos de sabor muy primitivo, alejados en absoluto del esfuerzo agotador de nuestros campos deportivos. La gimnasia aquí es siempre lenta, bella, amplia y serena. Atletismo puro para el cultivo del músculo. Incluso las luchas por parejas pierden todo sabor de bestialidad. El conjunto de estas manifestacioses me ha dado a comprender que sin bambalinas, sin luz eléctrica, sin aparatos escénicos, la teatralidad es mucho más emotiva y estética y que tampoco en lo espiritual necesita el hombre de más esfuerzo que el del genio creador y el de la emoción del intérprete, para purificar su carne.



¡Salvando el rostro de la quema!



Fiestra campestre en Motzensec (Berlín)



Arte plástico en la Ufa

Huroneando hoy por el campo, entregado al placer aquí aprendido de caminar sin apremios ni zozobras, me ha sorprendido la presencia en él de una viejecita muy menuda y muy simpática, dedicada a la tarea de recoger determinadas hierbas que iba colocando en una cesta.

Me ha extrañado sobre manera verla completamente vestida y he temido que me hubiera extraviado de nuevo. Pero no. Me hallaba en el bosquecillo donde estaban construyendo el estanque y no había lugar a la menor duda.

La viejecita, después de saludarme, continuó recogiendo hierbas que soplaba y sacudía con un movimiento de mano antes de colocarlas en el cestito. Era una de esas viejas primorosas, casi relamidas en el vestir y tenía el cabello completamente blanco y muy sedoso. Apoyado en el tronco de un árbol, con los brazos en el dorso he permanecido unos momentos viendo a la buena señora ir y venir de mata en mata y al dar ella con un brote muy hermoso, lo ha tomado en la mano, lo ha mirado complacida y me ha dicho:

—¡Qué contento va a estar Luis!

Sonreí sin atreverme a decirla que no sabía yo quién era Luis y como observara que la planta que recogía era muy parecida al berro, me puse a ayudarla en su labor.

—¿También le gustan a usted?—me preguntó ella, mientras iba colocando en el cesto con extremado cuidado las matitas que había reunido.

—No—la dije—las recojo para usted.

—A mí no me gustan los berros. Pero como a Luis es lo único que le abre el apetito, todos los días me levanto temprano y con el rocío están los brotes que da gloria mirarlos. El se pone muy contento cuando me ve regresar con la cesta llena. Parece como si los ojos no le brillaran con aquella fie-

bre que a mí me asusta tanto. ¿Por qué será, señor, que los ojos de mi Luis brillan de aquella manera.

—No sé, señora... Como no soy médico...

—Ya, ya. ¡Mire qué mata más hermosa! ¡Y cuán tierna! A Luis le gusta mucho que al mascar los berros suenen como si fuesen avellanas. A veces me dice que, efectivamente, tienen sabor de avellanas. No es verdad, pero como le gustan tanto... Bien, señor, muchas gracias. Tengo ya bastante para hoy. Mire, allí está Luis, en la puerta de nuestra casita, aguardándome.

A escasa distancia descubrí a un muchacho joven, completamente desnudo, sentado en un sillón de mimbre, frente a una barraca de madera.

Sin apenas hablar, eché a andar al lado de la vieja y al llegar junto al muchacho, le dijo ella muy melosa:

—¡Hoy sí que vas a darte un atracón! ¡Están más frescos y más hermosos!

No contestó el joven. Sonrió con una sonrisa triste y ella se le acercó mostrándole la cesta rebosante de hierbas. Iba él a tomar una mata, pero ella las apartó de su alcance.

—Espera, en seguida. Voy a lavarlos un poco. Siéntese, siéntese—me dijo, acercándome otro sillón—. A Luis le gusta mucho tener con quien hablar. ¡Estamos tan solos aquí! Todo el mundo huye de los enfermos, pero...

Observé una rápida transición en la vieja, como si se arrepintiera de lo que acababa de decir.

—Bien... no es que Luis ni yo estemos enfermos, pero como no acaba de quitarse de encima este maldito resfriado...

Caminando deprisa se metió en la barraca, y yo me senté en el sillón. Me intrigó aquel muchacho joven, de piel amarillenta y ojos enfebrecidos. Le supuse unos veinte años. Al través de la piel se advertían los trazos de las arterias, muy

azules. Me pareció que estaba un poco sudoroso, porque su epidermis era muy brillante.

—¿Llevan mucho tiempo en el campo?—le pregunté.

—Este año solamente un mes. Pero el año pasado estuve aquí todo el verano. En invierno no puedo resistir el frío. Mi enfermedad me resta energías y en cuanto llega el otoño he de regresar a Berlín. Esta temporada noto una gran mejora. Quizá...

Vagó incierta su mirada y en sus comisuras se dibujó una sonrisa escéptica.

—¿Ah, pero está usted enfermo?—dije con fingida extrañeza.

—Sí, un poco... mucho.

Miró hacia la casita y murmuró entre labios:

—Estoy tuberculoso. No se lo diga a mi abuela. Ella no lo sabe. Ella cree que estoy resfriado...

—Sí, ya me lo ha dicho. Lo que me ha extrañado es verla vestida en el campo.

—Mire usted, por más esfuerzos que ha hecho, no ha podido acostumbrarse. Dice que siente frío, pero no es esto; es que le da vergüenza. No puedo evitarlo. ¡A sus años!... El doctor Fraenzel es muy bueno y ha permitido que conservara sus vestidos.

Advertí que el muchacho se fatigaba hablando, y espacié el diálogo contemplando el paisaje, y mirándole a él de manera que no se diera cuenta de que le estaba observando. Efectivamente, se le notaba muy enfermo en su aspecto físico. La piel, muy oleosa y con el vello lacio y pegado a la misma, afectaba esas transparencias umbrosas propias de las naturalezas depauperadas. Su frente era algo abombada y las sienes y las cuencas completamente descarnadas. Las manos, muy finas, casi femeninas, descansaban abandonadas en su regazo.

—¿Me hace usted el favor del abanico?—me suplicó señalando uno que había en un velador—. ¿Hace calor, verdad?

—Mucho—asentí, entregándoselo.

En realidad la temperatura era templada, casi fresca.

Permanecimos un momento en silencio que vino a rasgar la aparición de la abuela con una fuentecita en la diestra.

—¡Qué hermosura de berros!—ponderó arrimando el velador a su nieto y poniendo a su alcance la verdeante fuente.

El muchacho dejó el abanico, que tomó ella para seguir abanicándole, y comenzó a masticar las hierbas.

—Coma usted—me invitó—, están muy ricos.

—Gracias, pero acabo de desayunarme y no me apetece nada.

Vi que comenzaba a comer él con marcado apetito, mientras la viejecita, de pie a su lado, le daba aire con el abanico y acariciaba sus cabellos húmedos, pegajosos. Se la veía muy cotenta viendo comer a su nieto

—¡Se está poniendo muy hermoso mi Luis! ¿Verdad, señor? ¡Cualquiera diría que no ha cumplido todavía los quince años! ¡Si parece ya un hombre!

Consideré que sí: que lo parecía "demasiado".

—¿Hace mucho ejercicio?—pregunté a la vieja.

—Los días que puede, sí señor. A él le gusta mucho, pero como está tan resfriado, a veces le da esta maldita tos y no puede continuar. Pero eso de la tos no es nada. El doctor ha dicho que dentro de quince días, con los baños de sol, habrá ya desaparecido.

El joven había dejado de comer y vi que con la mano indicaba a la vieja que no le abanicara.

—¿No vas a comerte estos pocos que quedan?—le dijo ella con alegría forzada en la voz.

—No... tengo frío... Llévame adentro.

Movió la vieja tristemente la cabeza, ayudó al chico a levantarse y se lo llevó al interior de la casita, casi a rastras. Me levanté verdaderamente apenado al ver aquella flor de juventud que iba deshojándose y desde la linde de la puerta vi que la abuela dejaba al chiquillo en la cama y le cubría con una manta. Me aparté de allí para que no se viera sorprendida en su dolor y a poco salió ella de la casa y se quedó parada, indecisa. Estaba sumida en una gran perplejidad. Se la veía desorientada, sin saber qué hacer. Yo la adiviné atormentada por un gran desaliento interior.

—No será nada—la dije para animarla.

Ella movió la cabeza. Sus ojos estaban secos, como si los párpados fueran a rasgarse. Un leve temblor cabrilleaba en sus labios.

—Si, será... mucho... mucho... acabará como su padre, como mi pobre hijo... ¿Por qué el buen Dios querrá castigarme así? ¿Qué habré hecho yo, pobre de mí?

Hablaba sin dramatismo, con sincera y humilde expresión.

—No se ponga así, señora... es un vahido pasajero...

—Sí... pasajero, como los de su padre... hasta que llegue el último. Mi pobre Luis no lo sabe. Cree que todo es debido a un resfriado, pero no es así... no es así... Tiene el mal muy adentro... en el pecho... como mi hijo...

Verdaderamente trastornado procuré alejarme de aquel hogar doloroso, no sin esforzarme antes en dejar convencida a la pobre abuela de que "aquello", con el sol y el aire pasaría pronto...

XI

Ultimos momentos

Esta tarde abandono el campo desnudista y llevo más de dos horas vistiéndome. Hertha, Rudolf y el doctor, están en la caseta y departimos alegremente. No obstante, ya he dicho que llevo más de dos horas vistiéndome. Me duele haber de marcharme. A medida que voy colocando piezas de ropa sobre mi cuerpo, me miro con extrañeza. Noto que algunas de ellas me causan molestia. He decidido abreviar el indumento. Pantalones, camisa y unas sandalias que me ha regalado el doctor. Nada más. Veo que Hertha hace un paquete con las demás ropas.

—No se moleste—la digo—. Las dejaré aquí.

Ella sonríe incrédula y continúa haciendo el paquete.

El doctor me entrega una colección de fotografías que me había prometido. Las miro detenidamente. Muchas de ellas han sido tomadas durante mi permanencia en el campo. Yo aparezco en algunas. Esto me place, porque podré enseñárselas a mis amigos, a mi mujer, a mis pequeños...

—Las hay también de países lejanos—me observa el doctor—. De la China, del Japón, de las selvas tropicales.

—¿En Oriente se practica también el desnudismo?

—Poco a poco vamos ganando entusiastas en todas partes.

El doctor va examinando detenidamente las fotografías, y como le veo con ganas de charla, le incito a hablar.

—Es temprano todavía, doctor. Dígame usted algo de lo que en el mundo acontece sobre el desnudismo.

Hertha se ha apresurado a servirnos unos vasos de jarabe, y el doctor se dispone a complacerme.

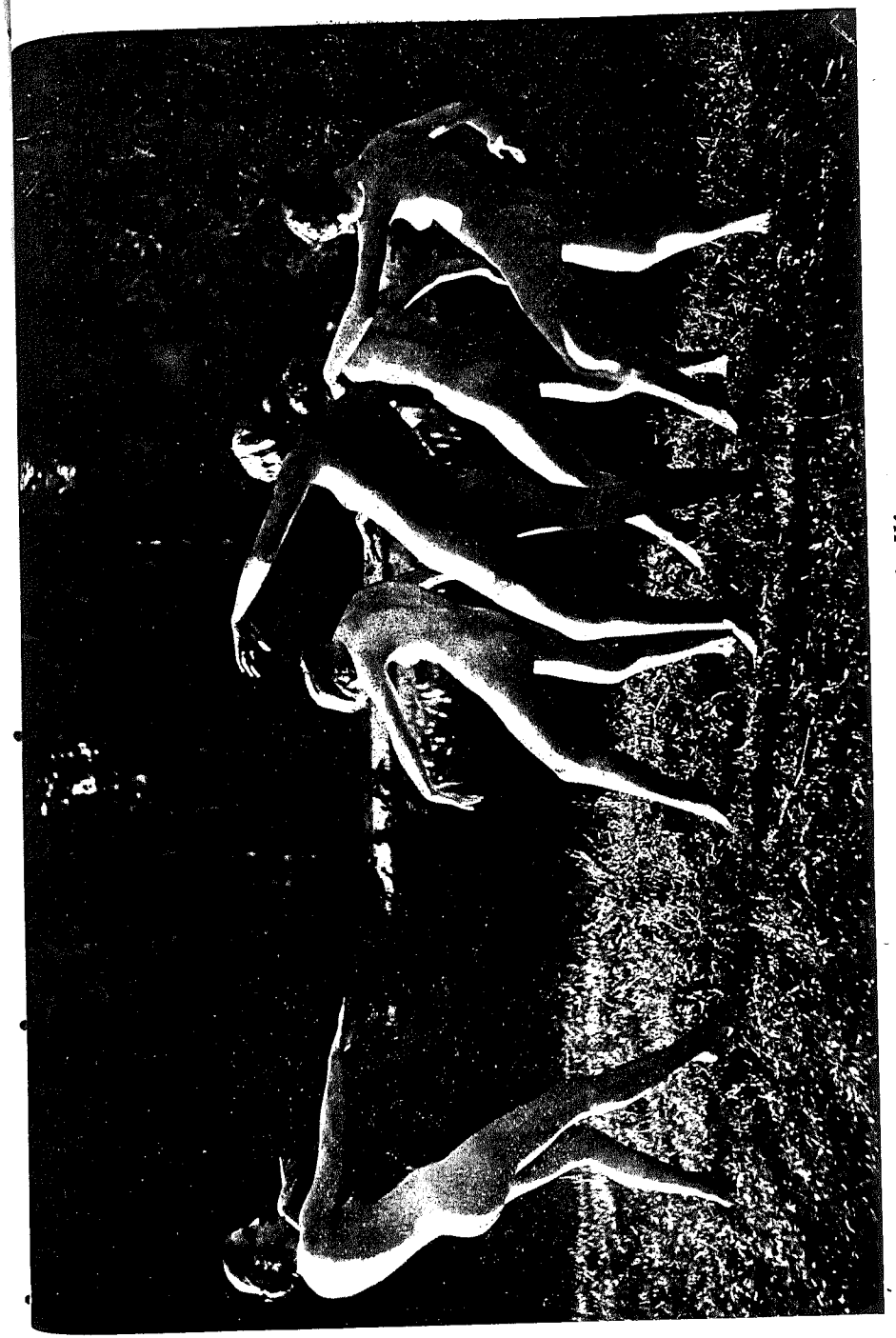
—Mire usted—comienza—: esta fotografía es de la América del Norte. La recibí hace muy pocos días. Allí no contamos todavía con muchos entusiastas. Uno de ellos, míster Huntington, que visitó nuestros campos el año pasado, está iniciando su apostolado. Esta fotografía me la ha remitido él. En Nueva York y en Chicago parece que nuestras ideas empiezan a fructificar; pero muy poco a poco...

Deja la fotografía y me muestra otra.

—Esta es china—me dice—. Tampoco allí hemos logrado gran cosa. Mr. Wang, es un ferviente propagador del desnudismo en aquellas tierras lejanas. En lucha con el ambiente y las autoridades, ha logrado instalar un pequeño campo en los alrededores de Shanghai. Parece que va a lograr sus propósitos. Y ésta—exclama cogiendo otra—, es de la Rusia soviética. Allí, al principio de ser implantada la República, el desnudismo fué un lema antiburgués. Llegó casi a practicarse en las ciudades, pero después... No hay comprensión, no hay comprensión...

Va examinando atentamente la colección y separa de ella tres o cuatro.

—Vea estas de Inglaterra. Son muy hermosas. La idea está allí en sus iniciaciones; pero no dudo que el pueblo inglés será de los menos reacios a nuestras prácticas. Existe ya en Londres un "Sun Ray Club" y una "Gymnosophical Society", pero ninguno de ellos ha podido implantar todavía campos



Cultura estética en la Ufa

adecuados. La importante revista "New Health" (Salud Nueva) se interesa mucho por la reforma del indumento, cuya simplificación propaga. No obstante, establece muchas reservas al enfrentarse con el desnudismo. Pero hay que tener fe y esperanza y no olvidar que en Hockwold, norte de Londres, existe la segunda escuela de luz del mundo, la "Crivy Cate School" que dirige Faithfull. Sus compatriotas la miran con cierto recelo, pero el Estado la respeta y eso es muy importante.

Hace el doctor una pausa durante la cual vaciamos los vasos de jarabe, y luego reanuda su interesante charla.

—Todas estas son de Francia. Allí se hace ya algo práctico. El doctor Durville está realizando una labor muy provechosa y es muy notable su obra "Naturismo relativo". El pueblo francés mira con muy buenos ojos estas doctrinas y acude con entusiasmo al campo idílico de la isla de Medan, llamado "Phytiópolis", que popularizó el gran Zola en una de sus obras. La gente se baña allí con diminutos cubresexos y no dudo que habrá habido más de un intento de desnudismo total. Quienes se han lanzado fervorosamente al apostolado en nuestra vecina república, han sido los doctores Mongeot y Bontemps, y para ello se valen de su importante revista "Vivre Integralement". Han instalado un campo en Evreux y pronto han surgido otros en la Riviera y en las costas argelinas. También en Holanda vamos ganando mucho terreno. Allí inició el movimiento el entusiasta Fokko van Til y entre él y las oraciones del profeta-pintor Fidus y la obra de Suren "El Hombre y el Sol", los adeptos crecen que da gozo. En Holanda ya son millares a practicar el desnudismo integral. Italia, la tierra clásica del desnudo, ha iniciado algo con su revista "L'Idea Naturista", pero el estado actual de aquel país... Se observa también en Grecia un renacimiento esperanzador de retorno a sus tiempos gloriosos. Pero hay reserva, excesiva reserva...

—¿Y en España, doctor?—le pregunto como si fuera yo de la Indochina.

Se me queda mirando buen rato, mueve tristemente la cabeza y me dice sonriente:

—En España... usted podrá darme, quizá, noticias dentro de poco. De momento ya es mucho que usted haya cambiado la piel en mi campo. Eso no se olvida, que le conste.

Hertha me advierte que me aguarda el carruaje encargado para ir a la estación. Me levanto, estrujo, en mis brazos al buen doctor Fraenzel y le digo con sincero optimismo:

—No es sólo la piel lo que he cambiado en su campo, doctor... Me marcho encantado; esta estancia mía en la Tierra de la Luz, ha sido un oasis en mi vida atormentada, y la recordaré siempre... siempre... Prometo corresponder a tantas y tan cordiales atenciones.

Rudolf me alarga la mano y yo le abrazo con efusión.

—¿Qué, cuando se casan?—le pregunto señalando a Hertha.

—No sé... no sé... Creo que pronto...

Confieso que no sé cómo despedirme de Hertha. La estrecho ambas manos y no puedo dirigirle la palabra. Rudolf me la echa encima de un empujón, y por fin nos decidimos a abrazarnos. Por última vez el contacto de su piel desnuda estremece mis arterias. Pero ahora es la emoción la que invade todo mi ser, y esta emoción es casi un deleite lacrimoso al abismarse mis pupilas en sus ojos, grandes, azules y tranquilos...

XII

En el mundo de la convención

Llevo dos días en Berlín y me considero el hombre más feliz del mundo. De una manera imprecisa, creo advertir que se ha operado en mí una profunda transformación. Estos dos días he salido de mi hotel, con el natural estupor del "Portier", sin más indumento que unas sandalias, un pantalón blanco de hilo y una camiseta de malla muy clara.

Camino por Berlín, pisando fuerte, con la frente erguida y despejada y el tórax heroicamente combado. A veces noto una sensación de superioridad sobre la masa, que me enorgullece y casi me diviniza. No exagero; el vocablo es exacto: algo así como si fuera yo un dios recién salido del Olimpo.

Esta mañana, antes de abandonar mi habitación, he metido en el fondo de mi maleta todas mis joyas, mi monedero, mi cartera, mi reloj, mis corbatas, mi encendedor, mi pitillera... ¿De qué y para qué iban a servirme todas estas tonterías? Estaba decidido, firmemente decidido: desde aquel momento iba a vivir de manera muy distinta a como lo había hecho hasta entonces. ¡No me dejaría coger de nuevo en las tupidas mallas de la convención! ¡Iba a ser libre! ¡Libre!... Sí, sí, libre como un dios, que eso, un dios debe ser el hombre a su paso por la tierra.

Sin poderlo evitar, además de desprecio, de conmiseración, experimento una singular sensación de vacío, de ausencia para cuanto me rodea. Algo así como si yo fuera un átomo extraño, inadaptado, un ser extra-planetario, que "momentáneamente" planeara sobre la ciudad y cruzara sus dédalos empujado por un céfiro que me alejara de todo contacto con las impurezas homicidas de la urbe...

* * *

Acabo de pasar un susto tremendo que me ha obligado a reconocer en mi intimidad que los dioses no han sido creados para andar por las calles de una ciudad populosa de nuestro siglo XX. Un auto se me ha echado encima y, gracias a la pericia del conductor no me ha proyectado hacia el entresuelo de los espacios por cuyos estratos siderales vagaba mi mente. Se ha armado un pequeño barullo. En unos segundos me he visto rodeado de una compacta multitud deseosa de atenderme caso de haber sufrido alguna lesión.

Un policía, cordial y atento, me ha preguntado si deseaba presentar denuncia por lo ocurrido. He contestado que no. Quise decir al guardia y a los que me rodeaban que si en el mundo no fueran tolerados los automóviles, no ocurrirían tan desagradables escenas. Lo pensé un poco y me pareció que era mejor no exponer mis ideas en momento tan poco propicio.

* * *

Tras un largo paseo, me he sentado en la terraza de un café aristocrático de la "Unter den Linden" para tomar mi aperitivo. Luego me he acordado que mi *vida nueva* no admitía

tales expansiones y he pedido un jarabe. Conste que al pedirlo me he ruborizado un poco.

Una linda damita ha tomado asiento en la mesa inmediata a la mía. Se trata de una linda damita de esas que, cuando se sientan a una mesa inmediata a la de un caballero, sonríen levemente. Inadvertidamente iba a corresponder a su sonrisa, pero no pude evitar que en mis comisuras se acusara un rictus de desagrado al considerar que aquella infeliz era un detritus de la sociedad que comerciaba con el más puro de los sentimientos: el amor. La vida pura, la vida natural, acabaría con la llaga purulenta de la prostitución.

Pero la damita ha vuelto a sonreirme y me ha demostrado, además, en un gracioso cruce de piernas, que el salmón de las medias entona muy bien con las ligas color violeta.

Para distraerme, he buscado maquinalmente un pitillo en mis bolsillos. No me acordaba que el tabaco había sido también borrado de mis nuevas y austeras costumbres. El camarero se ha dado cuenta de mi acción y rápidamente me ha ofrecido un cigarrillo y un fósforo alumbrado. La damita ha extraído de su bolso un "bout doré" y le he pasado galantemente mi cerilla. Me ha dado las gracias, ha corrido su butacón de mimbre hacia el mío, y hemos iniciado un diálogo trivial.

—¡Hermoso día para una comida campestre! — me ha dicho.

He debido asentir, porque el día era realmente espléndido.

—¿Es usted desnudista? — me ha preguntado mirando mi abreviado indumento.

La pregunta me ha desorientado.

—No... desnudista, no... me gusta vestir así...

—Eso del desnudismo es una tontería. A nosotras nos perjudica mucho, porque los hombres se van a los campos y a las

piscinas a gozar de buenas vistas y no se acuerdan de nosotras. Si yo fuera gobierno los metía a todos en la cárcel por inmorales.

Me pareció un poco arbitrario hablar de moralidad con una mocita tan simpática como mi interlocutora y opté por asentir con un movimiento de cabeza.

—¿Comes con alguien? — insinuó tuteándome.

—No; estoy solo en Berlín.

—¿Eres español, verdad?

—Sí.

—¿Sabes que eres muy simpático?

Convencido de que para estas señoritas todos los hombres somos simpáticos no concedí mucha importancia al piropo. Sonreí y le apreté la manita cordialmente.

—¿Dónde vamos a comer? — me preguntó con una sencillez encantadora—. Mira, yo sé una casita de campo...

El mundo se me vino encima al recordar que no llevaba más que unas monedas de plata, níquel y cobre en el bolsillo.

Rogué a la muchachita que me aguardara unos momentos, tomé un taxi, fuí al hotel, busqué mi cartera en el fondo de la maleta, me eché encima la americana y a las dos horas pude convencerme de que mi damita sabía escoger muy bien el lugar donde ir a comer dos buenos amigos que a los cinco minutos de conocerse ya se tutean...

XIII

Retorno

Al subir al tren, de regreso a España, he buscado con interés un departamento vacío. El viaje de retorno es largo y quiero descansar. He dado con él; pero cuando me decidía a ocuparlo, he podido observar que en la cabina contigua había una hermosa mujer, ya otoñal, ya vivida. He ordenado al mozo que entrara allí mis maletas.

Asomado a la ventanilla del corredor, he contemplado el espectáculo vario y siempre entretenido de los momentos que preceden a la salida de un expreso. Ya éste en marcha, me he dispuesto a ocupar mi butaca. Situado delante de la cabina, he observado prudentemente a la que iba a ser mi compañera de viaje. Hermosa en verdad en aquel su jugoso ocaso. De pronto me he dado cuenta de que no estaba "presentable". Efectivamente: un hombre sin más equipo que unas sandalias, un pantalón y una camisa, no está en su "tenue" para ocupar una butaca de un departamento de primera de un expreso que lleva en sus unidades dos coches del "Mitropa". Pero mis ropas están en las maletas. Un compromiso, un verdadero compromiso. Afortunadamente, me acuerdo de que el paquete de la juiciosa Hertha lo metí en el maletín que tengo a mis pies.

Lo cojo, penetro en la cabina vacía, echo las cortinillas y me visto con la natural precipitación. Me sorprende un detalle: entre la ropa envuelta por Hertha encuentro un peinecito y una botella de colonia auténtica, es decir, de la propia Colonia. ¡Qué comprensiva, qué adorable aquella Hertha, tan previsora!...

Me acicalo un poco ante el espejo. Procuro que la corbata quede bien simétrica. Echo unas gotas de colonia en el pañuelo de seda del bolsillo alto de la americana, y ya satisfecho de mí mismo, me dirijo a mi departamento. Penetro en él, saludo casi con ceremonia a la interesante dama. Ella corresponde a mi saludo. Me siento. Miro distraído al través de la ventanilla. Luego voy detallando a mi compañera. Viste con elegancia casi procaz. Su silueta mórbida, carnosa, se acusa tentadora bajo el leve vestido de seda. Las piernas fulgen en el estuche de las medias. Los piececitos, diminutos, inverosímiles, ofrecen el tentador cojincete de la carne asomando tensa, por el descote.

No puedo evitar una consideración: ¿sería tan bella aquella mujer sin el artificio de las sedas? Seguramente no. Está ya en sus cuarenta. Comienza a descender la ladera de la vida. El vestido la favorece, la hace más codiciable, más enigmática...

Me acuerdo de unas palabras de Rudolf: "Algo hay que dejarle a la líbido, para que se excite...".

Sí, sí; ese algo lo necesita la humanidad, le es necesario, le es indispensable. Sin las sedas y los encajes que embellecen a la mujer, sin los trajes que dejan suponer encantos que en realidad, quizá no existan, nuestra dulce compañera sería demasiado casta, demasiado pura, demasiado moral...

Ahora, sentado en la molicie del departamento de primera y avizorando, atisbando, los manchones de la carne de mi hermosa compañera de viaje, que el traje deja al descubierto, se me antoja un sueño lejano, muy lejano, mi permanencia en el campo del doctor Fraenzel... Y se me ocurre pensar que, algún día, el desnudismo será incorporado entre las llamadas "buenas doctrinas" para defensa de la pública moralidad y conservación de las costumbres honestas...

FIN

Dos advertencias

Son necesarias. En primer lugar he de hacer constar que el seudónimo femenino de "Laura Brunet" con que va firmada esta obra no corresponde a mi sexo. De otra manera resultaría incomprensible cuanto en la parte novelada se describe.

Precisa también advertir al lector, al lector español particularmente, que mi obra "Desnudismo Integral" ha sido escrita y corregida durante la agonía del régimen borbónico y en los primeros días de la proclamación de la gloriosa República. No es, pues, de extrañar, que en más de uno de sus capítulos se advierta la presión en el autor del momento en que fueron escritos.